

EL CARIBE HOLANDÉS

El colonialismo y sus legados transatlánticos

EL CARIBE HOLANDÉS

El colonialismo y sus legados transatlánticos

GERT OOSTINDIE

Traducción Maritza Cristina García Pallas

Editorial JOSÉ MARTÍ

Título original en inglés: *Paradise Overseas. The Dutch Caribbean: Colonialism and its Transatlantic Legacies*

Edición: Elisa Pardo Zayas

Diseño y composición: Nydia Fernández Pérez

© Gert Oostindie, 2014

© Editorial JOSÉ MARTÍ, 2014

ISBN: 978-959-09-0590-2

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO

Editorial JOSÉ MARTÍ

Publicaciones en Lenguas Extranjeras

Calzada No. 259 entre J e I, Vedado

La Habana, Cuba

E-mail: direccion@ejm.cult.cu

*Para Ingrid, con amor,
y para Heriberto, con gratitud y afecto.*

Presentación

La historia del Caribe hasta la década de 1930 fue escrita por intelectuales metropolitanos. Fue C. R. L. James con su portentoso *Los jacobinos negros* quien inauguró la perspectiva analítica de esa historia desde las entrañas de la región. El creciente proceso de construcción de una historia del Caribe autóctona, anclada en la urgencia de la re-creación de su sociedad, no ha estado dirigido solamente a construir el metarrelato de una de las experiencias humanas más significativas del último medio milenio. No es casual que a partir de la década de 1960, bajo los influjos de la anhelada descolonización y la consiguiente construcción del Estado-nación, intelectuales caribeños desarrollen empeños sistemáticos por dilucidar el origen de la sociedad del Caribe, en tanto condición ineludible para crear un ideal de nación. Además, la reevaluación del legado colonial que animó las conmemoraciones del medio milenio de la llegada del hombre europeo a América estimularon lo que hoy conocemos como los estudios propios de la historia atlántica.

Es en esta amplia tradición intelectual que resulta oportuno entender la publicación de *El Caribe holandés: el colonialismo y sus legados transatlánticos* que hoy presenta al lector cubano la Editorial José Martí, gracias a la entusiasta y generosa cesión de sus derechos por su autor, el reconocido especialista en temas del Caribe, Gert Oostindie.

Si se me pidiera mencionar las razones por las cuales la lectura de este libro constituye una verdadera novedad en las publicaciones de textos de las ciencias sociales, específicamente en la amplia bibliografía sobre el Caribe publicada en Cuba, deberé hacer referencia a sus valores más relevantes.

Este texto merece una cálida acogida por constituir un aporte al conocimiento del espacio caribeño forjado por las particularidades

del colonialismo holandés, experiencia poco conocida en Cuba, a pesar de que durante las primeras décadas del siglo pasado unos cuantos millares de esos pobladores llegaron a la mitad oriental del país para servir como brazos baratos a la expansión azucarera, y sus descendientes son parte de la inacabada forja de la identidad cubana.¹

En el Prefacio que el autor ha redactado para esta primera edición en español narra el porqué de un texto como este, reflexiona —a la distancia de una década— sobre la perspectiva analítica del libro y en un apreciable ejercicio de honestidad intelectual nos hace partícipes de sus juicios acerca del oficio del historiador y la construcción de la historia como un proceso nunca desprovisto de subjetividad y de toma de partido.

El conjunto de los ensayos en los que Oostindie ha organizado su análisis de los asuntos que considera de mayor trascendencia en el Caribe holandés es un capítulo de la historia atlántica, en él se conectan Europa, América y África para hurgar en lo que en la actualidad se ha dado en llamar la cultura atlántica, de la cual la historia del Caribe es uno de sus capítulos.

En los espacios culturales que han sido contruidos por las metrópolis europeas en el Caribe generalmente se expresa algún grado de comprensión acerca de su pertenencia a esa elusiva realidad que denominamos Caribe. Sin embargo, en esa comprensión la existencia de un Caribe holandés es muy poco frecuente. Por eso, el análisis que nos ofrece esta obra de las posesiones holandesas en la región, en contrapunto con el resto de las experiencias caribeñas, nos hablan de las similitudes, diferencias, regularidades y singularidades de la sociedad que fuera creada en esta parte de América. O sea, esta historia está firmemente anclada en su contexto inmediato y por eso es además un preámbulo a la historia del Caribe desde uno de sus diversos ángulos.

La plantación fue la estructura económica por excelencia a través de la cual quedaron interconectadas las economías europeas y sus posesiones coloniales en el Caribe. Pero eso, que sin dudas es una regularidad de la existencia del Caribe, no solo contó con factores que la hicieron posible sino que, también, debió enfrentar límites.

El papel desempeñado por los intereses de la política colonial holandesa en el Caribe debió ajustarse a la disponibilidad de recursos materiales, especialmente el tamaño, las condiciones climáticas y la dotación natural desempeñaron un papel decisivo. El modo en que se comportó la economía de plantación en los territorios poseídos por Holanda ilustra uno de los tantos caminos seguidos por ese tipo de economía, y contribuye a reafirmar su carácter simultáneamente general y singular.

Desde la identificación de los intereses coloniales de Holanda en el proceso de configuración de un sistema económico mundial y, específicamente, en las Indias Occidentales, Gert Oostindie explica el origen del repoblamiento de los territorios que ha poseído en el Caribe y, por consiguiente, de la persistencia y caducidad de rasgos de las culturas de los grupos étnicos que fueron allí relocalizados, así como del particular proceso que experimentaron asuntos como la aculturación y la deculturación, el acriollamiento y la transculturación.

Oostindie no ofrece una explicación documentada y argumentada de los orígenes en la sociedad creada sobre la base de la diversidad étnica; de las tribulaciones del proceso de creación de la identidad arubeña, curazoleña, surinamesa, etc.; de las particularidades del nacionalismo —en tanto conciencia y práctica políticas—; así como de las especificidades de las aspiraciones a la descolonización que se derivan de los límites impuestos a la cohesión social por la multiplicidad de orígenes étnicos y la disponibilidad de recursos naturales y humanos.

El barbadense George Lamming ha señalado la localización de las fronteras del espacio cultural Caribe en las áreas metropolitanas en que se ha reasentado la diáspora caribeña, especialmente con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. De esa experiencia nos habla Oostindie cuando se detiene en el análisis de los retos objetivos y subjetivos que enfrenta la sociedad en las Antillas Holandesas y Surinam en su extensión hacia el territorio de los Países Bajos.

Desde el Prefacio el autor nos explica las razones de su pesimismo acerca de la posibilidad de que Surinam y las Antillas Holandesas se

constituyan en Estados-nacionales viables. Cada uno de los lectores formará su juicio sobre las inquietantes y provocadoras aseveraciones e interpelaciones que alientan este libro y ello tendrá lugar en correspondencia con su conocimiento previo, más o menos amplio, sobre ese espacio cultural que tan elusivo sigue resultando para los cubanos. No obstante, aunque esta no es una historia del Caribe, ni siquiera de todo el Caribe holandés, los lectores lograrán entrar en contacto con los rasgos distintivos de la unicidad y diversidad de la región desde el ángulo particular del Caribe creado por Holanda.

Como la diáspora antillano-holandesa en su decurso tuvo también un destino cubano, para los descendientes de los antillanos holandeses en Cuba este libro servirá al conocimiento de los orígenes de sus ancestros, esos que un día llegaron en busca de un bienestar que no alcanzaron; pero que contribuyeron a fecundar la cubanidad.

Por todo lo dicho y por los otros provechos que los lectores encontrarán en las páginas de *El Caribe holandés...*, reciba doctor Gert Oostindie la más cálida bienvenida en su segundo encuentro con la Mayor de las Antillas.

GRACIELA CHAILLOUX LAFFITA
La Habana, agosto de 2014

Notas

- ¹ Cantidad de trabajadores arubeños que viajaron a Cuba en el periodo 1917-1922

Año	Cantidad
1917	140
1918	700
1919	755
1920	1 906
1921	556
1922	15

FUENTE: Donata, p. 23, en J. A. Pietersz: *De Arubaanse Arbeidsmigratie 1890-1930*, Caribische afdeling K. I. T. L. V., Leiden, 1985.

Número de curazoleños que emigraron a Cuba

1917	144
1918	501
1919	1 405
1920	292
Total	2 300

FUENTE: Allen, p. 3 en A. F. Paula, A. F.: *Problem rondon de emigratei van arbeiders uit de kolonie Curazao naar Cuba, 1917-1937*, Central Historisch Archief, Curazao, 1973.

Prefacio a la edición en español

La vida toma rumbos extraordinarios que resultan a veces hermosos. En 1981, entonces todavía un joven estudiante de Historia en Amsterdam, trabajé durante tres meses en el Archivo Histórico Nacional y en la Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana. Mi investigación estaba dirigida a la historia más temprana del ferrocarril en Cuba, y prácticamente todos los cubanos con quienes conversé encontraron curioso que un estudiante holandés estuviera interesado en el tema. Observé otro hecho: a los cubanos les agrada su propia historia y también, por suerte, los extranjeros que se interesan por ella. Si bien luego mi carrera académica tomó rumbos diferentes, el recuerdo de Cuba nunca me abandonó. Por eso me alegra y agradezco que mi libro sobre el Caribe holandés aparezca ahora en una edición en español precisamente en La Habana. Aprovecho para expresar mi gratitud a la Editorial José Martí y particularmente a la traductora Maritza Cristina García Pallas.

Este libro se publicó en 1997 en holandés bajo el título *Het paradijs overzee* y se reeditó luego en varias ocasiones, la quinta fue a inicios de 2011. Aquella fue para mí la última oportunidad de añadir algo a un texto que había sido escrito mayoritariamente hacía ya veinte años. Con algunos cambios, he incluido en la edición en español el prefacio a la edición en inglés, que fue publicada con el título *Paradise Overseas. The Dutch Caribbean: Colonialism and its Transatlantic Legacies* (Macmillan, 2005), y que constituye la base de la presente edición en español.

Este prefacio tiene un doble propósito: primero reflexionar, en parte como respuesta a la recepción del libro, sobre las posiciones que adopté al escribir *El Caribe holandés*. Luego destaco algunas observaciones acerca de la evolución de Surinam y las Antillas y su relación con los Países Bajos —o brevemente, aunque no es del todo

correcto, «Holanda»—, así como sobre la «Holanda caribeña».¹ Lo que explícitamente no haré es analizar lo mucho que se ha añadido en los últimos quince años a los estantes llenos de conocimientos, académicos y de otra índole, sobre el Caribe holandés y sus relaciones con Holanda y su entorno inmediato.

De modo que este prefacio tiene un tono personal. Lo que también vale para el libro original, que escribí entonces en la creencia de que habría de ser una suerte de balance provisional: lo aprendido hasta ese momento y mi visión de conjunto sobre el Caribe holandés y Holanda.

¿Lo habría hecho todo muy diferente ahora? Ya me hice esa pregunta cuando preparaba la versión en inglés de 2005. Para aquella versión eliminé las introducciones a las cuatro partes y algunos capítulos. Aquí y allá añadí varios elementos: una perspectiva comparativa más amplia sobre la historia colonial holandesa, y algunas actualizaciones históricas e historiográficas.

En los meses que siguieron a la publicación de *Het paradijs overzee*, no solo aparecieron con frecuencia reseñas sobre el libro, en general positivas, sino que además atrajo la atención de la prensa holandesa el llamado Caribe «holandés», algo que por supuesto me agradó, pero que también me sorprendió (y otro tanto al editor). Al parecer, estaba surgiendo un mercado para las publicaciones sobre «Occidente», que siempre había quedado a la sombra de las Indias Orientales holandesas. En el fondo desempeñó un papel importante el fuerte crecimiento de la comunidad caribeña en Holanda, y el reconocimiento de que esta nación no había dejado atrás la relación con sus dos antiguas colonias. Ese mercado y el número de publicaciones sobre lo que alguna vez se llamó las «Indias Occidentales» solo han crecido desde entonces, en un buen movimiento de recuperación.

No puedo quejarme sobre el tenor de las reseñas, aunque por supuesto también hubo reproches. Algunos críticos echaron de menos un marco teórico más fijo. Al respecto, y lo sostengo ahora tras un montón de libros propios, sigo pensando que los historiadores tienen que estar familiarizados con los debates teóricos —y sobre todo los comparativos, que deben describir sus premisas y conceptos

propios con claridad—, pero que en la investigación histórica se trata, sobre todo, de presentar nuevos datos y de establecer relaciones diferentes entre los datos conocidos y los recientes. Habría sido escaso el valor añadido de una introducción teórica de peso en un libro como este destinado a un público más amplio.

Lo que me preocupó mucho más fue el reproche de que yo no había tomado distancia de las crueldades de la esclavitud, o de que había sido, en sentido más amplio, poco crítico respecto al colonialismo holandés. Es cierto que en el libro intento mantenerme lejos de una actitud moralizante. Creo que mi obra posterior tiene ese mismo tono, que por lo visto se aviene con mi personalidad. Me percato ahora con mayor claridad de que la búsqueda constante de una comparación histórica y regional y sus matices puede generar irritación, como si se «relativizara» lo que ahora se percibe ampliamente como una injusticia histórica. No era esa mi intención. Pero tengo la convicción —ahora y entonces— de que la ciencia sirve primeramente para entender e interpretar el pasado y su legado contemporáneo, no para emitir continuos e ineludibles juicios morales sobre ellos.

Mirando hacia atrás no pienso que haya mucho de superfluo en el libro, si bien en algunas partes podría haber sido más escueto. Me llama la atención que comenté la temática del transnacionalismo un poco como de pasada —de ello, al parecer, sabía demasiado poco por entonces—. Lo anterior también vale, en sentido más amplio, para aquellas partes del libro de temática más antropológica. En el último capítulo menciono algo al respecto. Subrayé que no pretendía presentar una «etnografía alternativa» de Surinam o de las Antillas, sino que me interesaba más «formular preguntas sobre la manera en que los líderes de opinión involucrados preferían pensar y hablar sobre la identidad nacional». Quizás hubiera sido necesario aclarar que no tenía el conocimiento ni el tiempo para ese trabajo etnográfico, y eso quisiera explicarlo ahora. Soy un historiador con un marcado interés por temas antropológicos, pero no soy antropólogo.

Este libro no es una historia convencional de Surinam y de las Antillas. Esa tampoco fue mi intención. Más de una vez he dejado claro que los contrastes entre ellos son demasiado grandes, y no es

mera coincidencia que en los últimos quince años no se haya publicado otro libro donde se examinen, interrelacionándolas, la historia colonial y la historia más reciente del Caribe holandés en su relación con Holanda. Pienso que mi enfoque en ese sentido fue innovador, pero tengo que remarcar una vez más que este libro no intenta ser exhaustivo ni sigue un orden cronológico demasiado estricto. En aquel momento no quise escribir una historia convencional, ni tampoco me interesa hacerlo ahora. Este no pretende ser un manual histórico.

¿Cuáles han sido las tendencias más importantes en el tiempo transcurrido desde la primera edición, y hasta qué punto resultan sorprendentes a la luz de mi *tour d'horizon* de 1997? He elegido cuatro puntos, aunque estoy consciente de que la selección no es de por sí muy obvia.

En primer lugar, *la evolución constitucional y política*. Para las Antillas holandesas la historia es clara. En octubre de 2010 fueron desmanteladas como país. Las islas eligieron separarse entre sí, pero no abandonar el Reino de los Países Bajos, que ahora consta de cuatro países (hoy, aparte de Holanda, lo integran Aruba, Curazao y San Martín), mientras que Bonaire, San Eustaquio y Saba se convirtieron en «entidades públicas», una especie de municipios de Holanda. Al mismo tiempo, el papel del gobierno holandés se fortaleció. Esa evolución se corresponde con mis análisis en el libro sobre la continua no-soberanía como un resultado al mismo tiempo sorprendente y lógico —y sobre todo, deseado en el Caribe non-soberano— del proceso de descolonización, sobre la escasa unidad de las Antillas y sobre la intensificación de la participación de La Haya, que inevitablemente genera tensiones y da pie al reproche de una «recolonización».

Desde el punto de vista constitucional, Surinam cambió poco; la idea de una vuelta al Reino, que todavía se defendía en los tempranos años noventa, llegó a ser pasado perfecto, algo que no es de extrañar. El desarrollo político sí fue notable. Coaliciones y presidentes de la «vieja» y de la nueva política se alternaban, y en 2010 el antiguo líder del ejército y golpista Desi Bouterse pudo reclamar la presidencia de forma legal. Este sorprendente resultado fue posible porque los go-

biernos anteriores no estaban dispuestos o no fueron capaces de acelerar el proceso legal de los «asesinatos de diciembre de 1982» y de los excesos durante la guerra civil. De mayor importancia fue el cambio generacional, que tuvo lugar no solo en la política sino también en el electorado. Los surinameses jóvenes al parecer se preocupan menos por los asuntos dudosos del pasado y se dejan llevar más por las promesas y el desempeño de la política «multiétnica» de Bouterse. Como quiera que sea, la vuelta al poder del líder marcó y reforzó un proceso de distanciamiento interestatal que ya llevaba tiempo en marcha, si bien antes era buscado sobre todo por La Haya.

Desde el punto de vista de las relaciones políticas internacionales hubo poco cambio. Las Antillas seguían orientadas políticamente hacia Holanda, y económicamente hacia su entorno inmediato y los Estados Unidos. Bajo la presidencia de Hugo Chávez —ya fallecido—, Venezuela hizo ocasionales reclamos hacia las Islas de Sotavento, pero aquellos quedaron en escaramuzas verbales y es probable que siga así. Paralelamente al gradual alejamiento interestatal entre Surinam y Holanda tuvo lugar una solidificación consciente de los lazos regionales, sobre todo a través del Caricom (1995), y un interés más fuerte y posiblemente de mayor importancia hacia las antiguas y nuevas superpotencias —los Estados Unidos de un lado, Brasil y China del otro.

Un segundo tema es *el desarrollo económico y los consiguientes movimientos migratorios* asociados a él. De nuevo aquí la imagen de Surinam resulta sorprendente. Se puede hablar de una cierta recuperación económica y de una mejora de perspectivas. El crecimiento no provino del aparato gubernamental, que desde hace décadas ha sido demasiado grande, ni tampoco del fin de la ayuda al desarrollo de La Haya, sino del provecho renovado, legal o no, de los recursos naturales, de la inversión externa y del apoyo de la comunidad surinamesa en Holanda. Con este crecimiento también han llegado decenas de miles de inmigrantes, sobre todo procedentes de Brasil y China. Simultáneamente resultó irreversible la urbanización de las comunidades de cimarrones, iniciada a lo largo de la guerra civil. Todo esto suscitó que la composición étnica de Surinam, sobre todo en Paramaribo y sus alrededores, cambiara drásticamente. Ya se

observan las consecuencias económicas, políticas y culturales de dicho cambio, y en los años venideros serán más claras.

El desarrollo económico y demográfico de las seis islas caribeñas fue previsible. El crecimiento —mayoritariamente apoyado en el turismo— de Aruba y San Martín continuó, además, con altos costos ecológicos. Ambas islas funcionaron como un imán para inmigrantes laborales de los alrededores, lo cual plantea cada vez con más fuerza —independientemente de todo tipo de problemas sociales— la cuestión de quién es un «verdadero» isleño, y qué derechos y deberes tienen los recién llegados. Un fenómeno totalmente diferente tuvo lugar en Curazao, donde en un contexto de estancamiento económico ha seguido produciéndose una migración permanente, aunque limitada, desde el entorno caribeño hacia Holanda, en tal medida que casi la mitad de la comunidad curazoleña vive en la nación europea.

Así llegamos al *transnacionalismo*, un tema al que tal vez hubiera debido prestar mayor atención cuando escribí este libro. Veo allí dos tendencias diferentes. El desarrollo demográfico de la «comunidad surinamesa» entre 1970 y 2010 se perfilaba sobre todo en Holanda. Mientras que en Surinam la población de 350 000 habitantes primero disminuyó y creció después lentamente hacia los 500 000, el número de surinameses en Holanda se multiplicó, pasando de unos escasos 30 000 a más de 335 000. De ahí que la comunidad surinamesa haya devenido la comunidad transnacional por excelencia, como resultado de intensos contactos personales y virtuales, el crecimiento espectacular de los vuelos de ida y vuelta, el significativo apoyo en dinero y en especie que se ha dado a Surinam desde Holanda y la amplia circulación de noticias e ideas, gracias a los nuevos medios digitales.

No debería sorprender la opinión de algunos acerca de que ha surgido una comunidad transnacional sólida y duradera. Yo estoy menos convencido de ello. En primer lugar, cuestiono el concepto mismo de «comunidad». Aun cuando en Surinam se intenta —desde el gobierno, pero también por algunos actores sociales— promover continuamente el sentimiento nacional, en Holanda parece destacar un patrón según el cual los surinameses se perfilan más según

su origen étnico (afro-surinamés, indostaní, javanés) que nacional —y eso si no se les define meramente como holandeses «de color»—. El cambio generacional y la exogamia (el inicio de relaciones con personas de otros grupos), desempeñan allí un papel importante. Lo primero implica que la segunda generación y las siguientes tengan una menor relación directa con el país de origen que sus padres o abuelos, algo para nada irrelevante si se atiende al hecho de que ya la mitad de los «holandeses surinameses» nació en Holanda. El alto índice de exogamia, sobre todo entre afro-surinameses, supone además que un creciente número de los holandeses que se consideran parte de la comunidad surinamesa tengan solo un fragmento de sus «raíces» al otro lado del océano.

Lo anterior no significa que no existan fuertes lazos entre ambos países y en especial dentro de la comunidad transnacional. Me parece ingenuo, no obstante, presuponer que estos vínculos se mantendrán con idéntica fuerza con el transcurso del tiempo. La legislación holandesa ha reducido a un mínimo la migración desde Surinam a Holanda, y el índice de repatriación sigue siendo bajo. No es menos cierto el hecho de que muchos holandeses surinameses de edad avanzada viven una parte del año en su país de origen, o tienen planes de hacerlo, pero el caso es que las dos partes de esa supuesta comunidad demográfica se desarrollan por separado. Por lo demás, en otros sentidos ya se está perfilando una creciente diferencia. Un buen ejemplo de ello es la arena política. Empiezan a quedar lejos los días en que los surinameses en Holanda tenían influencia profunda en la política surinamesa y los partidos surinameses mantenían también departamentos activos en Holanda. Resulta ilustrativo de esa brecha que, según los sondeos de opinión, los surinameses en Holanda se opusieron mucho más a la presidencia de Bouterse que el electorado en Surinam.

En las Antillas de momento la cuestión es otra. El rechazo a asumir la independencia está vinculado al deseo de mantener el derecho a la residencia en Holanda. De ese derecho han hecho abundante uso los habitantes de las seis islas, sobre todo los de Curazao, en las últimas décadas. Si en 1970 vivían 13 500 antillanos en Holanda, ahora el número se ha multiplicado por diez. Hubo años en los que las

cifras de repatriación fueron más altas que las de asentamiento, pero la tendencia es clara —y eso hace que casi la mitad de todos los curazoleños viva ahora en Holanda, un porcentaje que para las otras islas resulta mucho menor—. De una comunidad antillana transnacional no puede hablarse sin matices, pero sí de una comunidad curazoleña transnacional.

¿Cómo se desarrollará esta comunidad? La política de La Haya en los últimos años ha insistido cada vez más en la limitación de la libre entrada de antillanos a Holanda. No creo que ese reclamo enmudezca, pero tampoco creo que conduzca a medidas reales. Eso significa que el tráfico migratorio circular de ida y vuelta continuará, por ahora sobre todo entre Curazao y Holanda, si bien esto puede cambiar según el desarrollo económico de las otras islas. Mientras exista ese tráfico migratorio libre y tan marcadamente circular, se puede hablar con razón de una comunidad curazoleña transnacional. Ahora bien, es de prever que también aquí se cree cierto distanciamiento a largo plazo, de nuevo bajo la influencia del cambio generacional y la exogamia. No pienso que disminuya la orientación curazoleña hacia Holanda, pero sí que la segunda generación y las posteriores de holandeses antillanos estarán menos vinculadas con su isla natal, y al respecto la prueba de fuego será ver por cuánto tiempo seguirán hablando papiamento.

En el último capítulo del libro comentaba, entre otras cosas, el *significado de la historia colonial para la identidad holandesa*. Comprobé con cierto asombro que sobre esto último se hablaba poco, y menos en público. La situación ha cambiado mucho. Con la influencia de las migraciones poscoloniales y, en un sentido más amplio, con el debate sobre el multiculturalismo —de nuevo descalificado— se habló mucho sobre la historia colonial, y en cuanto a Surinam y las Antillas, sobre todo, con un tono de culpa. En 1997 hacía notar que en Holanda no existía en parte alguna un monumento que conmemorara la trata transatlántica de esclavos y la esclavitud, pero entretanto en Amsterdam fueron erigidos un monumento nacional y otras piezas conmemorativas, algo que se repitió poco tiempo después en otras ciudades holandesas. Se fundó el Instituto Nacional del Pasado Holandés de Esclavitud (NiNsee), y se

inauguró una estatua de Anton de Kom en Amsterdam Zuidoost y un monumento a la migración hindú en La Haya; no obstante, la lista está lejos de completarse. Algo similar ocurrió con el tratamiento del tema en la educación, las exposiciones de museos y en los medios de comunicación: sin dudas, hubo muestras de una recuperación en la que, por primera vez, las colonias «occidentales» salían un poco de la sombra de «las Indias orientales».

Con este libro quise contribuir a hacer visibles los vínculos entre Surinam, las Antillas y Holanda. Trataba además cuestiones de la historia y de la identidad, y como es natural intervine también más tarde en los múltiples debates sociales y políticos que se desarrollaron al respecto. Por supuesto, estaba y estoy contento con el hecho de que esta historia, muchas veces olvidada y a veces activamente reprimida, se haya dado a conocer con mayor amplitud.

Lo anterior no quita que en los debates sobre el «lado oscuro» de la historia y la identidad holandesas también me viera confrontado con puntos de vista y emociones ante los que no siempre supe bien qué hacer. Que desde el lado holandés se hablara con desdén del «lloriqueo» sobre el colonialismo y la esclavitud no me sorprendía tanto, ni tampoco que entre la comunidad antillana y surinamesa se opinara de forma tan distinta sobre el colonialismo y su legado actual, y sobre la cuestión de si Holanda podría y debería rectificar esto, y cómo. Esos debates a menudo fueron muy emotivos, y hoy, en retrospectiva, me doy cuenta que con frecuencia vi demasiado tarde la hondura de esas emociones. A veces, sin querer y sin poder controlarlo, me sentí cada vez más «blanco».

Con más distancia he podido comprobar que la intensidad es inevitable, igual que la tendencia a distinguir entre historiadores negros *versus* historiadores blancos. Ahora bien, no puedo evitar el arribo a la conclusión de que el tono y el nivel de estos debates —más en los círculos pequeños, los medios de comunicación y los espacios virtuales que en los medios académicos— fue a menudo decepcionante. De modo que solo puedo reiterar la posición que siempre he defendido. Al reflexionar sobre la historia y su legado actual, hay todo un espacio para múltiples perspectivas, pero en última instancia es un camino funesto establecer una distinción de principios entre perspectivas

muy apegadas al origen o a la identidad. Es por eso que la distinción entre perspectivas «negras» o «blancas» sobre la historia caribeña no llega a ninguna parte desde un punto de vista académico.

Al final del libro abogaba por nuevas investigaciones despojadas de limitaciones acerca de lo que se puede y no se puede o no se debe decir en una historia poscolonial. En publicaciones posteriores me he comprometido con ese llamado. Tal como lo hice antes al escribir este libro y ahora con este prefacio, espero seguir inspirando a mis lectores a coincidir conmigo o —por qué no— a discrepar.

Nota

- ¹ Holanda fue solamente una provincia, aunque la más importante, de la República de los Países Bajos. En la actualidad, dos de las doce provincias neerlandesas se llaman «Holanda», una «del Norte» y la otra «del Sur». Generalmente, por razones de brevedad, y tanto en inglés como en español, se emplea el vocablo «Holanda» para referirse a todo el país y se les llama «holandeses» a los «neerlandeses». Así lo haré también en este libro.

Prefacio a la edición en inglés

Los holandeses permanecieron en el Caribe durante cuatro siglos. Arribaron con grandes expectativas que en su mayoría no se cumplieron. Cuando quisieron abandonar las Antillas ya no les fue posible hacerlo y aún hoy constituyen una presencia significativa en la región, tal vez a su pesar. Durante el periodo que duró la ocupación holandesa nuevas sociedades emergieron prácticamente de la nada: Surinam, en la costa noreste del continente suramericano y seis islas en el mar Caribe. Fue solo recientemente que estas posesiones comenzaron, desde la perspectiva neerlandesa, a resultar menos foráneas y, a su manera, más holandesas. Esta transformación ha sido recibida con emociones encontradas en la «madre patria».

El Caribe holandés ofrece un recorrido por los principales temas de una historia que continúa vinculando las antiguas colonias con los Países Bajos. Es este un libro sobre el egoísmo, a menudo terrible, la negligencia y candidez de los holandeses; y también acerca de los ocasionales y desesperados intentos de redimir este pasado. El texto trata de los surinameses, antillanos y arubeños; así como de sus experiencias durante el colonialismo y su laboriosa forja de identidades únicas. Aborda, además, la naturaleza nebulosa de lo que tan engañosamente llaman el «Caribe holandés», un conjunto de regiones que nunca ha sido culturalmente uniforme y cuyos habitantes son difíciles de definir, incluso en términos geográficos, desde que comenzara el éxodo masivo a los Países Bajos en 1970.¹

Este libro no se ha propuesto mostrar un recuento histórico exhaustivo del Caribe holandés. Los pocos intentos que se han llevado a cabo en este sentido han terminado ilustrando sobre todo que esta etiqueta es inadecuada para designar esta realidad multifacética. Tampoco intenta ocuparse, en igual medida, de todas las partes del

modesto imperio holandés en América ni de todos los periodos de esta historia. Solo mencionaré de pasada los temas y episodios que, aunque importantes, no son particularmente relevantes para el marco referencial de este libro, que es el análisis del crecimiento experimentado a lo largo de los siglos por este abanico de sociedades hasta alcanzar su presente carácter dual, al menos aparentemente, caribeño y holandés al mismo tiempo.

Todos los capítulos de este libro pueden leerse como textos individuales pues cada uno aborda una arista diferente y saltan tanto en el tiempo como en el espacio. Los primeros capítulos tienen un carácter más historiográfico, mientras que los siguientes constituyen análisis más explícitos sobre el presente. El énfasis se desplaza de las colonias caribeñas a la metrópolis, y de ahí a la interacción entre las tres puntas del triángulo asimétrico que forman las islas caribeñas, Surinam y los Países Bajos.

El título original, *Paraíso de ultramar*, es una variación del título de la novela *Het paradijs van Oranje* (El paraíso de Orange, 1973), de la autora surinamesa Bea Vianen, que aborda la emigración surinamesa a los Países Bajos. Mi título, *Paraíso de ultramar*, viaja algo más atrás en la historia y alude a las grandes expectativas albergadas a ambos lados del Atlántico. Expectativas que hace siglos llevaron a los holandeses a embarcarse en un viaje hacia el Caribe, y que luego fueron fomentadas por sus descendientes, pero sobre todo, por los descendientes de los africanos esclavizados y de los trabajadores asiáticos importados mediante contrato, quienes posteriormente realizaron el mismo viaje en dirección opuesta. Que raras veces lo encontrado haya sido el paraíso puede ser triste, pero difícilmente sorprendente. No obstante, respeto los sueños, tanto los viejos como los nuevos; puede haber un toque de ironía en el título que he elegido, pero he tratado de mostrar a los soñadores el respeto que merecen.

Este texto tiene sus raíces en un libro publicado en holandés en 1997 con el título de *Het paradijs overzee*.² Aunque el libro fue bien recibido en el mundo de habla holandesa y actualmente cuenta con una tercera edición, lo pensé considerablemente antes de decidirme a publicar una versión en inglés. A pesar de estar

convencido de la necesidad de un estudio serio sobre el Caribe holandés, esa parte ilegible y por ende olvidada del universo atlántico, tenía mis dudas sobre si una simple traducción de *Het paradisijs overzee* bastaría para satisfacer dicha necesidad. Que este libro vea la luz es en parte atribuible al estímulo que recibí de muchos colegas «de ultramar» y en parte al hecho de que cada vez se me hizo más claro que debía cambiarlo para adaptarlo a un público anglohablante, probablemente familiarizado con los puntos fundamentales de la historia del Atlántico y que, por ende, estaría más interesado en saber cómo la historia del Caribe holandés entronca con la de los países que lo rodean.

Paradise Overseas es, por tanto, una versión revisada del original en holandés. Mientras que *Het paradisijs overzee* se componía de diez ensayos distribuidos en cuatro secciones, este libro contiene siete ensayos consecutivos. He omitido las introducciones a cada una de las cuatro secciones, así como al penúltimo capítulo porque estas dibujaban un contexto caribeño más amplio para el lector holandés, que no considero necesario presentarle a un público de habla inglesa. También he excluido dos capítulos que abordan en detalle asuntos de la órbita holandesa.³

Por oposición a estos despiadados recortes, también se hizo una relectura crítica y una revisión y actualización de los ensayos, lo cual condujo a ampliar el primer capítulo y el último. Además he incluido referencias a publicaciones muy importantes de otros autores, así como a mi propio trabajo reciente y, cuando ha sido pertinente, he incluido comentarios críticos sobre estas publicaciones.⁴ Es por ello que este libro es actual en términos de su abordaje del tema pero también en tanto guía sobre la literatura académica más significativa. He tenido particular cuidado en incluir literatura relevante en inglés. Ya se habían publicado tres capítulos en inglés y fueron revisados para este libro.⁵ Escribí algunas partes del texto en inglés, mientras que otras fueron traducidas del original en holandés por Annabel Howland y Peter Mason. Agradezco a la Organización de los Países Bajos para la Investigación Científica (NWO) por haber subvencionado la traducción y haber hecho posible este volumen.

Durante la redacción de *Het paradijs overzee* y posteriormente de *Paradise Overseas*, recibí retroalimentación crítica de muchas fuentes, a veces en relación con un solo capítulo, otras sobre diversas partes del manuscrito. He tenido en cuenta todos esos comentarios y en muchos casos he incorporado sus sugerencias al texto. Me gustaría agradecer en especial a Michiel Baud, Allison Blakely, Frank Bovenkerk, Aart G. Broek, Seymour Drescher, Pieter C. Emmer, Ruben Gowricharn, Gad Heuman, Rosemarijn Hoefte, Michiel van Kempen, Inge Klinkers,¹ Franklin W. Knight, Boeli van Leeuwen, Emy Maduro, Sidney W. Mintz, Richard y Sally Price, Alex van Stipriaan, Michel-Rolph Trouillot y Peter Verton.

Estoy particularmente endeudado con Harry Hoetink e Ingrid Koulen, quienes leyeron fragmentos extensos de las primeras versiones de *Het paradijs overzee* y contribuyeron con sus invaluable críticas. Llegue a ambos mi gratitud pues cada uno a su manera ha ejercido en mí una profunda influencia durante muchos años.

GJO, septiembre de 2003

Notas

- ¹ No obstante, para evitar el tedioso empleo de comillas, y como concesión a la legibilidad, usaré el término colectivo *Caribe holandés*, sin las intelectuales y políticamente más satisfactorias comillas. Una segunda concesión consiste en el uso del término *antillano*, incluso para Aruba, aun cuando este país goza de autonomía dentro del Reino de los Países Bajos desde 1986 y desde entonces está separado de las cinco islas que conforman las Antillas Neerlandesas .
- ² Oostindie 1997, 1998, y reimpresso por KITLV Press en 2001.
- ³ El tercer capítulo de *Het paradijs overzee* («Voltaire, Stedman, en de Surinaamse slavernij») fue publicado en inglés en *Slavery & Abolition*, 14/2, 1993: 1-34), con el título «Voltaire, Stedman and Suriname Slavery». En este ensayo examino los clichés de la historiografía relacionados con la crueldad supuestamente excepcional de la esclavitud surinamesa. Este capítulo fue malinterpretado por muchos como una apología del colonialismo neerlandés. Por ello no se ha reproducido aquí. Una segunda razón, algo más pragmática, es que ya está disponible en inglés y no añadiría nada de importancia al contexto de este libro.

Debido a la naturaleza del material empleado, el séptimo capítulo del libro original, «Hetvoorspel tot de exodus» (o sea, Preludio del éxodo), proporciona inevitablemente un recuento anecdótico de la historia temprana de la inmigración de antillanos y surinameses en los Países Bajos. Aun cuando estimo inapreciables tales anécdotas, ellas no son más que apostillas a la historia del reciente éxodo del Caribe a los Países Bajos, asunto que abordo en el último capítulo aquí publicado bajo el título de «Las engañosas continuidades de la diáspora». Ver también Oostindie, 1990.

Despojado de todo tipo de formalidad y de casi todas sus notas al pie, el capítulo 9 («Conflictos caribeños»), conformaba el texto de la conferencia inaugural que pronuncié al asumir mi cátedra como profesor de Estudios Caribeños en la Universidad de Utrecht el 18 de enero de 1994 (KITLV Uitgeverij, Leiden, 1994). El cuerpo central de este texto consistía en un breve compendio de los temas de investigación caribeños y contemporáneos vistos a la luz de lo que considero el Caribe holandés. En esta edición en inglés no es necesario incluir el análisis sobre el Caribe en un sentido regional más amplio, así como sobre temas de investigación generales, de ahí que los haya omitido y me haya concentrado en el Caribe holandés.

- ⁴ Especialmente Oostindie 1999 y 2001; Oostindie y Verton, 1998; Oostindie y Klinkers, 2001 y 2003.
- ⁵ El capítulo 2 se presenta con revisiones ligeras en las notas al pie a partir de «Same Old Song? Perspectives on Slavery and Slaves in Suriname and Curaçao» (¿La misma historia? Enfoques sobre la esclavitud y los esclavos en Surinam y Curazao), en Gert Oostindie (ed.), *Fifty Years Later; Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*, pp. 143-178, KITLV Press Leiden, 1995; University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1996. El capítulo 5 resulta de una revisión exhaustiva y actualizada de la versión de «Ethnicity, Nationalism, and the Exodus: The Dutch Caribbean Predicament», en Gert Oostindie (ed.), *Ethnicity in the Caribbean; Essays in Honor of Harry Hoetink*, pp. 206-231, Macmillan, Londres, 1996. El capítulo 6 es una versión modificada de «The Delusive Continuities of the Dutch Caribbean Diaspora» (Las engañosas continuidades de la diáspora caribeño-holandesa) en Mary Chamberlain (ed.), *Caribbean Migration; Globalised Identities*, pp. 127-147, Routledge, Londres, 1998.

CAPÍTULO 1

Mundos aparte

A primera vista la historia de los holandeses en el Caribe pareciera estar de una forma u otra fuera de lugar. No era Holanda en los trópicos, pero entonces, ¿qué era? Aunque la topografía indique lo contrario, las colonias holandesas en el continente sudamericano no guardaban mucha relación con su entorno latinoamericano, lo cual también es aplicable a la mayoría de las Antillas. No importa cuán lejos viajemos en el tiempo, el papel de los holandeses en la historia latinoamericana ha sido básicamente marginal. El Caribe fue la única región donde los holandeses desempeñaron un papel de cierta importancia y aún hoy constituyen una presencia. Pero incluso en esa pequeña parte del Nuevo Mundo el impacto de los Países Bajos siguió siendo modesto.¹

La aparente monotonía de esta historia también hace que parezca fuera de lugar. La cultura latinoamericana, que los europeos se apresuraron a concebir unilateralmente como una sola, evoca lo que el cubano Alejo Carpentier designara como *lo real maravilloso*: una mezcla fascinante de extrañas realidades e imposibles mundos de ensueño que los europeos no podemos comprender. La historia holandesa en esta parte del mundo no resiste la comparación. Es un mundo de plantaciones azucareras y esclavitud despiadada, pero ante todo es la trivial historia de los intereses de las casas comerciales holandesas en las Indias Occidentales, un episodio insignificante en esa gran narración que es la historia.

Sin embargo, un análisis más riguroso revela un relato extraordinario antes que monótono. El colonialismo holandés en esta región no fue heroico sino cruel. Construido sobre los cimientos de falsas expectativas constituyó, notablemente solo hasta un punto limitado,

obra de los propios holandeses. Como resultado surgieron unos países poco viables que por lo general se convirtieron en una carga para los Países Bajos y solo excepcionalmente en fuente de ganancias. Una relectura de esta historia provoca sobre todo asombro ante tanta incongruencia y es inevitable preguntarse por qué no se disolvió este vínculo mucho antes.

De Brasil al Caribe

La historia de la América holandesa comienza como consecuencia de la revuelta de los Países Bajos contra España, que a su vez condujo a la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648) y a la fundación de la República Holandesa. El Caribe se convirtió en un nuevo frente de batalla desde el cual los rebeldes hicieron trizas el monopolio español, y aseguraron además el suministro de sal para la industria del arenque, importante pilar de la economía holandesa. En aquella época la línea divisoria entre guerra y piratería no era muy clara. En sus comienzos la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, basada en el exitoso modelo de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fue poco más que un instrumento de guerra y corso. De ahí que el ataque de Piet Heyn a una flota española cargada de tesoros en la bahía cubana de Matanzas, en 1628, se considerara una hazaña heroica, a la que aún hoy le cantan los himnos de fútbol holandeses sin tener la más mínima idea del trasfondo histórico de sus himnos.² Las islas y los barcos se capturaban, se perdían, se recuperaban y se volvían a perder.

Los holandeses trataron de hacerse de una plaza en Brasil, una colonia de Portugal que en aquella época había estado temporalmente bajo el dominio español. La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales controló el nordeste brasileño entre 1630 y 1654. Fue en este entonces cuando los Países Bajos se involucraron en el sistema Atlántico de tráfico de esclavos y de producción plantacionista, ese amasijo de ilusiones económicas, avances tecnológicos, relaciones mercantiles, indiferencia moral y pura crueldad. La necesidad de garantizar el suministro de esclavos para las plantaciones brasileñas condujo a los holandeses a las costas africanas, en las

cuales establecieron factorías que estuvieron bajo su poder hasta bien entrado el siglo XIX. La importancia del comercio de esclavos decreció rápidamente. Durante el periodo brasileño, las provincias de Holanda y Zelanda estuvieron probablemente entre los mayores comerciantes transatlánticos. Sin embargo, esta edad dorada —entonces apenas se escuchaban objeciones morales— duró poco. Desde finales del siglo XVII los holandeses tuvieron que limitarse a garantizar el suministro de sus propias colonias. En la actualidad se estima que la participación de los holandeses en la totalidad del comercio transatlántico de esclavos fue aproximadamente del 5 %; los registros de las casas comerciales de Holanda y Zelanda recogen que unos 600 000 africanos cautivos recorrieron la terrible ruta marítima conocida como el «paso del medio».³

Con la pérdida de Brasil, el centro de la América holandesa se desplazó permanentemente hacia el Caribe. Nueva Amsterdam (la actual Nueva York), el enclave holandés en Norteamérica, también se perdió por esta época. Para finales del siglo XVII ya había terminado la primera ronda de guerras y redistribución en el archipiélago. Al final, España conservó las Antillas Mayores (menos la parte oeste de La Española) mientras que Gran Bretaña y Francia le arrebataron a esta una serie de pequeñas islas previamente debilitadas por los holandeses. Todo lo que le quedó a los holandeses fueron seis pequeñas islas en el Caribe y unas cuantas colonias en la costa norte de Sudamérica de las cuales la más importante era Surinam.

Un legado en particular vincula al Brasil holandés con el Caribe. Durante sus incursiones brasileñas los empresarios holandeses, en su mayoría de origen ibérico, contribuyeron a la exportación del modelo plantacionista de producción azucarera al Caribe. Financiados por el crédito holandés llevaron la tecnología y los primeros contingentes de esclavos a la isla británica de Barbados. Mientras que las plantaciones españolas en el Caribe, que databan de principios del siglo XVI, llevaban una lánguida existencia, las plantaciones azucareras de Barbados se convirtieron en un modelo que marcó el Caribe no hispánico en el lapso de unas pocas generaciones. La República Holandesa desarrolló sus propias colonias en la costa norte de América del Sur según este modelo. Los Países Bajos y sus

nuevos ciudadanos, anteriormente ibéricos, tienen el dudoso honor de haber contribuido sustancialmente a esta «revolución plantacionista en el Caribe». La pérdida de Brasil impulsó aún más este proceso porque muchos colonos sefarditas que se habían establecido allí decidieron no esperar a que los católicos portugueses regresaran, y se mudaron a los Países Bajos o a sus colonias. Las redes trasatlánticas sefarditas desempeñarían un papel decisivo en el desarrollo ulterior del Caribe holandés.

Hasta cierto punto esto resume el primer periodo histórico del Caribe holandés. En unas pocas décadas Surinam se transformó en una colonia de plantación próspera o al menos de rápido crecimiento. Curazao, poco adecuada para la agricultura, sirvió como centro de comercio (contrabando) y repositorio de esclavos. Las islas restantes, con la excepción de algunos episodios, no tenían particular importancia. Las tres pequeñas colonias en la costa norte de Sudamérica —Berbice, Demerara y Esequibo— siempre estuvieron a la sombra de la vecina Surinam. No fue hasta después de 1800 que estas regiones se desarrollaron bajo el control del Reino Unido como la Guyana Británica. Así, la historia colonial del Caribe holandés hasta el siglo xx es fundamentalmente la historia de Surinam y Curazao.

En busca de El Dorado

Entonces, ¿qué motivó a los primeros colonos? No es precisamente de excesivo celo religioso que se puede acusar a los fundadores de las «Indias Occidentales Holandesas». Los numerosos panfletos redactados por Willem Usselinx, el autor intelectual de la Compañía de las Indias Occidentales, abundan en razones económicas y geopolíticas que justifican la fundación de un imperio en el Nuevo Mundo. Las muestras de fervor religioso tienden a ser ataques contra los españoles: Usselinx escribió estos textos alrededor de 1600, durante la época de la revuelta holandesa contra los españoles en la que, claramente, la religión desempeñó un importante papel. Sin embargo, apenas se realizó esfuerzo alguno para asegurar la colonización del Nuevo Mundo —básicamente una extensión del escenario bélico en los

tropicos— mediante una ofensiva religiosa. Usselinx escribió que «la palabra de Dios [pr su puesto, en la versión protestante] también debe difundirse y la Iglesia de Dios debe propagarse entre los ciegos paganos. Esta es la tarea principal que debe realizarse aquí y no debemos dejar escapar esta oportunidad».⁴

No obstante, esta encendida arenga es una parte ínfima del volumen total de sus escritos, en los que incita a sus compatriotas a colonizar el Occidente. La colonización y el comercio, el poder y el oro, eran las principales preocupaciones de Usselinx y ofreció un modelo que la mayoría de sus sucesores siguieron al pie de la letra. Quienes emprendían el viaje hacia las Indias Occidentales Holandesas generalmente lo hacían con la esperanza de encontrar un El Dorado tangible antes que un Walhalla espiritual o la purificación mediante el autosacrificio.

Y así continuó siendo hasta bien entrado el siglo XIX. Los holandeses llegaron al Nuevo Mundo con la esperanza de hacer fortuna y establecerse como una nación aventajada. Las consideraciones ideológicas y religiosas estaban totalmente subordinadas a estos objetivos. A menudo se afirma que la política exterior holandesa se ha visto marcada por una constante oscilación entre los polos del «mercader» y el «predicador». Claro que se trata de una afirmación discutible en general e imposible de verificar dada su laxitud, y aún más claro queda que no se corresponde en absoluto con la realidad de la primera etapa del colonialismo holandés en el Caribe. Cualquiera que sea la razón que haya traído a los holandeses a estas regiones, la vocación misionera fue el último de sus motivos.

Tampoco puede decirse que los primeros colonos holandeses hayan sido cándidos cazadores de fortuna, obnubilados por el mito de El Dorado, esa tierra imaginaria de riqueza fabulosa. Inicialmente esta ilusión fue una de las pocas cosas que compartían los países europeos, que, desde Colón, habían tratado de asegurar su pedazo de Nuevo Mundo. En el Caribe, y mucho más en lo que hoy son Perú y México, los españoles ya habían confiscado grandes cantidades de oro cuando cerca de 1535 comenzó a circular una historia sobre El Dorado, un hombre bañado en oro. Esta historia creó nuevas expectativas aún más fabulosas. En algún lugar de las Américas,

probablemente en lo que hoy es Colombia o Venezuela, se decía existía un reino tan rico que su rey cubría diariamente su cuerpo con una capa de polvo de oro. Hacía ofrendas a los dioses y se deshacía de su valioso atuendo sumergiéndose en un lago. En la búsqueda de El Dorado, una de sus posibles localizaciones fue desplazándose más y más al este, hacia las Guayanas y la costa norte de Sudamérica. En el interior de las Guayanas se encontraba el lago Parima, donde se decía que El Dorado lavaba el oro de su cuerpo todos los días. Después de los españoles fueron los británicos quienes enviaron expediciones hacia el interior de la zona a finales del siglo xvii. Una y otra vez, la ambición del oro y la fama llevaron a hombres como Walter Raleigh a internarse en las inhóspitas regiones interiores, guiados por la brújula de las más vagas nociones. Una y otra vez el deseo terminaba en desesperación y no pocas veces en una muerte miserable.

Cuando los Países Bajos se convirtieron en amos y señores de las Guayanas en la segunda mitad del siglo xvii, la fiebre del oro había disminuido; aunque todavía a principios del siglo xviii se emprenderían algunas expediciones para encontrar el lago Parima y el reino de El Dorado. Sin embargo, la expansión holandesa en el Nuevo Mundo nunca estuvo dominada por la fiebre del oro, y probablemente no porque los holandeses fueran particularmente razonables, sino porque llegaron demasiado tarde como para poder adueñarse de las regiones americanas que *eran* ricas en oro y plata. En Aruba y Surinam los holandeses extrajeron una cierta cantidad de metales preciosos, pero esta nunca fue una industria importante. Pronto se hizo evidente que la ganancia en las colonias holandesas radicaba principalmente en otras empresas. Así, las Guayanas devinieron un enorme cúmulo de plantaciones y las Antillas una encrucijada del comercio internacional, incluido el contrabando. Se podían lograr grandes cosas en Occidente siempre que fluyera la inversión —como lo expresa un antiguo dicho holandés, *de kost gaat voor de haat uit*: «el gasto precede la ganancia».

Fue con este ánimo que personajes como Usselinx publicaron panfletos en los que explicaban cómo el espíritu de empresa holandés podía convertir las Antillas en una especie de El Dorado. Muchos asistieron al llamado, particularmente en relación con el potencial agrícola de Surinam. El frecuentemente exagerado dis-

curso sobre la incomparable fertilidad de la región y la consiguiente creencia de las ganancias que podían obtenerse de ella nunca decayeron. La ilusión surinamesa de riquezas naturales inagotables (clava un palo en el suelo y una semana después tendrás un árbol de fruta), provenía de aquellas primeras nociones coloniales que confundían el exotismo del paisaje con el crecimiento infinito. Los primeros libros sobre Surinam destilan un optimismo desbordante. En 1718, J. D. Herlein comparaba la colonia, dada «su riqueza de suelos bendecidos por la fertilidad, excepcionalmente elegante, tentadora y brillante», con el paraíso. Incluso en la región se hizo proverbial la fertilidad de Surinam; al parecer los hacendados de Barbados llegaron a incubar el plan de importar suelo surinamés para remplazar el propio, ya agotado. En 1822 el influyente funcionario civil A. F. Lammens declaró que «cualquier cosa se puede esperar de un país en el cual la fertilidad del suelo ha triunfado durante más de un siglo sobre los más extravagantes intentos humanos de destruirla». ⁵

Mucho menos se escribió durante el periodo colonial sobre las seis islas, las de Sotavento: Aruba, Bonaire y Curazao, y las de Barlovento: Saba, San Eustaquio y San Martín. Y lo escrito fue mucho menos elogioso. No por gusto los españoles habían llamado a las Antillas «islas inútiles». El paisaje de las islas no era tan majestuoso como el de Surinam, la agricultura era improductiva y su importancia para el comercio, aunque significativa en general en el contexto caribeño, era discreta para los holandeses. Como lo expresara J. H. Hering, uno de los primeros en escribir sobre Curazao:

Curazao no podría describirse precisamente como un cofre desbordante de tesoros naturales. Sus entrañas no estaban preñadas de oro, plata o piedras preciosas, y sus fértiles llanuras, ubicadas entre suelos rocosos y pedregosos, no eran excepcionalmente productivas; todo lo que se cultivaba era para el uso personal o para alimentar a los negros esclavos. Esta isla puede, por tanto, considerarse un almacén o reservorio de suministros para productos que vienen del continente o de los Países Bajos o de cualquiera de los territorios de los que Europa obtiene notables beneficios. ⁶

Una historia de migración

La historia del Caribe la hicieron los inmigrantes. Con la llegada de Colón la historia no solo dio un giro diferente sino que de cierta manera recomenzó. En poco tiempo las poblaciones amerindias de las islas fueron exterminadas mientras que las Guayanas quedaron relegadas a los márgenes de la sociedad colonial. La inmigración constituyó una fuente estable de repoblamiento. La población actual descende de estos forasteros: colonos europeos, esclavos africanos, obreros asiáticos importados bajo contrato y pequeñas minorías de otros lugares. La flora y la fauna eran también hasta cierto punto importadas. El café, el algodón e incluso el azúcar —considerada como lo que le dio a la región su identidad— eran todos cultivos foráneos. El ganado vacuno, los caballos, cerdos e incluso los *kabrieten* (cabras), tan típicas de las Islas de Sotavento, fueron todos traídos desde el Viejo Mundo. Es difícil encontrar otra parte del mundo que haya experimentado un proceso de reinención tan abarcador como el que experimentó el Caribe después de la llegada de Colón.

Las colonias caribeñas diferían considerablemente unas de otras. La historia de la migración fue esencial en este sentido. La esclavitud se introdujo en todas partes, pero no en igual medida. En el Caribe hispanohablante había proporcionalmente muchos menos africanos y descendientes de africanos que en los territorios colonizados por países del noroeste de Europa, incluyendo los Países Bajos. A la abolición de la esclavitud le siguió un periodo de importación de mano de obra asiática contratada que alteraría drásticamente el rostro de varios países, entre ellos, Surinam. Y a esto se le suma el enorme abanico de colonos: españoles, británicos, franceses y holandeses; todos dejaron su huella en las colonias. Como consecuencia, en la región aún hoy existe una rica variedad de idiomas, religiones, sistemas educacionales y orientaciones políticas. Aun cuando en el siglo xx los Estados Unidos comenzaron a eclipsar la influencia europea, una gran parte de esta diversidad de legados del pasado colonial siguió en pie.

Los lazos entre los Países Bajos y sus colonias eran notoriamente débiles, al menos hasta el siglo xx. Gran Bretaña y Francia atesoraban

sus colonias caribeñas. Y de la misma manera que Francia peleó por Haití cerca de 1800, los españoles lucharon en vano para retener a Cuba, la perla de las Antillas. Por el contrario, para los Países Bajos, las Indias Occidentales Holandesas casi siempre estuvieron a la saga de las Indias Orientales Holandesas.

En muchos sentidos el Surinam colonial, joya del modesto dominio holandés en las Indias Occidentales, era una colonia con economía de plantación promedio. Cuando devino holandesa en 1667 como parte de un intercambio de colonias que incluyó la transferencia de Manhattan a manos británicas, esta contaba con menos de 10 000 habitantes. La pequeña población nativa amerindia se vio rápidamente marginada hacia el interior y la región costera se transformó en una zona de plantaciones donde los esclavos africanos cultivaban azúcar, café y algodón. El elemento reconocible que vinculaba esta colonia y su metrópolis era el sistema de pólderes que los hacendados habían introducido para transformar el área pantanosa costera en un área adecuada para la agricultura plantacionista. En unas pocas décadas esta forma de manejar el agua en las plantaciones azucareras se desarrolló hasta convertirse en un ingenioso sistema de circuitos hidráulicos individuales que servían para el drenaje y la irrigación, para moverse a través de los extensos campos de caña y como fuente de energía de los ingenios en los que se extraían las mieles de la caña. Mientras que las condiciones de trabajo de los esclavos eran tremendamente duras, los hacendados obtenían un rendimiento espectacular. En 1774 Abbé Raynal escribió admirado: «Los holandeses se han ganado el honor de haber domesticado el océano en el Nuevo Mundo como lo hicieron en el Viejo». ⁷ El azúcar y el café eran los pilares de la economía de plantación seguidos del algodón y el cacao como competidores menores. Alrededor de 1770 el promedio de esclavos en una plantación azucarera surinamesa era de 150, mientras que en una plantación cafetalera corriente era de 125. Casi más de medio siglo después el promedio de esclavos en una plantación azucarera había aumentado a 170, mientras que el promedio en las cafetaleras había disminuido a 95. Cerca de 125 esclavos vivían y trabajaban en las plantaciones algodonerías. ⁸

Fuera de los pólderes pocas cosas había en Surinam que pudieran considerarse típicamente holandesas. La mayoría de los escasos

blancos que la habitaban no eran de origen holandeses. Gran parte de los colonos blancos eran judíos sefarditas a los que posteriormente se les sumaron judíos asquenazíes. También había hugonotes franceses, británicos, alemanes, etc. Los hacendados holandeses más exitosos se vieron subyugados por lo que un gobernador del siglo XVIII denunció como el *animus revertendi*: el deseo de retornar a la patria tan pronto —y tan ricos— como fuera posible. La élite local tenía fuertes lazos económicos con la metrópolis pero pocos lazos culturales. Cada nuevo gobernador, así como los holandeses de paso, terminaban comprendiendo que tenían muy poco en común con sus compatriotas blancos no holandeses.

La gran mayoría de los surinameses se componía de esclavos africanos y sus descendientes. El éxito de las plantaciones supuso una creciente dependencia de la esclavitud, no solo se vertieron millones de florines en los fértiles suelos de Surinam, sino también los cuerpos de innumerables africanos y de sus descendientes. La curva demográfica era alarmante: hasta bien entrado el siglo XIX el crecimiento negativo promedio era del 5% aproximadamente; solo después de la emancipación la población afro-surinamesa comenzó a autorreproducirse. De hecho, la única razón por la que la población surinamesa crecía era el constante suministro de nuevos esclavos, que no se agotó hasta finales del siglo XVIII. Por lo menos 215 000 africanos fueron llevados a Surinam. Este tráfico negrero a gran escala hizo que la población de Surinam alcanzara un pico en la década de 1770 con más de 70 000 habitantes, de los cuales los esclavos constituían casi el 95%. El número de colonos blancos y ciudadanos libres de origen parcialmente africano era extremadamente pequeño. En el momento de la emancipación, en 1863, la colonia aún contaba con cerca de 63 000 habitantes, de los cuales el 60% era esclavo.⁹ Inicialmente las relaciones entre los hacendados y los esclavos se vieron estrictamente limitadas a las rutinas laborales y a la imposición de disciplina. La cristianización de los esclavos no comenzó hasta el siglo XIX, fecha para la cual hacía mucho tiempo ya que los esclavos habían creado sus propios universos religiosos y culturales, que sobrevivirían largamente el imperio de los hacendados.

El contraste entre Surinam y las Antillas es impactante. Estas islas fueron colonizadas poco antes que Surinam: Curazao, la isla principal, en 1634, y las otras en fechas cercanas. Existen diferencias considerables entre la historia de Surinam y la de las Antillas; incluso entre las mismas islas las diferencias son más notables que las semejanzas. Las seis islas, que antes fueron llamadas «Curazao y dependencias», caen en dos grupos geográficos: las tres Islas de Sotavento y las tres de Barlovento. La distancia entre Paramaribo y Curazao es de más de 1 500 km; la distancia entre esta isla y las de Barlovento, más al norte, es de 750 km. Mientras que Surinam es cuatro veces mayor que los Países Bajos —aunque la mayoría de su territorio está despoblado y al ser bosque tropical es prácticamente inhabitable, excepto para amerindios y cimarrones—, las Antillas son todas muy pequeñas.

Prácticamente desde el comienzo de la colonización las Antillas fueron una singularidad dentro del patrón general de crecimiento europeo en el Caribe. Esto se debía sencillamente a sus rasgos geográficos y ecológicos. El imperio del azúcar, el café y la esclavitud en otras partes no era viable como en estas islas. Las de Sotavento eran simplemente demasiado secas para el cultivo de productos tropicales exportables a gran escala; la producción agrícola y la cría de cabras nunca se desarrollaron en realidad más allá de lo necesario para la subsistencia local. Respecto al clima, las islas antillanas de Barlovento eran más adecuadas para la agricultura plantacionista; sin embargo su escasa superficie, y en el caso de San Martín y Saba sus terrenos montañosos, en gran medida minimizaban esta ventaja.

Aunque sí existieron haciendas azucareras en San Martín y San Eustaquio, estas nunca fueron significativas. Era más importante producir comida para el consumo local. Como mismo ocurrió en las Islas de Sotavento, los esclavos fueron destinados al trabajo en las salinas. La auténtica significación de las Antillas, no obstante, radicaba en su capacidad comercial. Curazao y San Eustaquio desempeñarían un papel crucial en el comercio entre Europa y el Nuevo Mundo en diferentes periodos y eran especialmente importantes para el comercio dentro del Caribe y entre el Caribe y el continente. Este comercio era fundamentalmente de contrabando, tan riesgoso

como potencialmente provechoso para los mercaderes y los oportunistas con posiciones dentro del poder colonial.

El escaso tamaño y el modesto significado económico de estas islas implicaba que sus poblaciones fueran pequeñas. En 1817, primer año del cual se tienen cifras de todas las islas, Curazao contaba con una población de 12 000; las islas de Aruba y Bonaire con algo más de 1 700 y 1 100 habitantes respectivamente, y las Islas de Barlovento con casi 7 300. En el momento de la abolición de la esclavitud, en 1863, la población total de las Antillas era de 33 000 habitantes, de los cuales 19 000 vivían en Curazao. El número de esclavos era mucho menor que en Surinam y además sufrió un descenso gradual. En Curazao, en 1789, dos tercios de la población eran esclavos; hacia 1814 la cifra había disminuido a menos de la mitad y para 1863 a solo un tercio. Durante la esclavitud la población antillana se había mezclado racialmente mucho más que la de Surinam, con el resultado de que su población de libres de color era mucho mayor. Una prueba fehaciente de lo extendidas que estaban las relaciones interraciales fue la gradual adopción del idioma papiamentu por parte de toda la población. Hoy día es el único creole en el Caribe que no porta el estigma de la inferioridad y que, en las Islas de Sotavento, es hablado por todos los grupos sociales y étnicos.

La élite blanca de las islas propendía más a asumirlas como residencia permanente que su contraparte de Surinam, donde solo los colonos judíos permanecieron desde los primeros días de la colonización hasta el siglo xx. En las Islas de Sotavento se establecieron tanto protestantes como judíos sefarditas a quienes en el siglo xx se les unieron los judíos asquenazíes. A través de sus exitosas actividades mercantiles en la región con el paso de los siglos ambos grupos se latinizaron y han mantenido su posición hasta el presente.

La composición de la población blanca en las Islas de Barlovento refleja otros caprichos del destino. Estas tres islas fueron originalmente posesiones británicas. Con el consentimiento de los holandeses la población blanca residente permaneció en estas islas después de la entrega de poder a los Países Bajos a mediados del siglo xvii. Los holandeses llegaron demasiado tarde, con muy pocos colonos y escaso interés en tener un impacto cultural significativo. *La lingua*

franca era el inglés y las islas se proyectaban fundamentalmente hacia su entorno inmediato; de todo el Caribe holandés, las Islas de Barlovento siguen siendo las más débilmente vinculadas con la distante metrópolis.

Luego las diferencias en recursos naturales no solo determinó la forma en que los colonos explotaron sus nuevas posesiones sino también las formas divergentes en que estas sociedades coloniales se desarrollaron. En las distinciones resultantes en términos de etnicidad y orientación cultural aún subyacen las profundas diferencias existentes entre territorios que solo desde el exterior puede parecer que forman una esfera cultural única y uniforme.¹⁰

Plantaciones y ganancias

Todo el sistema de mercados de esclavos africanos, plantaciones americanas y centros comerciales europeos era paradójico. Por un lado era un sistema notablemente avanzado, una estructura de multinacionales, siglos antes de que se inventara el término; La logística del comercio intercontinental y sus regulaciones financieras; la considerable organización y normalización de los procesos productivos en las haciendas; el hecho de que los productos inicialmente dirigidos a las élites europeas estuvieron disponibles en cantidades cada vez mayores y a precios cada vez más bajos para la alimentación de un número creciente de europeos: todos estos elementos apuntan hacia un notable grado de modernidad. Pero el núcleo de este triángulo diabólico era la esclavitud, una forma de trabajo que fue gradualmente estigmatizada en Europa Occidental, tenida por una forma económicamente obsoleta y considerada cada vez más como moralmente reprensible.¹¹

Dos de los asuntos más desconcertantes de la historiografía americana con anterioridad a los últimos años del siglo XVIII son que los escrúpulos políticos respecto a la trata y la esclavitud en el Nuevo Mundo prácticamente hayan brillado por su ausencia y que no se hayan tomado medidas para abolir ambos males. De más está decir que en los Países Bajos prácticamente a nadie le preocupaba si existía o no una justificación moral para la esclavitud en las colonias. La

participación holandesa en el comercio de esclavos data de finales del siglo xvi y solo doscientos sesenta años después se puso fin a la esclavitud en el Caribe holandés. La duración de este episodio es tanto más notable si se tiene en cuenta que los Países Bajos fueron una de las primeras potencias que abolió esta forma de servidumbre para sus propios ciudadanos en su territorio. También en este sentido existía una brecha entre la metrópolis y sus colonias caribeñas.¹²

Desafortunadamente para los colonos, el colonialismo holandés en el Caribe se apartaba de las normas regionales en términos de protección metropolitana. Mientras otras potencias europeas apoyaban sin reservas la trata en sus colonias esclavistas —naturalmente con el objetivo de cosechar beneficios—, los Países Bajos en gran medida negaban ese apoyo. Para las Antillas esto no suponía un desastre porque solo una parte limitada de su comercio iba dirigida a los Países Bajos. Sin embargo, esta política sí tuvo un impacto negativo en las colonias holandesas de las Guayanas. Según la tradición mercantil, Surinam solo podía vender su azúcar y café a los Países Bajos. Los comerciantes holandeses traían esclavos desde África, los barcos de esa nación transportaban los productos tropicales de exportación hacia los mercados holandeses, y el capital holandés financiaba el sistema plantacionista de Surinam. Los Países Bajos eran vitales para Surinam, pero esta dependencia no era en absoluto mutua. El azúcar y el café de Surinam constituían solo una porción del mercado holandés de importaciones. La colonia se veía forzada a concurrir con los competidores foráneos sin ninguna protección de la metrópolis. Este trato de madrastra, que contrastaba marcadamente con el proteccionismo practicado por otras potencias europeas, resultó fatal.

Surinam no cumplió las expectativas del paraíso que Herlein había descrito y mucho menos las de la colonia soñada por Usselinx y los inversores que le siguieron. La productividad de las plantaciones azucareras surinamesas era superior a los resultados obtenidos en otros lugares y esto engendró dulces ilusiones. El sector cafetalero entró en una aguda crisis a finales del siglo xviii, pero antes había experimentado un periodo de excelentes cosechas. Sin embargo, después de una bonanza que ya para el cuarto trimestre del siglo xviii tocaba a su fin, la cuenta final era en extremo decepcionante.

Producto de la tibieza del mercantilismo holandés, para seguir siendo rentable Surinam se vio obligada a alcanzar estándares de productividad y una correlación costo-ganancia superior a los de sus competidores. Esto terminó resultando una exigencia excesiva a largo plazo, lo que provocó el aumento de la dependencia, en última instancia insostenible, del crédito holandés. Los préstamos a menudo se extendían sobre la base de falsas expectativas. Inevitablemente cada vez más plantaciones quebraban a costa de sus prestamistas. Por consiguiente, para finales del último trimestre del siglo XVIII el flujo de crédito hacia Surinam se había agotado. Habría de pasar mucho tiempo antes de que se recuperara el «crédito colapsado» y Surinam nunca más satisfizo las grandes expectativas que los inversores y funcionarios metropolitanos, así como los hacendados y comerciantes coloniales se habían hecho alguna vez de ella.¹³

Por pedestre que parezca, hay algo absurdo en toda esta historia del capital financiero. Los préstamos de capital a Surinam y la administración de las haciendas fueron quedando bajo el control de representantes que recibían sueldos o comisiones sin tener que asumir parte de los riesgos financieros asociados a la propiedad del capital. A cambio de todo tipo de atractivas compensaciones económicas organizaban el transporte del triángulo transatlántico y administraban las plantaciones. Con el tiempo, como cabía esperar, esta función administrativa pasó a ser un fin en sí misma. En lugar de convertirse en negocios provechosos, las plantaciones devinieron sacos sin fondo donde la inversión rara vez producía los resultados deseados. Los descendientes de los hacendados, que desde hacía varias generaciones se habían radicado en la metrópolis, descubrieron que sus posesiones de ultramar se deterioraban continuamente bajo la administración de un agente externo. Al final terminaban subsidiando las haciendas en lugar de vivir de ellas. Los holandeses con algunos ahorros, que habían comprado unas pocas acciones de las compañías surinamesas, se llevaron una terrible sorpresa. Mientras que los capataces y sus agentes comerciales en Surinam vivían tan campantes, las casas comerciales holandesas se vieron forzadas a asumir grandes riesgos; este rejuego económico que a tantos había cegado con la ilusión de la ganancia rápida terminó por provocar el

colapso de varias grandes firmas. La colonia se convirtió en el camposanto de las falsas expectativas de enriquecimiento fácil.

La amarga ironía es que la colonia era realmente un camposanto. Año tras año en las haciendas morían más esclavos que los que nacían. Solo mediante la constante importación de esclavos africanos pudieron los hacendados mantener la fuerza laboral esclava y con ello la producción. Sin embargo, la considerable inversión que implicaba esto contribuyó significativamente a los decepcionantes resultados financieros. Así, surgió el absurdo y cruel fenómeno de la hacienda que devoraba tanto la vida de los esclavos como el capital de su dueño.

En una típica colonia caribeña como Surinam la mayoría de los esclavos trabajaba en las plantaciones bajo un régimen laboral industrial estrictamente regulado. La esclavitud en las Antillas seguía un modelo muy diferente. La pequeñez de las Islas de Barlovento impedía que se desarrollaran plenamente como auténticas colonias plantacionistas; las características ecológicas de las de Sotavento tenían el mismo efecto. La deforestación, que comenzaron los españoles y que tan entusiastamente completaron los holandeses, había hecho de las islas territorios inadecuados para el cultivo de productos exportables. Aunque había suficiente lluvia, el suelo no podía retener el agua, cosa que aún hoy día sucede. De ahí, la aparente aridez de las islas que obligó a los colonos a conformarse con la creación de compañías medianas centradas alrededor de la producción para el consumo local.

Estas diferencias se tradujeron en un amplio rango de renglones económicos y por lo tanto en un uso diferente y menos intensivo de la fuerza laboral esclava. Las haciendas de Curazao eran de hecho pequeñas granjas mixtas. Se cultivaba maíz y hortalizas de hojas verdes; se criaban vacas, cerdos, cabras y aves de corral. En estas haciendas el número de esclavos escasamente superaba unas pocas docenas, mientras que una plantación azucarera caribeña típica normalmente alojaba por lo menos cien esclavos y en periodos posteriores alojaría muchos más. Asimismo, en las Antillas los esclavos se usaban en muchas actividades no agrícolas. Trabajaban en las salinas de Bonaire y San Martín; en o alrededor de Curazao y San Eustaquio trabajaban en los astilleros, como obreros portuarios,

marineros y pescadores; y como jardineros y sirvientes domésticos en todas las islas. Los esclavos antillanos estaban más acostumbrados que los surinameses a trabajar junto a los blancos y a los libres de color, y sus amos solo poseían unos pocos esclavos.

La existencia de una clase diferente de esclavos devino gradualmente irrelevante para la economía antillana. Mientras que a mediados del siglo XIX los hacendados de Surinam hacían ingentes esfuerzos para retardar la abolición de la esclavitud y tuvieron que ingeniárselas para conseguir libertos que trabajaran en sus plantaciones, los dueños de esclavos de Curazao estaban más preocupados con la desocupación que imperaría entre los esclavos una vez que se emanciparan. Pensaban que no había suficiente trabajo en las islas. Es por ello que ya habían liberado a tantos esclavos en las décadas precedentes, incluso con la esperanza de que luego de la emancipación muchos emigraran a la vecina Venezuela. Curazao estaba tan abarrotada como Surinam vacía, aun desde aquel entonces.

A diferencia de la de Surinam, la evolución demográfica de las islas, incluyendo a los esclavos, era favorable. Que el régimen laboral fuera menos riguroso puede haber sido un factor de peso; aunque un clima más benévolo y tareas menos onerosas probablemente hayan sido factores más importantes. Fuere como fuere, la vida de los esclavos en las islas era menos ardua desde el punto de vista físico. Esta situación era además provechosa para sus amos; no tenían que estar comprando nuevos esclavos constantemente para mantener los niveles de trabajo. Esto dejó de ser una prioridad para ellos. Aquí el comercio de esclavos se agotó más rápido que en ningún otro lugar del Caribe no-hispánico y la proporción de esclavos en la sociedad antillana disminuía a la vez que aumentaba el trabajo de los libres de color de origen parcialmente africano. La esclavitud tuvo escasa importancia en las Antillas mucho antes de que fuera abolida en el Caribe holandés. En este sentido, las islas fueron fundamentalmente diferentes de Surinam, que siguió el típico modelo caribeño.

Intermezzo: Este y Oeste

Inicialmente el imperio colonial holandés se extendió por diversas regiones de Asia, África y América. Sin embargo, muchas de las colonias se perdieron antes o poco después de 1800. El dominio colonial que se había estabilizado para la primera mitad del siglo XIX comprendía lo que hoy es Indonesia, Surinam, las islas antillanas y algunos asentamientos en la costa oeste de África. Para ese entonces Berbice, Demerara y Esequibo (hoy Guyana) ya habían sido entregadas a Gran Bretaña, como lo fueron la colonia de El Cabo (en el corazón de la Sudáfrica actual) y Nueva Amsterdam (hoy Nueva York) 150 años antes. De hecho, Nueva Amsterdam y la colonia de El Cabo —no por casualidad territorios no tropicales— fueron las dos únicas que llegaron a constituir asentamientos de colonos convirtiéndose en extensiones ultramarinas de la metrópolis en una región donde los colonos europeos llegarían a ser una parte importante de la población. Sin embargo, en ambos casos esta evolución solo se materializó después de la partida de los holandeses.

El resto de las colonias, el núcleo del imperio colonial, radicaba en los trópicos y ofrecía un dudoso hogar a los colonos, que solo constituían una pequeña minoría de la población. Las diferencias entre estas colonias eran enormes. En primer lugar, en términos de escala: mientras que la población de las Indias Orientales Holandesas se contaba en muchos millones, la del Caribe se mantuvo en decenas de miles y era mínima en los asentamientos comerciales en África Occidental, entregados a Gran Bretaña en 1870. En todos estos casos los colonos eran minoritarios: constituían una parte insignificante de la población de «las Indias» (Indonesia) —que no fueron colonizadas en el sentido tradicional hasta el siglo XX—, un pequeño por ciento de la población de Surinam, y menos de un cuarto de la población antillana.

El panorama demográfico en el resto de las colonias difería sustancialmente entre sí. En Asia las poblaciones eran casi enteramente nativas con raíces milenarias. En el Caribe solo Surinam y Aruba tenían poblaciones nativas. En las Indias Occidentales y solo allí los holandeses gobernaron una gran mayoría de pueblos colonizados que ellos mismos trajeron hasta esas partes. Mientras que en África

y Asia fueron intrusos que mirando en retrospectiva apenas dejaron huellas, en el Caribe crearon sus propios sujetos coloniales. En esta área la mayoría de esos sujetos coloniales fueron los esclavos africanos y sus descendientes, mientras que en las Indias Orientales los esclavos constituían apenas una pequeña porción de la población y eran fundamentalmente reclutados en el ámbito local o regional. También esto constituyó una diferencia fundamental entre las colonias orientales y occidentales.

No es de extrañar que el foso de diferencias entre las Indias Orientales y las Antillas continuara siendo profundo. Comparada con Surinam, las Antillas holandesas y Aruba, Indonesia se encontraba en todo sentido —geográfico, económico, político— en una escala totalmente distinta y poseía una relevancia completamente diferente. El milagro del siglo dorado holandés, el xvii, y la prosperidad que se experimentó en adelante, se basaron primordialmente en el crecimiento económico interno y en el comercio intraeuropeo. Hacía mucho tiempo que la contribución colonial no era comparable. No obstante, particularmente a partir del siglo xix, Indonesia, no las Indias Occidentales, contribuyó significativamente al crecimiento económico holandés. Para principios del siglo xx muchos pensaban que Indonesia era la boya que mantenía a flote por sí sola a la economía holandesa; la prótesis colonial que hacía de los Países Bajos un contendiente en la arena internacional.

Esto se vio claramente expresado en el proceso de descolonización durante la posguerra. Solo después que se desatara la guerra en Asia y un agudo conflicto político en la metrópolis fue que los Países Bajos se resignaron a la independencia de Indonesia. A mediados de los años noventa, a raíz de la visita de la reina Beatriz a Indonesia, se hizo evidente que las viejas heridas de la antigua metrópolis no habían cicatrizado. El debate en la política y los medios holandeses se vio dominado por el asunto de si la monarca debía expresar arrepentimiento por la historia colonial y en particular por el enfrentamiento armado durante la posguerra y por cómo debía hacerlo, independientemente de si Yakarta exigía o no una disculpa. Solo en los últimos años el Estado holandés se ha pronunciado con cierta claridad al respecto.

La política en el Caribe, por otra parte, sugiere una imagen de proceso de descolonización invertido. Alrededor de 1970, La Haya intentó borrar los lazos poscoloniales afirmados por la Carta de 1954, mediante la cual los países caribeños devenían internamente autónomos dentro del Reino de los Países Bajos, pero aún podían contar con el apoyo sustancial de La Haya en muchas esferas. Hubo una voluntad limitada, pero políticamente suficiente, para que Surinam iniciara algún movimiento hacia su plena soberanía. El país se convirtió en una república en 1975, pero quedó profundamente dependiente de La Haya durante unas décadas más. La en ocasiones vergonzosa interferencia del parlamento y gobierno holandeses en Surinam ha tenido su contraparte en la perpetuación por parte de Surinam de sus fuertes lazos con los Países Bajos. Un factor crucial en este sentido es que desde la década de 1970 el crecimiento demográfico de la población surinamesa se ha visto limitado a su comunidad residente en la metrópolis. Esta situación cambió en el siglo XXI.

Para La Haya fue muy decepcionante que las Antillas y Aruba —constitucionalmente separada en 1986 de las otras islas, pero no de los Países Bajos— hayan declinado el «obsequio» de la transferencia de soberanía, a pesar de las promesas holandesas de garantizar su integridad territorial y de continuar prestando ayuda económica. Habiendo aceptado este estado de cosas para 1990, los Países Bajos han estado insistiendo desde entonces en la necesidad de que las autoridades antillanas y arubeñas modelen sus políticas según los estándares metropolitanos, lo cual ha traído consigo las inevitables acusaciones de recolonización.¹⁴

También desde una perspectiva cultural es grande la brecha. No importan cuán convencidos de su superioridad pudieran haber estado los holandeses, reconocían la existencia de una alta cultura en las Indias Orientales pero no en el Caribe. Las élites indonesias mantuvieron su propia alta cultura aún en ámbitos donde abrazaban la cultura colonial, como la educación y la política. No era de extrañar que esta limitada orientación hacia la cultura holandesa decayera aceleradamente después de 1945. Por otra parte, los holandeses percibían las culturas de las colonias caribeñas, por mucho que fueran sus propias criaturas, quizás como variantes inferiores del modelo holandés.

Aunque esto pueda haber sido frustrante para las élites locales, fuertemente orientadas hacia la metrópolis, no condujo a una ruptura radical. Por el contrario, en la historia reciente todos los estratos sociales y grupos étnicos en el Caribe holandés se han vinculado como nunca antes con los Países Bajos.

El hecho se ha manifestado de forma contundente en el éxodo hacia los Países Bajos, emigración que actualmente suma más de un tercio de la población de Surinam y las Antillas. Aquí también existe una diferencia significativa en relación con Indonesia. Entre 1945 y los primeros años de la década de 1960 unos 300 000 «repatriados» provenientes de Indonesia establecieron su residencia en una metrópolis que la mayoría solo conocía de oídas. El tamaño de la comunidad indonesia en los Países Bajos es algo más elevado que el de la comunidad caribeña. No obstante, lo más importante son los efectos de la demografía y de la política fuera del país: los inmigrantes indonesios y sus descendientes formaban solo una fracción de la población del archipiélago. Esto contrasta con el Caribe holandés. Numéricamente el éxodo ha debilitado a Surinam y amenaza con tener el mismo efecto en las Antillas. Además, la mayoría de la élite caribeña se educaba y sigue educándose en los Países Bajos, lo que contrasta con el pequeño sector de la élite indonesia en el mismo caso, que actualmente está, literalmente, al borde de la extinción. La inclinación de las Indias Occidentales hacia los Países Bajos es, por ende, mucho más relevante en todo sentido.¹⁵

En general los Países Bajos tienden a ver la historia colonial en las Indias Occidentales y sus legados más como una carga que como un motivo de satisfacción. La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales (WIC) evoca imágenes de tráfico negrero y piratería mientras que de la historia colonial de las Indias Orientales se habla, aunque furtivamente, con cierto orgullo. En 2002 se conmemoró el aniversario 400 de la fundación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC) y se celebró con gran pompa por parte del parlamento y la corona. Para subrayar lo que estamos tratando de explicar aquí, y de paso poner en evidencia la muy incongruente lectura que hace la nación de su pasado colonial, debe señalarse que ese mismo año en Amsterdam se erigió un monumento

por parte de la WIC, a modo de vergonzoso recordatorio de la esclavitud caribeña.¹⁶

Para los Países Bajos, Indonesia ha seguido siendo la parte más importante de su pasado colonial. La turbulenta historia de la Indonesia independiente durante décadas recientes y cómo ello le ha recordado duramente a los Países Bajos su pequeñez confirman esta noción. Por el contrario, las antiguas Indias Occidentales Holandesas se veían cada vez más mancilladas por el estigma de la inutilidad, de las expectativas traicionadas y por una reputación de busca-pleitos. La historia reciente de emigración masiva y de costosas aunque al parecer casi nunca suficientes ayudas al desarrollo ha consolidado esta percepción. No es difícil vincular la forma en que se aborda el problemático presente con la anacrónica visión de la historia de las relaciones coloniales. El marcado interés que tradicionalmente ha merecido en los Países Bajos la romántica visión del pasado colonial en Asia (*Tempoe Doeloe*)¹⁷ y el doloroso desenlace del colonialismo en Indonesia, hasta hace muy poco ha tenido su contraparte en el completo desinterés que han manifestado por el colonialismo y sus legados en el Caribe holandés. Incluso un asunto como el de la esclavitud y su abolición relativamente tardía en los territorios holandeses no constituyó objeto de discusión hasta hace unos cinco años. De alguna forma ha persistido obstinadamente la idea de que nada de lo que haya sucedido en el Caribe puede ser muy importante. Esto constituye una irónica paradoja, pues resulta que para la población y los representantes culturales de la más respetada Indonesia, los Países Bajos son en buena medida irrelevantes; sin embargo, para las poblaciones del Caribe holandés, tratadas con mucha más reticencia por la antigua metrópolis, la cultura holandesa es cada vez más importante. Esta ha sido la receta para los tragicómicos malentendidos y frustraciones caribeñas.

La división cultural

En términos culturales las colonias de las Indias Occidentales se encontraban muy alejadas de la madre patria y entre sí. Estas divisiones constituyen el lógico reflejo de lo marcada que eran las

diferencias geográficas, económicas y demográficas entre los territorios caribeños, así como entre estos y los Países Bajos. Por demás apunta a los siglos de incapacidad y falta de disposición por parte de los holandeses respecto a su *mission civilisatrice*. Solo hacia finales del siglo XIX se produjo un cauteloso cambio en este sentido, el cual tuvo consecuencias imprevisibles para la historia reciente.

Tómese como ejemplo Surinam. Durante los primeros siglos de colonialismo los lazos entre la clase hacendada en la colonia y la madre patria eran débiles. La relación entre los hacendados surinameses y sus esclavos era ambigua, dominada por mutuos sentimientos de dependencia, odio y temor. Los esclavos surinameses y los holandeses de la metrópolis no compartían ningún contexto y su contacto era aún más indirecto. Los dos mundos permanecieron apartados uno del otro.

El colonialismo holandés en Surinam apenas se esforzó por modificar esta situación. En la América hispanoportuguesa y el Caribe francés la población esclava fue cristianizada desde el principio a pesar de las ambivalentes intenciones y efectos de esta iniciativa. Al menos en el papel se intentó convertir a los esclavos a la cultura de la madre patria. Esa no fue la política holandesa en Surinam. Solo en las décadas anteriores a la abolición se produjeron algunos intentos serios de evangelizar a los esclavos; y los más activos misioneros de esa ofensiva ni siquiera eran holandeses sino moravianos alemanes.¹⁸

La profunda brecha entre la población esclava, la élite colonial y la madre patria abarcaba mucho más que la cuestión religiosa. Los esclavos, que al igual que los hacendados constituían una población de inmigrantes, desarrollaron su propia cultura afrocaribeña: forma de pensar, religión, música, danza, narrativa y todo tipo de costumbres. La esclavitud, como cabe esperar, provocó resistencia por parte de los esclavos, y el Caribe holandés no estuvo exento de ella. En Curazao se produjeron varias rebeliones esclavas entre las que se destacan las de 1750 y 1795. Los hacendados de Surinam tuvieron que enfrentar la constante fuga de sus esclavos hacia el interior de la selva. Con el tiempo allí se formaron grandes comunidades cimarronas que lograron resistir los intentos de las autoridades coloniales por volverlos a subyugar y que una que otra vez pusieron en peligro

la existencia misma de Surinam como colonia plantacionista. La resistencia se tradujo en especificidad cultural, aunque no hay razón para interpretar toda la cultura afrocaribeña como un modo de resistencia.

A través de un proceso de criollización en todo el continente americano, los esclavos africanos y sus descendientes desarrollaron nuevas culturas adaptando la sintaxis y las formas culturales traídas de África a sus nuevas circunstancias, con todos los retos y limitaciones que suponían su nuevo entorno material y la dominación europea. En el caso particular de Surinam los cimarrones desarrollaron sus propias y vibrantes culturas básicamente al margen de la sociedad colonial. Pero también los esclavos de esta colonia con tan pocos europeos desarrollaron su propio capital cultural y social en un ambiente donde la élite colonial había tenido poco impacto. Los legados de esta cultura todavía hoy son visibles y audibles; por ejemplo, en la música popular. Como el son montuno cubano, el *kaseko* surinamés es un fenómeno criollo, una creación nueva en la que resuenan elementos africanos y europeos. Sin embargo, la presencia española en Cuba, y por ende su huella en la cultura cubana, tuvo un impacto mucho mayor, como se aprecia claramente entre otras cosas en la música hispanocaribeña. No obstante, pueden detectarse elementos europeos en el *kaseko* surinamés: por ejemplo, los instrumentos de viento fueron tomados de las bandas militares. De cualquier forma este género es sobre todo una creación afrocaribeña. Algo similar sucedió con la música y en otras áreas de la cultura afrosurinamesa.¹⁹

Este no es un fenómeno único; en otras colonias se experimentaron procesos similares. Sin embargo la situación en Surinam fue extrema pues los holandeses ni siquiera lograron que su propio idioma fuera adoptado por la población. El *Neger-Engelsch* (inglés negro), que había surgido como un idioma de contacto entre los esclavos africanos y los hacendados británicos en los veinte años que precedieron a la conquista holandesa de Surinam (1667), evolucionó hasta convertirse en un *creole* plenamente desarrollado. El holandés continuó siendo el lenguaje de la élite, pero esta tenía que comunicarse con sus propios esclavos en *sranan tongo*. Por lo tanto, a

diferencia del resto del Caribe, cuando sobrevino la emancipación el 95 % de la población de Surinam ni siquiera comprendía el lenguaje de sus gobernantes.

En las Antillas el abismo entre la élite local y la madre patria holandesa era aún mayor. Apenas sería exagerado afirmar que si había un solo país «extranjero» para Surinam, ese era Holanda.²⁰ Las regiones costeras cultivadas eran, hablando en sentido figurado, islas apartadas, más desconectadas del mundo exterior que las Antillas. «Cosmopolita» podría ser una palabra demasiado amplia para calificar a Curazao o San Eustaquio en sus mejores momentos, pero ciertamente mantenían un contacto intensivo con su entorno más próximo: Curazao con su tierra firme hispanoamericana; *Statia* (San Eustaquio) con las colonias británicas de Norteamérica, que pronto se declararían independientes; y ambas con las islas francesas, españolas y británicas. Los Países Bajos no desempeñaban un papel destacado en este panorama.²¹ Y como las relaciones con la madre patria eran limitadas también en otros sentidos, la distancia continuó siendo grande.

Los Países Bajos nunca pretendieron convertir sus colonias caribeñas en extensiones ultramarinas de su propia cultura, pero el producto que comenzó a cobrar forma durante los primeros siglos de esclavitud fue muy peculiar. La población esclava de las islas no tenía virtualmente ningún contacto con la cultura holandesa. Su lengua y cultura eran diferentes, como lo era su religión. A la cristianización se le prestó poco interés en las Islas de Barlovento mientras que en las de Sotavento se dio una circunstancia irónica. La población esclava que se cristianizó en estas islas fue la que los sacerdotes españoles habían convertido al catolicismo; y, de ahí la ironía, el catolicismo había sido precisamente uno de los motivos por los que los holandeses se habían rebelado contra los españoles y viajaron a estas remotas regiones.

Las élites de las islas tenían menos en común con la cultura holandesa que sus homólogas en la región. La élite local surinamesa hablaba holandés, cosa que era mucho menos frecuente en las islas. Los idiomas más hablados en las Islas de Sotavento eran español, portugués y papiamento, mientras el inglés era el idioma vernáculo de las Islas de Barlovento. La población blanca de Curazao incluía

un sector judío y uno protestante, los cuales se subdividían a su vez en una élite y un estrato inferior. El grupo judío tenía su propia posición cultural y religiosa, tolerada por las autoridades coloniales. Este grupo gozaba de un estatus destacado en la isla, pero tenía una participación limitada en la cultura holandesa. El trasfondo histórico de los protestantes implicaba más puntos en común entre esta comunidad y los Países Bajos y por ende alguna afinidad natural con los funcionarios enviados por la metrópolis. Sin embargo, también este grupo experimentó un proceso de latinización que los llevó a integrarse más plenamente a la sociedad isleña y los países vecinos, y que inevitablemente condujo al distanciamiento de la cultura holandesa.

Las colonias del Caribe holandés tampoco tenían mucho en común entre sí en este sentido, en realidad mucho menos que las colonias de otras potencias en la región. Las diferencias lingüísticas constituían una causa importante: el idioma de las autoridades coloniales en Surinam, las Islas de Sotavento y las de Barlovento era el holandés: no podía ser de otra forma puesto que los gobernadores y otros funcionarios eran enviados desde los Países Bajos. La descendencia de las élites locales era en su mayoría educada en holandés, como cabe esperar, como preparación previa para una educación más seria en la metrópolis. Sin embargo, mientras los miembros de la élite local surinamesa se comunicaban entre sí en holandés, este apenas era el caso en las islas. Aún para esta época no existía una comunidad lingüística holandesa en el Caribe: si raro era encontrarla en la élite, en las capas inferiores de la población era nula. En las Islas de Sotavento se hablaba papiamentu; en las de Barlovento, una variante creole del inglés; y en Surinam, sranan tongo, así como lenguas amerindias y cimarronas.

Ello no significa que estas diferencias lingüísticas constituyeran la barrera fundamental que inhibía el contacto dentro del Caribe holandés. De hecho hasta el siglo xx apenas si había contacto físico entre las diferentes partes de las «Indias Occidentales», un concepto que en definitiva solo tenía sentido desde el punto de vista metropolitano.

Un escenario absurdo

Así, se desarrollaron universos nuevos a miles de kilómetros de la madre patria. Colonias que habían constituido mundos en sí mismas antes de la llegada de los europeos fueron re-creadas por los holandeses para terminar dominadas por africanos y asiáticos. Holandesas de nombre, estas colonias eran distintas de la madre patria en casi todos los sentidos. Los Países Bajos confiaron en que se enriquecerían con esta región, pero no lo lograron. Algunos individuos se las arreglaron para acumular fortunas, por supuesto, pero al final el balance financiero fue bastante poco favorable a pesar de las grandes expectativas.

Cuando se mira atrás en la historia del Caribe holandés desde el presente es difícil no ser cínico. Por una parte los fenómenos de la trata de esclavos, la esclavitud y la importación de mano de obra asiática contratada se contemplan ahora con vergüenza, indignación o desconcierto. Por otra, son bien conocidos los efectos de la colonización hasta la fecha: la persistencia de emociones ambivalentes entre los descendientes de los colonizadores y de los colonizados; y los grandes problemas que han acompañado la independencia de Surinam; la desintegración del grupo de las seis Antillas Neerlandesas, que luego de la secesión de Aruba devino una frágil entidad de cinco miembros; el hecho, aceptado solo recientemente y con reticencia, de que estos microestados son incapaces de sobrevivir sin ayuda permanente, lo cual es hasta hoy el cordón umbilical que los une a los Países Bajos. Toda esta historia es una reminiscencia de la tragedia clásica.

Pero, ¿por qué esta historia? ¿Por qué la colonización? ¿Por qué se construyeron poblaciones de esclavos y de inmigrantes importados bajo contrato? ¿Por qué no se puso fin antes a una aventura colonial que generaba tan pocas ganancias materiales, que era moralmente tan deplorable y que en otras áreas dejó un legado, aunque fascinante, tan frustrante? Es fácil formular estas interrogantes a posteriori, pero no es igualmente fácil responderlas. La explicación debe buscarse en parte en el hecho de que muchos colonos y administradores sí se enriquecieron. Una de las consecuencias de ello es que la colonia retuvo durante algún tiempo su aura de El Dorado y por lo

tanto siguió generando expectativas una y otra vez exageradas que inevitablemente desembocaron en decepción.

Durante el curso del siglo XIX comenzó a ganar fuerza la idea de que esta posesión colonial era sencillamente una piedra al cuello de la metrópolis. Con bastante frecuencia circulaban propuestas para deshacerse de las colonias, para vendérselas al mejor postor —con toda probabilidad a Estados Unidos—. Planes fútiles. Independientemente de la dudosa moralidad de esta forma de razonamiento colonial, lo cierto es que no existía un interés real. De ahí que las Indias Occidentales Holandesas permanecieran intactas hasta la década de 1970. Ya no había alguna vana ilusión que alimentar, excepto tal vez, en la víspera de la independencia de Surinam, la idea «progresista», fervientemente defendida, de que el avance económico sobrevendría únicamente como consecuencia de la independencia política.

Desde entonces la realidad ha destrozado incluso esta ilusión. Es difícil recordar un solo sueño que se haya hecho realidad. El balance del colonialismo holandés en «occidente» es muy engañoso. Un mundo que fue creado para obtener ganancias no hizo sino generar cada vez más pérdidas. Cientos de miles de vidas fueron sacrificadas por el camino. Como una especie de compensación no demandada, se desarrollaron culturas caribeñas por las que la metrópolis nunca mostró mucho interés. Desde el punto de vista político este capítulo del colonialismo dejó como legado un conjunto de países apenas viables de los cuales hasta el día de hoy los Países Bajos no logran desprenderse, en parte porque los descendientes actuales de los sujetos coloniales oprimidos tienen buenas razones para sospechar que una retirada holandesa serviría en primer lugar a los intereses metropolitanos. Un escenario absurdo, lo real maravilloso en su versión holandesa.

Notas

- ¹ Una historia del Caribe holandés general y minuciosa, aunque no siempre sistemática o coherente, se encuentra, en inglés, en Goslinga 1971, 1985 y 1990. Acercamientos importantes a periodos y asuntos

- más específicos son los de Van den Boogaart et al., 1992; Boxer, 1965; Emmer, 1998, 2000; Emmer y Klooster, 1999; Israel, 1995; Den Heijer, 1994; De Jongh, 1966; Klooster, 1997 y Postma, 1990. Acercamientos generales de Surinam incluyen a Bakker et al. 1993; Buddingh, 1995; Herman, 1983; Hoefte y Meel, 2001; Van Lier, 1971. Sobre Curazao, Hoetink, 1958 y Römer, 1979; sobre las Antillas Neerlandesas en general, Dalhuisen et al., 1997. Ver Boxer, 1957 y Stols, 1971 para la «prehistoria» en Brasil. Para la historia de Nueva Amsterdam, véase Jacobs, 1999.
- ² En neerlandés: *Piet Heyn. Piet Heyn, Piet Heyn zijn naam is klein / Zijn daden bennen groot (bis) / Hij heeft gewonnen de zilvervloot*. O sea, «Piet Heyn, Piet Heyn, su nombre es pequeño / Sus hazañas son grandiosas (bis) / él conquistó la flota de plata».
 - ³ El «paso del medio» o *middle passage* es un concepto histórico acuñado en inglés que designa el área transatlántica en la que se desarrolló el comercio de esclavos. (*N. de la T.*)
 - ⁴ Usselinx, 1608: [32]. Todas las traducciones realizadas para este libro parten de la lengua en que fueron originalmente publicadas, a menos que se indique lo contrario. (*N. de la T.*)
 - ⁵ Herlein, 1718, s. p. (Voorberigt); Lammens, 1982: 138; Williams, 1970: 34.
 - ⁶ Hering, 1779: 57. Hasta bien entrado el siglo xx solo una isla antillana, Saba, se describió en varias ocasiones como el seductor El Dorado. Es sorprendente cómo se parecen las reseñas del abate Raynal (1774) y de G. van Lennep Coster (1842) sobre esta, la menor de las islas, particularmente si se considera que el primero nunca visitó la isla de Saba (Hoefte y Oostindie, 1996: 35-37, 66-67).
 - ⁷ Raynal, 1774, IV: 336. Ver también Oostindie y Van Stipriaan, 1995.
 - ⁸ Ver Van Stipriaan, 1989, 1993.
 - ⁹ Para cifras relacionadas con la trata negrera y con el desarrollo demográfico de Surinam, ver en particular los textos de Postma, 1993 y de Van Stipriaan, 1993.
 - ¹⁰ Sobre la pluralidad étnica y sus consecuencias, ver los capítulos 3 y 5.
 - ¹¹ Una paradoja, no una contradicción. La doctrina de la inferioridad económica del trabajo esclavo es más que un hecho probado, una interpretación anacrónica basada en interpretaciones cuestionables de contemporáneos como Adam Smith y Carlos Marx y después ampliada por las ideas racistas de la inferioridad de los trabajadores *negros*. La

- idea de una contradicción entre racionalidad económica y empleo del trabajo esclavo sigue siendo frecuentemente sostenida desde el punto de vista igualmente anacrónico de que la trata negrera y la esclavitud han de ser considerados como males necesarios y que la modernidad económica va acompañada de una mayor sensibilidad moral. Ambas premisas, sin embargo, carecen de basamento empírico. (Sobre este aspecto véase Boomgaard y Oostindie, 1989.)
- ¹² Sobre el antiesclavismo holandés y la abolición, ver las varias contribuciones en Oostindie, 1995, y particularmente Drescher, 1995.
 - ¹³ Compárense Emmer, 1988, 1990, 1996; Oostindie; 1993, Van Stipriaan 1989, 1993, 1995.
 - ¹⁴ Ver Oostindie y Klinkers, 2003; también los capítulos 4 y 5.
 - ¹⁵ El éxodo caribeño a los Países Bajos y sus consecuencias es analizado en los capítulos 5 y 6.
 - ¹⁶ Para una comparación entre las celebraciones de la VOC y las conmemoraciones de la WIC, véase Oostindie, 2003. Para un análisis de historia e identidad en el contexto del Caribe holandés, ver el capítulo 7.
 - ¹⁷ Los «viejos tiempos» o «tiempos pasados», periodo durante el cual Indonesia fue una posesión colonial holandesa muy rica, específicamente la etapa entre 1870 y 1914. (*N. de la T.*)
 - ¹⁸ Ver el capítulo 2.
 - ¹⁹ Sobre criollización, ver Mintz y Price, 1992; Bolland, 1992; Van Stipriaan, 2000; Trouillot, 2001; Price, 2001; Yelvington, 2001 y la literatura que se analiza en estos textos.
 - ²⁰ En cuanto a las rutas de largas distancias, Norteamérica era el socio comercial más importante después de los Países Bajos.
 - ²¹ Sin embargo, algunas investigaciones recientes han revelado que el comercio entre los Países Bajos y las Antillas (Curazao y San Eustaquio) era más significativo de lo que se creyó por mucho tiempo (Klooster, 1998).

CAPÍTULO 2

Esclavo, negro; ¿humano?

Explicar la abolición ha constituido desde hace mucho tiempo un asunto fundamental para la historiografía de América. Pero no tanto para la del Caribe holandés, donde el fin del tráfico negrero fue impuesto por los británicos, y la emancipación llegó tarde, aunque aparentemente no encontró oposición seria. De hecho, lo tardío de la emancipación fue lo único notable en todo este asunto. El gobierno holandés aceptó la inevitabilidad del final de la esclavitud solo en la década de 1840 y aun entonces se avanzó muy poco en este sentido. Para 1861, dos años antes de la emancipación, el historiador holandés J. Wolbers expresó su desprecio por la tibieza de los abolicionistas, quienes habían malogrado la noble causa. La esclavitud aún era una realidad. Sin embargo, los abolicionistas se durmieron en los laureles y se congratulaban por su contribución a la buena causa, sordos a «los estremecedores gritos de los esclavos torturados, que tan tedioso se había vuelto escuchar una y otra vez desde tan lejos». Otros historiadores posteriores han señalado repetidas veces la ausencia en el mundo holandés de un debate público encendido sobre la abolición. David Brion Davis lo resumió con su filosófico comentario de que la emancipación holandesa fue «pragmática».¹

Entonces la pregunta no es tanto por qué los holandeses abolieron el tráfico negrero y la esclavitud sino, como muy apropiadamente lo reformulara Seymour Drescher, por qué lo hicieron tan tarde y de forma tan displicente.² ¿Por qué fue la sociedad holandesa, con su supuesto tradicional complejo de culpa y actitud cuestionadora respecto a la acumulación y exhibición de riquezas, tan poco sensible a la causa abolicionista? Sin una respuesta sencilla a mano, limitémonos aquí a cuestionar esta «vergüenza de la riqueza» que

presuntamente padecen los holandeses y recordar que no fueron los únicos apáticos. En esta época los británicos, más que otros participantes en el sistema transatlántico de tráfico de esclavos, fueron la excepción y no la regla. Gran Bretaña fue la que impulsó la abolición holandesa simplemente imponiendo la prohibición de la trata al final de las guerras napoleónicas; no hubo en los Países Bajos ningún debate público serio sobre este asunto.³

Luego sería razonable sugerir que el estudio del proceso de toma de decisiones por parte de los Países Bajos se limite a las décadas intermedias del siglo XIX, cosa por la que de hecho han optado la mayoría de los académicos. Así, la emancipación puede explicarse en el contexto de la presión internacional y de la insignificancia económica del Caribe holandés para su metrópolis, particularmente la de su mayor colonia, Surinam.⁴ El momento en que tuvo lugar podría explicarse por el hecho de que con el tiempo surgió un cabildeo modestamente abolicionista, y ciertamente pragmático; por el creciente ingreso económico proveniente de las Indias Orientales Holandesas y el simultáneo decrecimiento de la masa esclava en las Indias Occidentales Holandesas: una conveniente convergencia que le facilitó al gobierno holandés poder indemnizar a los dueños de esclavos en el Caribe.

Esta perspectiva es plausible. Aun así uno no puede evitar preguntarse cómo se desarrollaron, si es que lo hicieron, las ideologías coloniales respecto a la esclavitud. Tanto Davis en su monumental trilogía, y Gordon Lewis en su *Main Currents of Caribbean Thought* (Principales corrientes del pensamiento caribeño) prácticamente pasan por alto las corrientes ideológicas holandesas y del Caribe holandés.⁵ Aquí pretendemos llenar este vacío mediante un análisis de la literatura producida en la época sobre las principales colonias holandesas en el Caribe: Surinam y Curazao. A la hora de analizar las justificaciones más comunes para la esclavitud y en particular las representaciones del esclavo en las Indias Occidentales Holandesas, me concentro en la influencia de la Ilustración, el cristianismo y la naturaleza del pensamiento «progresista».

La presente revisión no puede revelar un corpus rico de escritos; de hecho, después de leer los trabajos de Davis y Lewis se hace

difícil encontrar algo original en los escritos relevantes, en su mayoría redactados en holandés. Ello en buena medida confirma lo plano del debate holandés y caribeño-holandés sobre la esclavitud. Aun así, la prolongada ausencia de debates abolicionistas de algún peso no significa que los diversos discursos se mantuvieron estáticos. Con el paso del tiempo, y en la medida en que algunos voceros se consideraban más humanitarios y menos cortos de miras, mientras que otros sobre todo intentaban posponer la emancipación, todos terminaron desarrollando definiciones de esclavo y de esclavitud y trataron de crear nuevos espacios para la apropiación del esclavo de las Indias Occidentales.⁶

La esclavitud como problema inexistente en el universo holandés

Cuando los holandeses establecieron relaciones comerciales con África a finales del siglo xvi, venían de una sociedad donde los negros eran virtualmente desconocidos. Como a los británicos, que estaban igualmente poco familiarizados con los negros, les tomó solo unas pocas décadas establecer las más negativas representaciones de los africanos. Inicialmente le atribuyeron menos importancia al color de su piel y a la inferioridad inherente y se centraron en su presunto salvajismo, paganismo y comportamiento licencioso como rasgos definitorios.⁷ La subsiguiente incursión en la trata trasatlántica y en las economías plantacionistas del Nuevo Mundo indujeron a los holandeses a usar todo el repertorio de justificaciones, incluyendo el de la degradación innata y hereditaria. La lectura de escritos holandeses sobre el asunto no revela argumentos que no se encuentren en los discursos esclavistas de cualquier otra parte del mundo occidental. En proporción variable, la negrura de la piel, el paganismo, la brutalidad y la lascivia sexual llegaron a conformar la representación del africano y se erigieron en justificaciones para el tráfico de esclavos y la esclavitud.

No había manera de negar la humanidad del africano; sin embargo, su negrura se asoció con la maldición de Noé contra Canaán y sus descendientes.⁸ La infinita inferioridad de los negros era, pues,

de cierta forma, la voluntad de Dios y ofrecía una justificación lógica para que los negros le sirvieran a los blancos como esclavos aunque la esclavitud no era la condición natural del ser humano.⁹ Además, ser esclavizados por los europeos les permitía a los africanos escapar de la degradación y crueldad de su incivilizado continente; después de todo, la mayoría de los esclavos vendidos a los esclavistas eran un botín de guerra que de otra forma habrían sido asesinados o maltratados por sus captores africanos. Ocasionalmente se mencionaba la esclavitud como un camino hacia la cristianización; sin embargo, en el mundo holandés este argumento nunca se encontró entre los más esgrimidos mientras que sí lo fue en la Europa católica. Finalmente, uno que otro autor, como el doctor D. H. Gallandat en su manual para traficantes de esclavos, expresaba justificaciones más triviales: «Solo quiero apuntar aquí que hay muchas ocupaciones que parecerían injustificadas si no fueran de especial provecho. Un ejemplo podría serlo el comercio de esclavos, que debería exonerarse de toda ilegalidad solo por el beneficio que reporta a los mercaderes».¹⁰

Aunque la rentabilidad del comercio de esclavos no era ni remotamente lo que preveían las exageradas expectativas, este continuó y todas las colonias holandesas en América llegaron a depender de la esclavitud. Ambas instituciones podían contar con el total apoyo tanto del Estado holandés como de sus autoridades religiosas. Para finales del siglo XVIII, algunos tratados antiesclavistas franceses e ingleses se habían traducido al holandés; sin embargo, no parecen haber encendido ninguna chispa. Un estudio exhaustivo de la literatura holandesa reveló que solo un puñado de autores vino a pronunciarse contra la esclavitud a principios de la década de 1790.¹¹

¿Cómo se puede explicar esta falta de interés que no deja a los holandeses muy bien parados, no solo en comparación con el exclusivo caso británico sino incluso con los franceses y daneses? Algunos factores concretos pueden haber provocado el estatismo de la opinión pública holandesa. El interés por las Indias Orientales, donde la esclavitud no era significativa, minimizaba la importancia de las Indias Occidentales para la economía de la metrópolis. Esto pudo haber contribuido a que los holandeses suspendieran

la institución; sin embargo en la práctica los llevó a descuidar las colonias caribeñas la mayor parte del tiempo. El contraste con Gran Bretaña es evidente. Además, y probablemente por la misma causa, en los Países Bajos no existía presencia negra de alguna significación.¹² Ello también puede haber provocado que se pospusiera un debate serio sobre la esclavitud: el propio tema quedaba fuera del marco referencial de casi todos los holandeses. Finalmente, mientras que en el siglo XVIII las guerras cimarronas en Surinam y las revueltas esclavas en Curazao habían traído una que otra vez a las colonias a un primer plano, el siglo XIX fue tranquilo en términos de cimarronaje y rebeliones; luego, no había mucho en el ámbito de los holandeses que les recordara la realidad de la esclavitud.

Pero ¿qué hay de los vitales intereses metropolitanos e ideologías en juego? Como lo demuestra Davis, la ideología antiesclavista provenía de varias fuentes.¹³ Los filósofos de la Ilustración, por lo general anticlericales, fueron cruciales para el inicio del debate. No obstante, el movimiento abolicionista debió mucho de su fuerza operativa a las nuevas interpretaciones del cristianismo protestante. Desde fines del siglo XVIII el abolicionismo ganó impulso gracias a su inextricable conexión con las nuevas nociones de progreso humano, con el capitalismo industrial y el liberalismo económico.

Este ímpetu era débil en los Países Bajos. Tradicionalmente el siglo XVIII holandés se ha caracterizado como pobre en eventos, y su ambiente cultural como monótono; supuestamente la Ilustración holandesa fue rara vez radical y nunca se alejó demasiado de la tradición cristiana holandesa. Un docto libro sobre la República Holandesa en el siglo XVIII, publicado a principios de la década de 1990, pinta un panorama más matizado; sin embargo, a pesar de su intención cuestionadora, la impresión general continúa siendo básicamente la misma. Teniendo en cuenta este trasfondo no sorprende que en los dieciséis ensayos sobre el siglo XVIII holandés y la Ilustración no se mencione siquiera una vez el asunto de la esclavitud. La omisión evidencia cuán ajeno era el asunto para el pensamiento de la época. Al mismo tiempo demuestra lo poco que la academia tiende a pronunciarse sobre la esclavitud como punto de referencia importante a la hora de evaluar la modernidad en el mundo holandés.¹⁴

El establecimiento de la República Bátava (1795-1806) pareció marcar una ruptura con la tradición de conservadurismo político. No obstante, el programa de este nuevo liderazgo «radical» se quedó corto en radicalismo respecto a las colonias. No había intención alguna de llevar a cabo una auténtica reforma colonial. Aunque los radicales habían aplaudido la Revolución Americana, no estaban preparados para concebir las colonias holandesas como otra cosa que no fuera fuentes sometidas de riqueza para la metrópolis. La esclavitud virtualmente se pasó por alto. Las propuestas iniciales de 1796 y 1797 para una nueva constitución ni siquiera mencionaban la trata o la esclavitud misma. Urgidos por unos pocos radicales, la Asamblea Nacional designó un comité consultor para estos asuntos, pero el informe del comité fue cualquier cosa menos abolicionista y la Constitución de 1798 no tuvo en cuenta esta alternativa. A pesar de su fuerte filiación con la Revolución Francesa, el gobierno patriota «radical» ni siquiera contempló la posibilidad de copiar la efímera política abolicionista francesa.¹⁵

Si la Ilustración no constituyó una fuente de ideología antiesclavista, tampoco lo fueron los disidentes religiosos. El *Nederlandsch Hervorm de Kerk* (la Iglesia Protestante Calvinista holandesa), con su influencia en la sociedad y política de la nación, guardó silencio hasta la década de 1850. La influencia del catolicismo era insignificante. Una porción sustancial de la población holandesa —aunque no de su dirigencia política— continuó siendo católica después de la independencia duramente conquistada de la España católica a mediados del siglo xvii. Sin embargo, la emancipación del catolicismo vino a alcanzarse hacia finales del siglo xix y a lo largo de ese proceso la dirigencia católica no halló conveniencia alguna en abogar a favor de las políticas antiesclavistas.¹⁶ Como ninguna denominación produjo un relevo disidente significativo, el potencial religioso abolicionista fue mucho más débil que en Gran Bretaña.¹⁷

¿Y qué hay de la ideología del capitalismo industrial? En su «dorado» siglo xvii los Países Bajos habían sido pioneros del capitalismo. Al intervenir en debates recientes que enfatizan el papel que pudo haber desempeñado una mentalidad capitalista progresista en el surgimiento del abolicionismo, Drescher indica que la sociedad

holandesa debió haber sido precisamente el mejor ejemplo, pero que no estuvo a la altura de la teoría.¹⁸ Las implicaciones del caso holandés en este debate teórico no son aquí de particular interés. Sin embargo, puede aducirse que la cualidad fundacional del capitalismo holandés temprano ya hacía mucho tiempo que se había extinguido. Por poner un ejemplo, y uno que contrasta marcadamente con el de sus principales competidores, durante el siglo XVIII los sectores comercial e industrial de la economía holandesa en realidad declinaron si se les compara con la agricultura.¹⁹ Además, habría que preguntarse si es plausible comparar el espíritu mercantilista capitalista holandés de la primera mitad del siglo XVII con el espíritu capitalista industrial británico de etapas posteriores. En los Países Bajos la auténtica industrialización llegó tarde, como tardío fue el surgimiento de una clase de clara orientación industrial capitalista. Si se interpretara el apoyo de los liberales británicos a la abolición en parte como expresión de su optimismo respecto al futuro industrial de Gran Bretaña, la ausencia de un apoyo similar en los Países Bajos también podría verse como reflejo del profundo pesimismo que causaba la percepción de que la economía de la nación estaba en declive.

De cualquier forma, mucho de lo que se estaba convirtiendo en ideología moderna aceptada en Inglaterra y seguidamente en Francia y los Estados Unidos continuó siendo ajeno a la mentalidad de la élite holandesa y de la ideología colonial. En 1776, Adam Smith en *La riqueza de las naciones* argumentó la ineficiencia económica de la esclavitud, sugiriendo con ello que la única forma de lograr un progreso real aún en las colonias era sustituyendo el trabajo esclavo por el trabajo libre. Habrían de pasar otros cincuenta años antes de que un analista holandés aislado escribiera sobre la esclavitud en términos remotamente similares.²⁰

Por lo tanto en las primeras décadas del siglo XIX el ambiente intelectual de los Países Bajos difícilmente podría considerarse propicio a la exposición de argumentos «modernos» contra la práctica establecida de la esclavitud. Solo hacia mediados de siglo la élite holandesa decidió finalmente abolir la «peculiar institución». Pero aún entonces los holandeses, que luchaban por modernizar su Estado y recuperar el prestigio que alguna vez había caracterizado a su

nación, habían sucumbido a la «presión de grupo» de sus vecinos europeos más avanzados.²¹ Desde la perspectiva modernizante el proyecto de recuperar respetabilidad y unirse al concierto de naciones progresistas implicaba forzosamente el desmantelamiento de la esclavitud en las Indias Occidentales Holandesas.

La perspectiva colonial: Surinam

Para quienes escribieron acerca de la mayor colonia holandesa, Surinam, la ausencia de un discurso metropolitano significativo sobre la esclavitud, implicaba que no existía una necesidad urgente de justificar la institución. De cierta forma ello hace que esta literatura resulte más interesante. No que fuera de una calidad notable. Con una exageración que no deja de ser aguda, Lewis ha dicho que la sociedad caribeña «se ha visto marcada por un espíritu de filisteísmo cultural probablemente inigualado en la historia del colonialismo europeo» y que «el estilo de vida de los hacendados [era] groseramente materialista y espiritualmente vacío».²² Surinam puede asumirse ciertamente como un caso ilustrativo. En los últimos años de la década de 1770 el *Essai historique* (Ensayo histórico) denunciaba la pobreza intelectual de la colonia, mientras que otro autor concluía que un hombre de letras era una planta exótica en Surinam.²³ En las últimas décadas del siglo XVIII llegaron a Surinam algunas brisas de la Ilustración, lo cual se tradujo en la formación de clubs de debate al estilo europeo y de proyectos para elevar los bajísimos estándares de educación de la población libre de la colonia. Sin embargo la esclavitud no se encontraba entre los primeros puntos de una agenda —si es que siquiera aparecía—que tenía un carácter primordialmente utilitario.²⁴

Con excepción de dos trabajos importantes, la mayor parte de la literatura de alguna relevancia sobre Surinam fue escrita por hombres que habían tenido e incluso tenían en ese momento una experiencia de primera mano con la esclavitud en la colonia.²⁵ En sus escritos se expresa con bastante claridad la ambivalencia de personas que dependían de seres humanos a quienes tenían que negar su humanidad. Sus perspectivas, aunque racistas, dan testimonio de su necesidad de explicarse la realidad cotidiana. No sin justificación

los hacendados surinameses culpaban a los observadores metropolitanos de no tener la más mínima idea de cómo era realmente la vida en la colonia. ¡Si supieran cómo eran en realidad los negros!

¿Y cómo eran, según los autores coloniales? La conclusión es que sus opiniones sobre los esclavos no eran las mejores. No obstante, se observa una creciente diferenciación y una reorientación aparentemente bastante marcada a principios del siglo XIX. La ideología original, expresada en *Beschryvinge van Surinamen* (1718), de J. D. Herlein, predominó al menos hasta los primeros años del siglo XIX.²⁶ «Los negros son a menudo más maliciosos que de buen carácter, [son] resentidos y obstinados, por lo tanto necesitan castigo frecuente». En cuanto a religión, no hay nada que decir a su favor: «son esclavos paganos de la dinastía de Canaán (que viven) en una confusa amalgama de sentimientos, enterrados en la oscuridad de la ignorancia aferrados a numerosas falacias». La experiencia había demostrado que no tenía sentido convertirlos al cristianismo; Herlein cita el testimonio de una falsa conversa que explica cómo «su religión (afro-surinamesa) es mucho más grata a los sentidos que la doctrina cristiana; (porque) esa Gente (los cristianos) disfruta más los argumentos esenciales que los sentimientos de gozo, que desprecian». Así, el testimonio de esta esclava se usa veladamente para demostrar la superioridad del nivel de abstracción y de los principios del credo del *Nederlandsch Hervormd de Kerk* (Iglesia Reformada Calvinista de los Países Bajos) y el hecho de que por lo general eran inalcanzables para los esclavos. Fuera de esto, Herlein no entra en detalles sobre el asunto de la justificación de la trata y la esclavitud, como él admite que otros hacen. Sin embargo, no deja de citar pasajes de la Biblia que justifican el uso de esclavos paganos. El esclavo de Surinam, claro está, no era un sujeto pasivo, como lo demostraban las revueltas, pero con un gobierno sistemático y «recto» (ni muy cruel ni demasiado transigente), los esclavos sí aceptaban su estatus.²⁷

Durante el próximo siglo y medio algunas interpretaciones siguieron iguales; otras cambiaron. El gobierno «recto» o «justo» de los esclavos siguió teniéndose como la máxima más importante de los hacendados; es decir, los esclavos nunca se rebelarían contra la esclavitud como tal, sino solo contra lo que podían percibir como la violación

del código de conducta aceptado.²⁸ Al parecer este axioma perdió cierta respetabilidad solo en el siglo XIX, aunque persistió como supuesto implícito en los escritos proesclavistas. Pocos trabajos antiesclavistas abordaban este asunto de forma explícita, lo cual subraya el hecho de que la ideología abolicionista se basaba más en los discursos europeos que en la conciencia de las realidades surinamesas, por definidas que estuvieran.

Las descripciones de los esclavos surinameses reproducían los estereotipos más difundidos. En 1667 George Warren los describe como «traicioneros y sangrientos por naturaleza», J. J. Hartsinck, en 1770, escuchó que los esclavos eran en su mayoría «muy holgazanes, traicioneros, crueles, dados al robo, la bebida y las mujeres». El mejor manual para hacendados del siglo XVIII los pinta como alegres, orgullosos, arrogantes y rencorosos.²⁹ No obstante, no importa cuán denigrante u hostil fuera la descripción, ningún autor negaba la esencial humanidad del esclavo; se respetaba el dogma cristiano del origen común de toda la humanidad. Pronto las justificaciones de la esclavitud, en su mayoría improvisadas, incorporaron una perspectiva temporal: como lo explicara Thomas Pistorius, la caridad cristiana exige «que tratemos a los esclavos como humanos, pues también son seres humanos y comparten con nosotros el mismo Ser Divino como creador, aunque *todavía* no ha sido Su voluntad iluminarlos con la santa luz del Evangelio como sí lo ha hecho con nosotros».³⁰

Pero, ¿y cuándo llegaría ese momento en que a los esclavos se les permitiría disfrutar de las bondades del cristianismo? A diferencia de sus homólogos de Curazao los colonos de Surinam eran notorios por su hostilidad a todo esfuerzo de conversión de los esclavos. Anteriormente los moravianos habían sido autorizados para difundir el Evangelio entre las poblaciones cimarronas y amerindias, pero detrás de esto primaba el interés por pacificar a estas comunidades marginales potencialmente peligrosas. En la década de 1730 el reverendo J. G. Kals había insistido en vano sobre la necesidad de enseñar el Evangelio, aunque sus argumentos incluían las ganancias económicas probables. Los esporádicos reclamos de cristianización de los esclavos por parte de la metrópolis también fueron desoídos.³¹

En Surinam se sabía que intentar convertir a los esclavos era tirar margaritas a los cerdos. Hartsinck sostenía la superioridad de los esclavos criollos sobre los africanos afirmando que los primeros «son más civilizados, y están dispuestos a admitir que fue Dios quien creó todas las cosas y reglas». No obstante, «reconocen que al ser criaturas bajas y pecadoras no pueden tener acceso a ese Dios». Por lo tanto los esclavos inevitablemente se aferraban a sus propias supersticiones. El médico Philippe Fermin abogaba por una dosis de caridad a la hora de tratar a «una gente que, aunque nacida dentro de la esclavitud, eran seres humanos, como nosotros». Algunos esclavos sí estaban aptos para la conversión; sin embargo, pensaba que como ello debía conducir a su manumisión, la enseñanza del Evangelio no era una estrategia viable en Surinam. Además, la esclavitud brindaba a los colonos la rara oportunidad de hacer felices a sus congéneres.³²

Otros eran más explícitos: Anthony Blom resumió la sabiduría dieciochesca con su simple y llana afirmación de que todos los esfuerzos por cristianizar a los esclavos estaban condenados al fracaso y no debían ser incentivados: «Los mejores negros para el trabajo son los que viven según la Ley o Religión de sus ancestros y los que nada han aprendido de nosotros, excepto el trabajo. No son tan estúpidos que no puedan aprender a trabajar con el pico y la pala; de esa manera ellos viven tranquilamente y son de utilidad para la hacienda».³³

Por lo tanto, constituye una paradoja que no era desconocida en el resto de América, el «paganismo» de los esclavos era una de las principales excusas para la esclavitud. Y al mismo tiempo se aducía que la conversión al cristianismo, que abría el camino a la libertad, era prematura. Por otra parte estaba el argumento más terrenal de que sin esclavitud la colonia no sobreviviría.

Preparándose para la emancipación

A lo largo del siglo XVIII los autores comentaron la naturaleza de la esclavitud en Surinam y el carácter del esclavo sin sombra de duda sobre la justificación de la institución. El abolicionismo ni siquiera

estaba en el tapete. Pero en el siglo XIX el abrupto fin de la trata y la creciente percepción de que la propia esclavitud se encontraba en la mirilla compelió a los autores pro-esclavistas a ser más explícitos. Cuando finalmente en la década de 1840 los hacendados, visitantes de paso, políticos y cabilderos abrieron el debate, este ganó en autenticidad. Los viejos argumentos se reestructuraron en un discurso esclavista que terminó intentando posponer lo inevitable. El debate además ofreció la oportunidad de dilucidar qué había logrado la esclavitud hasta el momento. El cabildo de los hacendados enfatizó la misión civilizatoria de la esclavitud básicamente, evitando la pregunta de por qué la esclavitud, según sus propios criterios, no había cumplido ese propósito. El elemento novedoso más significativo en su política fue el notable cambio en su posición respecto a la conversión —que en parte era otra forma de ganar tiempo.

A finales del siglo XVIII, John Gabriel Stedman, en su famosa *Narrative of a Five Years' Expedition against the Revolted Negroes of Suriname* había confrontado a la sociedad plantacionista con amargas acusaciones de deshumanización: no eran los esclavos los que merecían el calificativo de animales. Aunque en lugar de abogar por la abolición de la esclavitud abogaba por la instrumentación de mejoras, su visión de los «africanos» era relativamente positiva. Sin embargo, como lo demuestran Richard y Sally Price en el prefacio a su publicación del manuscrito original de 1790, los editores de *Narrative...*, tal y como se publicó en 1796, se aseguraron de sustituir la palabra «denigración» por «aprecio». Así pues, la edición tergiversada de *Narrative...* equipara la civilización cimarrona a las culturas africanas y aduce el presunto primitivismo de ambas como argumento contra la abolición prematura de la trata.³⁴

Solo una década después de la publicación de la versión mutilada de *Narrative...* se ilegalizó la trata, pero el mismo argumento continuó sirviendo a los sucesivos autores para demostrar que la abolición de la esclavitud misma era prematura. La barbarie de los esclavos continuó siendo un tema recurrente. La organización de hacendados *Eensgezindheid* los caracterizaba como «paganos y personas incivilizadas, en su mayoría desprovistos de buenas costumbres o virtudes: todo los inclina a la barbarie». Esto justificaba la

necesidad de gobernarlos por la fuerza. Todavía para mediados de siglo se seguían esgrimiendo argumentos similares; sin embargo, para ese entonces el más corriente era que precisamente la esclavitud era la que impedía que los esclavos alcanzaran su humanidad plena.³⁵

Los rasgos principales que caracterizaban a los esclavos, según apreciación de los autores decimonónicos, eran, por un lado, la pereza y la imposibilidad de confiar en ellos, y por otro, su lascivia y la ausencia de una vida familiar ordenada.³⁶ Los abolicionistas tendían a culpar a la esclavitud de estos defectos mientras que los esclavistas modificaron su razonamiento: de defender la postura de que estos eran de cierta forma rasgos innatos pasaron a defender la idea de que solo con más educación mediante la esclavitud se podría mejorar su conducta. Independientemente de las explicaciones, la convergencia era evidente: ambos bandos seguían teniendo una opinión denigrante sobre las capacidades de los esclavos. Por lo tanto, la mayoría de los autores persistieron en la idea de que la emancipación inmediata sería un acto irresponsable.

En la búsqueda de formas que prepararan a los esclavos para la libertad, la cristianización llegó a verse como el principal recurso de socialización. Esto supuso un vuelco notable pues todavía a la altura de 1830 la historia de las misiones se limitaba a un siglo de proselitismo, en su mayor parte fallido, entre amerindios y cimarrones. Optar por la conversión fue, por ende, una innovación significativa. Al mismo tiempo el cambio de política fue cualquier cosa menos directo. Las peticiones iniciales para difundir el evangelio se vieron estrictamente limitadas a los llamados «esclavos amigos».³⁷ En la primera crítica moderna de la esclavitud en Surinam, y en la que convergen la influencia de Adam Smith y el reclamo de evangelización, G. P. C. van Heeckeren van Waliën se mofa de la «incomprensible necesidad» de los hacendados respecto a la conversión de los esclavos. Para finales de la década de 1840, el misionero moraviano Otto Tank afirmaba que su hermandad finalmente tenía acceso a un creciente número de haciendas; sin embargo, también hizo comentarios críticos: los moravianos se usaban a menudo solo como «un instrumento para mantener a los negros sometidos y bajo coerción,

como si previeran que algún día la efectividad del látigo sería insuficiente». ³⁸

Y esto es en efecto lo que sugiere la literatura de los hacendados. En las primeras décadas del siglo la cristianización de los esclavos era, cuanto más, una cosa del futuro; aunque esta política era gradualmente aceptada, muchos persistieron en negar su factibilidad. ³⁹ Se siguió describiendo a los esclavos como bárbaros y como «un tipo de gente tan extraño que a pesar del látigo que cae antes de que sus espaldas sanen y del duro trabajo, se entregan a los excesos más violentos cada vez que el capataz les permite bailar cada dos o tres meses»; comparables a los indios en su percepción de la felicidad como ocio absoluto; como ignorantes, afines a lo animal, ingratos, tercos, carentes de amor propio, infantiles, supersticiosos y mendaces; como salvajes, demasiado incivilizados como para aspirar a la libertad y como afortunados por tener de amos a europeos civilizados; como mentalmente inferiores y reacios a la civilización; como «moral y físicamente menos sensibles (y) en todo tremendamente menos dotados que la mayoría de los blancos»; como holgazanes e inmaduros, como personas que entienden la libertad como condición para trabajar poco o nada en absoluto; como destinados a recaer en la animalidad si fueran liberados; como desprovistos en general de inteligencia y virtud; como incivilizados, lascivos y propensos a la desocupación; como «por falta de educación, perezosos e indolentes; como condenados a la degeneración si se emanciparan, como lo demuestran los ejemplos de los libres de color, los cimarrones y los esclavos emancipados de las islas británicas y francesas». ⁴⁰ Y así sucesivamente. ⁴¹

Uno de los dilemas de los abolicionistas era que en realidad compartían muchas de estas apreciaciones, la colección de características arriba expuesta se basa tanto en literatura esclavista como abolicionista. Comprometidos con los elevados principios de la universalidad de la libertad natural, los abolicionistas, no obstante, eran escépticos respecto al uso que los esclavos harían de la emancipación. Por lo tanto llegaron a enfatizar los beneficios de la cristianización no solo en relación con la salvación espiritual de los esclavos, sino también, y probablemente en primer lugar, como medio para modificar sus

costumbres y con ello contribuir a la supervivencia de la economía de plantación una vez que la esclavitud fuera abolida. Así pues, la cristianización de los esclavos sería doblemente ventajosa, tanto en términos demográficos como de ética del trabajo.

En primer lugar, la disminución natural de la población esclava suponía para las haciendas el problema del desgaste gradual de la fuerza laboral. Todos concordaban con que el estilo de vida lascivo de los esclavos —la poligamia y las enfermedades venéreas eran asuntos recurrentes— provocaba bajos niveles de fertilidad. La conversión implicaba la imposición de la norma de una familia monógama nuclear. Por ende, la cristianización de los esclavos traería mejores resultados demográficos. El primero en hacerse vocero de esta política fue J. van den Bosch en 1828, quien había sido enviado a las colonias en una misión de resolución de problemas. Pronto muchos otros escritos se harían eco de ella.⁴²

En segundo lugar, la inminencia de la emancipación suponía para los hacendados y el Estado colonial la angustiosa perspectiva de que los esclavos liberados abandonarían su trabajo en las plantaciones; después de todo, se suponía que padecían de una persistente preferencia por el ocio. También aquí la conversión sería útil pues ayudaría al esclavo a aceptar su destino y a asimilar una auténtica ética de trabajo en lugar de su presunta indolencia, con lo cual se facilitaría la transición del trabajo exigido mediante el látigo al trabajo que se realiza por una motivación intrínseca. Según el analista «moderno» Van Heeckeren, la cristianización no solo mejoraría la vida familiar y por ende la reproducción, sino que de la misma forma sustituiría el actual estado de «estupidez y bestialidad» por uno caracterizado por la «aceptación de su destino y un mejor entendimiento de sus deberes».⁴³

El peso inicial de la cristianización cayó en los moravianos alemanes, quienes desde la década de 1730 habían dedicado muchos esfuerzos y la vida de muchos hermanos al empeño misionero en la colonia. Los resultados habían sido modestos pero inspiraban confianza. Como lo resumiera un Ministro de Asuntos Coloniales holandés en 1842, «ellos no solo predicán religión y moralidad a los negros, sino que también les inculcan laboriosidad y obediencia a

las autoridades terrenales y, lo que es más, dan el ejemplo». ⁴⁴ Sin dudas la hermandad moraviana había intentado —en vano hasta mediados del siglo XIX— aumentar su aceptación insistiendo en su neutralidad respecto a los asuntos mundanos: ni en la teoría ni en la práctica se oponían a la esclavitud. Todavía en 1848 el líder moraviano en Surinam tranquilizaba a los hacendados al afirmar que su política se basaba en el siguiente axioma: «Cuando los pobres esclavos acepten pacientemente los caminos por donde Dios los conduce y dejen de lamentarse, entonces Dios los bendecirá y verá los servicios que realizan obedientemente para ustedes, caballeros [los hacendados], como si mediante estos le estuvieran sirviendo a Él». ⁴⁵

Teniendo en cuenta lo anterior, la prolongada resistencia de los hacendados a la conversión es sin dudas ilustrativa de su corta visión política y de lo poco dispuestos que estaban a tolerar cualquier cosa que pudiera interferir con la rutina de la vida en las plantaciones. ⁴⁶

En la década de 1850, los misioneros moravianos, y gradualmente los católicos, obtuvieron acceso a todas las plantaciones. En teoría el celo religioso, la ideología abolicionista y una política demográfica y económica más sensata convergieron en la iniciativa de la conversión. En la práctica los resultados fueron a menudo descorazonadores, confirmando así las sospechas de la testaruda facción esclavista pero también, y más lamentablemente, la aprehensión latente que los «amigos de los esclavos» habían albergado todo el tiempo. M. D. Teenstra, uno de los principales abolicionistas, admitió sin rodeos tener serias dudas sobre los resultados que los misioneros moravianos pudieran obtener. Los esclavos tenían corazones de piedra y generalmente eran «muy insensibles» y «no se dejaban inculcar fácilmente nociones de belleza y virtud». Dos años antes de la emancipación el historiador abolicionista Wolbers fue muy directo al escribir sobre «la rigidez de sus corazones, (...) la propensión a la idolatría y la frivolidad que aún a menudo aflora en los negros». ⁴⁷

Sin dudas durante estas últimas décadas de esclavitud y de transición hacia el trabajo libre, la conversión y la imposición de normas occidentales de respetabilidad, vida familiar y ética laboral fueron menos exitosas de lo que se esperaba. ⁴⁸ Debe haber sido una época

angustiosa y llena de desilusión para muchos abolicionistas, quienes habían argüido que los esclavos interiorizarían rápidamente estándares apropiados de respetabilidad. La añeja facción esclavista, que compartía los mismos criterios de civilidad, sencillamente debe haber visto confirmados sus lúgubres pronósticos: los esclavos aún no estaban listos para la libertad.⁴⁹

Curazao: color sobre estatus

En 1863 unos 33 500 esclavos, el 55% de una población total de poco más de 60 000, fueron liberados en Surinam. Alrededor de 1815, año en que se abolió la trata, el número de esclavos era de 44 000: más del 75% de la población total de la colonia. Comparada con esto la significación numérica de la emancipación en las Antillas fue mínima. El número de esclavos liberados en 1863 fue de solo 11 500: el 35 % de los 33 000 habitantes de las Antillas holandesas. Tanto el número limitado de habitantes como la modesta proporción de esclavos guardan relación con el carácter divergente de la historia colonial de las Antillas. En la mayor de las islas caribeñas holandesas, Curazao, solo el 48 % de sus 14 000 habitantes estaban registrados como esclavos alrededor del año 1815. En el momento de la emancipación, en 1863, esta proporción había disminuido al 35 % de una población total de 19 000 habitantes.⁵⁰

Por ello durante todo el periodo, desde la abolición de la trata hasta la de la esclavitud, en Surinam tanto el número total de esclavos como su proporción respecto al total de la población —y por ende, su significado para la economía local— sobrepasaban ampliamente las cifras de las colonias antillanas. En este contexto el debate sobre la abolición, por superficial que pueda haber sido, lógicamente gravitó en torno al caso de Surinam. Al contrario de las Indias Orientales Holandesas, en las que la esclavitud no era tan importante pero la colonia como tal sí, las Antillas holandesas se caracterizaban tanto por el escaso significado de la esclavitud dentro de sus territorios como por su propia escasa relevancia para la metrópolis.

El ejemplo más ilustrativo del desinterés metropolitano fue el final de la esclavitud en la isla holandesa de San Martín. Cuando en 1848 los esclavos de la parte francesa de la isla fueron emancipados, los esclavos de la mitad holandesa reaccionaron autoproclamándose libres. Guiados por el espíritu práctico, las negociaciones inmediatas entre los antiguos esclavos y los impotentes hacendados y funcionarios locales confirmaron el desmantelamiento de la esclavitud. Sin embargo, como no se llegó a un acuerdo final —ni localmente ni a través de la legislación holandesa—, el asunto quedó pendiente hasta la emancipación general de 1863.⁵¹

De las seis islas antillanas, Curazao había sido tradicionalmente la más importante. Desde una perspectiva holandesa —aunque no necesariamente compartida por las otras islas—, esta funcionaba como centro del mundo insular holandés en el Caribe. No obstante, una vez más es asombrosa la escasa presencia del caso de Curazao en el debate sobre la abolición de la esclavitud. Obviamente, como lo afirmara su consejo colonial a la altura de 1847, los propietarios de esclavos de Curazao no querían la emancipación.⁵² Sin embargo, aparentemente estas declaraciones tuvieron poco impacto. La *Staatscommissie*, o Comisión del Estado, establecida en 1853 para aconsejar sobre la emancipación de los esclavos, elaboró un pequeño volumen sobre las Indias Occidentales y el asentamiento holandés de Guinea. Mientras que su informe sobre Surinam —más voluminoso— era más empático con los hacendados de esta colonia, sus conclusiones respecto a Curazao no tendían a favorecer las objeciones expuestas por los propietarios de esclavos de esa isla.⁵³

Una diversidad de factores explica esta falta de compromiso por parte de la metrópolis. En primer lugar, estaba la escasa significación de Curazao para los Países Bajos, tanto en términos económicos como geopolíticos. Durante varios periodos del siglo XVIII la isla había sido tremendamente relevante como centro de tráfico de esclavos, contrabando y transacciones financieras. Sin embargo, la abolición de la trata y el desmantelamiento del imperio español en tierra firme y del mercantilismo imperial en la región habían socavado este rol. Por demás, la fuerte orientación de las élites locales hacia las redes caribeñas y latinoamericanas obraba ahora contra los

intereses de quienes aún albergaban esperanzas de influir en la opinión de la metrópolis. La élite criollizada —latinizada— curazoleña se encontraba mucho menos relacionada con la élite holandesa que la plantocracia surinamesa, con su larga historia de orientación casi exclusiva hacia la metrópolis. En el caso de la isla no existía la posibilidad de acceder fácilmente a la metrópolis a través de vínculos familiares o intereses comerciales comunes. Si el cabildo surinamés en los Países Bajos era débil, el de los intereses curazoleños era inexistente.

Uno podría verse tentado a considerar el pequeño número de esclavos curazoleños como una explicación. Sin embargo, ello da margen al razonamiento de doble sentido que también se encuentra en la discusión sobre la relevancia del escaso significado de la población negra en los Países Bajos, o incluso sobre la limitada importancia de la esclavitud surinamesa para la economía holandesa: En teoría la insignificancia numérica hacía que el asunto revistiera poca trascendencia y por tanto podría ser la causa de la indiferencia; no obstante, por el contrario, también podría haber facilitado la abolición, pues el modesto precio económico que había que pagar sería fácilmente compensado por la gratificación moral de haber «hecho lo correcto».⁵⁴ Es evidente que en lo que respecta a la movilización y la política metropolitanas, el segundo razonamiento pseudo-causal es el más aplicable; no obstante, se pueden observar diferencias tipológicas dentro de las Indias Occidentales Holandesas. Mientras que en Surinam la élite local participó en el debate sobre la esclavitud y la abolición, en las Antillas la ausencia de una contribución semejante fue notoria.

La incapacidad de pronunciarse sobre sus propios intereses como propietarios de esclavos fue la consecuencia lógica de la larga ausencia de actividad literaria y del predominio del interés por los asuntos regionales antes que por las relaciones con la metrópolis. En comparación con el «canon» de la literatura sobre Surinam, que data del periodo esclavista, lo publicado sobre Curazao es pobre en cantidad y calidad. Además, virtualmente todo fue escrito por autores metropolitanos sobre la base de la limitada experiencia que un visitante podía adquirir de la isla y su cultura. Al revisar este pequeño

corpus se hace evidente otro contraste con la literatura sobre Surinam. Mientras que los autores que describen la vida en esta última, una típica sociedad plantacionista, dedican muchas páginas a los esclavos y a las relaciones entre los hacendados y estos, el centro de los escritos sobre Curazao son observaciones sobre el color de la piel más que sobre el estatus. Este sutil contraste refleja fielmente la mayor complejidad de la estructura económica y socio-racial de la isla. Al contrario de la típica colonia de plantaciones no hispánica con su abrumadora mayoría esclava, su élite blanca pequeña y relativamente homogénea y su igualmente pequeño grupo intermedio de negros y mestizos libres, la sociedad curazoleña consistía en tres segmentos fundamentales: la población blanca, los negros y mestizos libres y los esclavos. La proporción del segmento intermedio creció ininterrumpidamente. De un modesto 22 % en 1789 la proporción de libres de color aumentó a un 32 % en 1817, a un 44 % en 1833 y constituía la mitad de la población en el momento de la emancipación.⁵⁵ Además, en el seno de la propia población blanca existían diferencias de clase, religión y ascendencia cultural.

Como lo ha explicado convincentemente H. Hoetink, esta estructura particular de la sociedad curazoleña, unida al carácter relativamente tranquilo de las relaciones amo-esclavo, hacía que los segmentos blancos estuvieran igualmente preocupados —si no más— por los afro-curazoleños libres que por los esclavos.⁵⁶ Como lo viera un holandés con una amplia experiencia de vida en las Indias Occidentales Holandesas: «En Curazao los blancos tratan a los libres de color con mucho más desprecio que en Surinam; sin embargo, con los esclavos ocurre lo contrario. Están mejor provistos de ropa y menos oprimidos en Curazao que en Surinam».⁵⁷

De ahí que el color y no la esclavitud haya sido el asunto recurrente en las crónicas de la élite blanca de la época. Así, el reverendo G. B. Bosch da testimonio de la opinión de los blancos de que «los libres de color ya eran demasiado pretenciosos y que la distinción que aún quedaba en pie entre los blancos y (los libres de color) debía perpetuarse cuanto fuera posible». La tendencia dominante en la política de Curazao, afirma, era el énfasis en mantener la línea divisoria del color; es decir, los blancos versus los mestizos y negros,

independientemente del estatus.⁵⁸ El funcionario civil H. J. Abbring escribió sobre la «ridícula vanidad de la élite blanca respecto a la pureza de raza», sobre las «arrogantes» aspiraciones de los mulatos de ser admitidos en la élite blanca y el desprecio general de los negros y mestizos libres por la población esclava.⁵⁹

Las imágenes sobre los esclavos rezumaban condescendencia y paternalismo, pero en general no eran tan negativas como en Surinam.⁶⁰ Bosch se opone a los estereotipos sobre «la supuesta estupidez de los esclavos» y los hallaba «mucho menos prejuiciosos y supersticiosos que las clases bajas europeas». Incluso en su resumen sobre la revuelta esclava de 1795 describe a los esclavos como «por lo general tranquilos y generosos» y llevados por el mal camino solo por la dinámica del momento.⁶¹ Por su parte Abbring, en una cuerda similar, además de alabar el atractivo físico de los esclavos jóvenes, menciona su humanidad: si carecían de ciertas virtudes, esta deficiencia solo se debía a su estado de servidumbre.⁶² M. D. Teensstra, basándose en su propia experiencia como experto agrícola en Surinam, pensaba que los esclavos curazoleños eran por lo general mejor parecidos, más animosos, educados, laboriosos y listos que su contraparte más oprimida en las Guayanas. No obstante añade una referencia al informe colonial de 1789 de W. A. Grovestins y W. C. Boeijs que provoca cierta confusión, y según la cual los esclavos curazoleños al igual que los libres de color, «tenían reputación de obstinados».⁶³ El reverendo S. van Dissel sostenía, por el contrario, que «el carácter de los no-blancos, en particular de los esclavos, es especialmente tranquilo, dócil, pacífico, así como industrioso».⁶⁴ El vicario católico M. J. Niewindt, quien reclamaba más educación, subrayaba que los «esclavos no son africanos rústicos: ellos saben que son humanos y se dan perfecta cuenta de que deberían ser tratados como tal».⁶⁵

La comisión estatal de 1853 finalmente escuchó a las partes en conflicto. Como cabía esperar, los estereotipos más negativos fueron pronunciados por aquellos que exigían que la emancipación fuera gradual y no inmediata; y viceversa. La discusión que sigue entre un exgobernador de Curazao, J. J. Rammelman Elsevier, y el presidente de la comisión, J. B. Heemskerk, revela este espíritu:

R. E.: En general [los afro-curazoleños] son enemigos del orden.

H.: Entonces, también en Curazao los pleitos parecen ser un elemento constante del carácter del negro.

R. E.: No son renuentes al trabajo en el campo, pero [son] muy tozudos. [...] El negro piensa, «tengo que ser libre», no «dónde voy a trabajar o cómo me ganaré la vida».⁶⁶

Un propietario de esclavos de Curazao dio un testimonio relativamente más optimista y afirmó que los esclavos de la isla eran por lo general de buen carácter y más civilizados que los esclavos de otras colonias. Esta última observación fue confirmada en términos aún más radicales por un sacerdote que había trabajado en Curazao, J. J. Putman, quien concluía que «El esclavo también quiere ser feliz. Y sabrá salir adelante mejor de lo que uno piensa. No son tan estúpidos como muchos los pintan».⁶⁷

El tono suave e incluso ligeramente positivo de esta imagen probablemente reflejaba el carácter atemperado de la esclavitud curazoleña y el hecho de que los propietarios de esclavos no se sintieran bajo un asedio constante. Se pueden mencionar dos factores adicionales. En primer lugar, las posturas asumidas por la mayoría de los autores citados reflejan que no son actores de la economía local sino solo espectadores; en segundo lugar, el momento histórico. La mayoría de las fuentes citadas datan de la década de 1830 y de fechas posteriores; en este periodo, incluso en Surinam, la imagen del esclavo como un sujeto que *aún* no había sido civilizado ya era común y políticamente conveniente.

De cualquier forma el panorama completo no se reduce a esto. El reconocimiento incondicional de la humanidad de los esclavos debe haber sido abrazado por la mayoría de las élites curazoleñas, que, en marcado contraste con los hacendados surinameses, habían tolerado la conversión de sus esclavos desde épocas tempranas. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII los observadores afirmaban que los afro-curazoleños, tanto esclavos como libres, eran católicos. De hecho, cuando se produjo la emancipación, en 1863, el 86 % de los curazoleños eran clasificados como católicos.⁶⁸ Esto contrasta ampliamente con la situación en Surinam, donde en 1863 solo la

mitad de la población se encontraba «bajo la supervisión de los Herrnhutters». ⁶⁹

Así, al menos oficialmente, los afro-curazoleños tanto esclavos como libres, eran cristianos y, al contrario de las élites judías o protestantes, se adherían al catolicismo romano. De esto se desprenden varias observaciones. El contraste entre la fuerte y exitosa oposición a la conversión que hasta 1830 ejerciera la clase hacendada y el hecho de que Curazao haya optado por lo contrario, falsea —ciertamente para tranquilidad de los holandeses—, la decisiva influencia que tuvo la cultura de la metrópolis en las formas específicas que asumió su gobierno colonial. También puede ser engañoso el predominio del catolicismo romano en Curazao, en contraste con la religión dominante en la metrópolis y en la élite blanca local, y con la subsiguiente política de conversión llevada a cabo por los Herrnhutters en Surinam.

¿Por qué entonces esta cristianización temprana, y por qué precisamente al catolicismo romano? La respuesta a la primera pregunta es relativamente especulativa. El hecho de que los colonos no habían tenido en cuenta el insistente reclamo de la Compañía de las Indias Occidentales de convertir a los esclavos al protestantismo no es significativo: en este periodo inicial no existían grandes diferencias entre las dos principales colonias. Lo que resulta enigmático es que seguidamente se haya tolerado la entrada de misioneros ajenos a la metrópolis, especialmente españoles y católicos, que en el contexto de la época podían haber sido considerados enemigos. La contingencia histórica fue sin duda una de las causas. La peculiar ubicación de Curazao, cercana al continente, facilitó que se le diera continuidad a las misiones españolas que habían comenzado en la era pre-holandesa, es decir, desde 1500 aproximadamente hasta 1634. Todo parece indicar que una vez que el celo católico inicial diluyó las reservas de que la conversión provocaría la rebeldía de los esclavos, las élites locales hallaron conveniente, e incluso tal vez inevitable, que esta práctica continuara.

Dos motivos adicionales pueden haber tenido algún peso. En primer lugar, a juzgar por factores como la alta incidencia de la manumisión y el notable crecimiento de la población esclava, los

propietarios de esclavos curazoleños no enfrentaron la escasez crónica de fuerza laboral que todavía en 1850 hacía que muchos hacendados surinameses no quisieran perder tiempo de trabajo a cambio de los hipotéticos e indirectos beneficios de las visitas de los misioneros. Finalmente, la gradual criollización de las élites curazoleñas con una orientación hispano-caribeña puede haberlas acercado más a las prácticas habituales en las naciones católicas en lo referido a la cristianización de los esclavos.

El contraste con Surinam ciertamente revela cuán alejados estaban estos dos mundos. Siguiendo la lógica más convencional que imperaba entre las potencias coloniales protestantes, los hacendados de Surinam no tomaron en cuenta seriamente el experimento de la conversión hasta las últimas décadas de la esclavitud. Su muy tardío y oportunista cambio de actitud demostraría con el tiempo la cortedad de su visión y el sentido común de sus homólogos curazoleños.

Hasta cierto punto la elección del catolicismo romano se desprendía de la historia colonial específica de Curazao y de su proximidad con la América española. Con anterioridad a la ocupación holandesa de la isla en 1634 y en consonancia con su *modus operandi* colonial, España ya había emprendido esfuerzos para cristianizar la población nativa. En los periodos que siguieron, sacerdotes de Caracas y Coro continuaron visitando la isla con frecuencia. Este predominio español fue tolerado hasta bien entrado el siglo XVIII; solo en su segunda mitad fue cuando la campaña, y por ende las congregaciones, pasaron a manos de los misioneros holandeses. Por lo tanto de cierta forma la posterior misión holandesa solo continuó el patrón establecido por los españoles.⁷⁰

Sin embargo, había más razones para elegir el catolicismo. No sin justificación, los contemporáneos destacaban la extrema tolerancia religiosa de la colonia. En cuanto a los blancos, todos, los protestantes, sefarditas y asquenazíes, profesaban abiertamente su propia religión a la vez que toleraban los otros credos. Además, aunque en los Países Bajos el catolicismo y el judaísmo ostentaban un estatus inferior al del protestantismo, los curazoleños protestantes y las autoridades coloniales locales siempre habían acogido con beneplácito a los misioneros católicos y sus actividades entre los

esclavos y la población afro-curazoleña libre. Sin embargo, independientemente de todos los otros beneficios que implicaba esta proverbial tolerancia religiosa, eran evidentes los relacionados con el afianzamiento de la hegemonía y la pacificación. Así, en fecha tan temprana como 1708 un sacerdote católico escribía en su diario: «el gobernador me ordenó inculcar en los esclavos obediencia y lealtad a sus amos». ⁷¹ Y en cuanto a la elección del catolicismo, el reverendo Bosch apuntó:

A mi llegada a Curazao, quedé pasmado por el hecho de que quienes frecuentaban las iglesias católicas no eran del mismo color de los que frecuentaban las protestantes, como si el color de la piel tuviera algo que ver con la elección del credo; al cabo de media hora ya podía decir por la apariencia de una persona a qué religión pertenecía [...].

Sin embargo, luego de pasar algunos años en Curazao, entendí la verdadera razón de por qué aquí los protestantes habían reservado sus propias iglesias para personas de piel blanca, una razón más importante que la [supuesta] idoneidad de la religión católica romana para las personas ignorantes. Esta [lógica] dimana, fundamentalmente de una política colonial que discrimina a la gente de piel negra y parda. Mientras mayor sea la distancia entre blancos y [no blancos], más se denigra a los segundos y el colonialismo seguirá en pie más fuerte y por más tiempo [...]. ⁷²

Así, puede que la tolerancia religiosa y la conversión de la población no blanca se hayan reforzado mutuamente; sin embargo, al mismo tiempo, elegir el catolicismo como la religión de los no blancos sirvió para perpetuar las divisiones entre esclavos y libres, así como las basadas en el color de la piel. De hecho, la distinción religiosa se extendió más allá de la esclavitud y persiste hasta nuestros días.

Cualquiera que sea la lógica tras esta tradición dual de división y predominio religiosos, el catolicismo, y en especial el clérigo, fueron particularmente significativos en las últimas décadas de esclavitud

en las Antillas holandesas. Por otra parte, y por razones obvias, tradicionalmente el clérigo católico había insistido en su neutralidad respecto a los asuntos mundanos, en particular los relacionados con la esclavitud y la misión pacificadora de su trabajo. El primer vicario católico, Niewindt, planteó repetidas veces que la instrucción católica era fundamental para garantizar el orden en la colonia; en 1828 escribió al gobernador: «¿Qué puede haber mejor que la influencia de la religión para controlar a los esclavos, para mantenerlos subordinados y leales en su servicio?». Posteriormente también enfatizó en el significado crucial de la instrucción religiosa con vistas a una transición ordenada hacia la libertad.⁷³ En su testimonio ante la Comisión Estatal de 1853 el sacerdote católico Putman confirmó esta visión, añadiendo que las revueltas esclavas precedentes se habían producido en un periodo «en el que los esclavos aún no habían adquirido esa comprensión de la religión que hoy ejerce tan benévola influencia sobre ellos». La comisión concluyó que la conversión «ha contribuido en no poca medida a aumentar la susceptibilidad de los esclavos a la libertad».⁷⁴ Asimismo, después de la emancipación el primero de julio de 1863, el gobernador J. D. Crol agradeció explícitamente al sucesor de Niewindt, J. F. A. Kistemaker, por la ayuda de la iglesia católica en la implementación ordenada de la abolición.⁷⁵

Por otra parte, un puñado de clérigos, entre los que también se encontraba Niewindt, terminó adoptando una posición más crítica de la esclavitud y de los propietarios de esclavos que la que los Herrnhutters de Surinam nunca se habían atrevido a expresar. Lógicamente sus objeciones se basaban en su propia agencia civilizatoria y por lo tanto iban dirigidas particularmente a los obstáculos que ponían los propietarios individuales de esclavos a la instrucción religiosa y al matrimonio formal entre esclavos. De cualquier forma, el hecho de que hayan expresado sus argumentos explícitamente reflejaba la creciente fuerza y en definitiva la significación crucial de la iglesia católica en el tejido social de Curazao durante las últimas décadas de la esclavitud.

Pero tal vez otra explicación es más relevante respecto al tema de la independencia en las colonias holandesas y sobre el hecho de que la perspectiva de Curazao no estuviera presente en el debate

metropolitano. A diferencia del debate sobre Surinam, las fuentes disponibles sobre Curazao sugieren que la transición al trabajo libre no generaba una gran inquietud. La escasa preocupación acerca de un posible levantamiento social después de la emancipación estaba en consonancia con el tejido social y la mentalidad de la sociedad esclavista curazoleña. El limitado número de esclavos, comparado con la población de libres de color, puede haber contribuido a perpetuar el desvelo de la élite blanca por la raza y el color antes que por el estatus jurídico. La noción de que los esclavos permanecerían en la iglesia católica después de su emancipación se sumó a la confianza que tenían los blancos de que la transición a la libertad no pondría en peligro su lugar privilegiado ni su seguridad. No caben dudas de que la larga tradición de socialización del cristianismo en Curazao tuvo resultados óptimos para la élite blanca, una recompensa tangible para su habitual «tolerancia».

La ausencia de ansiedad en relación con la disponibilidad de fuerza laboral después de la emancipación refleja fundamentalmente el bajo perfil de la economía curazoleña y particularmente el poco peso del trabajo esclavo en la economía local. Una vez más el informe de la Comisión del Estado de 1853 resulta ilustrativo al respecto.⁷⁶ Esta concluyó que la presente situación de exceso de fuerza de trabajo en comparación con la demanda se perpetuaría después de la emancipación. Como además el terreno árido y densamente poblado de la isla proveía poco margen para una agricultura de subsistencia, los esclavos liberados se verían obligados a buscar trabajo para ganarse el jornal. De hecho, el problema no era cómo mantener a la antigua fuerza laboral esclava trabajando en las haciendas, sino cómo garantizar suficiente trabajo tanto para la población libre ya existente como para los esclavos a punto de emanciparse. Ni el propietario de esclavos H. van der Meulen ni el sacerdote Putman creían que esto fuera factible. Ellos anticiparon, e incluso aplaudieron, una estrategia alternativa que aparentemente la población afro-curazoleña ya había tenido en cuenta: la emigración a Venezuela.

Agendas post-emancipación

Aun si el caso de Curazao permite algunas reflexiones interesantes, la conclusión sigue siendo que era relativamente insignificante para el debate general sobre la esclavitud en las Indias Occidentales Holandesas y su abolición, la cual nunca llegó a ser en sí un asunto de gran importancia en los Países Bajos. Los propietarios de haciendas ausentes de la colonia y radicados en la metrópolis bien pueden haber estado durante un siglo o más invirtiendo su capital en la importación de esclavos a Surinam sin cuestionarse siquiera una vez su justificación moral y sin recibir reproche alguno. Todo parece indicar que todavía a mediados del siglo XIX el estigma de la esclavitud era fácilmente ignorado.⁷⁷

Al final, la Ilustración y el advenimiento de la «modernidad» tuvieron un impacto notablemente escaso en la actitud de los holandeses respecto a la esclavitud y los negros. Los autores más difundidos del movimiento esclavista del siglo XVIII sostenían que todos los seres humanos provenían del mismo Dios; que los negros eran humanos también, solo que inferiores, indolentes, poco confiables y lascivos. En el siglo XIX, a medida que el abolicionismo se iba ubicando lentamente a la delantera, ambos bandos siguieron pensando básicamente en los mismos términos, con la única diferencia de que «inferior» fue sustituido por «incivilizado», más en consonancia con el pensamiento evolucionista. En Surinam el cambio más significativo durante la etapa previa a la emancipación fue que se aceptara la conversión, política que anteriormente se había considerado inútil.

A primera vista es difícil percibir la ascendencia que pueden haber tenido aquí las ideologías de la Iluminación o la modernidad. En contenido, la nueva ola fue una confirmación de los valores tradicionales cristianos, pero podemos discernir cierto grado de «modernidad» en el hecho de que este paquete de valores religiosos y sociales se haya aplicado a un nuevo grupo. El nuevo enfoque se inscribía directamente en una política más amplia encaminada a la asimilación de la futura población libre a las normas europeas de ética laboral y vida familiar.⁷⁸ Por supuesto que la implementación de esta política fue notable. La conversión de los esclavos surinameses fue en gran parte delegada a una sociedad misionera alemana, a

la que luego se unió solamente la iglesia católica holandesa. En Curazao el protestantismo holandés no buscó ejercer influencia alguna en los esclavos. Ambas decisiones reflejan la falta de compromiso de los círculos políticos y la opinión pública en la metrópolis.

En Surinam la emancipación de 1863 fue seguida de un periodo de diez años de supervisión estatal conocido como *Staatstoezicht*; una vez más, un calco del modelo británico, excepto que expandió el periodo de servidumbre hasta la década de 1870. Los observadores coloniales y metropolitanos medían los resultados con la misma vara y no estaban satisfechos. El esfuerzo para transformar la antigua población esclava en un proletariado rural que satisficiera de forma regular las necesidades de las haciendas no dio resultado en Surinam, como tampoco lo hizo en otras regiones. Hacia finales de la década de 1880 ya el sector plantacionista descansaba primariamente en trabajadores asiáticos importados bajo contrato desde la India británica y las Indias Orientales Holandesas; y la producción de azúcar se había desplomado muy por debajo de los niveles que se obtenían durante la esclavitud y el periodo de *Staatstoezicht*. Por lo demás, el empeño de imponer disciplina en la vida familiar de los antiguos esclavos y de erradicar el paganismo parecía condenado al fracaso. La resistencia de la cultura afrosurinamesa hizo añicos las expectativas de los que solían ser optimistas al respecto y solo sirvió para confirmar el pesimismo de otros, tanto progresistas como conservadores.

En Curazao la transición a una economía basada en el trabajo libre asalariado suponía un problema diferente. Como la disponibilidad de mano de obra excedía la demanda y puesto que había pocas alternativas locales, la dificultad no consistía en garantizar el flujo continuo de mano de obra para las haciendas, sino en crear sectores económicos alternativos. No se dio solución efectiva a este problema hasta finales de la década de 1920 cuando el establecimiento de una refinería de petróleo redefinió la totalidad de la economía. Mientras tanto, a pesar de la pobreza y la falta de oportunidades, la sociedad permaneció en calma. La división entre una mayoría católica afrocurazoleña y una élite blanca protestante o judía persistió intacta. No hay muchas razones para refutar la afirmación de la iglesia católica de la época, de que tanto la armonía con que transcurrió la transición a

la libertad como la subsiguiente ausencia de confrontación social abierta se debió en buena medida a su influencia local. Al mismo tiempo, los esfuerzos de la iglesia católica por erradicar la «superstición», la «lascivia» y otros rasgos presuntamente africanos, chocaron contra muchos de los mismos obstáculos hallados en Surinam.

Estos resultados bien pudieron haber contribuido al aumento subsiguiente del racismo holandés evolucionista y «científico» en relación con los negros, como mismo sucedió en otros lugares.⁷⁹ Que esto en realidad no haya ocurrido podría atribuírsele al hecho de que los Países Bajos no participaron en la lucha finisecular por el reparto de África, y particularmente a lo remoto que les resultaba a los holandeses ese continente, Afroamérica y los negros, tanto visual como mentalmente.⁸⁰ Mientras tanto las autoridades coloniales en las Indias Occidentales optaron por una nueva política de asimilación en el empeño de crear una sociedad más afín a los estándares holandeses de respetabilidad en una población cada vez más plural.⁸¹

Notas

- ¹ Wolbers, 1861: 746; Davis, 1984: 285. Ver también Van Winter, 1953: 61; Kuitenbrouwer, 1978: 98; Siwpersad, 1979: xiv; Emmer, 1974, 1980: 80; Postma, 1990: 291-294; Buisman, 1992: 307-342.
- ² Ver Drescher, 1995 y los varios aportes a *Fifty Years Later* (Oostindie, 1995) acerca de este tema.
- ³ Ver Schama, 1988. De 1804 a 1816, como consecuencia de las guerras napoleónicas en Europa, los británicos ocuparon las colonias holandesas. La abolición británica de la trata negrera (1807) se extendía igualmente a los territorios ocupados. Tal abolición fue sancionada en 1814 y nuevamente en 1818.
- ⁴ Van Stipriaan en su texto de 1993 ofrece la historia económica más abarcadora hasta la fecha sobre la esclavitud en Surinam; ver también las obras de este autor correspondientes a 1989 y 1995, que aparecen citadas en la bibliografía. Desde la perspectiva de la metrópolis, Surinam fue una propuesta atractiva hasta finales de la década de 1770; en el periodo posterior hasta la emancipación y después de ella, la colonia quedó por debajo de las expectativas. En ambos periodos y de forma creciente las Indias Orientales Holandesas exigieron mucha más aten-

ción y capital por parte de la metrópolis. En 1830 los Países Bajos importaban más o menos la misma cantidad de azúcar desde Java (la mayor de las islas de las Indias Orientales Holandesas) y de Surinam; en 1850, las importaciones desde Java eran cinco veces superiores; en 1860 catorce veces (Oostindie, 1989: 458).

- ⁵ Davis, 1966, 1975, 1984; Lewis, 1983.
- ⁶ El texto de Kolfín (1997) es un estudio útil sobre el desarrollo de las representaciones pictóricas de africanos y esclavos en el ámbito del Caribe holandés.
- ⁷ Van den Boogaart (1982: 53-54) ofrece un lúcido análisis de estas representaciones iniciales. Concluye que la negritud no era para el holandés un atributo esencial ni, como tal, un símbolo de degeneración sino más bien un rasgo diferenciador neutral. Para los británicos, según Jordan (1968), la negritud era uno de los cinco atributos esenciales en su percepción del africano; los restantes eran paganismo, barbarie, bestialidad y voluptuosidad. No obstante, un relato de Surinam de inicios del siglo XVIII, a pesar de ofrecer una imagen negativa de los esclavos, los hallaba «más bien lindos» e incluía un grabado de dos esclavos bien parecidos, uno de cada sexo (Herlein, 1718: 94).
- ⁸ La asociación de lo negro con símbolos paganos y lo blanco con la cristiandad fue superada con tibieza por la recepción sensacionalista del converso africano Jacobus Capitein, estudiante de la Universidad de Leiden y autor de un tratado en latín que confirmaba la «ideología de Canaán» y que justificaba incluso la esclavitud de los africanos bautizados. Capitein fue reconocido en un poema que argumentaba el «blanqueamiento» de su alma por obra y gracia de los Evangelios (Oostindie y Maduro, 1986: 12). En cuanto al simbolismo más general de la negritud, ver Davis, 1966: 447-449, 1984: 37-42. Para la maldición de Canaán, ver Davis, 1984: 42-43, 88-87. [Conocida indistintamente como la maldición de Noé, de Cam o de Canaán, aparece en el versículo 9:25 del libro «Génesis» (La Biblia). Fue proferida por Noé contra su hijo Cam por faltarle el respeto, pero debía recaer sobre su descendencia; es decir, sobre Canaán, el hijo de Cam. Supuestamente el objetivo inicial de esta historia era justificar la dominación de los israelitas sobre los cananeos, pero con el tiempo, sobre todo durante el periodo del tráfico transatlántico de esclavos, se usó para justificar la inferioridad de los negros, quienes vendrían a ser los descendientes malditos de Cam y Canaán, supuestamente ennegrecidos por sus pecados. (*N. de la T.*)]

- ⁹ Cohen, 1980: 43.
- ¹⁰ Gallandat, 1769: 3-4.
- ¹¹ Paasman, 1984: 98-121.
- ¹² La trata esclava en los Países Bajos fue prohibida en época tan temprana como los finales del siglo xvi, y el número de esclavos que acompañaban a sus amos de las colonias a la metrópolis siempre fue ínfimo. Tal número probablemente alcanzó un pico en el tercer cuarto del siglo xviii. Incluso entonces a los Países Bajos llegaban no más de unos veinte esclavos al año mientras que se marchaba una cantidad similar, por lo que probablemente se mantenía la misma cantidad. La emigración desde la isla principal del Caribe holandés, Curazao, era insignificante. La evidencia de la presencia de negros en los Países Bajos es solo circunstancial. El estatus de los esclavos traídos a la metrópolis siguió constituyendo un asunto polémico hasta la emancipación (Oostindie y Maduro, 1986: 7, 13-17, 155-164). En 1870 un escritor colonial asociaba explícitamente la ausencia virtual de negros en la metrópolis a la ignorancia de los holandeses en relación con las Indias Occidentales (véase «Suriname en zijne vooruitzichten», 1870: 777). En cambio, hacia la década de 1770 se estimaba que la población negra de Inglaterra era de 20 000 (Walvin, 1973: 46-47). Esta cifra puede haber estado más bien en el orden de los 10 000-15 000 (ver Drescher, 1987: 27-30). En cualquier caso, el contraste con los Países Bajos es enorme. En las décadas de 1760 y 1770 Francia reaccionaba con xenofobia a la creciente pero aún muy modesta presencia negra, simplemente prohibiendo la entrada de libertos y esclavos. (Cohen, 1980: 111).
- ¹³ Davis, 1984. Sobre la ambigua posición de los pensadores de la Ilustración, ver Davis, 1966: 391-445.
- ¹⁴ Ver Zwager, 1980: 11-13, 63-64; Jacob y Mijnhardt, 1992: 23, 204, 212, 220, 227. Mijnhardt, por ejemplo, plantea que «Montesquieu o Rousseau tenían poco que ofrecer que fuera relevante para la situación neerlandesa, a no ser por tópicos relacionados con la igualdad natural de la humanidad o los derechos inalienables de las personas [...]». El problema de si sus contemporáneos vinculaban estos tópicos al tema de la esclavitud no aparece. Ver también Paasman, 1984: 209-216.
- ¹⁵ La República Bátava se inclinaba marcadamente hacia la Francia revolucionaria. Los radicales holandeses fueron suplantados directamente por el gobierno francés en el llamado Reino de los Países Bajos (1806-1810), seguido de una franca anexión (1810-1813). Durante la

mayor parte del periodo 1796-1813 los británicos mantuvieron las colonias neerlandesas en una ocupación «protectora». En 1814 los holandeses cedieron la colonia de Berbice, Demerara y Esequibo a Inglaterra, que posteriormente las unificó en la Guayana británica. El gobierno revolucionario francés abolió la esclavitud en sus colonias en 1794, una decisión que fue revocada por Napoleón en 1802. Sobre las políticas coloniales de los «patriotas» holandeses, ver Schutte, 1974: 146-149. Una primera propuesta de abolición gradual, coescrita por un funcionario colonial francés y un hacendado holandés de Demerara, fue incluida en la traducción holandesa de la *Narrative* (Narrativa) de Stedman, de 1796 (ver Stedman 1799-1800: 148-185). La propuesta fue básicamente desoída.

- ¹⁶ En 1726 la proporción de católicos en los Países Bajos era del 34 %; en 1775, del 36 %. Debido a la inclusión de dos provincias sureñas, mayoritariamente católicas, esta proporción ascendió al 38 % en 1809, y fluctuó entre 35 % y 40 % hasta la década de 1970. En 1809 los miembros de la dominante *Nederlandsch Hervorm de Kerk* (Iglesia Reformada Calvinista de los Países Bajos) representaban el 55 % de la población; las otras denominaciones protestantes constituían el 4,5 %. Los disidentes protestantes no representaban una amenaza numéricamente considerable para la *Nederlandsch Hervorm de Kerk* antes de la década de 1880 —es decir, más allá del periodo que se discute aquí. Todas las cifras han sido tomadas de Knippenberg, 1992: 23, 61, 170. Incluso si los Países Bajos eran famosos por su tolerancia religiosa, la *Nederlandsch Hervorm de Kerk* era la única iglesia oficialmente reconocida, así como una institución altamente privilegiada. Bien entrado el siglo XIX, ser miembro activo de esta era una condición importante para formar parte de la élite nacional.
- ¹⁷ Bajo las presiones de los cuáqueros británicos, un movimiento numéricamente insignificante pero intelectualmente importante dentro de la Iglesia, el *Réveil* [despertar, en francés], solicitó la abolición en 1842; no obstante, la acción organizada fue pospuesta hasta la década de 1850. Los voceros de *Réveil* en la década de 1840 estimaban que los cuáqueros eran demasiado radicales; además, evitaron cooperar con los abolicionistas liberales (Siwipersad, 1979: 73-76, 217-220).
- ¹⁸ Drescher en su texto de 1995 comenta sobre el análisis que aparece en *The American Historical Review* (1985, 1987), posteriormente reimpresso; puede verse en Bender, 1992.
- ¹⁹ Kossmann, 1992: 20.

- ²⁰ Van Heeckeren van Waliën, 1826. Jacob apunta a una visión «ilustrada» hacia finales del siglo XVIII sobre el progreso industrial de la metrópolis, pero no sugiere que exista un vínculo con el tema de la esclavitud (Jacob, 1992: 238-239).
- ²¹ Lo mismo para Francia. Ver Drescher, 1991: 733.
- ²² Lewis, 1983: 109, 327. Ver también Davis, 1975: 184-197. «Ya para mediados del siglo XVIII [...] las sociedades esclavas venían adquiriendo la imagen de páramos sociales y culturales, marchitos por un excesivo afán de beneficios privados» (Davis, 1984: 80).
- ²³ Nassy, 1788: 5; 1779: 83.
- ²⁴ Ni tampoco la reforma colonial; ver Cohen, 1991: 94-123. Como contrapartida de la mala reputación de Surinam, la esclavitud se convirtió en un tema central de la literatura de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Llama la atención que ningún escritor se tomara la molestia de contradecir la acusación de Voltaire sobre la esclavitud de Surinam en *Cándido* (1759), aun cuando esta hubiera sido un blanco fácil para los que atacaban el discurso antiesclavista «ilustrado». Ver Oostindie, 1993.
- ²⁵ Ver Hartsinck, 1770; Wolbers, 1861. El primero era un empleado de la Compañía de las Indias Occidentales Holandesas; su *Beschryving van Guiana* (Descripción de Guyana) en dos volúmenes se basa en fuentes de archivo, literatura e información suministrada por hacendados y funcionarios de Surinam. Por su parte, el historiador abolicionista Wolbers escribió su voluminoso *Geschiedenis van Suriname* (Historia de Surinam) sobre la base de una investigación de archivo en los Países Bajos. Ninguna autora escribió sobre Surinam en los siglos XVIII y XIX; en las *belles lettres*, por el contrario, escritoras como Petronella Moens, Elizabeth Post y Betje Wolff sí publicaron acerca de temas relacionados con la esclavitud.
- ²⁶ Una expresión del todavía reciente encuentro holandés con los africanos, Herlein ocasionalmente utilizaba el término *Mooren* (moros) además de *Negers* (negros), *Slaven* (esclavos) y *Swarte* (negros). El ambiguo *Mooren*, que incluía a los mediterráneos del sur, desapareció por completo en todos los escritos posteriores de Surinam. En los Países Bajos sí continuó en uso por más tiempo. Ver también Blakely, 1993.
- ²⁷ Véase Herlein, 1718: 90-121. Citas de las páginas 96, 105, 94 y 86, respectivamente. En el plano teórico, el axioma de un gobierno justo ya se había formulado a principios del siglo XVI por parte de filósofos

- como Grotius y teólogos como G. Udemans. En ambos casos su axioma descansaba en principios jurídicos abstractos y cristianos, más que en bases pragmáticas.
- ²⁸ Ver reglamentos de plantación de 1759 y 1784; Schiltkamp y De Smidt, 1973; Pistorius, 1763; Hartsinck, 1770, I: 381, 404, 415; II:907, 918; Fermin, 1770: 145-147, 1778: 345; Blom, 1787: 352-355; Stedman, 1796. Hartsinck (I: 374) cita a un líder de la rebelión esclava de Berbice en 1763 que afirma «que los cristianos eran groseros con ellos; que estos ya no soportaban a los cristianos o a los blancos en su país y que querían ser los amos de Berbice; que todas las plantaciones eran suyas y que los cristianos deberían entregarles estas plantaciones». No obstante, él no consideraba cardinal esta declaración de rebeldía; por doquier insistía en los axiomas del «gobierno justo».
- ²⁹ Warren, 1667: 19; Hartsinck, 1770, II: 906-907. Hartsinck, como casi todos los autores, asumía implícitamente que las esclavas eran más sumisas. Ver también Blom, 1787: 330.
- ³⁰ Pistorius, 1763: 98; las cursivas son mías.
- ³¹ Kals, 1756; Van der Linde, 1987; Hartsinck, 1770, II: 743; Wolbers, 1861: 265.
- ³² Hartsinck, 1770, II: 903; Fermin, 1770, I: 143, 124, 148. Tradicionalmente, judíos, cristianos y musulmanes compartían la opinión de que la conversión religiosa no implicaba la manumisión inmediata (Davis 1984: 22).
- ³³ Blom, 1787: 348. Ver también Blom y Heshuysen, 1786: 391-392.
- ³⁴ Stedman, 1796: XI-XIV.
- ³⁵ Eensgezindheid, 1804: 12; Kappler, 1854, I: 140, versus Wolbers, 1861: 775-776.
- ³⁶ En cuanto a revueltas esclavas y cimarronaje este siglo fue mucho más tranquilo que el anterior. Por lo tanto, el énfasis en el salvajismo y crueldad de los esclavos se fue desvaneciendo. La revolución haitiana dejó pocas huellas en la literatura sobre Surinam.
- ³⁷ O, antes de ese momento, a observadores extranjeros. En un comentario sobre su visita a Surinam a finales de la década de 1770, el funcionario francés V. P. Malouet se quejaba de que los hacendados de Surinam no bautizaban a sus esclavos y, por lo tanto, no sentían inhibiciones contra el abuso; esta crítica sobre las políticas de los hacendados llevaba a concluir que dada la ausencia de cristiandad, los

- esclavos quedaban «reducidos a su instinto animal» (Malouet, 1802, III: 114). Ver también Paasman, 1984: 157-165.
- ³⁸ Van Heeckeren 1826: 78-82, 87-88, 100-102, 127-128; Tank 1848: 95. Una crítica similar fue declarada por el hacendado ausente G. P. C. van Breugel (Van Breugel 1834: 12). Sobre el impacto de los moravianos en Surinam, ver Lenders, 1996.
- ³⁹ Por ejemplo, Eensgezindheid, 1804: 19-20 y Staatscommissie 1855: 294, 302.
- ⁴⁰ Citas de Eensgezindheid, 1804: 12-14; Kunitz, 1805: 350; Lammens, 1823: 16; Van Heeckeren, 1826: 101; Teenstra, 1835, II: 186; Van Lennep Coster, 1836: 113-117; Lans, 1842: 22-23; Teenstra, 1842: 115, 119; Bosch, 1843: 147-148, 200-201; Van Emden et al. 1848: 11; Hostmann, 1850, I:140-141, 1850, II: 413; Kappler, 1854: 56; Staatscommissie, 1855: 97, 288-290; Winkels, 1856: 37; De Veer, 1861: 175-176. Se reconocen elementos del esclavo tipo sambo que Elkin celebrara: «dócil pero irresponsable, leal pero haragán, humilde pero crónicamente dado a mentir y a robar [...] de charla ingenua llena de exageraciones pueriles [...] dependiente por completo y con apego infantil» (Elkins, 1971: 82). Para una evaluación de «sambo» como ideología, ver Patterson, 1984: 96, 207-208, 338.
- ⁴¹ La más temprana justificación pragmática —los esclavos son los únicos capaces del arduo trabajo en las plantaciones tropicales— continuaba aflorando. Lammens, 1982: 191-192; Benoit, 1980: 63; Lans, 1842, II: 16-17, 22-27, 30-31. Existen aquí paralelos interesantes con las percepciones de las élites ilustradas sobre el holandés vulgar. Ver Frijhoff, 1992: 292-307.
- ⁴² Van den Bosch, citado en Oomens, 1986: 166; Van Heeckeren, 1826: 87-88, 127-128; Lans, 1829: 41; Lans, 1842: 163-165; Lans, 1847: 79; Staatscommissie, 1855: 272. Ver, además, Van Lier, 1971: 72-74, 172-176; Siwpersad, 1979: 85-87, 161, 185; Lamur, 1985: 34-43; Oostindie, 1989:1 92-195.
- ⁴³ Van Heeckeren 1826: 87-8, 101-104, 127-128. Ver también la oportunista inclusión de la conversión en uno de los últimos tratados proesclavistas: Belmonte 1855: 60-61, 120.
- ⁴⁴ J. C. Baud 1842; en la misma línea, J. van den Bosch 1828 y J.C. Rijk 1851; todos citados en Siwpersad 1979: 200, 79, 206. Varios autores confirmaron que la conversión podría tener efectos disciplinarios más

- que subversivos; Van Breugel 1834; Bosch 1843: 170-173. Y, in retrospectiva, Bartelink, 1916: 59.
- ⁴⁵ H. W Pfenninger en Van Emden et al. 1848: 73. De forma similar, Tank 1848: 95. Wolbers, 1861: 720 comentaba: «para derramar sobre los pobres esclavos unas gotas de la abundante copa de los Evangelios, hacía el sacrificio de mantenerse en silencio, cuando guardar silencio era a veces verdaderamente difícil». En los mismos términos el antes mencionado misionero moravo Tank afirmaba que los moravos siempre habían enseñado a los esclavos a aceptar su estatus (Tank 1848: 95). Sobre una etapa más temprana de la socialización de los misioneros moravianos de este tipo de conformismo, ver Riemer 1801: 90-94. Para un análisis general de la relación entre el cristianismo misionero y el orden social caribeño basado en la esclavitud, ver Lewis 1983: 199-205.
- ⁴⁶ Vale la pena mencionar el contraste con la notablemente exitosa misión moraviana en las Islas Vírgenes Danesas en el siglo XVIII; Oldendorp, 1987. Existen buenas razones para asumir que el factor que mejor lo explica son las metrópolis respectivas. En Dinamarca la monarquía y sus élites eran fervientes promotoras de la cristianización, y simplemente obligaban a los colonos a obedecer. Como se indicó antes, las élites holandesas del siglo XVIII no encontraban conveniencia personal o política alguna en la difusión de las Escrituras en las colonias. E incluso si el Estado holandés hubiera abogado por la conversión, su influencia en los colonos era insignificante bien entrado el siglo XIX.
- ⁴⁷ Teenstra, 1842: 121, 124; Wolbers, 1861: 810. El escritor abolicionista militante W. R. van Hoëvell defendía una jerarquía de razas en la que los africanos quedaban ubicados inmediatamente después que los europeos, pero encima de los asiáticos y de los amerindios (estos últimos en el escalón más bajo). Los negros ciertamente podían avanzar, pero no en la misma África, donde la naturaleza, el clima y el aislamiento se combinaban para levantar «una barrera al progreso de la civilización» (Van Hoëvell 1854: 237-238).
- ⁴⁸ En 1830, los moravianos sumaban menos de 1 800 conversos entre la población no blanca; para 1861 esta cifra, según declaraciones oficiales exageradas, había aumentado a más de 27 000, más 11 000 católicos; en ambos años el total de la población no blanca apenas sobrepasaba los 50 000 (Van Lier, 1971: 173-174). No obstante, los propios

- misioneros expresaban fuertes dudas en cuanto al impacto real de la conversión (Lamur, 1985; Oostindie, 1989: 192-195).
- ⁴⁹ Winkels, 1856: 97, 114; Kappler, 1854: 56; De Veer, 1861; Kappler, 1881: 10; Siwpersad, 1979: 262-270. Para problemas similares en el Caribe británico, ver Green, 1976; Turner, 1982; Holt, 1992.
- ⁵⁰ Hoetink, 1958: 77; *Koloniaal Verslag*, 1863. En 1833, los esclavos representaban el 40 % de los 15 000 curazoleños.
- ⁵¹ Incluso después de esa fecha, los propietarios de esclavos de San Martín y la administración holandesa discutían el nivel de compensación a pagar a los primeros. La Haya inicialmente mantenía que no se requería pago alguno, puesto que la compensación a los propietarios de esclavos acordada en los demás lugares del Caribe neerlandés no se aplicaba a San Martín donde la esclavitud había terminado realmente en 1848. Al final se llegó a un compromiso que permitía la compensación, pero a un nivel mucho más bajo que el acordado para otros territorios. Ver Paula, 1993.
- ⁵² Raad van Politie, 1847, citado en Lampe, 1988: 83. Una década después, mientras que su vocero admitía la inevitabilidad de la abolición plena, pedía prudencia y una emancipación gradual (Staatscommissie, 1856: 253-270).
- ⁵³ Staatscommissie, 1855-1856.
- ⁵⁴ Ver Teenstra, 1852, II:755-756.
- ⁵⁵ Klooster, 1998: 61, *Koloniaal Verslag*, 1863.
- ⁵⁶ Hoetink, 1958, 1969, 1972. Hoetink explica de manera convincente el carácter comparativamente «moderado» de la esclavitud en Curazao, en consonancia con el carácter no plantacionista de la economía, el limitado número promedio de esclavos por propietario y el alto nivel de control social en la pequeña isla. La «benevolencia» de la esclavitud en Curazao era un tema recurrente en los escritos sobre la isla (Van Paddenburg, 1819: 75-78, Abbring, 1834: 84-86, Teenstra, 1836, I: 169). La comparación obvia era —y todavía es— con Surinam, con su esclavitud supuestamente cruel en extremo; en relación con el historial y la validez de tal reputación, ver Oostindie, 1993. Sobre el sistema de plantación tipo hacienda, ver Renkema, 1981.
- ⁵⁷ Teenstra, 1836, I: 166.
- ⁵⁸ Bosch, 1829: 228, 226, respectivamente. En cuanto a las consecuencias psicológicas de la ambigua posición de los libres de color, el autor mantenía que ellos se ofendían con facilidad, «como si todo lo que se

- les dijera expresara el desprecio que sus orígenes y color suscitaban» (Bosch, 1829: 103). Ver también Teenstra, 1836, I: 165-167.
- ⁵⁹ Abbring, 1834: 99. Compárese Van Dissel, 1857: 111.
- ⁶⁰ Así G. G. van Paddenburg, al tiempo que tomaba la cristianización de la población esclava como prueba adicional del carácter benévolo de la esclavitud de Curazao, podía confirmarle a sus lectores que «Los negros y las personas de color, lo mismo esclavos que libres [...] tienen muchas menos necesidades que nosotros, los refinados europeos» (Van Paddenburg, 1819: 78). Quizás los apuntes más condescendientes se hacían en relación con la promiscuidad afrocurazoleña (por ejemplo, el Raad van Politie de 1818, citado en Dahlhaus, 1924: 406) y el creole local, el papiamento (Van Paddenburg, 1819: 71-73, Bosch, 1829: 212-219, Teenstra, 1836, I: 179). De hecho, al menos en cuanto al idioma —si no respecto a ambos asuntos—, esta crítica implicaba asimismo a los blancos.
- ⁶¹ Bosch, 1829: 220-221, 323. Durante todo el periodo colonial se reportaron dos grandes revueltas de esclavos: una en 1750 y otra más prolongada en 1795.
- ⁶² Abbring, 1834: 81-82, 85.
- ⁶³ Teenstra, 1836, I: 167.
- ⁶⁴ Van Dissel, 1857: 116. Van Dissel usa el término *kleurlingen*, que significa literalmente «de color»; sin embargo, a partir del contexto queda claro que se refiere a los no blancos en general.
- ⁶⁵ Niewindt, 1850, citado en Dahlhaus, 1924: 440.
- ⁶⁶ Staatscommissie, 1856: 232, 243.
- ⁶⁷ Staatscommissie, 1856: 263, 275, 303.
- ⁶⁸ *Koloniaal Verslag*, 1863, no. 32, Surinam: 21-22; no. 43, Curaçao: 2. Del 54 % de la población total de la feligresía moraviana, un tercio no estaba bautizado. Un 6 % adicional de los surinameses o eran católicos bautizados o aspiraban a serlo; estos eran en su mayoría esclavos también. En 1826, de 2 829 blancos que vivían en Curazao, 15 % eran católicos también. Con cierta justificación, Römer-Kenepa (1992: 47) sostiene que la historiografía ha descuidado a este grupo y su influencia en la sociedad colonial.
- ⁶⁹ Herrnhutters otra forma de referirse a los hermanos moravianos, alude a su sede en la localidad de Herrnhut, Silesia. (*N. de la T.*)

- ⁷⁰ Lampe, 1988: 84, 107-110. Este autor, así como Dahlhaus, 1924 y Goslinga, 1956, son las fuentes fundamentales sobre el catolicismo en Curazao; también Allen, 1992, Römer-Kenepa, 1992. A veces, se dejaban oír las quejas de los protestantes por el predominio del catolicismo romano entre la población afrocurazoleña. Ver Teenstra; 1836, I: 174; Dahlhaus, 1924: 393, 444-445; Goslinga, 1956: 37; Klooster, 1994: 291-292.
- ⁷¹ M. A. Schabel, citado en Lampe, 1988: 36.
- ⁷² Bosch, 1829: 220,226.
- ⁷³ Niewindt citado en Dahlhaus, 1924: 100, 395, y 430-431, respectivamente. Monsiñeur M. J. Niewindt trabajó en Curazao de 1824 hasta su muerte en 1860; desde 1842 fue el primer vicario de la isla. En sus últimos días, de cierta manera encarnó el proceso de emancipación en Curazao (Dahlhaus, 1924, Goslinga, 1956; para una discusión más imparcial, ver Hoetink, 1958: 113-114, 139-143). En Surinam no surgió un benefactor colonial parecido; un lugar de honor —si es posible—, fue reservado sin justificación real para el rey Guillermo III, que firmó la declaración de independencia.
- ⁷⁴ Staatscommissie, 1856: 298 y 26, respectivamente.
- ⁷⁵ Lampe, 1988:90.
- ⁷⁶ Staatscommissie, 1856: 9, 25, 30-31, 261-263, 277-278. El presidente de la comisión, en efecto, se preguntaba por qué los esclavos resultaban relativamente caros en la isla, ya que el suministro de trabajo excedía por mucho su demanda (Staatscommissie, 1856: 278). Ver también Renkema, 1981, especialmente la página 150.
- ⁷⁷ Compárese Oostindie, 1989: 362-363.
- ⁷⁸ En igual periodo, las élites «ilustradas» de la metrópolis emprendían políticas socializadoras en beneficio de su propio proletariado. El antes mencionado mediador colonial J. van den Bosch estaba también a la vanguardia de ese movimiento. Por el contrario, algunas de las técnicas socializadoras más sutiles, tales como el otorgamiento de medallas y los premios en metálico a la gente «baja» por prestar de manera voluntaria servicios relevantes a las élites, se aplicaban ocasionalmente también en Surinam (Moes, 1845: 129, 153). Ver también Davis, 1984: 121-129, 214-226.
- ⁷⁹ Davis, 1975: 48; Davis, 1984:1 34-136, 277-279; Cohen, 1980: 98-99, 181, 210-221, 260-262. Irónicamente, un académico holandés del siglo XVIII, Petrus Camper, había sido uno de los primeros en asociar el

fenotipo «ángulo facial» con la raza y las capacidades intelectuales; su teoría tuvo alguna aceptación en varios lugares de Europa en la segunda mitad del siglo XVIII y una vez más en la década de 1840l. Ver Curtin, 1964: 39-40, 366.

- ⁸⁰ La inexistencia de un racismo «científico» no impedía en absoluto el empleo de trabajo de (semi) servidumbre tanto en las Indias Orientales Holandesas como en las Occidentales hasta bien entrado el siglo XX, ni tampoco con el racismo cotidiano contra los súbditos coloniales. Sobre el racismo «científico» tras la abolición en Gran Bretaña y Francia, ver Drescher, 1990: 440-447.
- ⁸¹ Solamente en las décadas de 1830 y 1840 la política cultural holandesa para Surinam alentó la consolidación del pluralismo étnico. No obstante, las políticas educacionales permanecieron firmemente modeladas según los estándares metropolitanos.

CAPÍTULO 3

Pluralidad persistente

Durante las últimas décadas, los Países Bajos, al igual que otros países de la Unión Europea, han afrontado una creciente pluralidad étnica dentro de sus fronteras. Para un país que ha promovido una «tradición secular de tolerancia» este cambio, en buena medida drástico, ha resultado considerablemente complejo. Las «minorías étnicas», que hoy día constituyen el 15 % de la población total, son cuidadosamente clasificadas y convertidas en objeto de acción legislativa. Los inmigrantes de las antiguas Indias Orientales Holandesas y sus descendientes, «inmigrantes modelos» asimilados, ya han desaparecido de las estadísticas de las minorías étnicas. Minorías menos integradas, incluyendo las del Caribe holandés, son objeto de los cuidados del Estado, y, cada vez más, motivo de preocupación. Aún prevalece la tendencia a considerar a las personas de Surinam y de las Antillas como un solo grupo: culturalmente diferente de los holandeses pero básicamente similares entre sí.

La primera premisa, las diferencias considerables entre la cultura holandesa y la caribeño-holandesa, es en ciertos aspectos exagerada. Una comparación con inmigrantes de dos países islámicos —Marruecos y Turquía— sugiere que las diferencias entre la cultura holandesa y la del Caribe holandés son menos significativas. Sin embargo, el hecho de que existe una brecha también confirma que la misión de «civilizar» los territorios de ultramar se emprendió con cierto descuido y que no fue particularmente exitosa. La segunda premisa, la uniformidad entre antillanos y surinameses, es un auténtico disparate. Tanto en términos de etnicidad como de cultura la población del Caribe holandés se caracteriza por una enorme di-

versidad que pone de manifiesto claramente la variedad de patrones según los cuales fue colonizado.

Esta pluralidad del Caribe holandés es persistente y se ha manifestado en tensiones reprimidas, intolerancia y conflictos abiertamente declarados. No obstante, el alto grado de heterogeneidad étnica también podría reflejar que la historia del Caribe holandés, precisamente ahora que se encuentra en su fase poscolonial, ha sido notablemente armónica. El equilibrio puede ser precario, ciertamente lo es en Surinam, pero es aparentemente controlable. En varios sentidos la pluralidad también hace la sociedad caribeña más dinámica que la holandesa. Basta con escuchar cómo las personas cambian de idioma constantemente en Aruba —papiamento, inglés caribeño, holandés— según en presencia de quién se encuentren. Véase cómo en Paramaribo la mayoría de los surinameses se consideran en primera instancia como pertenecientes a un grupo étnico particular, sin embargo se mueven con relativa facilidad en otras esferas étnicas. Los holandeses, que suelen verse a sí mismos como modernos y cosmopolitas, podrían aprender mucho de la destreza con la que los caribeños realizan este constante cambio de código, que no se reduce simplemente a entender que las cosas allí son diferentes, sino en particular que las personas tienen que lidiar constantemente con «los otros», a la vez que se las arreglan para mantener bajo control las tensiones étnicas que ello implica. Ya sabemos que más cerca de casa las cosas se pueden poner mucho más feas.

Formación de «pilares» étnicos en Surinam

La historia caribeña es una historia de migración y la del Caribe holandés no es la excepción. La migración laboral, que se produjo por oleadas a lo largo de varios siglos, es la causa principal de la heterogeneidad actual del Caribe holandés. De ahí que sea esencial en este capítulo, que aborda el papel desempeñado por la etnicidad en la sociedad caribeño-holandesa, referirse frecuentemente a los cambios socioeconómicos que la migración laboral puso en marcha.

Es preciso describir por separado los casos de Surinam y de cada una de las islas en cuanto a la forma en que se produjo este crecimiento poblacional. Antes de la llegada de los ingleses y los holandeses, Surinam estaba poblada por pueblos aborígenes amerindios, en particular por los caribes y los arahuacos.¹ Junto a estos dos grupos, que aún son los mayores, viven grupos más pequeños como el Trio y el Wajana. Mientras que en casi todas las islas los europeos provocaron la extinción de estos pobladores, en Surinam los amerindios sobrevivieron a la colonización. Después de las primeras décadas de encuentros coloniales, que alternaron entre la guerra y la paz, estos se vieron forzados a aceptar el nuevo orden, aunque se mantuvieron lejos de él, en lo más profundo del interior del país hasta bien entrado el siglo xx. Nunca fueron muy numerosos. Se calcula que hoy día suman 12 000, posiblemente la misma cantidad que durante el periodo colonial. Sin embargo, solo una minoría vive en la selva tropical; la mayoría se ha asentado más cerca de la capital, Paramaribo.

La colonización significó la llegada de migrantes que desplazaron a la población nativa en muchos sentidos. Hasta 1863, fecha en que se abolió la esclavitud, estos forasteros eran europeos y sobre todo africanos. Tanto la población blanca como la africana era altamente heterogénea. Los grupos más permanentes entre los blancos eran los judíos sefarditas y más tarde los asquenazíes, quienes durante el periodo esclavista llegaron a constituir hasta dos tercios de la población blanca. También había holandeses, franceses, alemanes e ingleses; una madeja de la cual los holandeses eran solo un pequeño segmento. En la primera etapa del colonialismo era difícil encontrar suficientes hablantes del holandés para ocupar puestos oficiales. En 1675 el número total de blancos se calculaba en unos pocos cientos y entre el siglo xviii y el xix de 2 000 a 3 500. Hoy día el número de blancos nativos es insignificante.

Los esclavos africanos que fueron llevados a Surinam —cerca de 215 000 entre 1667 y 1830— eran probablemente más heterogéneos en términos de origen y cultura que los blancos. Las principales regiones de las que se trajeron fueron Loango (al sur de Camerún, Gabón, Congo y el norte de Angola), la Costa de Oro (Ghana), la

Costa de Barlovento (Costa de Marfil, Liberia, Sierra Leona) y la Costa de los Esclavos (Nigeria occidental, Benín y Togo).² El crecimiento negativo de la población durante la esclavitud significaba que las insaciables plantaciones demandaban más y más mano de obra africana. En 1863 la población total de origen africano se calculaba en al menos 60 000. Para ese momento la población, que consistía mayormente en criollos que descendían de «negros de agua salada» o bozales, había devenido más homogénea en algunos sentidos y más heterogénea en otros. En el nuevo entorno, bajo el dominio de las plantaciones, las diferencias étnicas entre los africanos fueron perdiendo su significación y surgió un nuevo lenguaje: sranan tongo. Se desarrollaron nuevas formas de expresión religiosa y cultural que no provenían de un origen africano único, sino que expresaban una cultura nueva, criollizada. No fue hasta la segunda mitad del siglo XIX que se emprendió un vacilante programa civilizatorio a través del cual el cristianismo, la lengua holandesa y el sistema de educación holandés fueron gradualmente impuestos y hasta cierto punto adoptados. Esta ofensiva iba dirigida a «elevar» la recién surgida y aparentemente homogénea cultura afro-surinamesa.

Sin embargo, más o menos desde el principio de la colonización surgieron nuevas formas de división en el seno de los afro-surinameses. Dentro de las fronteras de la economía de plantación había margen para alguna diferenciación social. En vano prohibían las autoridades coloniales que los blancos se involucraran carnalmente con sus esclavas.³ La comunidad blanca era, por mucho, predominantemente masculina; por lo tanto era inevitable que sostuvieran relaciones con las esclavas. Estas solían ser efímeras, impuestas por los hombres y puramente sexuales. Existían otras relaciones en las que la mujer devenía la compañera estable del hombre, que tenían un aspecto afectivo y eran más balanceadas, pero el matrimonio era impensable en el contexto de la colonia. En el siglo XVIII el concubinato adquirió cierto estatus bajo el nombre de «matrimonio surinamés». Cada vez era más frecuente que las esclavas favoritas y los hijos habidos de estas relaciones recibieran la manumisión, lo cual trajo consigo el surgimiento gradual del grupo de los «libres de color y los negros libres». En 1738 este grupo se calculaba en 600,

en 1830 ya era de 5 000 y para 1863 había crecido hasta alcanzar más de 10 000.

Resulta elocuente que estas «personas de color», aunque sus raíces eran tan europeas como africanas, siempre fueron consideradas afro-surinameses. Con el tiempo, en Surinam, como en el resto del Nuevo Mundo, se adoptó una amplia terminología para nombrar y fijar en una jerarquía las diferencias de color (*mulat, mesties, kasties, karboeager*). En el contexto de las relaciones coloniales, y mucho después, cuando ya no existía una distinción judicial entre libres y no libres, siguió en pie una jerarquía informal según la cual la descendencia de las relaciones interraciales gozaba de un estatus más alto por tener una piel más clara. Este mecanismo no desapareció con la emancipación y aún hoy funciona. Sin embargo, esta dimensión fue perdiendo su primacía en el entendimiento del papel que desempeñan la raza y el color en Surinam y cada vez más se ha puesto el acento en el concepto más abarcador y apropiado de la heterogeneidad étnica, la cual llegó a caracterizar a la sociedad surinamesa con la llegada de los trabajadores asiáticos importados mediante contrato.

Aparte de esta estratificación social de la población afro-surinamesa, *dentro* de las fronteras de la colonia plantacionista desde muy temprano surgió una división a partir del crecimiento de un segundo grupo poblacional fundamentalmente diferente. La esclavitud entraña resistencia. Una forma de resistencia fue la fuga de las haciendas hacia el interior de la colonia, un fenómeno conocido como cimarronaje en toda la América con economía de plantación. El cimarronaje fue más significativo en Surinam que en cualquier otra parte del Caribe.⁴ La dureza de la vida de un esclavo de plantación era razón más que suficiente para rebelarse. Las enormes y prácticamente deshabitadas áreas de selva tropical ofrecían una oportunidad de escape que, aunque sumamente riesgosa, probó ser a largo plazo una gran oportunidad de supervivencia.

Todos los esfuerzos de las autoridades coloniales para erradicar el cimarronaje fracasaron. En la segunda mitad del siglo XVIII, Paramaribo se vio obligada a firmar una serie de tratados de paz con los cimarrones que, aunque reconocían su libertad, también garantizaban

que se mantuvieran a una distancia prudencial del gobierno colonial. A principios del siglo XVIII el número de cimarrones se calculaba en 1 000; en 1863 en 8 000; hoy día es de unos 40 000. La población cimarrona no es en absoluto uniforme. Hay seis comunidades cimarronas distintas, de las cuales la de los Saramacca es la mayor, seguida por los Ndjuka; además están los Aluku, quienes habitan fundamentalmente en la vecina Guayana francesa. Cada uno de estos pueblos tiene su propio idioma o variante lingüística y su propia cultura, a pesar de evidentes similitudes.

La abolición de la esclavitud aceleró la decadencia de la economía de plantación. Frente a la probabilidad de que muchos, tal vez la mayoría, de los antiguos esclavos no querrían trabajar en las haciendas —al menos no en condiciones aceptables para los hacendados— las autoridades coloniales optaron por organizar una nueva inmigración laboral. Siguiendo el ejemplo de las colonias caribeñas vecinas, primero organizaron la inmigración mediante un contrato de cumplimiento forzoso de obreros chinos e indios, estos últimos súbditos coloniales británicos. Después se añadió un elemento específicamente holandés cuando se contrataron obreros de las Indias Orientales Holandesas. El número de chinos fue insignificante, aunque este grupo formó la vanguardia del enclave chino del país, el cual continúa siendo importante hoy día. Entre 1873 y 1917, se trajeron unos 34 000 indios a Surinam; entre 1890 y 1938, otros 32 600 súbditos de Java. El 34 % del primer grupo retornó a su tierra mientras que solo el 22 % de los javaneses se repatriaron.⁵

Aunque los indios británicos zarparon de Calcuta, provenían de un área muy extensa, básicamente del noreste de la India y Benarés (hoy Varanasi). Hablaban idiomas diferentes como bhojpuri, adwahdí, hindi y urdu. Si bien la mayoría procedía de las castas más bajas, una pequeña minoría provenía de castas altas. En cuanto a religión, la mayoría practicaba el hinduismo y la minoría el islamismo. La sociedad colonial, y sobre todo el entorno igualador de las haciendas donde cumplieron sus contratos, borraron muchas de las diferencias sociales y culturales dentro de este grupo. Poco a poco los indios convergieron en un nuevo idioma común: el sarnami, básicamente derivado del bhojpuri. En la medida que los indostanos

se fueron integrando más a la sociedad, el sarnami se vio obligado a ceder ante la *lingua franca* de Surinam, el sranan tongo, y luego ante el holandés. Si bien el sistema de castas en sí no sobrevivió, el alto estatus otorgado a los brahmanes como mínimo alude a la estructura social de tiempos pasados. En términos religiosos, los indostanos permanecieron relativamente fieles a sus creencias tradicionales; los esfuerzos coloniales de convertirlos al cristianismo fueron infructuosos; solo se logró un éxito limitado en un sector de la élite hindú. El grupo indostano aún consiste fundamentalmente en hinduistas y en una minoría musulmana. Sin embargo, con el tiempo las formas y probablemente la percepción de estas religiones comenzó a desviarse de lo que habían sido en la India británica un siglo antes.⁶

Los trabajadores importados bajo contrato provenientes de las Indias Orientales Holandesas eran casi exclusivamente javaneses musulmanes. No obstante, el islam javanés había preservado fuertes rasgos hinduistas, budistas y animistas prevaecientes en el periodo pre-islámico, y por lo tanto se diferenciaba claramente del practicado por los musulmanes indios, distinción que en cierta medida pervive en la actualidad. A modo de ilustración, los musulmanes javaneses han seguido rezando hacia el occidente aunque la Meca —al occidente de Java— se encuentra al este de Surinam. Por el contrario, los musulmanes indios desde que arribaron a Surinam dirigieron sus rezos hacia el este. Además, estos grupos usan idiomas diferentes para sus ceremonias religiosas: los musulmanes indios usan el urdu, y los javaneses el javanés y el árabe.⁷ Puesto que la población javanesa, relativamente homogénea, permaneció agrupada en los «distritos» de las haciendas, su integración a la sociedad surinamesa tardó bastante. También ellos desarrollaron su propia variante lingüística: el surinamés-javanés, que solo en las últimas décadas ha comenzado a ceder ante el sranan tongo, y sobre todo ante el holandés.⁸ Al igual que los indios, los javaneses preservaron y desarrollaron su religión original y muchos elementos de su cultura propia, aunque la expansión de la urbanización y de la integración han supuesto una creciente asimilación de la cultura occidental criollizada, dominante a nivel nacional.

La inmigración de mano de obra asiática retardó la desaparición del sector plantacionista, pero no lo salvó. La llegada de los primeros trabajadores contratados marcó el comienzo de un cambio drástico en la constitución de la población en general, debido en parte al gran crecimiento poblacional entre los surinameses asiáticos. De los aproximadamente 450 000 habitantes de Surinam en la década de 1990, legales e ilegales, se calculaba que un tercio era de origen indio, el 25 % o quizás el 30 % eran criollos, un 15 % de origen javanés, algo más del 10 %, cimarrones y el 3 %, amerindios.⁹ Los inmigrantes más recientes, los brasileños, probablemente no lleguen a constituir el 10 % del total. Con excepción de los brasileños, incidentalmente estas proporciones también reflejan con bastante exactitud la composición de la comunidad surinamesa en los Países Bajos en la actualidad. El resto de la población consiste en minorías muy pequeñas de descendientes de chinos, libaneses y sirios, así como de inmigrantes ocasionales de origen latinoamericano y europeo. La lentamente creciente categoría de los surinameses de origen diverso suele incluirse dentro de uno de los principales pilares étnicos de la sociedad: los criollos; es decir, afro-surinameses. Estos grupos intermedios aún no constituyen un pilar étnico en sí mismos.

El legado étnico de la agricultura de plantación y del colonialismo en Surinam es excepcionalmente heterogéneo. En los trabajos teóricos sobre las «sociedades plurales» en la región del Caribe, Surinam suele tenerse como un caso extremo de sociedad en la cual cada grupo étnico ha mantenido sus propias instituciones y en la que las relaciones entre estos grupos son relativamente distantes, nacidas de la necesidad antes que de la simpatía mutua. De ahí la metáfora de una «sociedad pilarizada»; es decir, compuesta por columnas étnicas dispares, de diámetros diferentes, que juntas sostienen un techo institucional que en su lugar representa al aparato estatal y las comunicaciones sociales en el dominio público. El académico más importante en relación con este concepto es su creador Rudolf van Lier, surinamés proveniente de la élite judeo-criolla.¹⁰

Los pesimistas han planteado que los profundos contrastes entre los diversos grupos étnicos son irreconciliables. Otros observadores más optimistas han preferido referirse en términos más esperanzadores

a la creciente voluntad de las diversas comunidades étnicas —sin descartar sus profundas diferencias— de trabajar en conjunto en la construcción del país. Se ha hablado mucho de la actitud pragmática de la dirección de cada grupo étnico, la cual ha permitido que los líderes representen los intereses de sus bases en una atmósfera de relativa armonía y consulta, en un contexto consensual signado por el entendimiento y el respeto mutuo por los derechos de todos los grupos étnicos a una porción justa del pastel nacional. En la década de 1950 se acuñó un término para designar este fenómeno: *verbroeder-ingspolitiek* o «política de fraternización».¹¹

Diversidad antillana

La inmigración en Las Antillas fue menos complicada, por lo menos hasta el siglo xx. Cuando los holandeses tomaron posesión de las seis islas, la población indígena amerindia virtualmente ya había desaparecido, con la única excepción de Aruba. Las islas fueron repobladas con inmigrantes. Al igual que Surinam, se trató de colonos europeos y esclavos africanos, grupos inicialmente muy heterogéneos. La proporción entre negros y blancos era más pareja en las islas que en Surinam. Además, el grupo intermedio de libres de color crecía rápidamente. A diferencia de Surinam, las Antillas no recibieron una inmigración masiva de Asia, lo cual habría aumentado sustancialmente la heterogeneidad étnica de las islas. En el siglo xx hubo migraciones laborales, pero básicamente dentro de la región caribeña.

La isla más importante en términos de su dimensión física y poblacional era Curazao, que, aunque no era una típica colonia de plantación, se dividió inicialmente según la fórmula clásica de blancos-personas de color-negros, en la cual negro era equivalente a esclavo y el grupo intermedio de libres de color era pequeño. No obstante, esto cambió pronto y ya antes de la emancipación en 1863, los esclavos eran una minoría. En la «vieja Curazao», el color era un criterio discriminatorio tan importante en la vida social como el estatus legal.¹² También existían más diferencias en el seno de la población blanca que en Surinam. Harry Hoetink distingue dos

subgrupos: el judío y el protestante, cada uno de los cuales puede a su vez subdividirse en dos clases socioeconómicas: la alta y la baja. Estos grupos europeos sí hicieron de la isla y de su entorno caribeño su hogar, a diferencia de la población blanca de Surinam con su *animus revertendi*, en palabras del gobernador Mauricius; es decir, la añoranza de retornar a la patria neerlandesa. Con el tiempo, los blancos de Curazao se criollizaron e integraron a su entorno afro-latino: primeramente los judíos, seguidos de los protestantes de clase baja, y finalmente la élite protestante. El distanciamiento de la cultura holandesa creció en proporción directa a este proceso.

No fue la abolición de la esclavitud, sino la llegada de la Shell, cerca de 1920, la que cambió el curso de la historia de la isla. La industrialización y la modernización atrajeron nueva mano de obra migrante. La población aumentó masivamente de 32 000 en 1920 a más de 100 000 en 1950. Se produjo un pequeño flujo de holandeses, particularmente hacia las más altas posiciones. El establecimiento de la Shell también atrajo portugueses de Madeira y judíos asquenazíes del este de Europa. Sin embargo, la gran mayoría fue reclutada dentro de la región: Surinam, las islas del Caribe y Venezuela. Este patrón ha persistido hasta hoy. Puede que las cifras de desempleo sean altas, pero mientras Curazao siga siendo vista por la región en general, y no sin razón, como relativamente próspera, la inmigración continuará. La misma prosperidad atrajo otros pequeños grupos de inmigrantes —del Oriente Medio, de China, India y Paquistán— que fundaron sus propios nichos comerciales. Estas minorías desempeñan un papel vital en la actual estructura socioeconómica de la isla. Desde una perspectiva social amplia los portugueses y los «árabes» se encuentran hasta cierto punto asimilados, en gran medida al mismo nivel tradicionalmente ocupado por los blancos. Las minorías asiáticas de arriba reciente se mantienen relativamente apartadas de la vida social de la isla. Durante la pasada década un considerable grupo de holandeses, atraídos por el saludable clima natural y fiscal, han fijado su residencia en la isla, viviendo a la vera de la sociedad curazoleña más que dentro de ella.

Así, la heterogeneidad étnica de la sociedad curazoleña parece extrema; sin embargo, no debe olvidarse que la gran mayoría de la

población isleña, que es de unos 140 000 habitantes, consiste en afro-caribeños con orígenes afro-europeos diversos. Ello también tipifica lo que continúa siendo el asunto étnico más importante para esta sociedad: la presencia de una enraizada jerarquía de clases según el color de la piel. Luego de medio siglo de modernización rápida ha aumentado el peso de los criterios objetivos en la estratificación social, especialmente los relacionados con el nivel educacional y socioeconómico. Sin embargo, el «color» sigue siendo un criterio esencial, como también lo es el de si se es un *landskind* (curazoleño nativo) o no. En conjunto, estas dimensiones hacen excepcionalmente complicada la jerarquía social.¹³

Tómese como ejemplo la posición que los afro-caribeños ocupan en la sociedad curazoleña actual. Basados en sus niveles de educación, en sus logros socioeconómicos y, en estos momentos, en su prolongada presencia en la isla, muchos afro-surinameses ocupan buenas posiciones y gozan del correspondiente buen estatus. Sin embargo, ni ellos escapan a la vigente mentalidad que piensa en términos de castas según el color. Además, los afro-surinameses se quejan de que aún las segundas y terceras generaciones son desdeñadas por no constituir auténticos *landskinderen* (nativos). Los inmigrantes caribeños de arribo reciente —obrereros no calificados, empleadas domésticas— aún flotan en una zona por debajo de esta jerarquía: sin pasaporte holandés, mal remunerados y prácticamente sin acceso a los beneficios del Estado. Y con la excepción de muchas mujeres hispanocaribeñas, más altamente valoradas por muchos hombres curazoleños, aun hoy día ser negro no es precisamente una ventaja en esta sociedad predominantemente afro-caribeña.

Aruba se encontraba en un eterno segundo lugar en la estructura política de las Antillas Neerlandesas, que alguna vez La Haya bautizara apropiadamente como «Curazao y dependencias». Sin embargo, en 1986 la isla adquirió una posición independiente de las demás Antillas, pero dentro del Reino de los Países Bajos. La ruptura fue sobre todo con Curazao, que los arubeños no solo padecían como un jefe ineficiente e impertinente, sino como «étnicamente diferente», cuando no inferior. Las investigaciones recientes han mostrado que la esclavitud, y por lo tanto también los negros, sí

constituyen parte de toda la historia colonial de Aruba, algo que no solía reconocerse de buena gana.¹⁴ Sin embargo, el elemento afroantillano fue, al menos hasta la década de 1930, claramente menos significativo en Aruba que en el resto de las islas caribeñas. Definitivamente, en comparación con Curazao y Surinam, predominaban los blancos y los descendientes mestizos de blancos e indios. Por lo tanto no era sin razones que los arubeños nativos a menudo se identificaban más con la vecina Venezuela o con Colombia que con Curazao o la distante metrópolis holandesa.

Con escasa actividad económica de importancia, completamente a la sombra de Curazao y aparentemente demasiado pequeña para atraer forasteros, Aruba era sobre todo un lugar tranquilo, por no decir aletargado, hasta la década de 1920. El establecimiento de una refinería de petróleo poco después de que la Shell construyera una en Curazao catapultó a la isla a la era moderna.¹⁵ En un breve lapso de tiempo, Lago, subsidiaria de la Esso, construyó un enorme complejo industrial. La administración consideró que la población local constituía una fuerza laboral demasiado indisciplinada e improductiva y se vio obligada a recurrir a mano de obra inmigrante aún más que la Shell en Curazao, donde era más fácil convencer a una mayor cantidad de habitantes locales de que se sometiera a una nómina. Esto inició un crecimiento drástico de la población y la economía que en ciertos aspectos hizo que Aruba deviniera más caribeña que nunca.

Entre 1920 y 1960 la población creció de cerca de 8 000 a 57 000. Este incremento es atribuible a la llegada de grandes números de trabajadores migrantes, principalmente de las islas anglo-hablantes: las islas holandesas de Barlovento y sobre todo las Indias Occidentales Británicas. Justo al lado de la refinería, la pequeña localidad industrial de San Nicolás experimentó un crecimiento tempestuoso. Pronto llegó a ser conocida como Ciudad Chocolate, un epíteto que resulta ilustrativo de lo diferentes que eran las imágenes que en ese momento los arubeños tenían de sí mismos y de los obreros negros inmigrantes. En la actualidad las opiniones varían enormemente respecto a la sensible cuestión política de hasta qué punto la capital, Oranjestad, y San Nicolás han crecido juntas. Definitivamente la

segregación es mucho menos predominante que hace algunas décadas. Además de inglés (y holandés), las segundas y terceras generaciones de San Nicolás hablan papiamentu; también parece ser evidente el ascenso de los arubeños negros a posiciones más altas en la industria y el gobierno. Sin embargo, en alusión a un puente que se alza en el camino de Oranjestad a San Nicolás, la gente aún se refiere al mestizo auténticamente arubeño como *pa'bao di brug* (los de este lado del puente), y a los otros, los de Aruba afro-caribeña como *pa'riba di brug* (los del otro lado del puente).

La migración laboral hacia Lago se fue agotando alrededor de 1960. Varias décadas más tarde se produjo una nueva oleada, esta vez como respuesta a la demanda de trabajadores en la emergente industria turística, que durante los últimos quince años ha experimentado un crecimiento enorme. Al mismo tiempo que se producía una emigración a gran escala de Curazao a los Países Bajos, Aruba otra vez comenzaba a atraer fuerza laboral migrante como un imán, lo cual aumentó la heterogeneidad étnica de su población. Esta vez los inmigrantes llegaban fundamentalmente de las regiones hispano-hablantes y eran en su mayoría ilegales. Para el año 2000 la población total de Aruba era de 90 000 habitantes, de los cuales aproximadamente el 15 % eran inmigrantes caribeños recién llegados. Las escuelas arubeñas confrontan en la actualidad un flujo masivo de niños hispano-hablantes. Esto no solo crea problemas prácticos en el sistema educativo en el presente sino problemas sociales en general a largo plazo; además está provocando el resurgimiento del debate *Ken ta Arubiano?;* ¿Quién es realmente arubeño?

Durante las últimas décadas, San Martín ha experimentado cambios aún más turbulentos que los de Aruba. Al igual que en aquella, el boom turístico provocó una inmigración laboral masiva que a su vez produjo una considerable heterogeneidad poblacional. El San Martín de la época esclavista era políticamente excepcional en la región: el norte de la isla era francés, el sur, holandés. Los esclavos se usaban fundamentalmente en las salinas. La proporción entre blancos y negros era menos desigual que la presente en la típica colonia plantacionista. La esclavitud tal y como se empleaba en las salinas permitía a los esclavos un margen personal de maniobra, pero aparte de

eso la historia era la misma: una jerarquía socio-racial con los blancos en la cima, los libres de color debajo y los negros en la base. Desde la perspectiva holandesa la orientación de las islas era excepcional: muchos de los blancos tenían raíces británicas y hablaban inglés caribeño.

La abolición de la esclavitud trajo la libertad de los esclavos pero en otros aspectos San Martín cambió lentamente. Sus habitantes, de todas las clases, hallaban ocupación a través de las redes de relaciones familiares, las conexiones comerciales y la emigración laboral, todo ello inicialmente en el entorno inmediato anglo-hablante. Pero con el tiempo también ellos comenzaron a expandir su radio de acción: los Estados Unidos y, desde 1930, Aruba. La economía de la isla repelía más emigrantes de los que atraía.

El turismo cambió ese panorama: en los cincuenta años que siguieron a la década de 1950, la población total de la isla franco-holandesa creció de 5 000 a 80 000. Este crecimiento se produjo casi totalmente a través de la inmigración: de las islas anglo-hablantes vecinas, pero también cada vez más de Curazao, Haití y la República Dominicana. Asimismo, llegaron inmigrantes europeos, estadounidenses y asiáticos de mayor nivel social. La composición de la población cambió drásticamente en el lapso de una sola generación. Al igual que en Aruba, en San Martín es habitual formularse la pregunta de quién es nativo. Los auténticos sanmartineños, dada su larga permanencia en la isla, reclaman mayor poder político y prerrogativas económicas. Sin embargo, de cierta forma la pregunta de quién es un genuino sanmartineño carece de sentido. En muy poco tiempo la isla se ha visto invadida por una población inmigrante que, aunque heterogénea, es cada vez mayor que la población local.

Por lo tanto hoy San Martín destaca por su heterogeneidad aun dentro del contexto caribeño. La división política es poco significativa para quien viene de fuera: aparte de eso, uno percibe que el San Martín francés parece en cierta medida francés, o sea, que el estado francés se hace sentir; mientras que la parte holandesa de la isla muestra una mezcla cultural básicamente anglo-caribeña y estadounidense con una pizca de influencia holandesa. Sin embargo, esta

división tiene implicaciones sumamente importantes para los habitantes locales tales como la emisión de pasaportes, los servicios sociales y la educación. Más pronunciada aún es la división entre los nativos y el resto, particularmente la brecha entre las clases prósperas de «el resto» y la gran mayoría de obreros inmigrantes, casi siempre ilegales. En este contexto, la nacionalidad es un factor decisivo que suele desfavorecer a los inmigrantes caribeños, quienes con un poco de suerte y esfuerzo pueden ganar más en la isla que en cualquier otra parte de la región, pero cuentan con pocas oportunidades para trascender el estatus de forasteros.

En San Martín la etnicidad parece estar subordinada al criterio de nacionalidad. Los inmigrantes de las vecinas islas caribeñas británicas de Anguila y Saint Kitts o Antigua pertenecen al mismo grupo «racial» de los negros nativos; lo que los distingue y divide es básicamente su nacionalidad. Los haitianos y dominicanos pertenecen —aunque en diferente medida— al mismo dominio cultural afro-caribeño. Sin embargo, esta comunidad cultural está más aislada porque aparte de tener la «nacionalidad equivocada», hablan otro idioma y suelen ser católicos, mientras que el protestantismo tradicional predomina en las islas anglo-hablantes, incluida San Martín. Algunos de los inmigrantes caribeños de buena posición ya poseen el pasaporte francés u holandés, pero la mayoría no. Además, a menudo provienen de culturas «étnicamente» diferentes: la India, Italia, los Estados Unidos y el Medio Oriente. A estos grupos se les permite tener sus propios nichos en San Martín, que es desde el punto de vista económico muy abierta, si bien más selectiva en la esfera social. La contribución económica mejora el estatus social de un grupo de inmigrantes y hasta cierto punto puede compensar el no poseer el pasaporte y la etnicidad «correctos».

Las tres islas antillanas menos pobladas permanecieron hasta hace poco aisladas e intactas. Poco cambió en sus estructuras sociopolíticas desde los tiempos de la esclavitud. Alrededor de las salinas de Bonaire se constituyó una rudimentaria colonia esclavista; después de la abolición, su población predominantemente afro-caribeña llevó una existencia marcada por la pobreza y basada en la

agricultura de pequeña escala y la pesca. La pequeña élite local estaba constituida por blancos o por mestizos de piel clara; las clases trabajadoras también tenían algo de sangre amerindia.

San Eustaquio, que durante un tiempo se conoció como la Roca Dorada y como el centro de una amplia y próspera red comercial, fue destruida por los británicos en 1781 y no se recuperó. Aquí también la población es predominantemente afro-caribeña con una pequeña élite de mulatos claros; sin asistencia externa la vida sería muy precaria, con muy pocas oportunidades para la agricultura, la pesca y el comercio a pequeña escala.

Lo que siempre ha hecho a Saba un caso único es que la esclavitud nunca rigió su economía basada en la agricultura pequeña y la pesca. Los mil y tantos habitantes aún consisten en un grupo de negros y otro de blancos que han vivido uno junto al otro una existencia pacífica y magra durante siglos. Uno junto al otro y, en menor medida, uno con el otro, pues las relaciones interraciales se han mantenido muy limitadas hasta la actualidad.

Dos sociedades predominantemente negras con la típica jerarquía basada en combinación clase-color, una isla atípica con dos grupos étnicos en lugar de la usual estratificación en clases según el color. Algo que las tres islas tenían en común hasta hace poco era el pobre desarrollo económico. Los trabajadores migrantes de Bonaire se iban a Curazao; los habitantes de las Islas de Barlovento —particularmente los de Saba— tradicionalmente han sido marineros. Estas islas no atraían inmigración laboral. Sus poblaciones apenas si crecían. En 1990 Saba tenía unos 1 000 habitantes, San Eustaquio o «Statia» 1 500, y Bonaire 13 000. Hace apenas unos años comenzó a disolverse este estancamiento. En Bonaire el turismo crece aceleradamente, aunque de forma más controlada que en Aruba o San Martín, pero de cualquier forma con consecuencias drásticas. En «Statia» también se están realizando esfuerzos para aumentar el turismo. Saba apuesta por un turismo de «pequeña escala»; sin embargo, ¿qué significa «pequeña escala» para una isla de unos 1 000 habitantes? Una filial de una escuela estadounidense de medicina ubicada en la isla desde los años noventa elevó las cifras demográficas con una población flotante de unos cuantos cientos.

Parece ser solo cuestión de unos años para que estas islas antillanas sean absorbidas por el mundo del turismo. Teniendo en cuenta su pequeño tamaño no es probable que ello implique la inmigración masiva de fuerza laboral; la composición étnica y nacional de sus poblaciones cambiarían básicamente con el flujo constante de turistas. Sin embargo, este cambio también socavaría el sentido de identidad de las poblaciones locales. Los «intrusos» que vendrían a disfrutar de la belleza tropical de estas islas son básicamente blancos, los descendientes de los europeos que las colonizaron. A veces resulta inevitable reparar en lo extraña que ha sido la historia cuando uno ve desembarcar a los turistas. Y aun si se pudiera olvidar el pasado siempre existirán las estridentes desigualdades del presente que hacen que estos encuentros turísticos parezcan brutales, como en su momento lo fueron los encuentros coloniales, y por tanto, abiertas invitaciones al resentimiento. Como Derek Walcott lo expresa en *Omeros* al analizar el destino de otra isla caribeña que «se vende» en el mercado del turismo moderno:

...al pueblo no parecía importarle
que al cambiar moría; la forma en que prostituía
una forma simple de vida que pronto desaparecería.¹⁶

Colonialismo y pluralidad

El bosquejo arriba presentado ofrece el panorama de la compleja pluralidad étnica en el Caribe holandés y de las diferencias al interior de esta región. En este punto ya debe haber quedado claro que la facilidad con la que se ha metido en el mismo saco a los pueblos de Surinam y las Antillas no le hace justicia a sus complejas realidades. No existe homogeneidad o unidad étnica, ni siquiera unidad cultural; mucho menos una solidaridad regional claramente expresada. El hecho de que no exista un Caribe holandés homogéneo también pone en tela de juicio la idea de una «madre patria» dispuesta a moldear sus territorios de ultramar a su imagen y semejanza.

¿Qué conecta a Surinam con las islas y qué conecta a las islas entre sí? Como reacción a la limitada visión que reduce la variedad

a la idea de un Caribe holandés uniforme, a veces se propugna justo lo contrario: que el único elemento común de estas antiguas colonias es que alguna vez fueron colonias de la misma metrópolis. Sin embargo, esta perspectiva arroja poca luz sobre la magnitud de la influencia holandesa e introduce otra distorsión. La influencia holandesa, en particular en la educación, el lenguaje y las posiciones administrativas, no tuvo el mismo peso en todas las partes de la región. Las Islas de Barlovento se mantuvieron alejadas del ámbito de influencia holandés; las de Sotavento estuvieron más cerca, pero no tanto como Surinam, la cual desarrolló una cultura pública y un uso del lenguaje más holandeses. No obstante, los últimos años de independencia han generado una cierta distancia de los Países Bajos, mientras que las Antillas Neerlandesas y Aruba actualmente sostienen con ellos lazos administrativos más estrechos que nunca. Esta historia aún no termina y es difícil predecir el final. Es evidente sin embargo que, aunque el Caribe holandés no es realmente holandés, el colonizador común dejó un legado que llegó para quedarse.

En la negación de cualquier tipo de comunidad caribeño-holandesa, más allá de la dimensión «meramente formal» de la colonización, subyace otra tergiversación. La historia de la emigración en el siglo xx incuestionablemente ha acercado a las siete entidades aisladas del Caribe holandés. La prehistoria del éxodo surinamés, en aquel entonces aún una migración laboral tradicional, se escribió en la Curazao de la preguerra y continúa hasta nuestros días. Además, aproximadamente a mediados del siglo xx muchos de los habitantes de las Islas de Barlovento trabajaban en Aruba y algunos en Curazao. Hoy muchos miles de curazoleños viven y trabajan en San Martín. Probablemente las relaciones construidas por estas oleadas de inmigrantes hayan contribuido más al surgimiento de un sentido de conexión que la red formal de relaciones constitucionales coloniales y poscoloniales. No obstante, estas oleadas fueron posibles en primer lugar porque todos los que participaron en ellas eran súbditos del Reino de los Países Bajos.

Pertenecer al Reino fue también un factor esencial en la inmigración a los Países Bajos. La mayoría de los surinameses y antillanos

comparten una orientación metropolitana unilateral. Pero el desplazamiento a los Países Bajos no ha propiciado que se desarrolle una sombrilla identitaria caribeño-holandesa en suelo extranjero. Al contrario, las distinciones dentro del Caribe entre surinameses y antillanos, o entre surinameses de diferentes procedencias étnicas se han duplicado en los Países Bajos.¹⁷

En estas páginas evito incursionar en una discusión teórica sobre las nociones de identidad y etnicidad. Podría objetarse que ello no es conceptualmente muy sofisticado, pero creo que la fusión de estos conceptos sí refleja la realidad. La etnicidad, una noción cada vez más utilizada como eufemismo para términos desacreditados como el de «raza», engloba todo un conjunto de presunciones. Bajo el término de etnicidad se establece una asociación entre la noción de raza y los rasgos físicos visibles con suposiciones sobre orígenes comunes, cultura compartida y un marco de referencia común de valores morales. A estas alturas debe quedar claro que nada justifica que los habitantes del Caribe holandés sean concebidos como un solo grupo étnico, por mucho que así suelen verlos los observadores externos. Queda claro también que Surinam tampoco puede asumirse como un solo grupo étnico. La identidad surinamesa se construye a partir de identidades grupales, cada una de las cuales tiene su componente étnico específico; suponiendo que exista algo que podamos llamar identidad surinamesa, esta depende de que se produzca la mayor neutralización posible de las especificidades étnicas de cada uno de los grupos.

Tampoco tiene mucho sentido considerar que las Antillas Neerlandesas conforman un solo grupo étnicamente homogéneo. Cada una de las seis islas tiene su propia identidad. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en Surinam, la dimensión étnica de esta identidad no es un factor determinante. El factor que distingue en primer lugar a las Islas de Barlovento de Curazao y Bonaire es el idioma y el entorno caribeño particular, antes que la etnicidad o, más siniestramente formulado, la «raza» y el color. Lo que mantiene las divisiones en San Martín son mucho más las cuestiones de nacionalidad, clase y estatus que las distinciones raciales. La situación en Curazao es similar: aquí puede que exista una jerarquía socio-racial y una jerarquía cultural asociada a la primera, pero en última

instancia la etnicidad no desempeña un papel significativo en tanto catalizador de la construcción de identidades y de contrastes irreconciliables. Aunque en Aruba la pregunta de quiénes pueden considerarse auténticamente arubeños está cargada de la noción de «raza», no existe la estructura de pilares étnicos de Surinam. Sin lugar a dudas lo que divide a Aruba es el hecho de que en Chocolate City se habla inglés y predomina la piel negra mientras que los *pà'bao di brug* tienen la piel clara y su lenguaje es el papiamentu. Esto no significa que existan culturas fundamentalmente diferentes. Los arubeños, como otros antillanos, son principalmente cristianos y las relaciones interraciales son relativamente comunes y toleradas, aunque tal vez no populares. Dicho brevemente, puede que exista una tendencia hacia la formación de jerarquías étnicas y exclusión, pero se da de forma diferente y menos obstinada que en Surinam con su estructura de pilares étnicos fundamentalmente diferentes desde el punto de vista religioso y cultural.

Muchos consideran problemática la conspicua heterogeneidad étnica de Surinam, o la de color y cultura en el caso de las islas. Esto incluye a los nacionalistas quienes en la lucha por la independencia se cifraron el objetivo de superar estas divisiones.¹⁸ También se sugiere frecuentemente que las diferencias étnicas y la conceptualización de una jerarquía de razas y colores son legados del colonialismo, y que las autoridades coloniales se han servido de esas divisiones según la estrategia de «divide y vencerás». Mucho se puede argumentar a favor de esta visión. No caben dudas de que pensar en términos de jerarquías según el color, con los blancos arriba y los negros debajo, es un legado de los siglos de colonialismo y esclavitud. Tampoco hay duda alguna de que la importación organizada de trabajadores asiáticos, aunque primariamente motivada por razones económicas y no étnicas, reforzó considerablemente las divisiones étnicas en un país como Surinam.

Por otra parte este razonamiento atribuye demasiado poder a las autoridades coloniales y subestima la dinámica interna de las relaciones étnicas. Además, en el substrato de esta línea de pensamiento que pone el acento en la responsabilidad colonial por los entuertos del pasado a veces se encuentra la evasión de la responsabilidad

personal por el presente. El colonialismo fue, claro está, responsable de todo el proyecto colonial en el Caribe holandés. Sin la colonización holandesa no habría existido el proceso de repoblación del Caribe holandés; no habría habido una Curazao negra, una Aruba mestiza, los *pa'riba di brug* ni los *pa 'bao di brug*; tampoco habrían existido las plantaciones surinamesas ni los esclavos africanos, los cimarrones ni los trabajadores asiáticos importados y, por tanto, no habría habido diferenciación por el color ni tensión étnica. No obstante, una vez expuestas todas estas obviedades, es tiempo de hacerse preguntas más específicas.

¿Las autoridades coloniales verdaderamente enfrentaron a unos grupos étnicos o clases raciales contra otros? Ejemplos no faltan. Véase el caso de la Surinam colonial de los primeros tiempos. Inmediatamente después del comienzo del colonialismo los holandeses comenzaron a exacerbar las divisiones existentes entre los diversos pueblos amerindios. Entonces los usaron como secuaces en la lucha contra los cimarrones. Por demás el gobierno colonial tenía la política de hacerles concesiones a las personas de piel más clara, a los libres de color y a los negros libres, e incluso a una élite dentro de la clase esclava, lo que dentro de la población afro-surinamesa condujo al surgimiento de una jerarquía cada vez más definida. Insistimos en que la decisión de atraer obreros asiáticos bajo contrato después de la emancipación se basó en consideraciones económicas y no se tomó con el fin de agudizar las divisiones étnicas. Sin embargo, una vez que se vieron confrontados por semejante pluralidad étnica, las autoridades coloniales contribuyeron a mantener las divisiones al establecer políticas diferentes para cada grupo durante un largo periodo de tiempo.

No obstante es un error pensar que las autoridades coloniales fueron capaces de manipular estas relaciones étnicas a voluntad. Existió y aún existe un abismo entre los amerindios y los cimarrones; se ven uno al otro como grupos fundamentalmente diferentes. A pesar de contar con un enemigo potencial común y de las numerosas ocasiones en que un grupo le ofreció refugio al otro, siempre predominó un sentido de profunda diferencia. No había mucha necesidad de una política colonial de «divide y vencerás».

La relación entre los cimarrones y los esclavos de las plantaciones era ambivalente. En los primeros años las brechas étnicas y culturales entre ambos grupos eran relativamente pequeñas; sin embargo con el tiempo sus culturas se fueron alejando entre sí en la medida en que las comunidades cimarronas se desarrollaron de una manera particular en el interior del país y los esclavos fueron haciendo de las haciendas, de cierta forma, su hogar, tanto demográfica como culturalmente. Una vez más, un explotador o enemigo común necesariamente no contribuye a la unidad. Los cimarrones que atacaban las haciendas eran frecuentemente repelidos por esclavos que querían evitar el robo de sus provisiones y mujeres. Después de haber realizado ingentes esfuerzos para evitar que los esclavos se sumaran al cimarronaje y para mantener a los cimarrones fuera de la zona de las haciendas, al final las autoridades coloniales comprendieron que podía mantenerse un cierto grado de división étnica sin demasiado esfuerzo. Y esta división ha persistido hasta nuestros días. Los afro-surinameses urbanos tienden a despreciar a los cimarrones, supuestamente incivilizados y atrasados. Puede que los segundos sufran discriminación, pero están orgullosos de poder afincar su identidad en el hecho de que sus antecesores enfrentaron con éxito al gobierno colonial y que desde entonces hayan desarrollado sus propias culturas étnicas.

Al abordar las consecuencias de la inmigración asiática se pone de manifiesto la pertinencia de la conclusión de que las divisiones étnicas se las arreglan para autoperpetuarse aún sin la interferencia del gobierno colonial. La construcción de la estructura de pilares étnicos en Surinam fue al principio fuertemente estimulada por las políticas coloniales. El gobernador J. C. Kielstra (1933-1944) alienó a la élite mestiza criolla al sustituir —aunque no muy convencido— una política de asimilación por una que le permitía a las poblaciones asiáticas mantener sus propios estilos de vida, separados de la cultura criolla, la cual se iba orientando cada vez más hacia la metrópolis. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial el gobierno colonial regresó a una política de asimilación para todos con la esperanza de cerrar las fisuras étnicas. Esta política fue asumida por el gobierno surinamés tanto durante el periodo posterior a la

adquisición de la autonomía, en 1954, como con la independencia en 1975. No obstante aún hoy una gran parte de la vida pública —como la membresía de los partidos políticos— y una parte aún mayor del ámbito privado, se ve gobernada por la lógica de las divisiones étnicas heredadas del colonialismo. Que el objetivo de minimizar las divisiones étnicas continúe siendo tan esquivo no solo pone de manifiesto la impotencia de las autoridades coloniales a la hora de encauzar la dinámica étnica, sino también la impotencia de los surinameses para lograr el mismo objetivo.

Se pueden hacer observaciones similares en relación con los asuntos étnicos en las islas. La lucha de los arubeños por separarse de las demás Antillas, en parte motivada por las sensibilidades étnicas respecto a Curazao, se vio continuamente frustrada por los Países Bajos. Suponiendo que haya razón para contemplar las divisiones étnicas en Aruba como verdaderamente problemáticas, en cualquier caso está claro que esta pluralidad es el resultado de una turbulenta migración laboral cuyas consecuencias apenas fueron tomadas en cuenta en ese momento y en las cuales hasta la fecha los Países Bajos casi no se han involucrado. Este asunto es aún más relevante en el caso más reciente de la inmigración laboral a San Martín, mucho menos restringida, con todos los riesgos potenciales de generar nuevas minorías étnicas.

Culturas étnicas

El Caribe holandés puede hacer alarde de una diversidad cultural atractiva pero también divisoria. Ninguna de las culturas actuales puede entenderse fuera del contexto del colonialismo holandés y de la cultura occidental, y la medida en que estas influencias afectan a las diferentes culturas étnicas difiere sustancialmente en cada lugar. Resulta tentador visualizar las diversas subculturas del Caribe holandés como puntos continuos en uno de cuyos extremos estarían las más «auténticas» y «no occidentales», y en el otro las más «occidentales», posiblemente las más «holandesas». Según esta línea de pensamiento, los amerindios de Surinam estarían en uno de esos extremos. Su cultura nativa es muy anterior a la llegada de los europeos y

una gran parte se mantiene intacta en la actualidad, aunque crecientes números de aborígenes han abandonado los bosques tropicales en las últimas décadas y prácticamente todas sus aldeas se han conectado a la sociedad surinamesa moderna. Lo que resulta particularmente impresionante de las tradiciones orales de los pueblos amerindios, registradas no hace mucho, es el predominio de su cosmología y su forma absolutamente única de vida y de pensamiento, adaptada al medioambiente natural del bosque tropical. El universo colonial ocupa aquí una posición relativamente marginal.¹⁹

El próximo punto en esta línea continua serían los cimarrones surinameses, algo más próximos a la cultura colonial y poscolonial. A menudo se comete el error de considerar puramente africanas las expresiones culturales cimarronas: idiomas, arte, tradición oral, sistemas de parentesco, religión y música. Sin embargo, estas culturas afro-surinamesas únicas eran y son notablemente específicas y no occidentales, pese a que la urbanización y la expansión de Paramaribo las han obligado a abrirse. No obstante, incluso las tradiciones orales cimarronas más antiguas hablan de su constante lucha con el mundo colonial, que siempre ha sido una presencia dominante en su universo cultural. Esto no solo es cierto en relación con el entendimiento de los cimarrones de su propia historia, sino que también se evidencia en construcciones culturales mucho más abstractas como la de su religión, en cuyo fondo persiste el antagonismo en relación con «la ciudad».²⁰

A continuación en dicha línea podríamos ubicar a la población afro-surinamesa. Este grupo poblacional debe subclasificarse además según criterios como la educación y las subculturas en parte correspondientes a jerarquías socio-raciales, un método análogo a los que tan a menudo se usan para otras sociedades afro-caribeñas. Después de los cimarrones vendría la clase baja criolla con el sranan tongo como idioma, su creencia en los cultos afro-surinameses, como el winti, combinado o no con la pertenencia a la iglesia cristiana, su asimilación supuestamente incompleta al mundo del *homo economicus* capitalista. Finalmente la clase media criolla, a veces de piel más clara, se ubicaría en el extremo más occidental de la línea:

bien educada, constituida por familias modernas, «respetable», «burguesa», con inclinación hacia los Países Bajos, o tal vez actualmente hacia los Estados Unidos.

A pesar de la simplificación mayúscula, la implacable atribución de características y la intolerable implicación de inevitabilidad, no puede negarse que este sistema de clasificación tiene cierto valor heurístico e incluso cierta semejanza con la realidad. Es por eso que no solo existe claramente en la literatura sobre las sociedades caribeñas, sino que también existe implícitamente en el pensamiento de los propios caribeños: sin duda alguna en Surinam, pero también en Curazao, Aruba, Jamaica, Cuba o Guadalupe.

No obstante, especialmente en el caso de Surinam y a diferencia de las Antillas, la realidad social no puede reducirse a estos esquemas aun en el caso de que por un momento estuviéramos dispuestos a aceptar su simpleza y reduccionismo. En toda la región pequeñas minorías étnicas —chinos, árabes, indios— se resisten a ser ubicadas en esa línea continua. Sin embargo, en Surinam los indostaníes y los javaneses no son minorías sino una parte significativa y en conjunto dominante de la población total; y sus culturas tampoco se prestan en absoluto a ser ubicadas a lo largo de una simple línea continua. Si quisiera salvarse algo de esta clasificación, tendríamos que comenzar a pensar en términos de un modelo multidimensional en el cual la polaridad de la idea «occidental» solo sería uno de los ejes. Una matriz como esta tendría que hacerle justicia a una realidad en la cual no existe un acoplamiento uniforme entre las nociones de religión, cultura —en el sentido más estrecho—, parentesco y orientación socioeconómica.

Los indostaníes y javaneses no pueden ubicarse a lo largo de esta línea continua unidimensional. Provenientes de importantes culturas asiáticas, solo unos pocos han sido tentados a abrazar la cultura cristiana a pesar del esfuerzo de los misioneros. No hay muchas razones para pensar que esto vaya a cambiar en el futuro. Los indostaníes aún se inclinan apreciablemente hacia la India. Ambos grupos han mantenido una gran distancia con la población criolla afro-surinamesa, por lo general orientada hacia occidente, aunque en grado variable. A pesar de la validez de lo anterior para la po-

blación amerindia, a diferencia de esta, la orientación socioeconómica de los indostaníes, y cada vez más la de los javaneses, se corresponde con la norma occidental.

Así, a lo largo de las últimas décadas grandes porciones de las poblaciones indostaníes y javanesas se han acercado más que la clase baja criolla al tipo ideal de orientación occidental. Los patrones tradicionales de parentesco han evolucionado entre los indostaníes, conduciendo al debilitamiento de la familia extendida en favor del modelo occidental de la familia nuclear, que hoy está más arraigado aquí que en la clase baja criolla. Una inferencia obvia es que esta socialización ha contribuido significativamente al ascenso socioeconómico de ambos grupos respecto a la clase baja criolla, tanto en Surinam como en los Países Bajos. No se avizora que esa situación cambie en el futuro. En este sentido también la pluralidad étnica de Surinam es un caso único, mucho más que el que ha sido o pudieran ser las Antillas Neerlandesas.

Criollización e identidad de grupo

Hace tiempo la palabra *vernegeren* (volverse negro) era de uso común en el Caribe holandés. Hoy día *neger* (negro) todavía es una expresión común en Surinam más que en los Países Bajos, donde ha devenido políticamente incorrecta— pero *vernegeren* lo es mucho menos. Se consideraba que un blanco se había convertido en un *vernegerd*, o negro, si había absorbido demasiada cultura afro-caribeña. Posteriormente la palabra fue usada por las élites educadas afro-caribeñas. Quien no lograra observar las convenciones de la cultura holandesa era acusado por sus iguales de haberse dejado degradar regresando a un comportamiento incivilizado.

Vernegeren es de hecho una forma específica de mezcla cultural objeto de profundo desprecio. En la actualidad es frecuente que el discurso caribeño cante loas a la mezcla cultural, rebautizada como criollización —que de cierta manera evoca el concepto de transculturación introducido en la década de 1920 por el antropólogo cubano Fernando Ortiz—. Hay que destacar que el escritor antillano Colá Debrot usó el verbo *creoliseren* (criollizarse) en 1950, mucho

antes de que los académicos e ideólogos modernos de diferentes denominaciones lo hicieran suyo.²¹ De cualquier forma, con el concepto de criollización una vez más se puso el énfasis en los beneficios de la fertilización transcultural. La criollización se ha convertido en una razón para admirar la cultura caribeña, para alabarla, para exhibirla como ejemplo ante el mundo. Como mismo la población del Caribe consistía casi exclusivamente en personas llegadas de otras partes, su cultura era completamente nueva. Elementos africanos, europeos y asiáticos echaron raíces sobre un sustrato amerindio. Nadia podía preservar intacta su propia cultura, todos tenían que ceder terreno en algunos aspectos y desarrollar otros; todos tenían que aprender a pedir prestado de otras culturas étnicas. El resultado, según propugna el canto a la criollización, fue la creación de una cultura híbrida completamente única en su tipo.²²

Sin dudas hay razones para ese entusiasmo respecto a la criollización. La excepcional diversidad y la dinámica cultural del Caribe se ha traducido en una literatura notable y —con un público aún mayor—, en géneros musicales nuevos. En la vida diaria del Caribe uno puede sentir el cambio constante de un código a otro; se aprecia la destreza con la que se opera la alternancia entre códigos y a veces el uso simultáneo de varios códigos, registros lingüísticos e incluso idiomas, lo cual es difícil de encontrar en naciones étnica y lingüísticamente más homogéneas. Sin embargo, esta loa a la criollización también es problemática. En primer lugar porque ofrece una visión extremadamente optimista de los logros de la cultura caribeña. En segundo, porque este enfoque optimista tiende a obviar deliberadamente el proceso de globalización cultural de signo estadounidense que ha venido desarrollándose en el Caribe por décadas; influencia estadounidense que, dicho sea de paso, es también producto de una constante fertilización transcultural. Y finalmente porque la noción de criollización a menudo sugiere un nivel superior de fertilización transcultural más alto que el que realmente tiene lugar.

En última instancia la magnitud de la criollización es más limitada que lo que muchos desean creer, precisamente por la persistente pluralidad que marca al Caribe. Hay, sin dudas, buenas razones

para hablar de una cultura criollizada. Hay una tradición culinaria común a muchas áreas del Caribe. Todos los dominicanos bailan merengue, casi todos los haitianos profesan una combinación de catolicismo y vudú; todos los pueblos caribeños de la mancomunidad británica de naciones hablan un inglés caribeño que refleja sus raíces nacionales específicas, así como su clase social y posiblemente su grupo étnico. Casi todos los surinameses hablan una variante de holandés o sranan tongo o ambos, mientras que los isleños del área de Sotavento hablan papiamento. Todos estos son elementos culturales que se han desarrollado de esta forma únicamente en el Caribe y que actualmente constituyen partes de una identidad compartida. Al mismo tiempo hay muchos otros elementos culturales que no son en absoluto compartidos por todos de la misma manera. Algunos son específicos de la clase social y han contribuido a la estratificación social de forma similar en casi todas las sociedades. Pero también hay resistentes subculturas étnicas que mantienen las divisiones en la sociedad caribeña.

Tomando en cuenta lo anterior, está claro que estos comentarios son especialmente pertinentes respecto a la sociedad surinamesa. Los grupos étnicos diferentes comparten cada vez más uno o dos idiomas, los jóvenes en su mayoría se educan en un sistema de educación no segregacionista, la escala de la separación geográfica está disminuyendo y las estructuras administrativas y políticas en principio están al servicio de todos los surinameses. Sin embargo, muchos surinameses se sienten ante todo pertenecientes a un grupo étnico particular, y solo en segundo lugar, posiblemente, como surinameses. El hábito de los afro-surinameses de referirse a su propio grupo como «nosotros los surinameses» y de usar un denominador étnico explícito para los otros grupos no significa necesariamente que no estén dispuestos a aceptar a los otros como surinameses. Pero sí revela un sentido profundamente enraizado de diferencia, y en el caso de muchos afro-surinameses revela además la noción de que tienen derechos más sólidos, no solo por el tiempo que hace que pueblan el país, sino también porque este es más un hogar para ellos que para otros.

En los años sesenta algunos investigadores establecieron que existía poco respeto mutuo entre los grupos étnicos más importantes y que las relaciones inter-étnicas eran por lo general mal vistas; el antagonismo entre los afro-surinameses y los indostaníes era particularmente pronunciado.²³ Se ha investigado poco sobre este asunto desde entonces; probablemente porque estas cuestiones han llegado a considerarse menos «apropiadas» en un país que lucha por alcanzar algún tipo de unidad nacional. Sin embargo, la poca investigación que se ha realizado y las impresiones que se obtienen de la observación de la actualidad apuntan a que esas actitudes están cambiando lentamente. Así, una encuesta de 1992 reveló que las percepciones mutuas de varias comunidades étnicas en Surinam lamentablemente seguían siendo muy parecidas. La característica positiva de los afro-surinameses que más salió a relucir fue que eran «amigables»; la más negativa, su actitud displicente. Los indostaníes fueron caracterizados como laboriosos pero con tendencia al alcoholismo, a la intolerancia y poco confiables. La característica positiva más destacada de los javaneses era ser civilizados, la más negativa, también ser poco confiables. No deja de ser significativo que a casi el 40 % no le fue fácil decidir cuál era el rasgo más positivo de los afro-surinameses y el más negativo de los javaneses.²⁴

Es posible afirmar que la pregunta que más urge responder en relación con la integración étnica es la de hasta qué punto las diferencias étnicas desempeñan un rol en el parentesco, las preferencias y relaciones sexuales y afectivas, especialmente en la aceptación de las relaciones interétnicas. Desde esta perspectiva la integración étnica en Surinam aún tiene un largo camino por recorrer, hasta el punto de preguntarnos si sencillamente la vara se ha situado demasiado alto. Insistimos en que apenas se ha llevado a cabo investigación empírica alguna sobre este tema. En la encuesta citada anteriormente de 1992 se formularon preguntas más generales y una vez más las respuestas dan testimonio de realidades congeladas. Tanto los indostaníes como los javaneses confesaron tener una actitud muy positiva respecto a sus propios grupos étnicos. Los indostaníes juzgaron duramente a los afro-surinameses y se mostraron más transigentes con los javaneses. También los javaneses fueron muy

críticos respecto a los afro-surinameses y menos críticos en relación con los indostaníes. Los afro-surinameses se mostraron ligeramente menos negativos con los javaneses que con los indostaníes; pero lamentablemente su actitud respecto a su propia comunidad étnica fue claramente menos favorable que la de los dos otros grupos respecto a sí mismos.²⁵

Estos resultados apuntan a que las relaciones interraciales son aún mal vistas y la evidencia circunstancial sostiene esta visión. Aun así, la proporción de *dogla* o, según la cruda denominación en sranan, de *moksi meti* (carne mezclada), está creciendo lenta pero inevitablemente. Al parecer la comunidad afro-surinamesa es la más abierta a la mezcla y la indostaní la más reacia. La aceptación y frecuencia de las parejas interraciales parece ser más elevada en los Países Bajos que en Surinam, aunque ello es aplicable fundamentalmente a la aceptación mutua entre holandeses blancos y afro-surinameses como pareja, constituyendo ese tipo de relación de largo historial en el pasado colonial, y no necesariamente uno de tipo emancipador. Mientras tanto, independientemente de cuán exitosa sea la asimilación de los indostaníes en la sociedad holandesa en diferentes ámbitos, la endogamia es aún la norma predominante en este grupo.²⁶

Por lo tanto nos vemos inclinados a enfatizar la continuidad.²⁷ Las preferencias estéticas y las percepciones, los juicios de las características sociales de los otros grupos étnicos cambian, si acaso, con una lentitud exasperante. Para comprender las relaciones étnicas entre los surinameses no basta con determinar si hay un núcleo de verdad en estas ideas ni cuán sólido pueda ser ese núcleo. Es igualmente importante investigar qué mecanismos de socialización étnica mantienen vivas estas ideas. ¿*Vernegeren*, «volverse negro»? En Surinam los holandeses blancos desempeñan un papel limitado y se cuidarían mucho de usar un término tan cargado. La clase media surinamesa también tiende a mantenerse alejada en la actualidad de términos tan peyorativos, le preocupa que en la clase baja criolla persistan obstinadamente características como los cultos de origen afro (el winti) y las ocupaciones de buscavidas, por oposición al cristianismo, el estudio sistemático y el trabajo duro. En este sentido

evocan las preocupaciones que alguna vez tuvieron las autoridades coloniales holandesas de que la élite surinamesa «se volviera negra». Sin embargo, hoy día el contexto en el que más comúnmente se usa la expresión peyorativa *vernegeren* es en el de la comunidad indostaní: padres que acusan a su hijo o hija de no mantener suficiente distancia de sus compatriotas afro-surinameses y del estilo de vida criollo (¡Muchacho, eres un «culí»²⁸ negro!). En 1953, Munshi Rahman Khan, surinamés descendiente directo de indostaníes, ofreció una visión sombría del asunto en su poema «Tijdsomwenteling» (Tiempos que cambian):

Véase como las costumbres y los valores se deterioran en estos tiempos sin moral.

Los hombres dejan a sus esposas y entablan relaciones con mujeres criollas

Se enamoran de mujeres criollas y las alaban gozosamente:

Nuestras mujeres son ángeles, nos conducirán al paraíso.

Rahman dice: las mujeres nobles redimen a sus ancestros de todo pecado

La dinastía, el honor, la vergüenza, la fe y la riqueza son destruidas.

Los niños nacidos del *dharmā* reciben nombres que no les pertenecen

Willem, Eddie, Pikinwa, Johan, Keizer, Piet

Johan, Keizer, Piet, ¿qué nueva costumbre es esta?

Han destruido el *dharmā*, el aroma de la India se ha desvanecido [...]²⁹

En la actualidad ya no se expresan ni esa nostalgia purista ni visiones tan reaccionarias, al menos no en público. Pero, por otra parte, 1953 no es una fecha remota y la pregunta es si este poema está tan lejos de la realidad actual como lo está la tendencia contemporánea a ignorar enfáticamente el color y glorificar la hibridez étnica y cultural. Todavía hoy no se observan muchas señales de que entre los jóvenes indostaníes soplen nuevos y turbulentos vientos.

Una vez más puede concluirse que, en comparación con Surinam, las divisiones étnicas de las islas son menos tangibles. Aparte de las diferencias de nacionalidad en las islas, existen fronteras que

indican variaciones en el color y la clase, pero que son menos rígidas que las que dividen a Surinam. Esta conclusión puede situarse en un contexto más amplio. La colonización europea trajo consigo la elaboración de una jerarquía que a lo largo de América introdujo un ideal blanco como, en términos de Hoetink, la «norma somática».³⁰ El ideal estético del blanco, arriba; la caricatura de la fea negrura debajo. A pesar de la descolonización global, el Poder Negro y muchos otros parteaguas, el apego a una jerarquía estética aún goza de muy buena salud. Aún se escucha en el Caribe designar una piel negra muy oscura como «tizón», el pelo rizado como «pelo malo», los labios y la nariz amplia como feos y cosas por el estilo.

Sin embargo, también en este sentido las sociedades caribeñas difieren notablemente unas de otras; en particular respecto a la interpretación precisa del estándar somático y a la flexibilidad con la cual asumen las distinciones étnicas. Como lo plantea Hoetink en su trabajo sobre la etnicidad en América, la etnicidad caribeña puede definirse según tres modelos.³¹ En el Caribe hispanohablante, donde tradicionalmente la proporción blanco-negro ha sido menos dispareja que en ninguna otra parte y donde las plantaciones tuvieron menos impacto, se desarrolló un «continuo racial» en el cual, particularmente en Cuba y en República Dominicana, una gran parte de la población se ubica en algún punto intermedio entre los extremos de negro y blanco. La flexibilidad con la que se usa la distinción se pone de manifiesto en el gran número de relaciones interétnicas, que a su vez continúan socavando la distinción estrecha negro-blanco. La norma somática puede aún ser la de la piel clara, pero hay un alto grado de flexibilidad. Esto también permite el éxito social como factor transformador de la jerarquía del color: «el dinero blanquea».

En las colonias de otras potencias europeas se desarrolló un modelo mucho menos flexible pues en estas la brecha demográfica entre negros y blancos era mucho más amplia, la proporción mucho más dispareja y mucho más pequeño el grupo intermedio que se iba formando lentamente. La exclusividad blanca permaneció en gran medida intacta en estas sociedades y solo se disolvió, según Hoetink, porque la élite blanca abandonó el campo: ya sea por ex-

pulsión violenta, como en Haití, por éxodo gradual o mediante su absorción por parte de una élite mestiza de piel clara de origen africano y europeo en otras partes. En estas sociedades, por lo tanto, la élite blanca dejó de existir, o al menos en una magnitud que fuera significativa. No obstante, una vez enraizadas las nociones de raza y color, estas sobrevivieron largamente la presencia física de los blancos. Entonces un tercer modelo único surgió en tres de los países dentro de esta categoría: Guyana, Trinidad y Surinam, los cuales importaron grandes cantidades de obreros asiáticos contratados a continuación de la abolición de la esclavitud.³² Esto creó un segundo pilar étnico, en buena medida junto al de la población criolla. En Surinam hubo aún un tercer pilar, el javanés, el cual introdujo otro giro en la dinámica étnica.

Aún hoy no existen muchos argumentos que permitan descartar esta división tripartita y las suposiciones asociadas a ella sobre el poder de las jerarquías basadas en el color y sobre la pilarización étnica. También hay que destacar que en el Caribe, como en otras partes, el valor estético está ligado a una serie de presunciones sobre las actitudes y el comportamiento de los diferentes grupos étnicos. Sea como fuere, Surinam pertenece al tercer modelo, mientras que las islas, independientemente de las diferencias fundamentales entre sí, encajan dentro del segundo modelo.

En la medida en que ha habido cambios visibles, hay razones para concluir que la significación de la diferencia étnica se ha diluido más en este segundo modelo que en el tercero. Los cambios pueden medirse según una serie de criterios tales como la religión, la cultura, el entendimiento de la historia y, además, por los sistemas de parentesco y la aceptación de las relaciones interétnicas, así como las orientaciones y posiciones socio-económicas. La dimensión política —la selección de partidos políticos y líderes sobre la base de preferencias étnicas— no está contemplada en esta lista. Puede inferirse que la política desempeña un papel principalmente como derivado de los criterios anteriores, incluso si los políticos caribeños no siempre se muestran reacios a capitalizar oportunamente las emociones que rodean asuntos como la etnicidad y el color.³³

La conclusión evidente es que aunque la escala jerárquica negro-blanco o africano-europeo derivada del colonialismo es muy persistente, su significación ha declinado en cierta medida, especialmente durante las últimas décadas. Este es particularmente cierto en Surinam, donde la población blanca local hace tiempo constituye un grupo insignificante. Pero también en las islas la consciencia del color parece estar dando paso, vacilante pero crecientemente, a las relaciones interraciales. En parte esto puede explicarse simplemente por la retirada de la población blanca. No obstante, parece ser un factor crucial el hecho de que las diferencias de clase y de educación en islas como Aruba, Curazao o San Martín posiblemente en la actualidad tengan más peso que las diferencias de color, que en última instancia tienen una base étnica más débil. Sin embargo, la pluralidad étnica de Surinam continua siendo más enraizada y dominante, y sus primeros signos están en ese nivel definitorio que es la preferencia étnica y la exclusión en la vida personal.

Una y otra vez la historia nos enseña que enfatizar las diferencias étnicas puede desatar profundas emociones que a su vez pueden ser manipuladas para alcanzar fines totalmente diferentes; al final es como jugar con fuego. Dejando a un lado las excepciones, los líderes de los estados caribeños poscoloniales en general han demostrado lo consciente que están de los peligros que entraña jugar la carta étnica abierta y frecuentemente. En general esto es aplicable también al Caribe holandés.

La pluralidad étnica en el Caribe holandés es, como en casi cualquier lugar del Nuevo Mundo, un persistente factor en la construcción de la sociedad. Los mecanismos que operan en la vida cotidiana, que sostienen y posiblemente refuerzan las diferencias étnicas, cambian, si acaso, lentamente. La cuestión no es tanto si la diferencia o la supresión consciente o inconsciente de las diferencias étnicas o de color pueden echarse a un lado, sino si es en absoluto posible disminuir su importancia. Es difícil responder afirmativamente a esta pregunta precisamente porque las dinámicas de las diferencias étnicas se forman y perpetúan, en primer lugar y principalmente en un nivel micro a través de procesos de socialización. Es aquí, en el entorno más inmediato, que se transmiten las preferencias, juicios y prejuicios.

Tanto la experiencia caribeña como las más recientes lecciones que hay que aprender de las políticas europeas para las minorías, indican que la posibilidad de influir en estos procesos de socialización desde arriba es muy limitada. No hay razón para otorgarle más poder a las autoridades holandesas en el Caribe de modo que puedan intervenir en el dominio privado de sus ciudadanos. Por otra parte, el proceso de construcción de la nación, por lo cual luchan prácticamente todos los estados caribeños, ofrece una oportunidad de reducir el impacto de este elemento potencialmente divisivo de la identidad nacional. Se están realizando muchos esfuerzos, pero los políticos y otros que se han propuesto la tarea de definir la identidad nacional a menudo hallan más difícil tomar distancia de su propio «grupo étnico». En grados variables esta lealtad dual —a la nación y al propio grupo étnico— aún desempeña un papel importante en el arduo empeño de construcción de la nación en el Caribe y el Caribe holandés ciertamente no es la excepción.³⁴

Notas

- ¹ El estudio clásico sobre los orígenes de la sociedad plural en Surinam es *Samenleving in eengrensg gebied* de Van Lier, publicado originalmente en 1949 y traducido al inglés como *Frontier Society* (Van Lier, 1971). Sobre los idiomas étnicos de Surinam, ver el atlas de Carlin y Arends, 2002.
- ² Postma, 1990; Van Stipriaan, 1993: 314.
- ³ Reglamentos plantacionistas 1686 (Schiltkamp y De Smidt, 1973 : 168).
- ⁴ Price, 1976; Hoogbergen, 1990, 1992; Scholtens, 1994.
- ⁵ Van Lier 1971: 217-218.
- ⁶ Ver De Klerk, 1953; Speckmann, 1965; Van Lier, 1971; Hoefte, 1998.
- ⁷ Hoefte, 1998: 167, 170.
- ⁸ Ver también De Waal Malefijt, 1963; Derveld, 1981; Grasveld y Breunissen, 1990; Hoefte, 1990 y 1998.
- ⁹ La cifra oficial para 1998 está justo por encima de 422 000 (De Bruijne, 2001: 33). He añadido otros 28 000 siguiendo la opinión extendida de

- que el número de brasileños ilegales ha sido tremendamente subestimado en cálculos oficiales.
- ¹⁰ Van Lier, 1971. Es de notar que desde su publicación en 1949, el libro y la visión de Van Lier en torno a la sociedad plural de Surinam fue solamente atacada una vez en su época desde un punto de vista marxista más bien dogmático (Hira, 1982).
 - ¹¹ Dew, 1978. La metáfora tiene sus raíces en la historia holandesa. Desde finales del siglo XIX hasta la década de 1960, la sociedad holandesa estaba supuestamente caracterizada por sus pilares religiosos y seculares —católico, protestante, liberal y socialista—, los cuales sostenían el techo del Estado.
 - ¹² Ver el clásico estudio de Hoetink de 1958, *Hetpatroon van de oude Curaçoesesamenleving* y los capítulos 1 y 2 del presente libro.
 - ¹³ Ver el capítulo 5.
 - ¹⁴ Ver Alofs y Merkies, 1990; Alofs, 1996; Verton, 1996.
 - ¹⁵ Ver Van Soest, 1977; Dekker, 1982 y Croes, 1987.
 - ¹⁶ Walcott, 1990 : 111. Sobre el impacto del turismo en el tejido social de las pequeñas islas caribeñas, ver la obra de Pattullo, 1996.
 - ¹⁷ Ver también el capítulo 6.
 - ¹⁸ Ver el capítulo 5.
 - ¹⁹ Ver, por ejemplo, Koelewijn, 1987.
 - ²⁰ Ver, entre otros, Price 1983, 1990 y 1999; Thoden van Velzen y Van Wetering, 1988.
 - ²¹ Debrot, 1985:122 (ca. 1950).
 - ²² Compárese Bernabé, Chamoiseau y Confiant, 1989. Una reciente reconsideración del concepto de criollización se encuentra en Price, 2001.
 - ²³ Speckmann, 1963, Van Renselaar, 1963.
 - ²⁴ Verberk, Scheepers y Hassankhan, 1997: 136-137. Encuesta realizada en 1992, N=1002. La categoría «No sé» produjo solamente 13,6 % y 19,7% en relación con las características positivas de indostaníes y javaneses, y 22,8 % y 15,6 % en relación con las características negativas de indostaníes y afrosurinameses, respectivamente.
 - ²⁵ Verberk, Scheepers y Hassankhan, 1997: 136-137, sin embargo, con una muestra mucho menor: indostaní N=135, javanés N=51, afrosurinamés N=97. Ver también Mungra, 1990.

- ²⁶ A pesar de ello, la norma parece susceptible de desgaste. Choenni y Adhin, 2003: 61, 88, 174-175, 218.
- ²⁷ Apelativo utilizado para designar a los trabajadores contratados de la India, China y otros países asiáticos en las colonias británicas, francesas y holandesas. (*N. de la T.*)
- ²⁸ Como lo hace el reciente análisis de un «forastero». St-Hilaire, 2001.
- ²⁹ Rahman Khan (1873-1972), citado en Van Kempen, 1995: 82-83. Es interesante destacar que en sus diarios publicados póstumamente, que abarcan el periodo desde su juventud en la India y su vida en Surinam hasta 1943, Khan no manifiesta ningún sentimiento profundo contra los afrosurinameses (Hira, 2003).
- ³⁰ Ver particularmente Hoetink, 1967.
- ³¹ Hoetink, 1985.
- ³² En el contexto caribeño se podría añadir Belice a esta categoría con su población criolla, junto con su población amerindia.
- ³³ Ver el capítulo 5.
- ³⁴ Ver el capítulo 5 y Baud et al. 1996, en especial el capítulo 3.

CAPÍTULO 4

¿Modelo de descolonización holandés?

Con los años la creencia de que los Países Bajos llevaron la peor parte en el proceso de descolonización se ha hecho muy común, tanto que ha devenido cliché. Primeramente están los intentos fallidos, sangrientos y cada vez más fútiles de obstruir la independencia de Indonesia proclamada en 1945, cuyas consecuencias aún hoy provocan fuertes emociones, especialmente en los Países Bajos. Le sigue el asunto de Nueva Guinea, donde los Países Bajos —que esta vez desempeñaron un papel diferente, tal vez algo más honorable— otra vez se vieron enfrentados cara a cara con Indonesia y, en 1962, forzados a ceder. A esto le sucedió la precipitada independencia de Surinam en 1975 y el notorio apretón de manos de oro, una independencia que terminaría teniendo resultados a veces decepcionantes. Finalmente está el fracaso del plan que pretendía hacer de las Antillas Neerlandesas un microestado independiente de seis islas. Esta política zozobró hasta culminar en el reconocimiento de que ni las Antillas podían mantenerse unidas en una misma entidad ni podían ser obligadas a abandonar el Reino transatlántico de los Países Bajos. En realidad, en el proceso de descolonización casi nada ocurrió de la forma en que La Haya lo deseaba.

Desde esta perspectiva la conclusión de que los Países Bajos fueron un descolonizador desacertado parece estar justificada. Sin embargo uno se pregunta si a otras potencias coloniales les fue mucho mejor. Con un ligero cambio de ángulo, también es posible apuntar que esta evaluación negativa refleja la inclinación holandesa a juzgar su desempeño en el mundo con la mayor ironía y distanciamiento posibles y con una consciencia —tan culpable como contradictoria— de sus propios fracasos y de su incapacidad para hacer la

diferencia a nivel mundial. Cuando esta visión es confrontada por la terquedad de la realidad, los holandeses se ven a menudo tentados a ser entrometidos en su trato con otros, particularmente con sus antiguas colonias.

La perspectiva «caribeña»

Usualmente el colonialismo europeo a lo largo y ancho del mundo logró alinearse con las élites indígenas y coloniales que, hasta cierto punto, llegaron a identificarse con la cultura colonial. En muchos casos era precisamente dentro de la élite indígena que a continuación surgía algún movimiento de resistencia, en no pocos casos alimentado y dirigido por una creciente relación de familiaridad con la cultura del poder colonial. El clásico patrón de los hijos de la élite colonial que regresan a casa después de educarse en la metrópolis y que devienen líderes de la resistencia contra el colonialismo también se dio en el Caribe.

En la región este patrón se manifestó solo una vez, y con no poca ambivalencia, en el radical pero breve episodio del nacionalismo surinamés de 1950 a 1975. El contraste con las Indias Occidentales Holandesas fue grande en muchos sentidos y tuvo sus consecuencias para el curso de la descolonización. Al contrario de lo que ocurrió en Asia, la colonización del Caribe había implicado la construcción de una nueva sociedad de inmigrantes. Con la excepción de pequeños números de amerindios en Surinam y Aruba, la población del Caribe holandés era producto de la colonización. A diferencia de Indonesia, las autoridades coloniales en las Indias Occidentales no necesitaron tener en cuenta a una élite autóctona que defendía con orgullo la antigüedad de sus derechos, que era hasta cierto punto estimada por la población local y cuya cultura impactó a los gobernantes coloniales.¹ Las élites caribeñas, por el contrario, se veían a sí mismas primordialmente como parte de la cultura de la madre patria, independientemente de cuán alejadas de esa cultura llegaron a estar con el tiempo. Además de una afinidad cultural, los intereses económicos y administrativos comunes conectaban las élites a la metrópolis holandesa. Hasta bien entrado el siglo XIX, las colonias en

el Caribe eran inconcebibles sin esclavitud y las élites locales estaban muy conscientes del hecho de que la metrópolis ofrecía garantías fundamentales para que la «peculiar institución» siguiera existiendo.

Esto no significa que las relaciones entre las élites a ambos lados del Atlántico hayan sido siempre armoniosas, como lo confirman los archivos coloniales repletos de dossiers sobre los profundos conflictos entre las élites locales y los administradores enviados desde la metrópolis. En la práctica las diferencias culturales resultaron ser mucho mayores que lo que inicialmente se creyó. Más importante aún, las visiones administrativas y las prioridades económicas resultaron ser sustancialmente divergentes. La mayoría de los conflictos orbitaban alrededor de asuntos como los nombramientos a los consejos administrativos coloniales, el poder de estos consejos en relación con el gobernador metropolitano, el monto de los impuestos o la responsabilidad de mantener el orden. En breve, las discusiones por lo general eran sobre la división de la ganancia y los gastos de la administración colonial; apenas existían desacuerdos en cuestiones de principios. Las élites coloniales juzgaban el poder colonial sobre la base de su disposición y habilidad para mantener el orden y de asumir la cuenta de los gastos siempre que fuera posible. Las críticas más amargas a la metrópolis en los documentos del siglo XVIII invariablemente se dirigen a asuntos como los impuestos excesivos, el suministro insuficiente de esclavos, la cuestionable interferencia en el trato a los esclavos y las desfavorables regulaciones del comercio colonial.

Esto solo cambió en el siglo XIX, cuando los Países Bajos, inicialmente con poco entusiasmo pero cada vez con mayor energía, introdujeron en su agenda el trato a los esclavos y a continuación la abolición de la esclavitud.² Horrorizadas, las élites coloniales se vieron enfrentadas por una política cada vez más contraria a sus intereses, o al menos a su idea de cómo debían administrarse los negocios. Su ausencia de poder se hacía ahora dolorosamente obvia. No tenían un cabildo de importancia en el Reino que les permitiera fijar la política colonial. Y no tenían otra alternativa fuera de los Países Bajos, al menos una que ellos pudieran identificar.

La independencia no era una opción viable. Tampoco tratar de seguir los ejemplos de los Estados Unidos, Haití o Hispanoamérica. Las élites caribeño-holandesas estaban muy conscientes de cuán indispensable era una madre patria razonablemente fuerte para poder garantizar el orden social en su colonia. Probablemente también estaban conscientes de las limitaciones que la pequeña escala de su sociedad imponía a su potencial económico, administrativo o militar. O no había forma de pasar a manos de otro imperio a mediados del siglo XIX o se trataba de una opción poco atractiva. Los Estados Unidos vinieron a emerger como una potencia colonial formal en la región medio siglo después, y Gran Bretaña y Francia hacía algunas décadas que habían terminado su última ronda de reparto de la región. Los nuevos estados hispanoamericanos, en particular Venezuela, más que estimularlo inhibían el deseo de independencia.

Los autoproclamados voceros de la élite colonial no permitieron que hubiera la más mínima duda de que las colonias caribeñas pertenecían incondicionalmente al Reino. En 1869, M. Juda en una carta abierta a «todos aquellos preocupados por el futuro de Surinam» estableció una asociación entre la muy relevante comparación con las Indias Orientales Holandesas y un retórico recordatorio sobre el presunto sentimiento pro-holandés de sus compatriotas:

Existe, sin embargo, un vínculo más amoroso que conecta a Surinam con los Países Bajos: el amor por estos y por su Rey. Este amor se vio expresado con toda claridad en el horror que cundió en la colonia cuando su gente oyó hablar de la posibilidad de separación. La noticia fue recibida como una esquela fúnebre. Los surinameses han aprendido a apreciar y a amar a los Países Bajos como la madre patria. ¿Y que esta madre renuncie a su hijo y le ceda su responsabilidad parental a otro, o lo abandone a su destino, aún insuficientemente maduro como para cuidar de sí mismo?

No, los surinameses no están dispuestos a creerlo ni podrían creerlo. El lazo que ata a los surinameses a los Países Bajos es, pues, uno de amor.³

No mucho tiempo después, la asociación *Vereniging van Surinamers* escribió, en la misma cuerda: «Tarde o temprano ustedes perderán el Este. Ustedes, que se consideran tan notablemente prácticos, sean prácticos y vendan el Este antes de que se lo quiten. Una posesión puede ser vendida; una colonia, no. El Este es una posesión, Surinam es una colonia».⁴

Cuando comenzaron a circular rumores de que los Países Bajos querían deshacerse de «Curazao y dependencias» el enfurecido Consejo Colonial de la isla se dirigió al parlamento holandés en La Haya diciendo que «la población de la colonia [...] nunca expresará el deseo de que Curazao se separe de los Países Bajos». Uno de los firmantes, A. Jesurun, explicó: «somos holandeses, holandeses por descendencia, por crianza, emocionalmente, y es así que los residentes de esta colonia se sienten atados a los Países Bajos. ¿Por qué entonces romper a la fuerza estos lazos que unen a la colonia con la madre patria?»⁵

Cuando en 1879 resurgió el asunto de vender la colonia, A. M. Chumaceiro volvió a cargar las tintas contra cualquier intento de los Países Bajos de disponer libremente de las Antillas en el folleto *Is Curaçao te koop?* (¿Está Curazao en venta?). Esta actitud continuó marcando el tono. El «doctor» Da Costa Gómez, uno de los fundadores de las relaciones modernas con el Reino, tal y como quedaron reflejadas en la Carta (*Statuut*) de 1954, describió la relación de las colonias caribeñas con la metrópolis holandesa como una relación dentro de una misma y única nación.⁶ Este no era el caso de las Indias Orientales Holandesas, lo que significaba que el cambio respecto a estas debía seguir un curso diferente: «Un cambio dentro del estado de las colonias de Surinam y Curazao hacia la formación de una entidad única con la madre patria, y un cambio en las colonias y posesiones del Estado en Asia que las convierta en un Estado separado dentro de la ley internacional».⁷ En muchos sentidos desde entonces se ha venido repitiendo esta visión, incluyendo el énfasis en la pertenencia a una misma comunidad cultural que ha evolucionado históricamente en conjunto. Uno de los argumentos con los que Jaggernath Lachmon, líder de la comunidad indostaní en Surinam, se opuso hasta el último momento posible a la independencia

—«esa cosa de los criollos»— , fue que él era fundamentalmente holandés.⁸ Cuando en la década de 1990 los antillanos lograron sacar de la mesa de negociaciones el asunto de la independencia, le recordaron a su contraparte el «sentimiento pro-holandés» y la consciencia de un destino común con los Países Bajos, que, afirmaron, permanecía muy vigente en las islas.

¿Colonialismo entrometido o ausente?

En este contexto la élite colonial realmente no tenía otra alternativa que permanecer dentro de las estructuras coloniales existentes y tratar de influir de alguna forma en las políticas que se establecían en los Países Bajos. Desde el principio este enfoque logró anotarse algunos éxitos como la posposición de la emancipación hasta 1863, la aprobación de una compensación para los dueños de esclavos expropiados y en Surinam prolongar la supervisión por el Estado para obligar a los libertos a continuar su trabajo (*Staatstoezicht*).⁹ En otros sentidos, sin embargo, las élites coloniales lograron mucho menos de lo que se propusieron, comenzando con el hecho de que siempre recibían menos apoyo financiero de la metrópolis del que solicitaban.

Mientras tanto la historia iba tomando un curso diferente en cada una de las colonias. En Curazao, con la llegada de la Shell, en particular la élite local, predominantemente blanca, tuvo que hacer frente al frustrante aumento del número de holandeses que se establecían en las posiciones más importantes en la sociedad. Por consiguiente, la élite local experimentó un ligero declive en su nivel de vida y prestigio, lo que resultó aún más doloroso debido a la negación del gobierno colonial de concederles una posición dominante en la administración de la colonia. En Surinam, la constante decadencia del sector plantacionista y el éxodo de la élite holandesa que lo acompañó, condujo a una ganancia de estatus social para la élite local criolla. Pero en la medida en que esa élite comenzó, cada vez con más confianza, a presentarse a sí misma como la representante de la población local, se vio, a su pesar, enfrentada al poder colonial, que no estaba dispuesto a aceptar esta reivindicación y que cada vez

con mayor frecuencia y énfasis comenzó a destacar los intereses de otros grupos, particularmente los de arriba más reciente: los inmigrantes asiáticos. Este patrón cambió lentamente, aun después del final oficial del colonialismo. La crítica holandesa contemporánea de asuntos sociales como la pobreza en las clases bajas del Caribe holandés hasta el día de hoy genera animosidad en las élites locales por lo que consideran el entendimiento deficiente de las circunstancias locales.

Otro aspecto aparentemente contradictorio y recurrente de la crítica caribeña al colonialismo holandés es su resentimiento contra lo que aún se percibe como el descuido y la negligencia holandeses. Existe una línea directa que parte de la élite colonial que acusaba a la madre patria de no apoyar suficientemente el comercio de esclavos y de no haber ofrecido suficiente respaldo militar para aplastar a los cimarrones, pasa por las negociaciones que condujeron al «apretón de manos de oro» con el que quedó sellada la independencia de Surinam, y que llega hasta los debates en la década de 1990 sobre la magnitud del apoyo financiero que los Países Bajos debían haber ofrecido a San Martín para sobreponerse a la devastación causada por una serie de huracanes. La convicción que subyace en todos estos episodios aparentemente no conectados entre sí es que la madre patria podría y debería ofrecer más apoyo del que ofrece. En medio de la antes mencionada consternación que sobrevino en 1869 a partir del rumor de que los Países Bajos querían deshacerse de las Antillas, un enfurecido miembro curazoleño del Consejo Colonial sugirió que esta isla había sido meramente «una cosa» con la que los holandeses habían logrado enriquecerse. Los Países Bajos también habían propiciado la decadencia de la isla: «He llegado a pensar que Curazao, en las manos de un inglés o un francés sería una joya; en las de un holandés es un pedazo de hierro viejo».¹⁰

Pocas veces se ha articulado una crítica tan incisiva de la negligencia holandesa respecto a sus colonias caribeñas como la que formulara Albert Helman, probablemente el autor surinamés más importante hasta la fecha, en su notable epílogo «Multatulian» a *Zuid-zuid-west* (1926), una de sus primeras publicaciones:

Y ahora, caballeros, ¡escuchen hasta el final! ... Estoy triste porque nació de una tierra que ahora veo morir, ahogándose en un pantano sin fondo... Y me atrevo a decirles, piadosos mercaderes: vuestra es la culpa. Ustedes tomaron posesión de esta tierra —no diré si justa o injustamente, solo Dios conoce la verdad— ¿por qué no logra ya procurarse vuestro amor ahora que no pueden hablar de dividendos?... Sin vuestro amor, sin el amor que es vuestro deber darle —¡toda posesión colonial es la aceptación voluntaria de un deber!— la salvación nunca será posible. Durante siglos han sido ladrones, dicen ellos —no sin alguna razón—. Pero sean al menos ladrones amorosos, no canallas.¹¹

Esta indignación con la falta de compromiso de los holandeses respecto al Caribe holandés se ha expresado una y otra vez de varias formas. Usualmente eran acusaciones sobre los siglos de explotación por los cuales se esperaba que los Países Bajos ofrecieran una compensación financiera. A veces eran reclamos mucho más sutiles como la queja de que los holandeses han descuidado injustamente la responsabilidad de una herencia cultural compartida.¹²

Un último asunto recurrente es la paradoja de estar simultáneamente resentidos por la interferencia de los Países Bajos a la vez que dolidos por su negligencia. El contraste es en realidad solo aparente, y esperar cualquier otra cosa sería muy ingenuo. Los dueños de esclavos de los primeros tiempos del periodo colonial naturalmente querían recibir tanto apoyo financiero de la madre patria como fuera posible; aunque sin tener que pagar el precio de la interferencia directa en la forma en que operaban con sus esclavos y los mantenían bajo la bota. Y claro que los líderes poscoloniales del Caribe autónomo continuarían insistiendo en obtener el máximo apoyo con la mínima interferencia de los Países Bajos, la cual se apresuraron en calificar —y aún califican— de entrometimiento. Por lo tanto, tampoco sorprende que la historia reciente del Reino transatlántico se haya convertido en una serie de escaramuzas en el ámbito de las donaciones entre benefactor y beneficiario, y en la franja fronteriza de la consulta, la participación y la interferencia.

Marcos para la política colonial

Partiendo de que esta intervención más intensiva realmente haya tenido lugar alguna vez, llegó bastante tarde. En realidad, de existir algún rasgo específico al colonialismo holandés en el Caribe, ese es su tendencia al retraso. Surinam y otros asentamientos en la costa noreste sudamericana se desarrollaron como colonias plantacionistas; las Antillas, como centros de intercambio comercial. Esta forma de desarrollar fue obra en primer lugar de los empresarios independientes, tanto individuales como agrupados en organizaciones. Las organizaciones holandesas más importantes en el Caribe eran la Compañía de las Indias Occidentales (WIC) que gobernaba de facto las islas caribeñas, y la *Sociëteit van Suriname* (Sociedad de Surinam). Lo que tenían en común era un grado relativamente alto de libertad para operar en relación con los Países Bajos, y una interpretación estrecha, predominantemente gerencial, de sus deberes en las colonias. Para la WIC y la Sociëteit, su compromiso en las colonias iba poco más allá de facilitar la producción y el comercio, mantener el orden y proveer protección contra los poderes extranjeros y los piratas. Ninguna logró desempeñar estos papeles convincentemente. En ambos casos la estrecha interpretación de sus deberes implicó una casi total falta de interés por los sujetos coloniales, al menos siempre que esto supusiera ir más allá de los ámbitos del poder y la fuerza de trabajo.

La proclamación en 1814 del Reino de los Países Bajos a continuación de las guerras Napoleónicas inauguró una nueva fase en la historia colonial. Quizás por primera vez desde los días de Willem Usselinx, se volvía a hablar en los Países Bajos del ideal de una política activa y relativamente abarcadora para «las Indias del Oeste». El propio rey Guillermo I estimuló esta idea. Le encargó a Johannes van den Bosch elaborar un informe, no solo sobre las Indias Orientales, en las que tenía muchos años de experiencia, sino también sobre el Caribe. Con esta misión, Van den Bosch, quien después se convertiría en el Gobernador General de las Indias Orientales, zarpó hacia Surinam en 1828, pero no visitó las islas antillanas. En este sentido Van de Bosch encaja perfectamente en el perfil de la inagotable colección de expertos que, sobre la base

de observaciones limitadas, se creen en la posición de proponer medidas drásticas para el Caribe holandés.

De vuelta en la metrópolis le presentó a su rey un voluminoso informe sobre el estado de las colonias y la posibilidad de guiarlas por nuevas direcciones. Sus propuestas para las colonias caribeñas abarcaban muchos campos, desde el administrativo y económico hasta asuntos sociales. Una de las medidas administrativas propuestas por Van den Bosch fue adoptada; y era tan drástica como desafortunado fue su destino: en 1828 las diversas colonias holandesas en el Caribe fueron agrupadas bajo un solo territorio de ultramar, con Paramaribo como su centro administrativo. Un siglo más tarde, semejante iniciativa probablemente se habría quedado en el papel; de haberse realizado esta consolidación territorial, tal vez habría sido sistemáticamente socavada por la élite colonial. Sin embargo, alrededor de 1830 todo esto era inconcebible. Por lo tanto fue mediante un proceso de ensayo y error que llegó a comprenderse que los diferentes territorios caribeños tenían demasiado poco en común como para ser eficientemente gobernados desde un solo centro; aunque se trataba de la colonia más grande y económicamente más importante, su localización era tremendamente excéntrica. Las «Indias Occidentales» seguiría siendo un término que solo cobraba sentido desde la óptica de los Países Bajos.

Las propuestas de Van den Bosch para otras áreas fueron más acertadas. Sus recomendaciones en la esfera social incluían mejorar el trato a los esclavos, su conversión al cristianismo o someterlos a un proceso de civilización europea: recomendaciones que claramente servían un propósito dentro del modelo de desarrollo económico que tenía en mente, pero con las que de cualquier forma finalmente se concebía a todos los sujetos coloniales como gente y no como objetos. En varios sentidos, sin embargo, ya era demasiado tarde para convertir las colonias caribeñas en pequeñas extensiones ultramarinas de la metrópolis. Aunque la madre patria hubiera estado abierta a la idea de reconocer a los sujetos caribeños, fundamentalmente negros, como compatriotas en lugares foráneos, la iniciativa habría sido de cualquier forma irrelevante. La situación lingüística era diferente. El sranan tongo y otros idiomas de Suri-

nam, el papiamento de las Islas de Sotavento y el inglés de las Islas de Barlovento, ya se habían enraizado en la cultura local. Independientemente de todos los esfuerzos que desde entonces han realizado los holandeses, el Caribe holandés y los Países Bajos aún no pertenecen a una misma e indivisa comunidad lingüística.

Lo que se aplica al lenguaje también ocurrió con la religión y la cultura en un sentido más amplio. Incluso una observación superficial del desarrollo cultural de los países caribeños vecinos nos revela que la limitada presencia de la cultura holandesa no era tan excepcional. Pocas cosas en el Caribe reflejan directamente al Viejo Mundo. En la medida en que el Caribe pueda considerarse una sola esfera cultural, las características culturales señalan constantemente las plantaciones del Nuevo Mundo, en las cuales África, Asia y Europa contribuyeron a la criollización, como la base del desarrollo de nuevas formas culturales en ese contexto cultural completamente nuevo que fue la colonia plantacionista caribeña. Sin embargo, ninguna otra potencia colonial parece haber comenzado tan tarde, o haber sido tan irresoluta y fallida, como los Países Bajos en imponer su propia cultura como la norma en las colonias. La ironía es que solo en las últimas décadas la «holandización» ha comenzado a despegar, aunque de forma incompleta y en cierto sentido más para la consternación que para el beneplácito de la madre patria, que habría preferido decir adiós a sus sujetos coloniales, como si se trataran de meros parientes lejanos.

A pesar de estas muy reales reservas, debe concluirse que la ascensión del rey Guillermo I y su consejero Van den Bosch trajeron consigo el primer intento de formular algún tipo de política gubernamental estructurada para el Caribe. Con la posterior institucionalización y modernización del Reino de los Países Bajos la política colonial también se fue estableciendo paso a paso dentro de un marco organizativo. En 1834, se formó un nuevo ministerio para las colonias. Hasta el momento en que se perdieron las Indias Orientales Holandesas, los territorios caribeños atraían poca atención burocrática. Desde ese momento la política para Surinam y las Antillas llegó a constituir un asunto de cierta importancia en el debate político, quizás sobredimensionado si se tiene en cuenta

su verdadero significado para la metrópolis. Desde el punto de vista institucional, los asuntos caribeños se repartían en diferentes instancias dentro del aparato burocrático gubernamental. En la actualidad, claro está, las relaciones con Surinam le conciernen a la Oficina de Asuntos Exteriores, aunque el país todavía tiene una especie de posición particular en La Haya. Simbólicamente, el manejo de la política para las Antillas Neerlandesas y Aruba se relocalizó en el Ministerio del Interior en 1998, cortésmente rebautizado como Ministerio del Interior y de los Asuntos del Reino, para ponerse a tono con el cambio.

El camino al Statuut o a la Carta

Hasta la Segunda Guerra Mundial prácticamente no se expresaba reproche alguno contra la existencia del colonialismo.¹³ Constantemente se buscaban soluciones a las tensiones que habían existido durante siglos entre las autoridades metropolitanas holandesas en las colonias, lo cual condujo en la primera mitad del siglo xx a los primeros vacilantes pasos hacia el establecimiento de un «parlamento» local. Sin embargo, el limitado número de personas consideradas aptas para ejercer el voto y el hecho de que algunos miembros eran designados por el gobernador, significaba que solo la élite local estaba representada en estos consejos. No fue hasta 1948 que el sufragio universal se introdujo tanto en las Antillas como en Surinam.

La Segunda Guerra Mundial trajo una ruptura en el desarrollo de las relaciones coloniales. Los Países Bajos e Indonesia fueron ocupados y aunque los territorios caribeños no sufrieron la ofensiva alemana o japonesa, necesitaban protección de las Fuerzas Aliadas, especialmente de los Estados Unidos. La presencia militar extranjera constituyó un doloroso recordatorio de la impotencia de la madre patria. Administrativa, militar e incluso económicamente, la situación se invirtió. Las refinerías de petróleo curazoleñas y arubeñas producían una cantidad significativa de combustible que era vital para los Aliados, mientras que la industria surinamesa de la bauxita producía materias primas para la aviación. Por ende, el

«Occidente» contribuyó de la forma más directa posible a la liberación de los Países Bajos, además de los cientos de antillanos y surinameses que pelearon junto a las tropas aliadas. En este momento, además, los florines surinameses y antillanos se vincularon al dólar americano, un paso simbólico significativo. La guerra aceleró el desarrollo económico de ambos países y fortaleció un sentimiento optimista de confianza en sí mismos en los territorios caribeños.¹⁴

El 6 de diciembre de 1942 la reina Guillermina de los Países Bajos pronunció un discurso en Radio Orange, desde Londres, que entraría en la historia como un hito en el camino a la descolonización. Habló por primera vez de independencia doméstica para los diversos territorios, de un nuevo futuro en el cual habría más cooperación en lugar de imposición de un gobierno holandés; la solidaridad colectiva determinaría desde ese momento las nuevas relaciones con el Reino. Aunque esto no constituyó un reconocimiento cabal del derecho de las colonias a la independencia, la reina sí habló de la convicción de que «no podrá seguir existiendo ninguna unidad y alianza política a menos que se basara en la aceptación voluntaria y la lealtad de la gran mayoría de los ciudadanos».¹⁵

Este discurso fue precedido de intensos análisis en el seno del gabinete holandés en el exilio, en Londres, y entre el gabinete y la reina. Iba dirigido en primera instancia a mejorar la imagen de los Países Bajos en los Estados Unidos, y en segundo lugar a hacer una cautelosa concesión a los nacionalistas indonesios. Pero estas concesiones no se hacían de corazón. Al final, este discurso no tuvo una verdadera significación para Indonesia. Los nacionalistas indonesios ya llevaban algún tiempo pensando en términos de independencia y para 1940 el deseo de romper completamente con la dominación holandesa predominaba en su ideología. Para los indonesios el discurso llegaba demasiado tarde y ofrecía muy poco. Además, la intervención armada holandesa en Indonesia en la posguerra confirmó la sospecha estadounidense de que los Países Bajos no sabían cómo manejar su salida del sistema colonial.

El discurso de Guillermina ha sido caracterizado por el historiador Cees Fasseur como lo que marcó el fin de una era, no como el comienzo de un nuevo capítulo.¹⁶ Esto bien podría ser cierto respecto a

Indonesia, pero no para las colonias caribeñas —que Fasseur no toma en cuenta en su análisis—, las que se plegaron con lealtad a la prioridad que la reina y el gabinete habían concedido a las Indias Orientales y al papel que allí desempeñaban los holandeses. Para el Caribe holandés el discurso sí puede ser considerado como la señal de un nuevo comienzo. En 1949 los Países Bajos se vieron obligados a reconocer que su papel como poder colonial en Indonesia tocaba a su fin. Fueron compelidos a desplazar su foco de atención hacia el Caribe. Entonces quedó demostrado que Juda, la *Vereniging van Surinamers*, Jesurun, Chumaceiro, Da Costa Gómez y todos los demás estaban en lo cierto. Las Indias Orientales nunca se hicieron holandesas y ahora sencillamente retomaban su curso, mientras que el destino de las Indias Occidentales parecía ser precisamente el de integrarse más al Reino de los Países Bajos.

La transferencia de soberanía a la República de Indonesia se firmó en 1949. La Carta para el Reino de los Países Bajos, donde se designaba a Surinam y las Antillas Neerlandesas como países autónomos dentro del Reino, se proclamó en 1954. En los cinco años que mediaron entre estos dos eventos, el Reino transatlántico cobró la forma que presenta aún y las Antillas se separaron entre ellas pero mantuvieron su estatus dentro del Reino. El camino a la Carta pasó por dos conferencias que en lo fundamental no se caracterizaron por las contradicciones (en 1948 y 1952-1954), y por una serie de medidas que prepararon el camino para la autonomía de los antiguos territorios de ultramar. Por primera vez las Antillas y Surinam podían y tenían que nombrar delegaciones para representar sus intereses ante la madre patria. Por primera vez los Países Bajos tenían que considerar y tratar a sus antiguas colonias en el «occidente» como iguales, al menos formalmente. Una mirada retrospectiva arroja que este proceso se desarrolló sin mayores contratiempos.

Los representantes elegidos por los pueblos de Surinam y las Antillas aceptaron con entusiasmo el resultado final de las negociaciones y el parlamento surinamés incluso renunció a fomentar el debate para no estropear «la belleza del momento de la aceptación»; solo una minoría de surinameses protestó. También en los Países Bajos la Carta fue recibida con un asentimiento abrumador. Después del

fiasco de Indonesia se agradecía mucho una descolonización amigable, negociada a través de discusiones colectivas. Y a diferencia de las Indias Orientales, no había mucho que perder en el «Occidente» con la transferencia de poder ratificada por la Carta. Con el apoyo de las Antillas y Surinam, los Países Bajos inmediatamente se dispusieron a retirar de la lista de las Naciones Unidas de territorios pendientes de descolonización a sus antiguas colonias. Este obstáculo fue rebasado en 1955.

La Carta —que todavía es la regulación estatutaria más alta del Reino de los Países Bajos, aún más que la Constitución— es un documento notable. En breve, la Carta define el Reino como consistente en varias partes asociadas que fijan sus políticas internas de forma autónoma. Solo los asuntos internacionales, la defensa y la nacionalidad holandesa (artículo 3), las garantías de los derechos y libertades humanos fundamentales, el imperio de la ley y el buen gobierno (artículo 43) se recogen como responsabilidades observables por todas las partes. La Carta asigna estas tres tareas al obierno del Reino de los Países Bajos. Una estructura maravillosa pero en absoluto hermética. En realidad la Carta descansa sobre una tremenda ficción; básicamente la de la completa igualdad dentro del Reino de unos socios que eran *de facto* claramente desiguales. Su preámbulo de 1954 reza:

Los Países Bajos, Surinam y las Antillas Neerlandesas, después de deliberaciones conjuntas y de haber declarado libremente su disposición a adoptar un nuevo sistema de ley en el Reino de los Países Bajos en el cual representarán sus propios intereses *de forma independiente*, asumirán responsabilidad *en igualdad de condiciones* por el bien general y ofrecerán *apoyo recíproco*, han decidido refrendar la Carta del Reino de los Países Bajos.¹⁷

La Carta: ¿parada técnica o línea de meta?

En términos de dimensión física y poblacional, de riqueza y nivel de desarrollo, en 1954 no era posible creer desde una perspectiva realista que los dos socios caribeños pudieran verdaderamente proteger

los intereses del Reino en igualdad de condiciones con la antigua metrópolis. Mucho menos realista era la idea de que apoyarían a los Países Bajos. Cincuenta años después esta posibilidad es aún más remota. Las formulaciones expresadas en el Preámbulo sugieren un equilibrio en las relaciones de poder y una reciprocidad que solo podía y puede ser ficticia. El legislador de la Carta parece haber estado marcadamente guiado por el espíritu de instrumentos anteriores concebidos para mantener a Indonesia dentro de algún tipo de unión con los Países Bajos. Desde el punto de vista financiero, la «ayuda y apoyo recíprocos» sigue siendo una vía de un solo sentido. Aunque es cierto que cada uno de los socios era en realidad autónomo para su propia administración, Surinam antes de 1975, y las Antillas constantemente han necesitado recurrir al gobierno holandés en busca de ayuda, o a expertos holandeses que han tenido una influencia significativa en los asuntos de las islas y han trabajado para estas.¹⁸

Aunque la Carta habla de proteger los intereses comunes en «igualdad de condiciones», no ofrece ninguna vía formal para garantizar esta posibilidad. Aún hoy la representación de los asuntos del Reino es asumida *de facto* por el gobierno holandés, complementado por un Ministro Plenipotenciario para cada uno de los socios de ultramar, que son, por ende, formalmente miembros totales del gabinete del Reino. Sin embargo, en la práctica los gabinetes en el Caribe representados por estos ministros apenas tienen poder para rechazar las propuestas que haga el gabinete del reino con sede en los Países Bajos. Además, dicho gabinete no tiene que rendirle cuentas al parlamento del Reino —el cual en realidad no existe, o, mejor dicho, es el parlamento holandés el que funciona como tal—. Esta construcción, que en buena medida se basa en la fe, en el entendimiento mutuo y en la expectativa de que las diferencias de opinión nunca serán muchas ni demasiado grandes, funcionó bien mientras las relaciones del Reino transcurrieron en armonía. En cuanto surgieron las tensiones desde el punto de vista holandés la solución más atractiva era anular la Carta con la salida de las regiones caribeñas del Reino. Así las cosas, ya no era una prioridad revisar las regulaciones estatutarias. No obstante, aunque ya se ha decidido que el Reino, consistente en los Países Bajos, las Antillas y Aruba, seguirá siendo transatlántico indefinidamente, han surgido diferencias de opinión cada vez más agudas

en relación con el buen gobierno y la forma de monitorearlo. Por consiguiente, la Carta se ha convertido aún más en objeto de debate. La frase «modernizar la Carta» es pronunciada en este contexto como un eufemismo para expresar la ruptura *de facto* con la igualdad ficticia plasmada en la Carta de 1954.

Inicialmente la Carta funcionó bastante bien. Quienes participaron en el proceso en las décadas de 1950 y 1960 se refieren encantados a las excelentes relaciones bilaterales y tripartitas de esa época. Los holandeses involucrados sentían que habían ayudado a construir a Surinam y a las Antillas; se formularon los primeros planes de desarrollo; la expansión del sistema de educación fortaleció el carácter holandés de estos territorios caribeños y la Guerra Fría creó un contexto en el cual los pocos surinameses nacionalistas, quienes exigían la independencia plena en lugar de la autonomía, fueron inmediatamente vistos con sospecha. De hecho, predominaba un sentimiento de solidaridad, por lo menos entre las élites a ambos lados del océano. Durante una visita a Surinam en 1960, V. S. Naipaul, quien no era en absoluto partidario del radicalismo, simpatizó hasta cierto punto con el nacionalismo surinamés, aunque encontró su lucha más trágica que heroica:

En ausencia de conflictos políticos agudos, sin serios problemas raciales y con el gobierno holandés aportando dos tercios —uno de regalo y otro de préstamo— para el desarrollo del país, el nacionalismo parecería un fenómeno fuera de lugar y perverso. Pero ha surgido un nacionalismo que perturba el orden establecido, lo que prueba que la objeción al colonialismo no es solo económica o política, o, como muchos piensan, simplemente racial. El colonialismo distorsiona la identidad del pueblo sometido y el negro en particular se muestra desorientado e irritable. La igualdad racial y la asimilación son atractivas pero solo subrayan la pérdida, puesto que aceptar la asimilación es una forma de aceptar una inferioridad permanente. El nacionalismo en Surinam, que no se nutre de ningún tipo de resentimiento racial o económico, es el movimiento anticolonial más profundo en las Indias Occidentales. Es un movimiento idealista, y un tanto triste, pues evidencia cuan asfixiante es para el caribeño su cultura colonial.¹⁹

Menos de diez años después, el genio salió de la botella, pero no en Surinam. El 30 de mayo de 1969, Willemstad, Curazao, ardió.²⁰ Una disputa laboral fuera de control condujo a huelgas y a una marcha en el centro de la ciudad, seguida de saqueos e incendios. Invocando la obligación de apoyo mutuo, el gobierno antillano solicitó la intervención militar de los Países Bajos. La Haya desplegó algunas tropas: primero la marina, que estaba estacionada en la isla, seguida de tropas regulares que volaron desde suelo holandés. En poco tiempo se restableció el orden en Willemstad.

Al estallido le habían precedido dos años de un resentimiento latente. Aun así, «mayo de 1969», o en papiamento, *trinta di mei*, fue algo que nadie se esperaba. La sociedad antillana recibió un duro recordatorio de la profunda brecha que separaba a la élite de las clases trabajadoras, una brecha que tenía tanto de socioeconómica como de racial y cultural. Para los Países Bajos también fue una sorpresa que los hizo mirar de frente la realidad. Las revueltas eran la consecuencia de conflictos en el interior de la sociedad curazoleña; conflictos que no estaban en absoluto resueltos y sobre los que la antigua metrópolis apenas podía hacer nada: las Antillas eran, después de todo, autónomas en términos de política interna. Pero puesto que las cosas habían ido mal, los Países Bajos, en correspondencia con la Carta, se habían visto obligados a intervenir. No se podía descartar otra intervención militar y eso resultaba preocupante. Sobrestimando en gran medida el interés de la comunidad internacional tanto en los propios Países Bajos como en el Caribe holandés, a los holandeses les preocupaba que esta los condenara otra vez, como lo había hecho a raíz de la intervención en Indonesia.

En los años que siguieron la turbulencia en Surinam y las Antillas continuó de modo intermitente. Mientras tanto en los Países Bajos un movimiento cultural y político iba cobrando forma lentamente. Entre las corrientes de esta «revolución cultural» nacional se encontraba la necesidad de fijar un nuevo curso «progresista» para las relaciones internacionales. Estaba muy difundida la idea de que los Países Bajos debían convertirse en un país modelo respecto a las relaciones norte-sur. Por ende la opción menos apropiada era mantener los lazos «neocoloniales» con el Reino transatlántico. De ahí que

la independencia de las Antillas y Surinam se convirtiera en un objetivo importante para el gabinete de centro-izquierda que asumió el poder en 1973 bajo el Primer Ministro socialdemócrata Joop den Uyl. Cuando a principios de 1974 el nuevo gabinete surinamés de Henck Arron anunció inesperadamente su intención de independizarse en poco tiempo, los holandeses estuvieron de acuerdo de muy buen grado. Las Antillas Neerlandesas, por el contrario, dejaron bien claro que no querían seguir el ejemplo de Surinam... «todavía». Los Países Bajos creyeron que se les podía dar a las islas un pequeño respiro en lo que se materializaba su inevitable separación del Reino; esta esperanza se descartó hacia 1990.

Antes de analizar las formas divergentes en las cuales la descolonización de Surinam y las Antillas tuvo lugar, debo referirme primeramente al asunto de qué motivó la política holandesa posterior al mayo de 1969 en relación con la transferencia de soberanía a Surinam en 1975 y en el periodo que siguió hasta 1990. ¿Qué razones tenían los Países Bajos para deshacerse de los territorios caribeños? Sus motivos no son ni sorprendentes ni nobles. El dinero, la inmigración, la responsabilidad de intervenir cuando las cosas no iban bien y la carencia de instrumentos para influir en el curso de los conflictos, eran las preocupaciones de los holandeses detrás de su deseo de conceder la soberanía. A cierta distancia, les seguía la preocupación por la reputación del país. En lo que respecta a las finanzas, «el occidente» apenas si había cumplido con las expectativas del colonialismo clásico de que la colonia mantuviera a la metrópolis. Para el siglo xx la ilusión de que la madre patria se beneficiaría de sus territorios caribeños hacía tiempo que había sido enterrada junto con todas las otras vergonzosas expectativas. El constante aumento en ayudas para el desarrollo destinadas a Surinam y a las Antillas durante el periodo de la Carta había tenido efectos positivos en los niveles de vida, pero no había conducido a cambios de desarrollo notables en términos de viabilidad y autosuficiencia económica, ni había llevado a una reducción de la diferencia en los ingresos entre las diferentes partes del Reino. En breve, la extensión caribeña del Reino era relativamente cara de mantener y estaba claro que esta situación no iba a cambiar en el futuro.

Mientras tanto, en parte como consecuencia del sistema de educación al estilo holandés, los Países Bajos se convirtieron cada vez más en el marco de referencia para Surinam y las Antillas; también en lo que respecta a niveles de vida. Un creciente número de surinameses y antillanos emigraban a los Países Bajos, no tanto porque estuvieran peor que los habitantes de otras partes del Caribe o de América Latina —muy al contrario— sino porque sus condiciones de vida contrastaban marcadamente con la imagen que se hacían de la vida en *sui* «Paraíso de ultramar»: los Países Bajos. El éxodo surinamés, el primero en ganar fuerza, cobró un impulso extra por la amenaza de «1975», la cual provocó una desbandada de último momento en la que participó casi un tercio de la población. En la sociedad holandesa este éxodo fue recibido con alarma, y es evidente que los políticos holandeses, por mucho que se abstuvieran de expresarlo públicamente, sentían que la independencia antillana era deseable en parte para evitar un segundo éxodo.

La responsabilidad de los Países Bajos por el buen gobierno en el Reino, tal y como lo recogía la Carta, llegó a tenerse como un problema cada vez mayor. ¿Cómo podía la metrópolis definir sus políticas cuando sentía que los territorios de ultramar carecían de buen gobierno y al mismo tiempo sabía que, según la Carta, había que respetar en lo posible la autonomía y que en cualquier caso esta era defendida con vehemencia en los territorios de ultramar? La Carta le había otorgado a las tres partes Holanda un alto grado de autonomía en relación con su política doméstica. Mayo de 1969 hizo ver a los Países Bajos el poco poder que tenían para influir en el accionar del gobierno local y la obligación de asumir la ingrata tarea de intervenir para evitar o controlar la insurgencia. Estas intervenciones eran cada vez más impopulares en Holanda. Además estaba el riesgo de dañar la reputación internacional de la nación. Las noticias de primera plana en la prensa internacional alrededor del 30 de mayo de 1969, con fotografías de patrullas militares en las calles de Willemstad, socavaron la imagen de progresistas que los Países Bajos querían presentar de sí mismos. Esta fue otra consideración que reforzó el deseo de los políticos holandeses de renunciar a los «restos del Reino de los Países Bajos en los trópicos».²¹ Se ex-

plica entonces que a muchos políticos holandeses le preocupara que se produjeran otros treinta de mayos, la inevitabilidad de nuevas intervenciones militares y que se siguiera representando a los Países Bajos como una potencia colonial.

Irónicamente, un cuarto de siglo después se comprobó que *abstenerse* de intervenir en el gobierno de los territorios caribeños también podía hacer lucir mal a los Países Bajos. Tal vez en las décadas de 1960 y 1970 este cambio histórico solo fuera una opción teórica; pero hoy día no. ¿Por qué, preguntaban los estadounidenses, los británicos y los franceses a principios de los noventa, los holandeses no intervenían más radicalmente contra las organizaciones criminales que se estaban atrincherando en el Caribe holandés? La observación de la Carta con su programa de autonomía para los países del Reino se consideraba escapista. Los Países Bajos, con su renovada reputación de jugador de peso en el área del Caribe no podían pasar por alto la presión que la esfera internacional ejercía sobre ellos para que hicieran valer su autoridad. Esta no era una tarea envidiable para un país europeo mediano con poco interés en seguir siendo una potencia en el Caribe. Pero una vez más, en los años noventa la otra opción disponible —otorgar la independencia a las Antillas—, quedaba fuera de toda discusión.

El dinero, la cuestión migratoria y una responsabilidad de difícil cumplimiento, fueron los motivos «duros» tras la decisión de los Países Bajos de retirarse del Caribe holandés. Sin embargo, los políticos holandeses preferían argumentar su insistencia en el otorgamiento expedito de la independencia haciendo referencia a motivos más nobles y aludiendo a la «rueda de la historia», que ahora no podía sino girar irreversiblemente hacia la independencia de todas las antiguas colonias. Mientras otras voces se iban escuchando cada vez más altas, tanto en los Países Bajos como en el exterior, este mantra siguió repitiéndose por mucho tiempo. Al final no era la rueda de la historia la que provocaba los giros, sino la rueda de la política, cuyo ímpetu provocó que tuvieran que pasar muchos años antes de que se descartara la ilusión de que la descolonización siempre termina en independencia política.

Mientras tanto, particularmente después de 1975, las Antillas, y con el tiempo La Haya, expusieron con creciente vigor argumentos contra la independencia. En las islas la libre entrada y derecho de residencia en los Países Bajos, junto con la certeza de pertenecer a un Reino próspero y estable, eran y son percibidos como ventajas cruciales y decisivas del estatus no soberano. Hoy día como nunca antes, la emigración a los Países Bajos y el surgimiento de comunidades transnacionales ha reforzado el sentido de interconexión. La opción de la independencia no cuenta con apoyo en casi ninguna de las islas, mientras que La Haya reconoce que no puede imponerla. Por lo tanto, la pregunta que se impone es: ¿Si la Carta no funciona satisfactoriamente, no sería posible mejorarla sin agriar las relaciones dentro del Reino?

Surinam: ¿ejemplo de descolonización fallida?

Antes de abordar esta cuestión sería útil analizar la historia de Surinam con posterioridad a su independencia. La república se hizo independiente en 1975.²² Lamentablemente la soberanía ha producido pocos de los beneficios que prometieron sus partidarios y ha sobrecumplido varias de las peores predicciones que formularon sus opositores. Ello es doblemente amargo a la luz de los últimos eventos en el Reino transatlántico. El fiasco que había caracterizado a la República de Surinam en los años de 1980 contribuyó significativamente a la revisión de la política de descolonización holandesa respecto a las Antillas Neerlandesas y Aruba. Anteriormente se suponía que era inevitable una transferencia de soberanía a imagen y semejanza del modelo surinamés. Sin embargo, alrededor de 1990 los Países Bajos aceptaron abiertamente que sus antiguas colonias también podían ejercer el derecho a la autodeterminación al elegir mantener sus lazos constitucionales con el Reino. Fue así que las partes más cautelosas de las Indias Occidentales se beneficiaron de la audacia surinamesa. Téngase en cuenta, sin embargo, que esos beneficios entrañaron una escalada radical de la interferencia holandesa en los asuntos internos.

La tragedia de la República de Surinam en los ochenta se mide a partir muchos criterios: el éxodo, el colapso económico, la decadencia del Estado constitucional y los dramas políticos. La emigración, que comenzó como un voto contra la independencia dado con los pies, devino un fenómeno tan indeseado como inesperadamente masivo, no obstante se podían haber aprendido algunas lecciones de la historia de las Indias Occidentales Británicas. El número de habitantes de Surinam hacia el 2 000 —legales, unos 420 000— había crecido en solo 50 000 desde 1970. Inversamente, el tamaño de la población surinamesa en los Países Bajos —incluyendo la segunda y tercera generación— había aumentado de 30 000 a más de 320 000. Por lo tanto, desde 1970, la población surinamesa había crecido fundamentalmente del lado europeo del Atlántico.²³

Claro que este éxodo estaba relacionado con los temores de los surinameses a un futuro incierto y el colapso económico y político; factores que no solo se potenciaban entre sí, sino que eran a su vez exacerbados por el éxodo. Los niveles de vida comenzaron a caer en picada, el amplio sector estatal siguió desmoronándose sin el contrapeso del sector privado, que crecía escasamente. Entre los pocos sectores que sí experimentaron crecimiento en la joven república, los mercados «gris» y «negro» resultaron ser los de mayor presencia: el tráfico de drogas, el lavado de dinero y la excavación ilegal de oro. Las generosas remesas de la comunidad surinamesa en los Países Bajos han ayudado a amortiguar las consecuencias inmediatas del colapso de la producción legal. Aun así, Surinam presentaba en el año 2 000 un nivel de vida muy inferior al de 1975. Para empeorar las cosas la brecha de los ingresos se ha ensanchado y hay signos nefastos de la diferencia creciente en los niveles de ingreso entre los diferentes grupos étnicos, de los cuales los afro-surinameses se hallan peor ubicados.²⁴

A esto hay que añadirle la desafortunada historia política de la República de Surinam en los ochenta. Inicialmente fue la parálisis y la asfixiante politiquería clientelista de los primeros cinco años de independencia. Luego, en 1980, sobrevino el golpe de Estado seguido de siete años de régimen militar bajo el mando de Desi

Bouterse. Entre los abusos perpetrados por este régimen estuvo la liquidación de la oposición política en diciembre de 1982, episodio que llegó a ser conocido como los «asesinatos de diciembre»; la guerra civil en el interior y las masacres de cimarrones; el crecimiento de la criminalidad relacionada con las drogas, condonada e incluso encapsulada por el Estado. A esto le siguió un vacilante regreso al gobierno democrático, que no demoró en recaer en los errores anteriores al golpe de Estado, seguido por un breve retorno de Bouterse al poder. Finalmente, en 1990, se produjo una vuelta a la democracia. Desde entonces la democracia ha continuado funcionando más o menos en el sentido de que se eligen cuerpos parlamentarios y los gobiernos se han turnado pacíficamente. No obstante, a pesar de cumplir con este criterio formal, muchos creen que la democracia surinamesa todavía se caracteriza por el clientelismo más que por su vigor y sentido de propósito.²⁵

Por lo tanto, no resulta sorprendente que entre los surinameses a ambos lados del Atlántico exista un debate encendido sobre la posibilidad de dar algunos pasos hacia atrás, hacia el estatus anterior. En los primeros años de la década de 1990 los partidarios de esta opción exigieron que se realizara un referéndum sobre la relación de Surinam con los Países Bajos, cuyo objetivo era ubicar esta postura «regresiva» en el centro del debate en Surinam. Esta no era en sí una posición nueva. Si el referéndum se hubiera celebrado en 1974 o 1975, ciertamente la mayoría de la población habría rechazado la independencia. Pero no se celebró, no en Surinam, tampoco en ninguno de los otros países caribeños que se independizaron durante la posguerra.²⁶

En los Países Bajos, a la satisfacción inicial con la descolonización «ejemplar» de Surinam —que el ex Primer Ministro holandés Joop den Uyl alguna vez calificara como el éxito más importante de su mandato— le siguió la frustración y la incertidumbre. Para la década de 1990 también los legisladores holandeses discutían la posibilidad de un retorno (parcial) a las relaciones anteriores a 1975. Este cambio no era tan asombroso. Mientras los surinameses continúen considerando «el extranjero» y los Países Bajos como casi sinónimos —lo cual han hecho tradicionalmente más que los antillanos—, Surinam continuará

siendo un asunto «interno» para los Países Bajos. Y esta conclusión subraya la eterna tensión de que por mucho que cada una de las partes desee desprenderse de la otra, parecen incapaces de lograrlo.

Mientras peor era la situación en Surinam, más frecuente se hacía el comentario de que los holandeses sencillamente eran incapaces de lograr una descolonización adecuada. Esta apreciación bien puede partir de la premisa de que la viabilidad de la república había sido tremendamente sobrestimada. Sin dudas Surinam es un país grande con cierto potencial económico, pero también es un país que carece de muchos de los factores que se necesitan para explotarlo eficazmente, en particular en términos de capital humano y solidez institucional. Esto se ve agravado por la forma en que está estructurada la sociedad. Las profundas divisiones étnicas continúan traducándose en estructuras políticas. El hecho de que la propia independencia haya sido definida por muchos como «cosa de criollos» fue solo el ominoso principio. En lugar de acelerar el proceso de construcción de la nación, la independencia trajo consigo polarización étnica y desilusión. La proclamación de la noche a la mañana de una independencia expedita en febrero de 1974 provocó pánico y éxodo, lo que no solo reforzó las tensiones étnicas preexistentes y agudizó la desconfianza en sus propias habilidades, sino que también despojó a Surinam de sus clases más calificadas, esenciales para su desarrollo como país independiente.²⁷

¿Podría haber sucedido de otra forma? Mucho de lo que se ha hablado retrospectivamente no ha tenido en cuenta las condiciones del momento. Después de mayo de 1969, los Países Bajos en realidad aumentaron su presión sobre Surinam para que aceptara el «regalo» de la independencia. El costo financiero, la asunción de responsabilidad acompañada de poca autoridad, el estigma del colonialismo y el flujo migratorio gradualmente creciente, hicieron que el Reino transatlántico se convirtiera en una carga opresiva para los Países Bajos. Por lo tanto, no resulta sorprendente que el gabinete de Den Uyl haya reaccionado con entusiasmo a la inesperada aceptación de una descolonización total y a toda velocidad por parte del gabinete predominantemente afro-surinamés del primer ministro Arron. Este gabinete había sido legalmente electo, si bien no

en un contexto electoral en el que la independencia hubiera estado en el tapete como un asunto importante. Finalmente el parlamento surinamés aprobó la independencia, pero con la mayoría más pequeña posible, y según muchos, «arreglada». ¿Los Países Bajos podrían haberse rehusado a trabajar con el gabinete democráticamente electo de Arron? Es difícil imaginar un ejemplo más rampante de conducta neocolonial, y en las condiciones del momento habría provocado un escándalo terrible: revueltas, o algo peor. Así, los Países Bajos se limitaron a conducir modestas e impotentes negociaciones sobre las condiciones necesarias para una transferencia fluida de soberanía. Como resultado de estas se pactó el «apretón de manos de oro» de 3 500 millones de florines, unos 10 000 florines per cápita, ajustados para la inflación: unos 10 000 euros hoy día —tres veces mayor que la oferta holandesa inicial—. Sin embargo, a La Haya verdaderamente no le preocupaba el dinero, que era poca cosa desde el ángulo holandés, sin precedentes en la historia internacional de la descolonización. La auténtica preocupación de los holandeses fue desplazándose gradualmente al asunto del éxodo surinamés y a sus implicaciones para ambos países. Las actas de las discusiones del gabinete de Den Uyl dan testimonio de que predominaba el enfoque humano y no la xenofobia, pero esto no cambiaba la situación de impotencia del gabinete. Al mirar hacia atrás todo lo que puede concluirse es que aunque el éxodo generó algunos problemas en los Países Bajos, estos no se comparan con los trágicos efectos que tuvo para Surinam.

Muchos surinameses experimentaron los años 1973-1975 como otro episodio fatal en la historia del país. Sin embargo, esa fue la decisión tomada y existen muy pocas posibilidades de que Surinam vuelva a formar parte del reino. Se sabe que ambas partes por un momento consideraron esta opción a principios de los noventa, pero es cada vez menos probable que estas ideas se materialicen algún día. No obstante, durante la mayor parte de las últimas tres décadas ningún país ha sido capaz de desprenderse de la idea de que las relaciones bilaterales son y seguirán siendo vitales para el bienestar de Surinam. Para muchos surinameses, y sin dudas para los políticos locales al dirigirse a su propia base, esta perspectiva sigue ligada a

la presuposición de que los Países Bajos todavía tienen importantes intereses económicos en Surinam. Que esta noción sea totalmente desacertada no impide que muchos sigan pensando así. La muy difundida certeza de que los Países Bajos tienen una agenda oculta tiene su contraparte en la noción igualmente ilusoria de si tan solo los dos gobiernos pudieran superar sus diferencias de opinión para que los Países Bajos puedan desarrollar a Surinam mediante una fuerte inyección de ayuda financiera.

Últimamente dentro de este álgido contexto poscolonial, los Países Bajos han batallado para formular una política que no sea paternalista sino más coherente y pragmática que la que predominó en el pasado. La política holandesa respecto a Surinam continúa confrontando un dilema. Por una parte Surinam ha pasado a ser un ejemplo de libro de las relaciones de desarrollo fallidas en las que se tienen expectativas demasiado altas del beneficiado y el beneficiario no es sistemático a la hora de establecer y hacer cumplir sus exigencias. Con el cambio de guardia en La Haya, el compromiso del gobierno holandés con Surinam, que en el pasado se daba por sentado, está destinado a debilitarse. Por otro lado, es muy difícil imaginar que los Países Bajos realmente le darían la espalda a su antigua colonia en el futuro próximo, aunque solo fuera por la creciente garra política de la comunidad surinamesa en la metrópolis. Por ende, La Haya no se ha movido en la dirección de una despedida, sino hacia una política dirigida a canalizar la futura ayuda holandesa a través de las organizaciones internacionales. La esperanza de La Haya es que esto libraré a ambos países de su relación sofocante y que al mismo tiempo mejorará la calidad con la que se administre la ayuda. No es realmente sorprendente que la oposición surinamesa no haya recibido bien esta propuesta. A pesar de toda la retórica de la integración caribeña, la mayoría de los políticos surinameses se adhieren a la idea de que la continuación de las relaciones bilaterales intensivas garantiza mantener a los Países Bajos apresados en esa zona crepuscular poscolonial que al parecer resulta tan ventajosa para Surinam.

Así, aunque llena de problemas e impotente, Surinam seguirá siendo soberana. Excepto que, como lo predijera una vez el intelectual

surinamés Albert Helman, Brasil decida reactivar sus reclamos latentes sobre el país y se lo apropie físicamente.²⁸ Mientras más se deteriore la república y más se inclinen los Países Bajos por una retirada de su antigua colonia, más probable es que se cumpla esta predicción. A corto plazo será la propia política de Surinam la que dictará, si no el curso, por lo menos el momento de la descolonización y la subordinación regional del país. Actualmente Paramaribo está enfocada en la integración regional a través de Caricom, dominado por el Caribe anglohablante. Las realidades geopolíticas, a las que se le suma el tremendo crecimiento de la comunidad brasileña en Surinam, podrían operar a favor de un cambio hacia una situación de subordinación regional, en última instancia bajo bandera brasileña informal.

Puede que este escenario parezca todavía demasiado extravagante; tal vez es amenazador; quizás a muy largo plazo sea un resultado no solo inevitable sino también afortunado. Pero no es necesario detenerse aquí en este asunto. La agenda surinamesa y holandesa se verá marcada por los dilemas del pasado. La experiencia de las últimas décadas desafortunadamente apunta a que pasará mucho tiempo antes de que ambos países logren deshacerse del peso muerto de su pasado colonial y se relacionen en un clima de profesionalismo amistoso.

Las Antillas Neerlandesas y Aruba: relaciones tirantes dentro del reino

A diferencia de sus colegas surinameses, los políticos antillanos de todas las corrientes han rechazado obstinadamente el «regalo» de la independencia. Mientras que los nacionalistas partidarios de la independencia surinamesa sostenían que el crecimiento económico debía ser precedido por la independencia constitucional, en las islas siempre se argumentó lo contrario. Y sucede que no sin razón. Después de todo, en todas las últimas «partes del Caribe aún no completamente descolonizado» no solo los niveles de vida son mucho más altos, sino que el funcionamiento del orden democrático y la protección de los derechos civiles fundamentales gozan de más ga-

rantías. Además, los ciudadanos de estos territorios dependientes son libres de residir en la metrópolis, una opción que no está disponible en otros lugares. La independencia tiene un precio alto. La conciencia de este precio creció en las Antillas y en Aruba a partir de la historia posterior a la independencia de su antiguo socio en el reino, Surinam. Por consiguiente, la independencia sigue siendo un horizonte cada vez más lejano, situación que muy pocos lamentan en las Antillas y Aruba.²⁹

En las décadas de 1970 y 1980 las políticas de los sucesivos gobiernos holandeses se centraron en la independencia de las seis islas antillanas como un solo país. Cerca de 1990 quedó claro que esta estrategia había naufragado. El ministro recién nombrado para las Antillas Neerlandesas y Aruba, Ernst Hirsch Ballin, en sus «Propuesta para una Constitución Mancomunada» (*Schets van een Gemeenebestconstitutie*) escribió que su gobierno estaba dispuesto a eliminar la independencia de su agenda política durante todo el tiempo que fuera posible en el futuro previsible, y que la división del antiguo grupo antillano de seis islas en dos o tres países era inevitable.³⁰ Con ello, algo que por mucho tiempo había sido obvio finalmente se materializó en una política oficial: la imposibilidad de un nuevo desmembramiento del Reino y de mantener a las Antillas unidas en un solo país. Parecía como si los países caribeños del reino hubieran ganado la batalla en todos los frentes.

Una de las premisas constantes de la política de descolonización plena había sido que las Antillas Neerlandesas y Surinam finalmente «encontrarían su verdadero lugar» no en Europa, sino en su propia región. Por definición, la descolonización tenía que seguir el patrón clásico de la colonización: la rueda de la historia seguía girando y no podía detenerse, mucho menos revertirse. Además, los holandeses contemplaban la descolonización y la aceptación de la independencia política plena como prácticamente la misma cosa. Ello tuvo como resultado la paradójica visión de que la autodeterminación *debía* culminar en la elección *voluntaria* de la independencia política.

En las Antillas Neerlandesas los políticos o bien rechazaban absolutamente la independencia o simplemente se limitaban a hablar

de ella, según fuera su orientación ideológica. Las encuestas de opinión mostraban inequívocamente que la mayoría de la población antillana se oponía firmemente a la independencia. También los políticos de La Haya habían vuelto gradualmente sobre sus propios pasos, en particular los socialdemócratas holandeses, que previamente habían sido los más fervientes defensores de la descolonización plena.³¹ Este giro de ciento ochenta grados llegó a constituir la política oficial holandesa a continuación de la publicación de la Propuesta de Hirsch Ballin. El espectro de una independencia impuesta desapareció y nada indica que esta situación vaya a cambiar en el futuro previsible.

Si Hirsch Ballin creyó en aquel momento que él había logrado cortar el nudo gordiano, se engañaba. Muchos en las islas interpretaron el giro radical sobre el tema de la independencia simplemente como prueba de que habían tenido la razón desde el principio. Después de todo, la posición antillana era que la autodeterminación incluía el derecho a escoger la continuidad de los lazos con el Reino. Así, lo que los holandeses consideraron una concesión era algo que se daba por sentado en el Caribe. Desde el punto de vista antillano ahora podían comenzar las negociaciones reales, las cuales en primer lugar y sobre todo tendrían que concentrarse en la reestructuración política y económica de las Antillas y en la «modernización» de los lazos re-confirmados con el Reino.

Por aquel entonces la fragmentación de las Antillas parecía ser el asunto menos espinoso de todos. Desde 1930 Aruba había expresado su firme deseo de separarse del resto de las Antillas, especialmente de Curazao. Los Países Bajos se habían opuesto sistemáticamente precisamente con la idea de otorgar la independencia a las Antillas como un estado único de seis islas. Así, el razonamiento era que Aruba o cualquier otra isla que no quisiera permanecer dentro del grupo de seis tendría que pagar el precio de abandonar el Reino. Sin embargo, se alcanzó un clímax en las tensiones centrífugas a principio de los años ochenta y los Países Bajos cedieron ante el líder separatista arubeño Betico Croes en 1983. Pero La Haya impuso una condición: la adquisición de una posición autónoma a partir del 1ro de enero de 1986 iba aparejada con la aceptación de la

independencia plena diez años después. Esa perspectiva futura se asumió como un dictado que no quedaba más remedio que aceptar con tal de materializar el ferviente deseo de convertirse en un estado separado dentro del reino. Como había esperar, en 1986 inmediatamente comenzó una ofensiva en Aruba, esta vez para borrar de la agenda el asunto de la independencia.

La revocación de esta sanción inminente por parte de los Países Bajos a principio de la década de 1990 también socavó la viabilidad de la entidad restante: el grupo de las cinco Antillas. La propuesta de Hirsch Ballin contemplaba la división de las islas en tres países dentro del reino: Aruba, luego Curazao y Bonaire, y finalmente las Islas de Barlovento. Pero entonces las clases políticas de San Martín y Curazao anunciaron que ellas también aspiraban a un estatus autónomo, citando como precedente la ahora privilegiada Aruba. A su vez, Bonaire, San Eustaquio y Saba confesaron que preferirían tener lazos directos con los Países Bajos en caso de que el quinteto de las Antillas llegara a disolverse.

En esos momentos la fragmentación definitiva de las Antillas parecía inevitable y de hecho comenzaron negociaciones al respecto con La Haya. No obstante, una ronda de referendos en 1993 y 1994 trajo un giro inesperado. A contrapelo de sus propios políticos la gran mayoría de los habitantes de las cinco islas votaron a favor de preservar el grupo de cinco Antillas.³² La elección general que siguió confirmó esta decisión pero también puso de manifiesto, especialmente, que este comportamiento electoral había sido una protesta contra los políticos en el poder. Un gabinete bajo el mando de Miguel Pourier anunció un nuevo comienzo y la restauración de la unidad antillana era parte de esta política. Sin embargo, a pesar de todas las buenas intenciones una década después solo es posible concluir que el fervor ha decaído una vez más y que el fantasma de la fragmentación ha vuelto a rondar. Es posible que la política holandesa consista en otorgar un paquete de concesiones a las tendencias centrífugas, aparejado esto con el establecimiento de relaciones administrativas más directas con cada una de las islas, como precio a pagar. Esto sin dudas reduciría la autonomía de la que gozan actualmente dentro de la presente constitución de las Antillas Neerlandesas.

Es obvio por qué La Haya está interesada en relaciones más directas. En la década de 1990 el asunto del buen gobierno se hizo más urgente que el de reestructurar la nación de cinco islas. Aruba y las Antillas salían a relucir frecuentemente cada vez que se hablaba de crimen internacional y de gobiernos fallidos e incluso corruptos. Con las cartas de triunfo de su dadivosa ayuda al desarrollo —más de 500 euros per cápita anuales— y de su experiencia técnica y administrativa, los Países Bajos han confrontado a las islas con la perspectiva de una interferencia creciente. Desde la perspectiva holandesa una vez que el asunto de la independencia fue eliminado de la agenda, la necesidad de poner en orden la casa caribeña se hizo proporcionalmente más urgente; en parte por la necesidad de legitimar la nueva política a los ojos de la opinión pública holandesa, pero en parte también para mejorar la reputación de los Países Bajos ante los Estados Unidos y otras potencias influyentes en la región.

Así, la Carta, que por décadas había permitido un amplio margen de autonomía en el Caribe holandés, ahora, al menos desde el ángulo holandés, ofrecía el marco legal para justificar precisamente lo opuesto: la intervención y por lo tanto la restricción de la autonomía de las Antillas y de Aruba. Hasta ahora los cambios reales en las relaciones del Reino han ocurrido en el plano de una creciente supervisión e intervención, no a nivel constitucional. Hay abundantes ejemplos de esto. En 1993 La Haya obligó al gobierno central antillano a someter bajo su control directo, con firme supervisión del gobierno holandés, al presuntamente corrupto gobierno de San Martín. Dos años más tarde faltó poco para que se aplicara el mismo procedimiento a Aruba y desde entonces la isla ha tenido que permitir que se instrumenten procedimientos que aumentan la transparencia del gobierno. El gobierno central de las Antillas, ante la desastrosa posición económica, se vio obligado a permitir no solo la supervisión holandesa sino también la del FMI, en el vacilante proceso de reestructuración financiera y administrativa. Varios destacados políticos de Curazao fueron arrestados recientemente bajo cargos de corrupción y muchos sienten que la presión holandesa fue un factor importante. Se ha producido un aumento sustancial en la asistencia directa a la maquinaria administrativa de ultramar y en la intervención indirecta en el accio-

nar del orden judicial y del mantenimiento de la ley y del orden. En ausencia de una reforma constitucional, se ha puesto en marcha un proceso que muchos —sobre todo en las islas— critican como «recolonización». Por el contrario, otros —principalmente, pero no exclusivamente en los Países Bajos— aplaudieron esto como un paso justificado y muy necesario hacia el aseguramiento del buen gobierno en los territorios de ultramar, un objetivo que después de todo estaba recogido en la Carta de 1954.

Con la opción de la independencia, aparentemente descartada en ocasiones, se ha calificado la situación política de las Antillas Neerlandesas y Aruba como la de una «descolonización estancada». Si es que no está completamente desactualizada, esta interpretación es, por lo bajo, poco relevante en relación con los problemas que confrontan las distintas partes del Reino. El estancamiento implica una demora temporal; de hecho, en medio de mucho desacuerdo, los tres países del Reino al menos concuerdan en rechazar una política de descolonización que pueda traducirse en el desmantelamiento del Reino transatlántico. Sin dudas el Reino continuará incluyendo a sus socios caribeños, no se puede asegurar cuántos miembros habrá al final y dentro de qué tipo de estructura se insertarán. Los Países Bajos continuarán ejerciendo una influencia importante en las administraciones de ultramar, incluso más que en el pasado. ¿Abortar la descolonización, iniciar la recolonización? Esto puede ser una forma demasiado radical de plantear el asunto. Pero no cabe dudas de que, con una agenda para los años venideros centrada en la búsqueda de un nuevo equilibrio entre las visiones e intereses caribeños y holandeses, en la vida real el centro de gravedad está de hecho desplazándose hacia los Países Bajos. Las objeciones de las Antillas no son totalmente infundadas. La pregunta es cuán lejos podrá llegar esta reafirmación de la metrópolis.

La consecuencia más extrema de un «retorno» holandés sería la introducción de un modelo de gobierno de los territorios caribeños análogo al de los departamentos de ultramar franceses. Los políticos antillanos no simpatizan particularmente con esa opción; vaya sorpresa, podría añadirse sarcásticamente. Esto no solo significaría una regresión dolorosa sino también el socavamiento despiadado de

su propia base de poder. Pero ¿qué hay de los propios isleños que, particularmente en Curazao, han sufrido la prolongada crisis económica y política desde finales de los ochenta? A finales de la década de 1990 se realizó en las islas una encuesta masiva para entender mejor las opiniones y expectativas de los antillanos y arubeños en relación con el Reino en su estado actual y el papel de los Países Bajos respecto a las islas.³³ Brevemente la encuesta primero corroboró la creencia de que en ningún lugar la independencia se considera una opción, mientras en todas partes una clara mayoría opta ya sea por el estado actual de cosas o por el aumento de la intervención holandesa en las islas. Las razones por las que los arubeños y los antillanos prefieren lazos constitucionales fuertes son evidentes: en primer lugar, el pasaporte holandés y el derecho de residir en los Países Bajos, seguido de, por una parte, la protección de los derechos humanos y las libertades y las salvaguardas contra las amenazas externas, y por otra, la asistencia económica. Dimensiones in-materiales como el sentido de pertenencia a la cultura holandesa tienen poco peso.

¿Que una clara mayoría de los isleños estén a favor de continuar dentro del reino —y minorías nada insignificantes en algunas islas y claras mayorías en otras preferirían ver más intervención holandesa— significa que saludarían una interferencia más directa e incluso un estatus departamental? Claramente este no es el caso. Hay mucho pragmatismo en la valoración caribeña de la presencia holandesa. Cuando se les preguntó si sentían que los holandeses entendían sus culturas locales, la mayoría respondió negativamente. La opción de convertirse en una provincia holandesa fue fuertemente rechazada por mayorías evidentes en cinco de las seis islas.³⁴

Constitucionalmente el Reino no ha sufrido cambio alguno en los últimos años. La Carta estipula que cualquier cambio precisa la aprobación de los tres países socios. En el pasado esto implicaba que no importaba cuán fuerte fuera la presión de La Haya, los países del Caribe holandés tenían derecho a rechazar de plano el otorgamiento de la independencia. Algunos políticos holandeses sienten que la única alternativa viable a la independencia plena es el estatus departamental. Sin embargo, una vez más, esto requeriría cambiar la

Carta y por lo tanto la aprobación de las clases políticas caribeñas, que se han mostrado firmes en su rechazo a esta ruta hacia la «recolonización». Por otro lado, estos políticos apoyan con fuerza el desmantelamiento del grupo de las cinco Antillas, una proposición que no goza de popularidad en La Haya. El resultado más probable podría ser un toma y daca según el cual la metrópolis sostendría relaciones más intensas y directas con las diferentes partes de lo que alguna vez fue el conjunto de seis islas de las Antillas Neerlandesas. Sin dudas esto tendría un cierto sabor a recolonización, tal vez fuera de lugar en pleno siglo XXI. Pero una vez más, lo que hoy pudiera parecer inconcebible, y ciertamente ayer lo era, podría ser una realidad mañana.

¿Un modelo holandés?

El balance de la descolonización holandesa en el Caribe es significativo.³⁵ Surinam es independiente pero, por mucho que no complazca a ninguna de las partes, todavía está estrechamente ligado a los Países Bajos. El desmantelamiento total del reino transatlántico, tan deseado por los Países Bajos, ha zozobrado por la negativa antillana y se encuentra ahora en una situación de regresión. Como en el caso de Indonesia, los Países Bajos no han logrado alcanzar los objetivos que se trazaron para el Caribe.

En este capítulo prácticamente no se le ha prestado atención al contexto geopolítico de la política de descolonización holandesa. Ello se justifica mejor en el caso de Surinam que en el de las Antillas, especialmente en las de Sotavento. Apunté de pasada las aspiraciones que se cree Brasil puede tener en relación con Surinam; sin embargo estas no han desempeñado un papel importante hasta la fecha y ciertamente no constituían un asunto en 1975. Lo mismo ocurre con países como Venezuela y los Estados Unidos: sus políticas generalmente se han basado en el deseo de que haya estabilidad en Surinam, sin albergar aspiraciones territoriales.

La situación ha sido tradicionalmente diferente para las Antillas de Sotavento debido a su cercanía a la costa continental. Históricamente, España, siglos atrás, y después Venezuela, han expresado

que consideran que las tres pequeñas islas próximas a la costa son parte de su patrimonio. La época en que Venezuela denunció la presencia holandesa en las islas y la soberanía antillana parece haber terminado. El tema de Venezuela no tiene peso alguno en las discusiones actuales sobre las relaciones políticas con el Reino. Sin embargo, algunos desde el fondo continúan tomando este factor en cuenta y precisamente en este sentido valoran la protección que les concede la bandera holandesa. Después de todo, no hay que descartar totalmente que en un futuro Venezuela retome sus antiguos reclamos.³⁶

Para concluir, algunos comentarios comparativos sobre el asunto de la descolonización anteriormente analizado. ¿Cómo les fue a otras potencias coloniales en el Caribe? Aproximadamente en 1900 España fue expulsada de la escena por los Estados Unidos. Puerto Rico continúa siendo parte de los Estados Unidos bajo el anómalo estatus de «estado asociado». Además Washington literalmente le compró las Islas Vírgenes a Dinamarca en 1917. A diferencia de los británicos y los holandeses, los estadounidenses conceden gran valor a estos territorios caribeños, fundamentalmente por razones estratégicas, y nunca han intentado deshacerse de ellos. En este sentido, la política estadounidense es la misma de los franceses, quienes en 1946 otorgaron a sus posesiones caribeñas el estatus de provincias de ultramar, en todos los aspectos iguales a las provincias francesas continentales.

Lo que los Estados Unidos y Francia han tenido en común es la autoridad inequívoca de Washington y París y la claridad y firmeza con la que exigen de los territorios caribeños lealtad a la metrópolis. También comparten su notable disposición a subsidiar los territorios a un nivel inaudito, no solo en términos de ayuda al desarrollo en el ámbito global sino también superior a la ayuda que los Países Bajos y Gran Bretaña prestan a sus territorios caribeños.³⁷ La política francesa ha sido más exitosa que la estadounidense en un aspecto: sin suprimir la variante criolla del francés, la política metropolitana ha logrado garantizar que la cultura y el idioma francés prevalezcan en sus departamentos de ultramar. En Puerto Rico, el español continúa siendo el idioma indisputable de la

gran mayoría de los habitantes de la isla, a pesar de los esfuerzos que se hayan podido realizar para propagar el inglés estadounidense. En parte, como consecuencia de lo anterior, los puertorriqueños se consideran tanto o más latinoamericanos que estadounidenses.³⁸

La política británica en la posguerra fue casi igual de firme, pero tuvo un diseño muy diferente. Gran Bretaña insistió en la completa independencia de las Indias Occidentales Británicas y en su retirada del Caribe. El primer problema sobrevino con el colapso de la Federación de las Indias Occidentales: los británicos esperaban que dentro de esta asociación sus antiguas colonias aceptaran colectivamente la independencia. Esto no impidió que los británicos ayudaran a cada una de las colonias individuales a independizarse. Un segundo traspíe fue que un puñado de islas pequeñas no estaba preparado para aceptar la independencia, negativa que finalmente Gran Bretaña llegó a aceptar hacia la década de 1990. A diferencia de otras potencias coloniales en la región, Gran Bretaña fue tremendamente frugal en términos de ayuda financiera —no hubo apretones de mano dorados para allanar el camino a la independencia, ni generosas ayudas a los que permanecieron dentro de los pliegues del imperio—. Más que los Estados Unidos o Francia, Gran Bretaña estaba absolutamente clara sobre los niveles de autonomía que estaba dispuesta a ofertar; esta ha continuado siendo muy limitada para las pocas islas que no escogieron la independencia. El inglés, con muchas variantes locales criollas, es el idioma indiscutible del Caribe de la Mancomunidad Británica. Sin embargo, en muchos sentidos los caribeños, aun en los territorios británicos de ultramar, miran más hacia los Estados Unidos; cambio que resulta muy oportuno a los británicos.

¿Cómo queda la política de descolonización holandesa al ser comparada con estos modelos? En algunos sentidos parece haber sido la menos exitosa. Los Países Bajos compartían con Gran Bretaña la meta de la descolonización total, pero no tuvieron ni remotamente el mismo éxito. Ni siquiera la descolonización formal completa de Surinam tuvo mucho éxito a la hora de eliminar la dependencia del país respecto a los Países Bajos. El apretón de manos dorado puede no haber tenido parangón, pero no logró que se

alcanzaran los objetivos de desarrollo esperados. Mientras tanto, décadas de autonomía antillana han mostrado con claridad, al menos desde el ángulo holandés, las desventajas de los instrumentos y resultados de la Carta. La separación entre la metrópolis y las islas caribeñas es más tangible porque el holandés es todavía un idioma extranjero en las Antillas, a pesar de la existencia de un sistema de educación al estilo holandés y del éxodo a los Países Bajos.

No obstante, se pueden añadir algunas apreciaciones que pueden modificar ligeramente este balance de resultados. En primer lugar y sobre todo, es significativo que el proceso de descolonización del Caribe holandés haya sido tan caprichoso y extraño, pero por lo menos transcurrió pacíficamente, y en su mayor parte armoniosamente. También hay que establecer que aunque el Surinam independiente ha atravesado una profunda crisis, no hay muchas razones que permitan señalar como principal «culpable» de esta situación a la política holandesa o a las «exorbitantes compensaciones» de 1975. Además, también puede argüirse que el cambio pragmático de curso respecto a las Antillas Neerlandesas y el amplio apoyo a las islas ha dado sus frutos: a pesar de sus muchos problemas, estas islas se encuentran todavía entre las áreas más prósperas y seguras del Caribe.

De cierta forma, el propio comentario de que «Holanda llevó la peor parte en su proceso de descolonización» pone de manifiesto una mentalidad típicamente holandesa y por lo tanto, una perspectiva que las élites de Surinam y las Antillas utilizan alegremente. Francia fue flagrantemente imperial; Gran Bretaña dijo adiós a sus colonias sin ofrecerles ningún tipo de dote; el nivel de vida en las antiguas colonias británicas era y es bajo, y los niveles de emigración son altos pese a que los caribeños anglohablantes no han sido bien acogidos por Gran Bretaña desde 1962. Los Estados Unidos se han dado cuenta de que a pesar de todos sus planes de desarrollo para Puerto Rico, casi la mitad de los puertorriqueños prefieren vivir en el continente, particularmente en Nueva York o cerca, a vivir en su propia isla, mientras luchan con su ambivalencia y su resentimiento con el «otro lado». No es que en este contexto los problemas de la descolonización holandesa palidezcan; pero se impone la pregunta de si realmente el enfoque holandés ha sido tan exclusivamente trabajoso y fallido como parece.

Los holandeses, surinameses y antillanos se han acostumbrado a albergar grandes expectativas de sus planes de desarrollo, en los cuales se da por sentado la gran cantidad de ayuda concedida por los Países Bajos al Caribe. Este hábito ha determinado la política de descolonización, y los llamados que los caribeños hacen al sentido de responsabilidad holandés todavía surten el efecto deseado, aunque en la metrópolis se está imponiendo un enfoque más escéptico. Hace tiempo que los antiguos sujetos coloniales y sus defensores saben cuál cuerda pulsar. La política holandesa está permeada de una fuerte tendencia Calvinista; el pastor-político siente que esto *es* una responsabilidad holandesa. Las buenas intenciones se traducen entonces en expectativas exageradas y en planes mal concebidos. Los proyectos se vienen abajo. Entonces despierta el mercader holandés y lamenta la forma en que se derrocha el dinero al otro lado del océano: «allí fabrican largas tiras con el cuero de otro», como lo expresara un político en 1869. Recientemente en el parlamento holandés se mofaron del ministro metropolitano encargado de los asuntos antillanos por ser el «asistente de Papá Noel».³⁹

El clérigo escucha y se arma de nuevos principios, pero ahora en un sentido negativo. ¿Acaso no siempre ha sido este el problema holandés con el Caribe? Allí y solo allí es que los Países Bajos son una súperpotencia; allí y solo allí los holandeses son verdaderamente influyentes, básicamente por su disposición a dar de su bolsillo. Ello dificulta mantener un sentido de la proporción. Sin dudas ha habido esclavitud y otra sarta de injusticias coloniales ¿Pero realmente qué sentido tiene el afán de pagar una deuda de honor por algo que en primera instancia no es enmendable? ¿Y acaso son las generaciones actuales las que deben ser compensadas, teniendo en cuenta cómo el tratamiento poscolonial preferencial degenera rápidamente en una condescendencia inmerecida?

Hasta cierto punto hoy día los Países Bajos comparten el lenguaje con sus antiguas colonias caribeñas; irónicamente sobre todo con el estado independiente de Surinam, pero hasta cierto punto también con las islas, al menos con las de Sotavento. «Comunidad lingüística» podría ser un término exagerado; no obstante habría que tenerlo en cuenta más de lo que se ha hecho solo porque este exótico

idioma aísla al Caribe holandés de su entorno. Ello es aplicable a las Antillas, pero sobre todo a Surinam. Es esto lo que genera obligaciones, y, tal vez, posibilidades.

Notas

- ¹ Ver Van Doorn, 1994: 54, 153 y *passim*; Van den Doel, 1998 sobre la descolonización neerlandesa de Indonesia. Para un estudio abarcador de la descolonización holandesa, ver el texto en tres tomos *Knellende Koninkrijksbanden* (Oostindie y Klinkers, 2001). Nuestro estudio *Decolonising the Caribbean* (Oostindie y Klinkers, 2003) ofrece un análisis breve de la misma historia y adición un marco comparativo que tiene en cuenta tanto la descolonización holandesa en Indonesia como las políticas de Francia, del Reino Unido y de los Estados Unidos en el Caribe.
- ² Ver el capítulo 2 y Oostindie, 1995, Siwipersad, 1979.
- ³ Juda, 1869: 4.
- ⁴ Surinam, 1872: 19.
- ⁵ Citado en Renkema, 1970: 3.
- ⁶ Chumaceiro, 1879. Ver también Renkema, 1970: 1-2.
- ⁷ Da Costa Gomez, 1935: 64.
- ⁸ Dew, 1978; Meel, 1990, Oostindie, 1990: 255.
- ⁹ Bajo los reglamentos de Supervisión Estatal los libertos tenían que trabajar por diez años tras la emancipación en un sistema de trabajo pagado en el sector plantacionista. Sin embargo, hay todo tipo de excepciones a esta medida. En la práctica, la Inspectoría de Gobierno resultó ser un recurso ineficiente para mantener a los antiguos esclavos atados a las plantaciones (Emmer, 1993).
- ¹⁰ N. Rojer, citado en Renkema, 1970: 4.
- ¹¹ Helman, 1976: 111-112. Seudónimo de Lou Lichtveld (1903-1996).
- ¹² Ver especialmente Ramdas, 1994, 1996.
- ¹³ Ver Oostindie y Klinkers, 2003. Ver los capítulos 4 y 5 para una descripción somera del colonialismo holandés de la preguerra y el proceso de descolonización hasta la proclamación de la Constitución (1954).
- ¹⁴ Ver Van de Walle, 1974 y 1975.
- ¹⁵ Citado en Oostindie y Klinkers 2001, I: 36.

- ¹⁶ Fasseur, 1995: 232-233.
- ¹⁷ Van Helsdingen, 1957: 189. El énfasis es mío.
- ¹⁸ Ver Oostindie y Klinkers, 2003, el capítulo 6 sobre el periodo 1954-1975, particularmente el proceso político que llevó a la independencia de Surinam.
- ¹⁹ Naipaul, 1981:164-165.
- ²⁰ Ver Verton, 1977, Oostindie, 1999, Oostindie y Klinkers, 2003, el capítulo 6.
- ²¹ La frase, un lugar común en el periodismo holandés sobre la región, es un préstamo del novelista holandés Willem Frederik Hermans (Hermans, 1969).
- ²² Ver Buddingh, 1995, Dew, 1978 y 1994; Van Dijck, 2001; Fernandes Mendes, 1989; Haakmat, 1996; Hoefte y Meel, 2001, Jansen van Galen, 1995; Meel, 1990, 1993; Sedney, 1997 y Trommelen, 2000.
- ²³ Ver también el capítulo 6.
- ²⁴ Schalkwijk y De Bruijne, 1997, Van Dijck, 2001.
- ²⁵ Ver también el capítulo 5.
- ²⁶ Dew, 1978: 182, Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 4.
- ²⁷ Ver también el capítulo 6.
- ²⁸ Lou Lichtveld, alias Albert Helman, citado en *VrijNederland* 4-9-1982.
- ²⁹ Cf. también el capítulo 6 de este libro. Además: Domínguez, Pastor y Worrell, 1993; Payne y Sutton, 1993; Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 11.
- ³⁰ Hirsch Ballin, 1990.
- ³¹ Para una relación de las discusiones, ver Hoefte y Oostindie, 1991. Para un análisis más profundo de las políticas neerlandesas después de 1975, ver Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 7.
- ³² En Curazao el 73,6 % votó a favor de la opción de permanecer dentro del grupo de las cinco Antillas; en San Martín, el 59,4 %; en Bonaire, el 89,6 %; en San Eustaquio el 90,6 %; en Saba, el 86,3 %.
- ³³ Muestra representativa de aproximadamente N=2500. Encuesta efectuada a finales de 1997 y comienzos de 1998. Ver Oostindie y Verton, 1998 para la versión completa. Ver también Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 11.

- ³⁴ Solo San Eustaquio votó a favor con 54,5 %, para un 40,4 % en contra y un 5,1 % de abstenciones.
- ³⁵ Para una consideración más completa sobre las políticas de descolonización del Caribe holandés y un análisis de las alternativas regionales, ver también Oostindie y Klinkers, 2003, particularmente los capítulos 1, 2, 3 y 11.
- ³⁶ Ver, por ejemplo, Hoetink, 1995.
- ³⁷ Para cálculos y comparaciones cuantitativas sobre este tema, ver Oostindie y Klinkers, 2003, particularmente los capítulos 1, 2, 3 y 8.
- ³⁸ Ver Oostindie y Klinkers, 2003, particularmente los capítulos 1, 2, 3 y 10.
- ³⁹ Citado en Renkema, 1970: 5 (1869); *de Volkskrant*, 13-12-1996.

CAPÍTULO 5

El arduo proceso de construcción nacional

El Caribe contemporáneo difiere en un sin fin de formas de la región que fue a principio de los años sesenta, cuando toda la región se vio envuelta en una nueva fase de descolonización.¹ Una creciente marginalización política y económica ha afectado negativamente la mayor parte del área. Puede que aún los niveles de vida, el funcionamiento de la democracia y la garantía de los derechos civiles cumplan parámetros altos en el Caribe si se toma al llamado tercer mundo como punto de referencia. Sin embargo, en el Caribe la comparación relevante no es la que se pueda establecer con los continentes madres de África o Asia, o con la geográfica e históricamente cercana Latinoamérica, sino con los antiguos centros metropolitanos en Europa y con el nuevo centro dominante: los Estados Unidos.² Desde esta perspectiva el desarrollo económico y político de las últimas décadas ha sido decepcionante. Las grandes expectativas de descolonización que alguna vez se albergaron contrastan marcadamente con el actual sentido de incertidumbre y conservadurismo —a veces rayando en la desesperación— que predomina en los países más pequeños de la región.

La descolonización caribeña es muy anterior al periodo de la segunda posguerra. En este sentido, las comunidades cimarronas que se establecieron en gran parte de las mayores colonias a principio del siglo XVIII prefiguraron el establecimiento de estados independientes. De hecho, los cimarrones de Surinam, la otrora colonia holandesa cuyas autoridades no encontraron otra solución salvo pacificar a los cimarrones mediante la concesión de la autonomía, han proclamado que su independencia data del momento en que se firmaron estos tratados de paz en la década de 1760, y no del 1975,

fecha en que todo el país devino república. El enfoque más convencional, sin embargo, considera que la descolonización caribeña comenzó con la revolución de esclavos de Santo Domingo que condujera a la proclamación de la República de Haití en 1804. El surgimiento de esta segunda nación independiente en América —el primer estado negro y el primero en abolir la esclavitud— detonó el comienzo de la vacilante secesión de la parte española de la isla de su metrópolis en la década de 1820, la cual, sin embargo, vino a lograrse plenamente en 1865. Los restos del imperio español en América se disolvieron a principios del siglo xx con la independencia de Cuba y la recolonización de Puerto Rico, esta vez por parte de los Estados Unidos.

La descolonización formal en la región se estancó durante las próximas seis décadas. Después de la Segunda Guerra Mundial el estatus constitucional de las colonias francesas y holandesas así como el de Puerto Rico se actualizó con una orientación más liberadora, que a la misma vez consolidó e incluso fortaleció los vínculos de estos territorios con sus metrópolis. Sin embargo, alrededor de 1960, dos acontecimientos fundamentales parecían abrir nuevas perspectivas para la región. Con la Revolución Cubana parecía que finalmente se cumplirían las promesas de independencia frustradas durante el período conocido como la pseudo-república, marcado por la injerencia estadounidense. Al mismo tiempo, las Indias Occidentales Británicas emprendieron el camino de la descolonización plena que, después del colapso de la Federación de las Indias Occidentales, desembocó en la independencia individual de casi todos los territorios entre 1962 y 1983.

A principios de la década de 1960, los nacionalistas de vanguardia en el Caribe aún colonizado albergaban grandes expectativas respecto a los beneficios de la independencia. La descolonización plena no solo devolvería la dignidad a los pueblos colonizados durante siglos en un marco imperialista, sino que también traería resultados más tangibles. Una vez que tuvieran el control de su propio destino, los nuevos estados caribeños estarían en mejor posición de garantizar el crecimiento económico sostenido, la participación política plena de las masas y el desarrollo hacia una sociedad más equi-

tativa. Es hasta cierto punto irónico que, teniendo en cuenta el papel previamente desempeñado en la región, Europa occidental haya constituido un modelo altamente influyente de democracia social. Se estaba consciente de las desventajas que suponía el tamaño y del limitado margen para la acción independiente en una región cuyas antiguas colonias solo podían aspirar a convertirse en micro-estados. No obstante, según la retórica nacionalista, esto no debía cohibir a las poblaciones caribeñas de asumir el reto. En palabras del influyente académico y activista caribeño, Lloyd Best: «lo que defiende es que el cambio social en el Caribe tiene que y puede comenzar únicamente en las mentes de los caribeños».³

Cuatro décadas después es inevitable concluir que las expectativas de la época en relación con el potencial económico de la región eran exageradas, a la vez que se subestimó el proceso de marginalización en la economía mundial. Para ofrecer el ejemplo más obvio, hacía tiempo que habían quedado atrás los días en que las Indias Occidentales Británicas podían generar la riqueza que alguna vez las hiciera «las joyas del imperio». Claro que se produjo crecimiento económico. En muchas partes de la región los ingresos per cápita mejoraron considerablemente entre 1960 y 2000, como mismo ocurrió con los niveles de educación y salud. Solo excepciones notorias como Haití y Guyana se mantuvieron entre los países más pobres del hemisferio. Además, la mayoría de las economías caribeñas hicieron la transición de productores primarios a secundarios, y particularmente a productores terciarios. Sin embargo, el sector de los servicios y el industrial han seguido siendo volátiles. Las altas cifras de desempleo y emigración sugieren que la transición económica ha sido, en el mejor de los casos, solo parcialmente exitosa, al igual que las estrategias de desarrollo basadas en la ayuda y el financiamiento externos. Estrategias radicalmente nuevas como el modelo cubano han demostrado ser aún menos satisfactorias. Muchos legisladores caribeños deben haber concordado con la pesimista caracterización del proceso de desarrollo en la región que formulara el difunto primer ministro jamaícuino, Michael Manley, como «intentar llegar arriba por la escalera eléctrica que va hacia abajo».⁴ Las limitaciones de tamaño,

que ya eran evidentes en la década del sesenta, siguen atormentando a quienes están a cargo de elaborar los planes de desarrollo. Además, la actual restructuración de la economía mundial ha colocado a todo el Caribe en una posición aún más marginal dentro del área económica del Atlántico, área que de hecho batalla por retener parte de una fuerza que hace décadas parecía imbatible.

Teniendo en cuenta lo anterior se hace difícil no catalogar de decepcionante el desarrollo económico de la posguerra. Por demás, una comparación intrarregional sugiere que el propio proceso de descolonización ha sido un factor crucial. Más del 85 % de los 37 millones de habitantes del Caribe viven en estados independientes; el 15 % restante vive en lo que en ocasiones se designa como «territorios aún no completamente descolonizados». Los niveles de vida en este último grupo de países son significativamente más altos que en los estados independientes. Esta comparación arroja resultados solo marginalmente más positivos si se excluye de la lista el Caribe hispanohablante y Haití. Como promedio, los niveles de vida en el Caribe independiente anglohablante y en Surinam también se encuentran por debajo de aquellos en los «territorios aún no completamente descolonizados». El ingreso real de Jamaica ha disminuido desde la década de 1960 y se encuentra en la actualidad por debajo del promedio latinoamericano. Este no es el caso de los *départements d'outre-mer* (departamentos de ultramar) franceses ni de Puerto Rico, o de los territorios británicos de ultramar que aún existen. Lo mismo puede decirse del Caribe holandés. De hecho, los contrastantes perfiles económicos de las relativamente prósperas Antillas y Aruba y el empobrecido Surinam constituyen otro ejemplo dramático de lo dicho hasta ahora.⁵

Esta situación también incluye una variable política igualmente inquietante. El grupo de países no independientes no solo se caracteriza por presentar niveles de vida más altos sino por un mejor funcionamiento de sus democracias y por ofrecer más garantías en relación con los derechos civiles fundamentales. Una vez más, los estados independientes más antiguos (Haití, República Dominicana y Cuba) constituyen los casos más ilustrativos en este sentido. En la mayoría de las antiguas Antillas británicas, la democracia al

estilo Westminster⁶ funcionó bastante bien a pesar de factores adversos. Sin embargo, también esta parte de la región ha tenido sus notorias excepciones, tanto en términos de totalitarismo como de regímenes corruptos. En Surinam la independencia de 1975 no solo creó las condiciones para el colapso económico sino también para un malestar político que era impensable hasta el momento: régimen militar, guerra civil, profundo aletargamiento y corrupción del estado civil. Comparativamente, y a pesar de los graves conflictos que han tenido lugar en prácticamente todas estas naciones, la política del periodo de posguerra en el Caribe no soberano se ha caracterizado por una mayor moderación y voluntad de concesión, y ciertamente, por la escasa presencia de violencia.

Resumiendo, en un mundo donde la significación del Caribe ha disminuido y en el cual la viabilidad económica y política de los estados individuales⁷ ha devenido cada vez más cuestionable, la independencia ha demostrado ser un logro preocupante. Por lo tanto no debe resultar sorprendente que las poblaciones de Puerto Rico, los *départements d'outre-mer* y los territorios británicos de ultramar, así como de las Antillas Neerlandesas no se muestren inclinadas a dar el paso final —y alguna vez tenido como «lógico» e inevitable— hacia la independencia plena. Y además, puesto que sus respectivas metrópolis no ejercen ninguna presión al respecto, el estatus «aún no completamente descolonizado» debe entenderse como uno que carece de fecha de caducidad.

A principio de los años noventa, optar por la prolongación de la relación poscolonial se había convertido en un medio absolutamente respetable de ejercer el derecho a la autodeterminación.⁸ En los plebiscitos realizados en Puerto Rico y las Antillas Neerlandesas sobre su futuro constitucional la opción independentista no recibió un apoyo significativo. En los Departamentos Franceses de Ultramar el encapsulamiento cada vez más fuerte dentro del ámbito metropolitano francés ha supuesto la virtual desaparición de auténticos independentistas. Las posturas intelectuales oscilan entre la reafirmación de una pertenencia cultural total a Francia, como la que expone el otrora protagonista de la *négritude*, Aimé Césaire, durante muchos años alcalde de Martinica, y la celebración de una

créolité cultural por parte de las generaciones más jóvenes.⁹ En los pocos territorios británicos restantes, la presencia cada vez mayor de la metrópolis en detrimento de las élites políticas locales, no ha provocado que se renueve el interés en la independencia. Sin duda estos constituyen parámetros inquietantes para los proyectos de construcción nacional en el Caribe, como lo ilustran elocuentemente los casos de las antiguas colonias holandesas en la región.

Los caminos divergentes de la descolonización del Caribe holandés

Con la pérdida de Indonesia, la única posesión significativa durante los primeros años de la posguerra, el imperio colonial holandés se vio reducido a Surinam y a las seis islas de las Antillas Neerlandesas. Mientras que por un lado los holandeses renunciaron a Indonesia solo después de una lucha encarnizada y bajo fuerte presión internacional; por otro, no existía en ninguno de los dos lados del Atlántico una voluntad política definida respecto al desmantelamiento de lo que quedaba del imperio. No obstante, sí se estaba consciente de la necesidad de, cuanto menos, actualizar las relaciones según las últimas tendencias de un mundo en proceso de descolonización. En 1954, después de las debidas consultas y sin objeciones importantes por parte de ninguno de los tres países implicados, se proclamó el *Statuut* (Estatutos) o Carta del Reino de los Países Bajos. La Carta servía de constitución para los tres estados miembros: los Países Bajos, las Antillas Neerlandesas y Surinam. En el nuevo reino transatlántico los tres socios serían autónomos en cuanto al gobierno interno. Los tres partidos estuvieron de acuerdo con el principio de asistencia mutua, de surgir la necesidad. Solo los asuntos exteriores, la defensa y la garantía de «buen gobierno», incluyendo el funcionamiento de las democracias parlamentarias, seguirían siendo asuntos del Reino, y casi totalmente manejados por el gobierno holandés.

En comparación con los periodos previos de gobierno colonial, la Carta era sin dudas un paso progresista. Según el espíritu de

descolonización del momento, era ciertamente más progresista que la solución francesa de 1946 mediante la cual las antiguas colonias francesas se transformaron en departamentos de ultramar. La Carta ofrecía un arreglo aceptable para las élites políticas de los tres países firmantes, a pesar de ello no hubo consenso, ni siquiera un debate abierto, sobre su estatus en caso de que se produjera una descolonización más completa en el futuro. Por lo tanto, la proclamación de la Carta sí provocó dudas sobre la perpetuación de la asimetría en las relaciones transatlánticas. Tomó algunos años de discreto cabildeo lograr que las Naciones Unidas consintieran en borrar a Surinam y a las Antillas de su lista de países pendientes de descolonización. A la histórica asimetría en las relaciones de poder se le sumaba la cuestión de las cifras de población. A finales de los años cincuenta, los Países Bajos tenían once millones de habitantes, contra los 190 000 de las Antillas Neerlandesas y los 250 000 de Surinam. Las enormes diferencias en el potencial demográfico y económico implicaban que en la práctica el principio de asistencia mutua sería exclusivamente unilateral.

En sus primeros quince años de existencia, el Reino de nuevo tipo funcionó relativamente bien. Particularmente en Surinam los nacionalistas reclamaban la independencia plena, pero esta minoría podía ser fácilmente ignorada por la élite política en el poder. Tampoco los políticos holandeses pensaban en la independencia caribeña excepto como horizonte lejano. Sin embargo, todo esto cambió rápidamente desde los años 1970 —periodo en el cual el continente americano se vio plagado de conflictos raciales, desde la formación del Black Power en los Estados Unidos a las revueltas en estados caribeños como Jamaica y Trinidad y Tobago—. En 1969, las revueltas de Curazao hicieron que el gobierno antillano solicitara la intervención de tropas holandesas para restablecer el orden. Según la Carta, los holandeses tenían que cumplir con la solicitud y se enviaron marines. Al año siguiente el torbellino político en Surinam amenazaba con provocar otra intervención holandesa. Se evitaba una segunda intervención, pero estos incidentes creaban la molesta consciencia de que bajo la Carta los holandeses se veían virtualmente obligados a incurrir en intervenciones «neocoloniales».

El hecho de que estas intervenciones podían ser detonadas por conflictos locales sobre los cuales los holandeses, según el principio de la autonomía administrativa de sus socios, no tenían control alguno, subrayaba este malestar. La izquierda política holandesa primeramente exigió la descolonización «plena», reclamo al que enseguida se sumaron los partidos de centro y de derecha. Mientras tanto, otras dos razones cobraban cada vez más importancia. Existía una irritación creciente sobre la cantidad de ayuda al desarrollo que se gastaba anualmente sin mucho beneficio para los holandeses y sin ninguna señal clara de que ese dinero realmente estuviera potenciando la viabilidad económica de las antiguas colonias. Además, los legisladores holandeses se preocupaban por el creciente número de inmigrantes que se establecían en los Países Bajos.

En la agenda política del reino durante las décadas de 1970 y 1980 predominó el debate sobre la «descolonización plena», entendida como la independencia de los territorios del Caribe holandés y la consiguiente reducción del reino a su núcleo europeo.¹⁰ Este debate partió desde lo que hacía tiempo se tenían como el modelo lógico de descolonización. Mientras que la antigua metrópolis persistentemente recomendaba la independencia, los todavía sujetos coloniales caribeños se mostraban renuentes a aceptar la «oferta». En 1975, Surinam sí devino república, pero sin mucha convicción y, como pronto se haría evidente, a un alto costo para todas las partes implicadas. No se había conducido un referéndum; la mayoría requerida del parlamento surinamés era absolutamente mínima; y a pesar de la cuantiosa ayuda al desarrollo que se entregó como parte del pacto de la independencia, un tercio de la población surinamesa emigró a los Países Bajos. No solo la historia subsiguiente del país ha sido difícil, sino que a pesar de su independencia Surinam durante décadas ha seguido considerando a los Países Bajos como su mejor socio, si no el único, para sobreponerse a la crisis. Hasta la fecha los esfuerzos holandeses de canalizar las relaciones bilaterales a través de instituciones internacionales como la Comunidad Europea, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional se han estrellado contra la obstinada resistencia de su contraparte caribeña. Asimismo, en el plano individual, los surinameses hasta el fin de

siglo han continuado emigrando en grandes cantidades, legalmente o no, a los Países Bajos.

Las Antillas Neerlandesas, por el contrario, se han rehusado repetidas veces, y con éxito, a tener en cuenta la independencia como una opción para el futuro próximo. La segunda isla en tamaño dentro de este grupo, Aruba, consiguió su secesión de las Antillas Neerlandesas en 1986, y habilidosamente consiguió que se le permitiera constituir una entidad separada sin tener que pagar el precio que los holandeses le habían impuesto: aceptar la independencia a cambio. A principio de los años noventa los holandeses se vieron obligados a reconocer, a su pesar, que era imposible imponerle la independencia a las islas. Sin embargo, este cambio de política ha implicado que los Países Bajos reclamen para sí una posición más influyente en los asuntos antillanos. La nueva política holandesa descansaba en el argumento de que existían problemas presupuestarios y evidencia de mala administración, narcotráfico y lavado de dinero en los territorios ultramarinos, así como problemas relacionados con el rápido aumento de la emigración hacia la metrópolis. La autonomía de las islas, anteriormente intocable, ha devenido tanto un asunto negociable como, al parecer, un horizonte que se aleja. No es sorprendente que las partes caribeñas del reino se hayan sentido indebidamente desautorizadas por lo que muchos ven como una «recolonización». Sin dudas la posición holandesa ha socavado la situación de la que gozaban con posterioridad a 1954, que combinaba lo mejor de los dos mundos: autonomía interna y protección holandesa, apoyo financiero y logístico, así como acceso irrestricto a la metrópolis para todos los ciudadanos caribeños del reino. Es por ello que desde principios de 1990 la agenda ha estado determinada por la delicada negociación de un nuevo equilibrio entre los desiguales socios del Reino, el que posiblemente se institucionalice en la forma de una versión modernizada de la Carta actualmente vigente.

El éxodo y sus implicaciones

La decepcionante trayectoria de la descolonización marcó la retórica del nacionalismo en las antiguas colonias holandesas, como se

demuestra más abajo. Sin embargo, en este contexto sería útil analizar más detalladamente, en primer lugar, el extraordinario fenómeno del éxodo. Una de las características más conspicuas de prácticamente todos los países caribeños modernos —incluso independientemente de su estatus constitucional y condiciones económicas— han sido los altísimos niveles de emigración. El creciente flujo migratorio ha subrayado de forma contundente la crisis de viabilidad de la región, pero al mismo tiempo ha confirmado la «modernidad» del Caribe y de los marcos de referencia¹¹ a través los cuales su gente mira hacia afuera. El éxodo sirvió como válvula de escape para islas densamente pobladas. Al mismo tiempo, sin embargo, tanto la fuga de cerebros como la institucionalización de la emigración como estrategia económica y norma socio-psicológica han afectado negativamente el potencial de desarrollo de la región.

Una clasificación somera de los patrones migratorios caribeños según su destino pondría al Caribe francés y holandés en un grupo, seguidos en segundo lugar por las Antillas británicas y en tercero por Haití y el Caribe hispanohablante. Tanto las migraciones francesas como las caribeño-holandesas se han caracterizado por dirigirse casi exclusivamente hacia las metrópolis europeas. La emigración de las Antillas británicas se distingue por bifurcarse entre el Nuevo Mundo (los Estados Unidos y Canadá) y el Viejo (Reino Unido), con gran cantidad de emigrantes en ambos casos, aunque mucho mayor hacia el primer destino que hacia Inglaterra. La emigración desde Haití y el Caribe hispanohablante a Francia y a España respectivamente ha sido limitada, concentrándose básicamente en los Estados Unidos. Las poblaciones caribeñas provenientes de diversos países han transformado considerablemente el rostro de importantes ciudades estadounidenses como Nueva York y Miami.¹²

Hacia el año 2 000, el número de personas de origen caribeño en los Países Bajos sobrepasaba las 435 000.¹³ Las comunidades de origen son relativamente pequeñas; por lo tanto, más de un tercio de las poblaciones caribeño-holandesas viven hoy en la metrópolis. Irónicamente uno lee más sobre los efectos de esta emigración sobre el país receptor que sobre las consecuencias que tiene para los países emisor, incluso cuando los emigrantes caribeño-holandeses en los

Países Bajos constituyen poco más del 2,5 % de su población. El pico migratorio se localiza en las últimas décadas.¹⁴ La población de Surinam se calculaba en 350 000 en 1975 y en el año 2000 alcanzaba los 420 000 habitantes, además de tal vez unos 30 000 extranjeros no clasificados, básicamente de Brasil. En el mismo periodo, la comunidad surinamesa en la metrópolis creció de 120 000 a más de 320 000. La mayor parte del crecimiento demográfico de la población surinamesa se encontraba concentrada por lo tanto en los Países Bajos. De continuar esta tendencia —si la inmigración brasileña no se expande significativamente— cabría incluso esperar que los dos polos de la comunidad transnacional surinamesa alcancen aproximadamente la misma cantidad en el futuro próximo. El crecimiento de la comunidad curazoleña fue menos radical en términos de cifras absolutas, pero en términos relativos alcanzó la misma proporción. Mientras que su tamaño en la metrópolis creció de solo 20 000 en 1970 a 100 000 en el año 2000, la población de la isla disminuyó de más de 150 000 a 135 000.

Los factores que explican este crecimiento drástico son de diversa índole. En términos generales la globalización y un sentido creciente de privación relativa han hecho que los Países Bajos resulte un lugar más atractivo. Motivos económicos como educacionales, así como la consciencia de las desventajas sociales y psicológicas asociadas a la pequeñez han incitado a muchos a emigrar. Como se mencionó más arriba, el éxodo surinamés también estuvo vinculado a la consecución de la independencia en 1975, la cual implicó el cierre de la migración libre en 1980. Fuertes dudas —lamentablemente, una histeria que contribuyó a que se cumpliera lo presagiado— sobre la viabilidad política y económica de la nueva república inspiraron a muchos a partir antes de que expirara el plazo. Desde entonces, la emigración desde la joven república, la legal y particularmente la ilegal, ha continuado. La profunda crisis del país hacía que la gente se marchara, no ya por temor a una privación relativa, sino por pura pobreza y desesperación.

Resulta más difícil explicar el reciente y marcado aumento de inmigración antillana, fundamentalmente desde Curazao. Puesto que las Antillas Neerlandesas aún son parte del Reino y continuarán

siéndolo, las razones políticas tienen menos peso. Fuera de eso, las motivaciones de los inmigrantes antillanos parecen ser idénticas a las de los surinameses: el anhelo de escapar a la pequeñez, y el atractivo económico y educacional. Aun si los niveles de vida y educación en las Antillas son superiores a los de la mayor parte de la región, los emigrantes potenciales consideran, y con razón, que los niveles holandeses son mucho más altos. En este contexto existe un factor adicional de suma importancia. Las migraciones caribeñas dentro de la región y hacia los Estados Unidos, así como las migraciones iniciales de la posguerra hacia Gran Bretaña eran y son principalmente migraciones laborales. Por el contrario, la migración caribeña hacia los Países Bajos puede explicarse parcialmente por la atracción que ejerce el complejo sistema metropolitano de previsiones sociales. Existen semejanzas evidentes con la emigración desde los *départements* d'outre-mer a Francia o desde Puerto Rico a los Estados Unidos.

La migración de la posguerra ha cambiado sustancialmente la sociedad holandesa. Aparte del Caribe, la antigua colonia de Indonesia y el área del Mediterráneo han sido los principales exportadores de inmigrantes, a los que se les han sumado desde los años noventa nuevas categorías de solicitantes de asilo provenientes de África y Asia. Los holandeses de ascendencia indonesia ya no figuran en las estadísticas de minorías étnicas.¹⁴ Aun así, un 15 % de la población holandesa e incluso más del 30 % de los habitantes de las ciudades importantes, proporciones que crecen rápidamente, están comprendidos en las llamadas minorías étnicas. Los Países Bajos ya no pueden evadir el hecho de que se están convirtiendo rápidamente en una sociedad multiétnica con todos los retos que ello implica.

Si bien la situación general de las minorías étnicas en los Países Bajos inspira pesimismo, los datos específicos sobre los antillanos, y particularmente sobre los surinameses, permiten una evaluación ligeramente más optimista. Las diferencias dentro de la población inmigrante total apuntan a que los atributos teóricamente relevantes de la caribeño-holandesa, en comparación con la proveniente del Mediterráneo y otras regiones; es decir, el dominio del idioma holandés y su mayor afinidad con la cultura holandesa, han sido en efecto ventajosos. Esto es particularmente cierto en el caso de los

surinameses. A los inmigrantes antillanos, sobre todo a los de Curazao, les va peor en áreas como el empleo y la educación, y exhiben cifras superiores de conductas impropias, particularmente de criminalidad. El hecho de que la comunidad surinamesa tenga raíces más antiguas en los Países Bajos es solo parte de la explicación. El lenguaje también constituye un factor crucial si se tiene en cuenta que la comunidad surinamesa muestra un mayor dominio del holandés que la antillana.

Investigadores y políticos afirman cada vez con más frecuencia que los Países Bajos están experimentando el surgimiento de una subclase étnica de forma muy similar a lo ocurrido en otros países europeos, y que en parte reproduce la experiencia estadounidense. Gracias al sistema de provisiones sociales holandés esta polarización étnica aún no se ha hecho tan marcada como en otras partes. La disponibilidad de vivienda adecuada, salud pública, educación y seguridad social han garantizado que el desempleo y las bajas calificaciones no se traduzcan necesariamente en niveles de vida muy bajos. Desafortunadamente estos beneficios, derivados de un largo proceso de socialización del capitalismo en los Países Bajos, también han servido para ocultar la marginalización de grandes sectores de las minorías étnicas. Los recortes que se le han venido haciendo al sistema de bienestar social han puesto de manifiesto la enorme dependencia de las minorías étnicas de la mano que «da» pero que en cualquier momento puede dejar de dar.

La creciente presencia de inmigrantes poscoloniales —la «colonización a la inversa», como tan apropiadamente apodara el fenómeno la poetisa jamaicana Louise Bennett— ha devenido un reto aleccionador en términos de la imagen que los holandeses tienen de sí mismos como una sociedad progresista y tolerante.¹⁵ Los Países Bajos son un país donde difícilmente el nacionalismo se tiene por virtud, pero los intelectuales solían contar precisamente con la tradición de hospitalidad como uno de los pocos rasgos distintivos de la nación. Sin dudas esta imagen se ha dañado ahora que las minorías étnicas holandesas se hallan más expuestas a la xenofobia y el racismo que lo que hubiera cabido esperar según esa reputación de país que se muestra tolerante con los recién llegados.

El colapso de esa tolerancia holandesa, supuestamente inherente, hacia el extranjero, que golpea especialmente a los no-blancos, ha inspirado toda una serie de estudios que reinterpretan los encuentros pasados y presentes de los holandeses con «el otro» desde una perspectiva bastante sombría.¹⁶ Una de las preguntas que pueden plantearse desde esta perspectiva es si existe continuidad entre las relaciones raciales en las antiguas colonias holandesas y en la propia metrópolis. No son pocos los estudios que demuestran la significación del racismo, las fronteras étnicas y las a menudo asfixiantes normas somáticas en el Caribe holandés; sin embargo, es complicado intentar trasplantar estas nociones a la mentalidad metropolitana.

En los Países Bajos hasta la Segunda Guerra Mundial, el pequeño número de no blancos y la ignorancia general de la población holandesa respecto al mundo colonial parecen haber alimentado casi tanta curiosidad como prejuicio racista. Sin dudas, los inmigrantes negros de la primera mitad del siglo xx chocaron con un abanico de reacciones ignorantes y arrogantes a su apariencia física. Sin embargo, como muchos recordarán con nostalgia posteriormente, había una sensación de «curiosidad benévola» que hacía la vida algo más fácil.¹⁷ No cabe dudas de que en el transcurso de las últimas décadas dado el rápido crecimiento de la inmigración, los contactos interracial cotidianos son mucho más tensos. No obstante, al mismo tiempo se pueden observar contactos interracial relativamente más fáciles, precisamente entre los holandeses y los inmigrantes caribeños. Por más que impresione la evidencia, la significación de la mezcla interracial es sin dudas mucho más importante en los Países Bajos que, particularmente, en los Estados Unidos.

Desde otra perspectiva, ¿qué impacto ha tenido el éxodo para el nacionalismo y la construcción nacional en el Caribe holandés? Desde la década de 1930 hasta principios de 1970 los inmigrantes radicados en la metrópolis fueron cruciales para el desarrollo del nacionalismo en el Caribe holandés, particularmente en el caso de Surinam.¹⁸ Pocas razones permitirían afirmar que hoy día las comunidades caribeñas en la metrópolis le dan continuidad a esa tradición. El éxodo ha minado gravemente el discurso nacionalista

contemporáneo. La propia existencia de una amplia y creciente comunidad de expatriados contradice la creencia en la viabilidad de las antiguas colonias como estados independientes, noción fundamental en las primeras etapas del nacionalismo en el Caribe holandés. Obviamente las comunidades de inmigrantes han mantenido estrechos lazos con sus lugares de origen en el Caribe. Los líderes de opinión y organizaciones surinamesas en los Países Bajos han influido sobre las políticas holandesas durante los periodos de régimen militar y han desempeñado un papel en la subsiguiente redemocratización de Surinam. El cabildo surinamés en los Países Bajos trabaja para reservarle una posición privilegiada a Surinam a la hora de asignar ayudas al desarrollo. Las vitales remesas de dinero y productos hacia Surinam hablan del compromiso individual con el Caribe, como también lo hacen los aviones repletos de pasajeros que vuelan a las Antillas. Pero de cualquier forma, el foco de atención de las comunidades caribeñas está desplazándose hacia la propia metrópolis.

La comunidad surinamesa en particular ha renunciado gradualmente al mito del regreso. En ello radica una triste paradoja. La presencia actual de Surinam en la sociedad holandesa es más fuerte que nunca; sin embargo, mientras que desde el punto de vista psicológico esto puede ser una ventaja para la comunidad en el «exilio», no es de mucha utilidad para los que viven en Surinam. En lugar de ser una fuente de orgullo y apoyo al agonizante proceso de construcción nacional, la creciente visibilidad caribeña en la metrópolis fortalece en los que quedaron atrás, tanto el magnetismo de esta, como el trauma de la desventaja. Y al mismo tiempo, que en la diáspora se haya reproducido el patrón de pluralismo étnico de Surinam no ha contribuido mucho a facilitar un proyecto de construcción nacional centrado en el concepto de unidad nacional más allá de la etnicidad.¹⁹

Si tomáramos el éxito del festival antillano anual de Rotterdam como una metáfora de la vida real, la experiencia antillana en recrear y remodelar la cultura local de forma circular podría parecer ligeramente más estimulante. Precisamente el estatus no-soberano de las Antillas permite tanto a los residentes como a los inmigrantes participar de una circularidad cultural que no está al alcance de su contraparte surinamesa o que ya no le es atractiva. La evidencia

circunstancial sugiere que en el caso antillano la brecha entre las comunidades a ambos lados del Atlántico no es tan grande. La ausencia de las profundas divisiones étnicas que caracterizan a Surinam constituye una evidente primera explicación. La mayoría de los inmigrantes antillanos provienen de Curazao, son afro-caribeños y tienen el papiamento como primera lengua. Esta congruencia hace mucho más fácil que se identifiquen con el resto de la comunidad en el exilio y con la isla de procedencia. Sin embargo, como se analiza más abajo, es muy probable que en el exilio el papiamento pierda relevancia, en cuyo caso el lazo vital entre ambas comunidades se vería gravemente debilitado.

Algunas observaciones finales una vez más apuntan al hecho de que la diáspora está perdiendo significación para el proceso de construcción nacional en el Caribe. Ya sea por la exposición al racismo que experimentan las comunidades caribeñas en los Países Bajos, o mejor, por el debilitamiento de la «ideología del retorno» y la consiguiente noción de que el futuro está en Europa y no en América, las organizaciones caribeñas en los Países Bajos han dejado de presionar sobre asuntos caribeños y se han reorientado visiblemente hacia la negociación de sus preocupaciones sobre la vida en la metrópolis. Además, el tiempo obra contra la consolidación de las culturas caribeñas «puras» en el contexto de la diáspora, de lo cual la música y los estilos de vida constituyen un ejemplo. Las investigaciones sobre las generaciones más jóvenes de surinameses radicados en los Países Bajos sugieren que estos valoran más los estilos internacionales de la aldea global que la cultura caribeña «tradicional», y que las manifestaciones culturales afro-surinamesas en la metrópolis corren a cargo fundamentalmente de las generaciones más viejas.²⁰ Una vez más, esto hace que los proyectos de construcción nacional en el Caribe holandés se encuentren cada vez más aislados de la diáspora.

La desfallecida retórica del nacionalismo en Surinam

El proyecto de construcción nacional en el Caribe se ha visto frustrado por dudas sobre la viabilidad de los microestados independientes y por el extraordinario fenómeno del éxodo, y es que no faltan ejemplos elocuentes de ello en la región. En lo que resta de este ensayo, analizo la trayectoria del nacionalismo en ambas partes de las antiguas Indias Occidentales Holandesas, prestando particular atención a como las divergentes rutas hacia la descolonización se han traducido más bien paradójicamente en la retórica de la construcción nacional.

El actual dilema del Caribe holandés y su diáspora no conduce precisamente a la formulación de un discurso nacionalista asertivo. Los graves problemas del proyecto de Surinam como nación independiente; la dolorosa cesión de autonomía que las Antillas Neerlandesas han tenido que acatar a cambio de continuar recibiendo ayuda metropolitana, y la tendencia irreversible a asentarse en la metrópolis, constituyen lecciones que han frustrado las metas del nacionalismo y han socavado el proyecto de construcción nacional. La crisis de la República de Surinam sigue siendo el factor dominante de este malestar ideológico. La filosofía que condujo a la descolonización plena del país ha sido compartida tanto por los nacionalistas surinameses como por los políticos progresistas holandeses y por un puñado de nacionalistas antillanos. Esta postulaba que la independencia política era una precondition necesaria para el desarrollo económico y cultural. Deshacerse del neocolonialismo holandés paternalista traería el ímpetu necesario para que finalmente el país tomara el futuro en sus propias manos. Además, los esfuerzos por convertirse en una nación producirían un sentido de pertenencia más fuerte que superaría las profundas divisiones de una sociedad colonial marcadamente plural. Por lo tanto, la independencia expandiría la vialidad de Surinam.

Ahora que esa filosofía se ha visto tristemente desmentida por la trayectoria de Surinam desde 1975, se imponen otras perspectivas. Primeramente está la cuestión de la etnicidad. El Surinam previo a la independencia constituía un ejemplo de libro de lo que entonces

se catalogaba como una sociedad plural. La composición étnica de la población reflejaba una historia colonial en la cual los descendientes de los obreros traídos de África, India y en menor medida Java, formaban la columna vertebral de la sociedad, seguidos por pequeños grupos de origen chino, árabe y europeo. Las subdivisiones fundamentalmente basadas en la religión hacían aún más complicado el panorama también en la arena política. Sin embargo, el sistema político como tal reflejaba fielmente el modelo de una sociedad en la cual la etnicidad dictaba la filiación política. J. S. Furnivall declaró una vez que una «sociedad plural de hecho se mantiene unida solo por la presión que la potencia colonial ejerce desde afuera; no tiene una voluntad común».²¹ Los nacionalistas surinameses se propusieron demostrar lo contrario; los detractores de la independencia usaban la cuestión de la división étnica al menos como argumento secundario de su análisis.

Ominosamente, las posiciones en este debate reflejaron la pluralidad étnica de Surinam. La retórica nacionalista de la década del cincuenta, el llamado a la independencia en los años sesenta y su traducción en medidas políticas en la primera mitad de los setenta eran, todos, proyectos afro-surinameses, alentados por un pequeño grupo de intelectuales, y solo en última instancia adoptados plenamente por los políticos que lo comandaban.²² Sobre la base de la falta de confianza en la viabilidad del país y de las preocupaciones sobre sus relaciones étnicas, —las experiencias de la post-independencia de la vecina Guyana eran hartamente conocidas— el liderazgo indostaní se opuso firmemente a la independencia. Esta oposición se retiró de forma permanente solo simbólicamente, cuando la coalición gobernante, dominada por surinameses de origen africano, selló las negociaciones con sus ansiosos socios holandeses. El resentimiento no decayó y la subsiguiente crisis de la independencia ha confirmado la amarga crítica inicial por parte del liderazgo indostaní y de sus partidarios de base a lo que se veía como un radicalismo irresponsable.

Desde la independencia y particularmente desde mediados de los años ochenta, la economía colapsó. El nivel de vida había sido relativamente alto en el momento de la independencia. Las inversiones

financiadas por el apretón de manos de oro debieron haber traído la diversificación y el fortalecimiento de la economía, pero en lugar de ello estimularon la mala administración y la corrupción. El Surinam contemporáneo ha caído en la categoría de los países caribeños más pobres; una parte sustancial de los surinameses viven por debajo del nivel mínimo de subsistencia. Hacia 2000 se escuchaban pocas voces optimistas en relación con la viabilidad de la economía. Al mismo tiempo poco ha hecho la historia política desde 1975 para inspirar confianza en la población respecto a su líderes. El periodo que llega hasta 1980 dejó un recuerdo de cada vez mayor de incompetencia política, rivalidad étnica y corrupción, lo que provocó que el golpe de Estado fuera recibido inicialmente con cierta simpatía. El periodo de 1980 a 1987, de gobierno militar y guerra civil, no solo demostró la incompetencia y poca confiabilidad de los militares como líderes de la nación, sino que también despertó dudas sobre el liderazgo de los partidos políticos tradicionales cuando se retornó a la democracia. El periodo de 1987 a los años 2000 de gobierno democrático, no ha puesto fin al declive económico, mientras que la evidencia de enriquecimiento ilícito en medio de la creciente pobreza sigue socavando la legitimidad del sistema político. Bien pueden los líderes políticos fomentar el rechazo a la dependencia constante de la asistencia holandesa; sin embargo, puesto que dicha dependencia no ha variado, el electorado parece evaluar el éxito de su liderazgo básicamente en términos de su habilidad para reactivar dicha ayuda.

La crisis de Surinam presenta una dimensión étnica trágica: A pesar de su retórica inicial de cohesión, el régimen militar no redujo las divisiones étnicas existentes y tal vez las agravó. La guerra civil contra grupos específicos de cimarrones pronto se convirtió en una propaganda risible, basada en el peor de los estereotipos. Mientras que al principio los militares habían propagado las heroicas luchas de los primeros cimarrones contra el colonialismo como un ejemplo a seguir, ahora retomaban los mitos de primitivismo y brutalidad. Como otro aspecto de la guerra civil —y tal vez en parte diseñado por los militares— las exigencias étnicas de los amerindios se dejaron escuchar más, en confrontación tanto con el gobierno

civil como con los cimarrones, sus competidores en la selva. Puede que la transición a la democracia en 1987 haya sido guiada por una coalición étnica de los partidos políticos anteriores al gobierno militar, cada uno con su base de seguidores; sin embargo, bajo esta superficie, la afiliación a un partido sobre bases étnicas y la competencia entre etnias siguió prevaleciendo, tal y como se hizo evidente durante toda la década del noventa y hasta nuestros días.

Además las divisiones étnicas fueron subrayadas por la dinámica de una economía crecientemente dominada por sectores en expansión como el mercado negro, el narcotráfico y el lavado de dinero. Puesta en marcha durante el régimen militar, esta poderosa economía sumergida ha continuado prosperando desde entonces. No solo los militares se enriquecieron en el proceso, con el consiguiente descrédito, sino que la riqueza generada por las redes asociadas a los sucesivos gobiernos —tanto militares como civiles—, ha beneficiado particularmente a un grupo de hombres de negocio indostaníes, lo que ha causado el resentimiento «étnico» de la duramente afectada población afrosurinamesa.

Así, mientras el nacionalismo militante de los militares comenzó con una retórica nacionalista de armonía étnica, en la práctica poco de ello se logró. Probablemente el caso más ilustrativo de manipulación cínica de la etnicidad por parte del gobierno militar autoproclamado nacionalista, data de las elecciones de 1991. El partido político NDP, vinculado a los militares, tenía como contendiente una coalición formada por los políticos tradicionales de orientación étnica encabezada por el afro-surinamés Venetiaan. En un esfuerzo cínico de ganar el apoyo de la población indostaní y javanesa, los militares, ellos mismos predominantemente afro-surinameses, incorporaron un eslogan rimado a los carteles de Venetiaan: *Stemt u op deze baviaan?* (¿votarás por este babuino?).

Finalmente, el éxodo, con su evidente impacto económico y psicológico, ha incluido a una enorme cantidad de los cuadros intelectuales del país, con las obvias consecuencias para la retórica nacionalista. Que el remanente de la cúpula intelectual y política del país siga enviando a sus hijos al extranjero, fundamentalmente a la anti-gua metrópolis, es bastante elocuente. Luego no resulta sorpren-

dente que el debate de los años 2000 sobre el futuro de Surinam se formule en términos sombríos y que se haya visto crecientemente influido por la diáspora.

En 1993 un grupo de surinameses autoritarios, básicamente compuesto por expatriados, publicó un manifiesto exigiendo que se convocara un referéndum en Surinam respecto a la posible revisión de la relación con los Países Bajos —lo que generalmente se entiende como un retorno total o parcial a las relaciones del Reino previas a 1975.²³ Este plebiscito no se ha materializado y no lo hará en el futuro, aún si solo fuera porque los políticos holandeses están hoy día mucho menos interesados en esta opción que hace una década. No ven beneficios para el país en algo que sin dudas se interpretaría en la esfera internacional como «recolonización». Por lo tanto, el manifiesto no dejó nada sustancial aparte de evidenciar elocuentemente la profunda crisis del nacionalismo surinamés. A pesar de los ambivalentes conjuros de unidad nacional y llamados al trabajo en conjunto por el progreso, la nación corre un serio riesgo de convertirse en un estado fallido y de fragmentarse desde el punto de vista espacial y étnico.

Las Antillas: etnicidad, raza y lenguaje

En las Antillas Neerlandesas, el caso de Surinam reforzó la conciencia de los riesgos que acarrea la independencia. Esta sensibilidad claramente había inspirado la exitosa resistencia de los políticos al «regalo» de la descolonización plena y había evitado que el electorado antillano presionara a sus líderes a ir más allá: el destino de Surinam hacía la perspectiva futura de la independencia mucho menos atractiva. La ausencia de una alternativa seria al presente estatus descarta un discurso nacionalista radical y deja a los antillanos sin mucho espacio de maniobra en relación con los holandeses. Los márgenes son realmente estrechos. Después de todo, a muchos antillanos les preocupa que la nueva etapa de injerencia holandesa en el Caribe constituya una especie de recolonización.

En Curazao, la principal isla antillana, la respuesta política a la renovada presencia holandesa inicialmente se caracterizó por la

indignación y por una actitud defensiva. Sin embargo, el intento de la élite política de esgrimir el argumento del neocolonialismo tenía —y tiene— pocas posibilidades de ser tenido en cuenta en el contexto internacional posterior a la guerra fría. Los políticos curazoleños han llegado a darse cuenta de que la nueva política holandesa, que constituye en sí un comentario devastador sobre la forma en que se ha conducido la política local en la mitad de siglo transcurrida de gobierno autónomo, les deja poco margen. La posición de los partidos políticos se ha visto aún más debilitada en la última década por la conducta del electorado en elecciones y plebiscitos. Muchos interpretaron la sucesión de resultados inesperados como reflejo de la insatisfacción del electorado y de la falta de confianza en su propia dirección política.

Una vez más, las condiciones para la construcción de la nación y para formular una retórica persuasiva de nacionalismo político se tornan problemáticas. La falta de una alternativa atractiva al presente estatus dentro del reino no es la única frustración. La crisis de la política «tradicional» es en sí elocuente respecto a las limitantes del gobierno autónomo, como mismo lo es el éxodo en Curazao. La tendencia entre algunos de los líderes políticos de la isla a defenderse de las críticas holandesas a la mala administración arguyendo diferencias culturales no es una solución retórica convincente. Y el electorado es bastante caprichoso. En 1994 surgió de la nada un nuevo partido político (PAR) precisamente porque se tenía en general por «limpio». Sin embargo, el mismo electorado retiró buena parte de su apoyo al PAR nueve años después y votó por el ferozmente populista Frente Obrero a pesar de —o tal vez precisamente porque— su dirección se encontraba bajo sospecha de fraude. El Frente Obrero ciertamente posee un atractivo nacionalista. Sin embargo, más allá de una retórica estrictamente insular *anti-makamba* (anti-holandesa), no hay que buscar mucha ideología en él. Además, aunque su base ocasionalmente se permite arremeter contra los holandeses, esta no ha expresado el más mínimo interés de romper con el Reino. Por el contrario, esperan que los holandeses ofrezcan mayor apoyo financiero, sin interferir en los asuntos curazoleños, claro está. En este punto su dirección y su base parecen estar de acuerdo.

Así pues, parece poco probable que el sistema político pueda definir un nacionalismo de frente amplio. Sin embargo, existe una frustración más profunda más allá de esto. La rebelión de mayo de 1969 ha sido interpretada tradicionalmente como el punto de giro en el Curazao posterior a la firma de la Carta. Antes de esa fecha, según suele argumentarse, la política era asunto de una élite local predominantemente no negra. Mayo del 69, en la medida en que se asuma como un conflicto racial, presumiblemente fijó las condiciones para la emancipación de las mayorías negras en el ámbito político y más allá. Bien puede cuestionarse el alcance de esta emancipación curazoleña, particularmente en relación con la economía y las relaciones privadas —también en este sentido la experiencia curazoleña es similar a la emancipación incompleta en otras partes del Caribe. Pero no cabe dudas de que desde 1969 los líderes negros locales han dominado la política en Curazao, y al mismo tiempo la línea divisoria entre el gobierno y la ciudadanía se ha hecho cada vez más fina —e incluso se puede afirmar que demasiado fina. Cuando se saca la cuenta muchos sienten que el accionar político posterior a 1969 ha aumentado la corrupción y el clientelismo en lugar del buen gobierno y la distribución equitativa de oportunidades. A mediados a los noventa el PAR culpó la actividad política de las décadas precedentes la creciente ausencia de moralidad y de propósito común.²⁴ Evidentemente, la historia reciente de gobierno autónomo no es la mejor base para asentar el sentimiento de orgullo nacional.

Obviamente, existen otros marcadores, tal vez mejores, de identidad nacional y etnicidad, que los de tipo político que se acaban de mencionar. La «raza» y el lenguaje parecen haber sido los marcadores de etnicidad más importantes en Curazao. Sin embargo, hay una diferencia crucial entre ambos. Su exclusivo idioma, el papiamentu, funciona como el único elemento étnico que comparten todos los curazoleños. La raza o el color, por el contrario, propician las desconcertantes discusiones sobre quienes pertenecen a la nación. Sin eufemismos, hay dos formas de definir esta pertenencia, ambas de formas diferentes ligadas a la historia. Como lo expresara hace tres décadas el difunto académico antillano René Römer, la

población local siempre tendía a poner distancia entre sí y los recién llegados. Los grupos que llegaron a la isla a raíz de la modernización industrial, o sea, después de 1915, por lo general no eran considerados *Yu di Korsow*, «hijos de Curazao». La raza como tal no era un criterio esencial en esta categorización: los inmigrantes afro-surinameses eran considerados tan extranjeros como los libaneses, los holandeses o los polacos.

No obstante, como lo observara Römer, seguidamente surgió una segunda definición, más excluyente. Algunos afro-curazoleños comenzaron a preferir el término *Nos bon yu di Korsow* (Nosotros, los buenos hijos de Curazao)—solamente en relación con la población negra. Puede interpretarse la exclusión de los blancos locales y de las personas de piel más clara no como una negación de la historia común, sino ciertamente como un castigo *post hoc* por los siglos de esclavitud y como un clamor de autoafirmación (¡post 1969!): el de pertenecer a una cultura exclusivamente afro-curazoleña. Römer añade que el establecimiento de esta barrera étnica se debió en parte a «un conocimiento pobre de la historia de nuestra isla [...] Ellos partían de la presunción errónea de que los negros habían llegado antes que los blancos».²⁵ Aunque probablemente correcta, esta observación es al mismo tiempo en cierta medida irrelevante. Un grupo étnico puede definirse por una combinación de tres elementos: una historia compartida (real o supuesta); características culturales o físicas relevantes y actitudes y conductas compartidas.²⁶ La escurridiza dimensión de una «historia compartida», real o supuesta, constituye una clave de suma importancia para este análisis. El desarrollo de una retórica afrocurazoleña sobre la nación subraya la especificidad de lo que se concibe como las cosas que realmente importan: las cosas exclusivamente relacionadas con el núcleo africano de la cultura antillana.

Desde entonces no se ha abandonado esta retórica. Como lo plantea el investigador Aart Broek, el concepto de *Di-nos-e-ta* (Esto es nuestro), promovido desde la década de 1970, reafirma enfáticamente el reclamo de que la herencia cultural afrocurazoleña debe ser valorada como la esencia de la cultura de la isla —una afirmación que, dicho sea de paso, los nacionalistas afro-surinameses ya

habían formulado casi con las mismas palabras.²⁷ En la década de 1990 los intelectuales curazoleños aún debatían este asunto mientras decidían si la historia de la isla debía escribirse como el pasado de todos sus habitantes o fundamentalmente (e incluso únicamente) como el de su mayoría afrocurazoleña.²⁸ Sin embargo, al mismo tiempo no parecen estar muy inclinados a enfatizar la «raza» abiertamente, precisamente por el daño potencial que podría infligirle a la idea de una sola nación.²⁹

En contraste con la «raza», la lengua ha continuado funcionando como el único elemento de etnicidad compartido por todos los *Yu di Korsow*. Como lo ha demostrado Benedict Anderson (1983), los idiomas definibles y únicos pueden ser un factor poderoso en la creación de la «comunidad imaginada» del estado nacional y de la conciencia étnica. Tanto el papiamento de Curazao como el sranan tongo de Surinam emergieron a la par que un segmento de sus respectivos pueblos se desarrollaba. En la medida en que los idiomas se fueron institucionalizando funcionaron cada vez más como mecanismo de diferenciación entre los habitantes autóctonos y los forasteros. Sin embargo, en la práctica, y aún más psicológicamente, el sranan tongo continuó siendo primordialmente la lengua de los afro-surinameses y menos la de los grupos poblacionales indostaní y javanés. Además, no logró deshacerse de su imagen de idioma de segunda categoría y por lo tanto no ha alcanzado el estatus de lengua nacional para todas las clases y grupos étnicos. El holandés es aún el idioma vernáculo oficial del país, y después de la independencia el lenguaje colonial, en una versión notablemente criollizada, se usa más que nunca en Surinam.³⁰

El papiamento, por el contrario, surgió de una historia en la cual la lengua fue adoptada por todos los grupos étnicos y clases y en la cual no solo sirvió como el vehículo fundamental de comunicación, sino de afirmación de una identidad única en un contrapunteo con el idioma y la cultura holandeses, introducidos primordialmente a través del sistema educacional.³¹ Por lo tanto, el idioma sirve como la fuente más obvia de discurso nacionalista: aun sin pretender serlo, implícitamente funciona como tal por el solo hecho de hablarse. Sin embargo, en un contexto social y económico nuevo, este marcador

antropológico de nacionalidad y de unicidad étnica entraña dificultades en relación con la política social y la orientación individual. Para la mayoría de los curazoleños, su supuesto bilingüismo es solo una apariencia que enmascara su conocimiento deficiente del idioma holandés. Existe el dilema, ya clásico, de que el holandés continúa siendo el idioma vernáculo en la educación y un requisito para la movilidad social ascendente dentro de la sociedad local. Este dilema se ha visto subrayado por el papel cada vez más destacado que ha venido desempeñando recientemente la presencia holandesa en el escenario local, pero sobre todo por la creciente emigración a los Países Bajos. El uso del holandés por parte de la población antillana en la metrópolis es muy deficiente —claramente mucho más de lo que lo fue en el caso de la población surinamesa— y ello constituye un obstáculo enorme en términos de movilidad social.

Este contexto hace que los legisladores curazoleños tengan que enfrentar un tremendo dilema. El programa político de la emancipación plena del papiamento se formuló hace algunas décadas en la mejor época del nacionalismo, y mucho antes de que la emigración a los Países Bajos alcanzara su magnitud actual. Todavía extender el uso del papiamento es un punto prioritario en la agenda de los políticos e intelectuales de diferentes procedencias, y ciertamente todo un asunto en el ámbito del discurso nacionalista. No obstante, si se continúa expandiendo el uso del papiamento en el sistema educacional, el dominio del holandés puede deteriorarse aún más —aunque cabe advertir que no todos los expertos concuerdan con esto—. Por lo tanto, esta política podría reducir las posibilidades de movilidad social en la isla y ciertamente las de la actual población inmigrante: dos de cada cinco curazoleños. El callejón sin salida es evidente. La promoción del idioma vernáculo local es una opción atractiva, incluso tal vez un imperativo desde un punto de vista nacionalista; después de todo, el axioma de que la lengua es el alma de una nación es sin dudas aplicable a las Antillas. Sin embargo, tal cosa podría dañar gravemente la posición económica y social de los individuos al servicio de los cuales supuestamente está la posición nacionalista.

Estos dilemas resultan claramente reminiscentes de los debates que tienen lugar en Puerto Rico. Una diferencia crucial es que, incluso

para los puertorriqueños, particularmente para su comunidad radicada en los Estados Unidos, el uso deficiente del inglés puede tener un efecto negativo en su posición económica y social, al menos el español es también un idioma importante y como tal se halla cada vez más institucionalizado en los Estados Unidos. Por definición, el papiamento nunca tendrá esa significación fuera de sus fronteras locales. Lo que ello implica debería preocupar a los nacionalistas antillanos. El intelectual jamaiquino Rex Nettleford ha planteado que la aceptación social del papiamento es un ejemplo inspirador para el futuro de las variantes créole del inglés.³² Sin embargo, bien podríamos preguntarnos si no es precisamente el status quo poscolonial, con sus beneficios económicos y educacionales inherentes, el que hasta ahora ha permitido que los políticos locales hayan esquivado la decisión de si enfatizar la especificidad local o prepararse para la inserción óptima en una economía y cultura globales cada vez más penetrantes. Es precisamente desde una perspectiva nacionalista que el dilema se torna agobiante. Mientras Curazao, un «territorio aún no independiente», analiza la posibilidad de expandir el uso oficial de un idioma hablado por menos de 200 000 personas, islas independientes como Dominica y Santa Lucía, similares en tamaño y situación lingüística, e igualmente conscientes y orgullosas de su herencia cultural, reflejada por su lengua vernácula, ni sueñan con tomar medidas similares en detrimento del idioma inglés: *Konpyouta pa ka palé Kwéyol*.³³

Estos conflictos parecen haber afectado menos a Aruba, que con sus 90 000 habitantes es la segunda isla más grande de las Antillas Neerlandesas en términos de población. La isla consiguió separarse del grupo de seis en 1986 y recientemente se le ha otorgado el estatus de país dentro del Reino de los Países Bajos. A lo largo de este proceso, que comenzó hace medio siglo, la contraparte más importante de Aruba era Curazao, no los Países Bajos. Con sus raíces más pronunciadamente latinas y su tradicional autorrepresentación como étnicamente diferentes del Curazao afrocaribeño, los nacionalistas arubeños contaban con una justificación obvia para su discurso.³⁴ Los principios de la diferenciación étnica ciertamente marcan muchas esferas de la cultura. Ello es aplicable a la sostenida

segregación de las personas autóctonas de piel clara y los segmentos poblacionales de inmigrantes negros, pero también al desarrollo de una variante específicamente arubeña del papiamentu, supuestamente algo más latina en ortografía y pronunciación en comparación con el del Curazao.

Ahora que después de haber conseguido su estatus de país individual también Aruba ha tenido que asumir una presencia holandesa más fuerte, se puede observar una ligera tendencia anti-metrópolis en la autodefinición local. Sin embargo, más allá de la esfera política, las relaciones arubeñas con los Países Bajos continúan siendo comparativamente débiles. La comunidad arubeña en la metrópolis es pequeña y los Estados Unidos y no la metrópolis oficial, han sido su socio económico principal. En tanto estos parámetros no cambien es posible que los políticos arubeños tengan que batallar con los legisladores holandeses, pero probablemente usarán la retórica de otras esferas de contención para movilizar a su electorado.

Esta última observación es aún más cierta respecto a las Antillas Neerlandesas anglo-hablantes de Sotavento, cuya historia colonial y desarrollo económico después de la posguerra las han posicionado primordialmente en el mundo anglo-estadounidense. Como en el caso de Aruba, la renovada injerencia holandesa ha encendido la chispa de una nueva y no necesariamente positiva consciencia de la metrópolis. Antes de su arresto bajo cargos de corrupción, el por muchos años caudillo de San Martín, Claude Wathey, movilizó a sus seguidores con una conveniente mascarada de nacionalismo anti-holandés. Sin embargo, en la vida diaria, el contexto en el que se elabora la etnicidad insular es mucho más complicado pues implica encuentros concomitantes entre los habitantes locales y metropolitanos de la mitad francesa de la isla y en la actualidad con un gran número de «compatriotas» curazoleños e inmigrantes de diversas islas caribeñas, así como con turistas estadounidenses y europeos. Una vez más todo esto presenta un contexto problemático para la autodefinición nacional o étnica.³⁵

Desde la secesión de Aruba, el reto más complejo para el proceso de construcción nacional fue el esfuerzo de mantener a Curazao, Bonaire y las tres Islas de Sotavento unidas en el reinventado grupo

de cinco Antillas. El momento más destacado dentro de este episodio fue el resultado de los plebiscitos de 1993-1994, en los cuales las mayorías de todas las islas, desafiando aun sus propios políticos, votaron a favor de mantener el grupo unido. Mientras que este voto inesperado en parte refleja el descontento abierto contra las élites políticas, también estuvo relacionado con la consciencia de la importancia de los lazos de parentesco interinsular. Mientras que durante el primer boom petrolero los habitantes de las Islas de Sotavento habían emigrado en masa hacia Curazao y Aruba, ahora son los curazoleños los que constituyen un grupo bastante numeroso en San Martín con su efervescente negocio turístico. La voluntad de mantener a las Antillas Neerlandesas a flote de esta manera probablemente también haya respondido al anhelo de retener la actual apertura interinsular. Por lo tanto, esta vez el fenómeno migratorio, que en otros aspectos ha socavado seriamente el proceso de construcción nacional, parecía propiciar la creación de un sentimiento de propósito interinsular común. Una década más tarde, sin embargo, solo es posible concluir que los políticos han perdido su oportunidad y que las poblaciones insulares ya no le dan mucho valor a un nacionalismo antillano verdaderamente supra-insular.

Un dilema caribeño

La contribución caribeña a la «cultura de la resistencia» contra el colonialismo y el racismo ha sido merecidamente aplaudida por su asombroso impacto, sobre todo teniendo en cuenta el pequeño tamaño de la región. Desde la revolución haitiana pasando por José Martí, Marcus Garvey y la *négritude* hasta Frantz Fanon y el movimiento Rastafari, el Caribe ha tenido una voz resonante en la literatura y la historia anticolonialista. Hoy día la criollización de la cultura caribeña es considerada por muchos como una demostración más de la capacidad de la región de innovar y de contribuir a la cultura global del mundo posmoderno. Sin embargo, no es difícil advertir la creciente fragilidad de estas culturas locales, socavadas como están por los amargos frutos de la independencia y prevenidas por la información a la que se tiene acceso en la era satelital así

como por los puntos de referencia que brinda el turismo y la emisión de emigrantes de los países vecinos.³⁶

En este contexto la construcción nacional sigue constituyendo un dilema como lo es también la búsqueda de una identidad caribeña abarcadora. Como ha apuntado Nigel Bolland apropiadamente: «Las sociedades caribeñas sienten una necesidad desesperada de poseer una ideología nacional y una identidad cultural coherentes».³⁷ Se invierten grandes esfuerzos en forjar «comunidades nacionales imaginadas». De ahí, las consignas omnipresentes que enfatizan la unidad como «De muchos, uno», «Todos nosotros somos uno» y «Un solo pueblo». Claro está que nada de esto es único. Aunque pueda parecer diferente hoy día, el nacionalismo y la «nación» son conceptos con una historia relativamente breve, incluso en Europa. Como tampoco podemos confinar al área del Caribe el dilema que entraña forjar la unidad nacional —por poner un ejemplo, un estado multiétnico como Malasia confronta los mismos retos y responde ante ellos adoptando muchas estrategias similares.³⁸ Sin embargo, esto constituye poco consuelo, sobre todo si se tiene en cuenta que los jóvenes estados caribeños confrontan tantas limitantes adicionales, incluyendo la marginalización económica y política, el éxodo y la fragmentación de la región.

Los nacionalismos caribeños se han caracterizado tanto por la consciencia de identidades regionales compartidas como por prácticas paralelas o subsiguientes de encapsulamiento insular. Una historia de experiencias coloniales divergentes y de diferencias culturales resultantes ha sido importante en este sentido, pero también lo ha sido —y probablemente más— las realidades contemporáneas de diferencias de tamaño y de potencial económico. A pesar del optimismo de los primeros tiempos, los planes titubeantes de cooperación subregional y los esfuerzos actuales como el reciente establecimiento de la Asociación de Estados Caribeños, durante el periodo de la posguerra no se ha presenciado una integración regional decisiva. La retórica de una identidad pana-caribeña ha zozobrado en la triste realidad de islas que compiten entre sí, mercadean los mismos productos y servicios para una misma clientela en una situación de

competencia implacable y no en un contexto de esfuerzos concertados. La creciente consciencia de lo volátil que es la viabilidad de los países individuales ha fortalecido la tendencia a valorar los planes de salvamento individuales por sobre los inseguros planes de integración regional.

En este contexto no es sorprendente la ausencia de un movimiento independentista fuerte en los territorios que aún pertenecen a Estados Unidos, a Francia y a Gran Bretaña, como tampoco debe resultar sorprendente que las poblaciones antillanas tengan el mismo marcado deseo de permanecer dentro de la órbita legal del antiguo poder colonial.³⁹ Desde que Surinam asumió la riesgosa posición de ofrecer el contrapunto a la alternativa conservadora, la credibilidad de la retórica nacionalista que aboga por la independencia plena ha disminuido de forma drástica. El éxodo a los Países Bajos no ha hecho sino reforzar su descrédito.

El nacionalismo caribeño-holandés hoy día confronta la tarea tremendamente difícil de procurarse un nicho en un mundo cada vez más dominado por una cultura global dictada desde los Estados Unidos, batallando por el camino contra una cultura metropolitana más vieja que, contrariamente a las expectativas iniciales, está más presente que nunca en la región. La diferencia fundamental respecto al primer periodo colonial es que ahora son las grandes mayorías de las antiguas colonias quienes desean mantener el vínculo con los Países Bajos. Esto explica la estrechez de los límites dentro de los cuales se mueve el discurso y la práctica nacionalista. La ideología nacionalista de los primeros tiempos actualmente es casi obsoleta. Tanto dentro del Caribe holandés como dentro de su sociedad metropolitana, el futuro parece residir en la conservación ecléctica y el desarrollo de especificidades culturales antes que en una militancia política antiimperialista. Esta situación, que ciertamente no es única del Caribe contemporáneo, continuará sin dudas inspirando debates en los cuales los códigos clásicos del nacionalismo, con sus ilusiones de soberanía nacional estarán presentes, aunque solo como espectros más allá de su tiempo de vida real.

Notas

- ¹ Comunicqué por primera vez algunas de las ideas expresadas en este capítulo en un ensayo para *Caribbean Affairs* (Oostindie, 1992) y en mi discurso inaugural como Profesor de Estudios Caribeños en la Universidad de Utrecht (Oostindie, 1994).
- ² En este contexto, la asunción de Samuel Huntington de que el Caribe está dentro de la esfera cultural occidental dominada por los Estados Unidos es perfectamente razonable, aun cuando no nos adscribamos necesariamente al resto de su teoría (Huntington, 1993).
- ³ Lloyd Best, 1967: 28.
- ⁴ Manley, 1987.
- ⁵ Compárese Oostindie y Klinkers, 2003, particularmente el capítulo 8 para información cuantitativa.
- ⁶ El Estatuto de Westminster fue promulgado por el Parlamento británico en diciembre de 1931 como resultado de las Conferencias Imperiales de Londres en 1926 y 1930. Reconocía la plena igualdad de los dominios británicos con el Reino Unido y se establecía la Commonwealth, una libre asociación de estados soberanos que mantenían fidelidad a la Corona inglesa, pero no estaban subordinados a ella. Sus parlamentos podían rechazar cualquier ley del Parlamento británico si así lo decidían y promulgar leyes sobre todo tipo de asuntos internos. (*N. de la T.*)
- ⁷ Maingot, 1994: 228-249; Oostindie y Klinkers, 2003; capítulos 1-3 y 11. Entre los buenos compendios recientes sobre temas y políticas del desarrollo caribeño, basta mencionar Aldrich y Connell 1992 y 1998; Clarke 1991, Domínguez, Pastor y Worrell, 1993; Knight, 1990; Payne y Sutton, 1993 y 2001. Ramos y Rivera 2001; Tulchin y Espach, 2000.
- ⁸ Bernabé, Chamoiseau y Confiant, 1989; Burton 1993.
- ⁹ Para un análisis completo de las cambiantes relaciones dentro del reino, ver Oostindie y Klinkers, 2003; ver también el capítulo anterior en el presente libro.
- ¹⁰ Mintz, 1989: 37, 328.
- ¹¹ Ver también Oostindie y Klinkers, 2003; particularmente el capítulo 9 así como el capítulo siguiente en el presente libro.
- ¹² Las estadísticas generalmente empleadas en la estimación de la magnitud de la población inmigrante son, sin embargo, considerablemente

parcializadas. Cualquier persona que haya nacido en los Países Bajos de al menos un progenitor no holandés es contada como parte de esa población emigrante. Por lo tanto, un niño nacido y criado en Amsterdam, de madre bonaireña y padre holandés, es, para los efectos de la estadística, un emigrante. Las cifras empleadas en este capítulo se basan en Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 9.

- ¹³ A inicios de la década de 1960, la población total de Surinam en los Países Bajos era de solo 13 000. Una década después la cifra era la misma para la comunidad proveniente de las Antillas. Mientras que la inmigración surinamesa y curazoleña se aceleró posteriormente, el número de inmigrantes de Aruba, Bonaire y las tres Antillas holandesas de Barlovento ha seguido siendo moderado.
- ¹⁴ Con la excepción de los habitantes de las Molucas, quienes, por razones históricas, son un grupo atípico.
- ¹⁵ Louise Bennett tal como es citada en Duff 1990: 48:
- Qué feliz noticia, niña Mattie
Siento que mi corazón va a reventar
El pueblo de Jamaica coloniza
A Inglaterra a su vez.
[...]
¡Qué isla! ¡Qué gente!
Hombres y mujeres, viejos y jóvenes
Están recogiendo sus maletas y barriles
¡Y ponen la historia patas arriba!
- ¹⁶ Por ejemplo, Blakely, 1993.
- ¹⁷ Oostindie y Maduro, 1986. Cf. las ideas desarrolladas por Harry Hoetink sobre las «minorías exóticas» (Hoetink, 1973: 177-179, 191).
- ¹⁸ Oostindie 1990. Esta observación se aplica, obviamente, también al nacionalismo caribeño francés, e incluso, aunque en menor medida, al caso de las Indias Occidentales Británicas.
- ¹⁹ En los Países Bajos los dos principales grupos étnicos de Surinam (aquellos de procedencia africana e indostaní) están geográficamente divididos entre distintas ciudades y han propendido a organizarse sobre una base étnica más que sobre una nacional. Esto se aplica igualmente al tercer grupo étnico mayor, el de procedencia javanesa. Ver Choenni y Adhin, 2003: 62 para cifras relacionadas con el establecimiento de grupos étnicos en ciudades holandesas.

- ²⁰ Por ejemplo, Sansone, 1992.
- ²¹ Furnivall, 1945:163-164.
- ²² Ver Dew, 1978; Meel, 1990 y 1998; Oostindie, 1990; Jansen van Galen, 1995 y 2000.
- ²³ *Volkskrant*, 29 de septiembre de 1993. Ver también los textos del escritor neerlandés, nacido surinamés, Anil Ramdas (1992, 1994).
- ²⁴ Por ejemplo, la entrevista con el entonces primer ministro del PAR, Miguel Pourier, en *NRC Handelsblad*, 9-9-1994. Irónicamente, el PAR fue derrotado en 2003 por el Frente, el principal partido populista que haya surgido desde la revuelta de mayo de 1969. Es precisamente la dirección del Frente la que a través de los años ha tenido que enfrentar las acusaciones y, de hecho, las condenas por fraude.
- ²⁵ Römer 1974:53; la traducción es mía.
- ²⁶ Por ejemplo, *Social Science Encyclopedia* 1985: 267-269.
- ²⁷ Broek 1994: 23-26. El nombre de la organización nacionalista afrosurinamesa basada en los Países Bajos era *Wie Egie Sanie*, en sranan tonggo, para «Nuestras Propias Cosas». Como estas «cosas» procedían todas de reconstrucciones de un pasado afrosurinamés, el programa de *Wie Egie Sanie* no logró atraer a otros grupos étnicos (Oostindie, 1990: 245-250).
- ²⁸ Huender, 1993.
- ²⁹ En las relaciones con los Países Bajos, «raza» o color nunca están en la agenda pero están siempre presentes psicológicamente.
- ³⁰ De Bruinje y Schalkwijk 1994: 232-233. Ver Gobardhan-Rambocus, 2001 para la historia de la educación holandesa en el papel del idioma holandés en Surinam.
- ³¹ Ver Van Putte, 1999 y Fouse, 2002 sobre la historia social del papiamentu.
- ³² Nettleford, 1990: 250; 1988: 22.
- ³³ «Las computadoras no hablan creole» expresó el primer ministro de Santa Lucía, John Compton, citado en Frank, 1993: 46. Cf. Frank, 1993 y St-Hilaire, 2003 sobre Santa Lucía; Stuart, 1993 sobre Dominica. Junto a estos tributos a los creoles y dialectos locales, el informe de la Comisión de las Indias Occidentales, *Time for Action* (Hora de actuar), asimismo destaca la importancia de continuar e incluso expandir el uso del inglés en el Plan de Estudios de la Comunidad Caribeña. (West Indian Commission, 1993: 269-271, 306).

- ³⁴ Alofs y Merkies, 1990. Ver también el capítulo 4.
- ³⁵ Cf. la interpretación nacionalista de la historia de San Martín por Sekou 1996; también Rummens, 1991.
- ³⁶ Por ejemplo, la amplia cobertura de escritores caribeños en el tercer capítulo de la obra de Said, *Culture and Imperialism* (Said, 1993). Ver también Clifford, 1988: 175-181; Hannerz, 1992: 217-267. Para elogios de la cultura criolla en el Caribe contemporáneo, por ejemplo, Benítez Rojo, 1989; Bernabé, Chamoiseau y Confiat, 1989; Nettleford, 1988; West India Commission, 1993: 265-268. Para más enfoques críticos, ver, por ejemplo, Bolland, 1991; Trouillot, 1998. Dash (2001: 148) escribe incisivamente sobre «la poética triunfalista de la criollización y la hibridez».
- ³⁷ Bolland, 1992: 64. Quizás más que muchos otros estudiosos, Mervyn Alleyne (2002: 247-249) se muestra cautelosamente optimista en torno a la dinámica en curso de las sociedades caribeñas, que se mueven de un sistema semejante al de castas basado en la «raza» y en la etnicidad hacia sociedades en las cuales la clase social ocupa el primer lugar. Sin embargo, este autor añade que queda todavía un largo camino por recorrer.
- ³⁸ Cf. Anderson, 1983 y 1992; Hobsbawn, 1990. Sobre Malasia, ver Van Dijk, 2003. Sus citas de canciones patrióticas pulsán cuerdas muy familiares (Van Dijk, 2003: 38-39): «No segregación de raza, religión ni tradición,/ Una nación que viva en paz y armonía». Asimismo: «Malasia, tierra dichosa,/ Atractiva y hermosa/ Hogar de varios pueblos/ Que viven en armonía y felicidad».
- ³⁹ Oostindie y Verton, 1998; Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 11.

CAPÍTULO 6

Las engañosas continuidades de la diáspora

El 5 de mayo de 1995 fue un día especial: hacía cincuenta años que los alemanes habían capitulado, poniendo fin a cinco años de ocupación nazi de los Países Bajos. LaBreestraat (Calle Ancha), en el centro de mi ciudad de Leiden, devino el escenario donde bandas de viento, antiguas Harleys y jeeps desfilaban contra un fondo de *tableaux vivants* alegóricos a la ocupación. Entre estos marcharon los veteranos de guerra: británicos, estadounidenses y canadienses.

Pensé en Frank Koulen, quien también podía haber estado caminando por ahí si no fuera porque hacía diez años había fallecido. Nacido en New Nickerie, Surinam, en 1922, murió en Terneuzen, una localidad al sur de los Países Bajos, en 1985. Delinear su biografía parece bastante sencillo. Nació en una familia negra de clase obrera de padres ausentes: sus hijos fueron los primeros hombres en varias generaciones en transmitir el apellido familiar Koulen.¹ Fue criado por su abuela hasta la muerte de esta. Entonces su madre asumió la crianza, pero ella también murió poco después. Con once años para la fecha, terminó en el orfanato de la cofradía de los Hermanos Tilburg. Los Hermanos creyeron que tenía potencial y le facilitaron aprender un oficio antes de terminar sus estudios primarios. Se formó como técnico metalúrgico, pero Surinam no tenía mucho que ofrecer. En 1939, con dieciséis años, emigró a Curazao para trabajar en la refinería que Shell había instalado en la isla. Como la mayoría de sus compatriotas, vivió en el distrito Suffisant, más conocido en la época como «Suriname Dorp» (Pueblo Surinam). Fue ahí, y no en los Países Bajos, donde se escribieron los primeros capítulos de la historia moderna de la migración caribeño-holandesa.

En 1943, firmó un contrato de cinco años con la Marina holandesa.² Los marines se entrenaban en los Estados Unidos e Inglaterra antes de desplegarse en el frente de liberación de los Países Bajos. En septiembre de 1944, partieron rumbo a los Países Bajos. La ofensiva se detuvo justo al cruzar la frontera belga, en la parte zelandesa de Flandes, y no se completó hasta la primavera de 1945. Durante ese invierno, Koulen conoció a una joven de Terneuzen. Se casaron en 1947. Cuando nació el primero de sus siete hijos, Koulen estaba designado en Indonesia —en contra de su voluntad pero acatando la disciplina militar— donde los holandeses libraban su última guerra colonial. En 1949, cuando se le llamó otra vez a servir, solicitó que se le liberara del ejército por razones de principio y terminaron concediéndole una baja honorable. El resto de la historia es una variación del clásico tema del pobre que deviene un hombre exitoso. Como pequeño empresario y especialmente como la fuerza impulsora de próspero centro de jazz, Koulen se hizo de un nombre en Zelanda. En términos de educación y trabajo, sus hijos alcanzaron metas con las que su padre ni soñó durante su difícil infancia en Surinam. Regresó de visita a su país en 1980, pero a pesar del orgullo que sentía por su origen y raza, fue un encuentro decepcionante. El tan despreciado colonialismo había llegado a su fin, pero advirtió con tristeza que no podía aceptar lo que percibía como el aletargamiento y provincialismo de la vida surinamesa.

Mi implicación personal —Frank Koulen era mi suegro— no es la única razón por la que cuento esta historia. La narro aquí para introducir una reflexión sobre el contraste entre la primera etapa histórica del Caribe holandés y la actual, y la significación de esa prehistoria para los inmigrantes del presente. Sería bueno que bosquejos biográficos como el de Koulen fueran típicos en la historia de los caribeños en los Países Bajos, pero como lo sugiere el título de este capítulo, no es el caso. En segundo lugar, cada vez me cuestiono más si historias como la de Frank Koulen tienen algún significado para las masas de inmigrantes posteriores y para sus hijos. También en este sentido me he vuelto más escéptico. Y finalmente, la existencia de versiones diferentes, a menudo contradictorias, de esta misma historia, me han ayudado a darme cuenta de cuán cautelosos debemos ser a la hora de interpretar historias de vida individuales.

Estas reflexiones son los hilos que guían la trama de este capítulo. He tratado de encontrarles bases sólidas realizando el bosquejo de los eventos históricos y poniendo a prueba mis ideas al confrontarlas con los resultados de una modesta investigación «callejera» entre los caribeño-holandeses radicados en los Países Bajos.³

Preludio: los esclavos

Pero comencemos por el principio. La historia de los surinameses y antillanos⁴ en los Países Bajos data de los primeros años de la colonización; es la misma que puede contarse sobre todas las colonias caribeñas y sus metrópolis. Los indios que fueron llevados a la «madre patria» como curiosidades exóticas; los esclavos que los amos traían consigo como sirvientes y signo de estatus; las élites coloniales que se procuraban «refinamiento» trasladándose a los Países Bajos, y sus hijos que eran enviados a estudiar allí.

Nunca hubo muchos y en ese sentido la historia del Caribe holandés difiere de la de los países vecinos. En el siglo XVIII inglés el número de negros, principalmente de las colonias antillanas, se calculaba en por lo menos unas decenas de miles. La migración relativamente grande tanto de esclavos como de personas libres desde el Caribe francés incluso condujo a establecer restricciones legales de bastante envergadura. En cuanto a España y Portugal, grandes cantidades de africanos vivían allí mucho antes de la conquista. Esta población negra se vio ampliada cuando comenzó el flujo de esclavos hacia el Nuevo Mundo.

La presencia de personas de origen caribeño o africano en los Países Bajos era comparativamente insignificante. La mayor cantidad de negros provenía sin dudas de Surinam, seguidos muy de lejos por los provenientes de Curazao. No eran muchos. Aun durante el clímax de la economía plantacionista en Surinam en el tercer trimestre del siglo XVIII, apenas veinte esclavos y unos cuantos libres de color llegaban a la madre patria cada año, y la gran mayoría de ellos retornaba más adelante. Estas cifras fueron aún menores durante los periodos subsiguientes. Por ende, se debe concluir que con anterioridad al siglo XX la presencia de negros caribeños en los

Países Bajos era insignificante. El contraste con Inglaterra, Francia y los dos países ibéricos es claro. Esto no es difícil de explicar. Mientras que en esa época el centro de gravedad de los imperios coloniales de los otros países europeos se encontraba en el mundo Atlántico, el de los Países Bajos se encontraba en Asia. Los centros de comercio holandeses en África y las colonias esclavistas del Caribe siempre fueron de importancia secundaria.

Lo que resta de este periodo son rastros que se pierden y unas pocas anécdotas. He coleccionado y narrado muchas de ellas y disfruto hacerlo. Son historias bonitas, y si bien a menudo conmovedoras, no revisten gran importancia: El indio libre Erikeja Jupiter, quien declarara ante notario en Amsterdam en 1688 a favor de un soldado que había servido en Surinam como intérprete; la anónima esclava que fue llevada a los Países Bajos cerca de 1700 y se unió a la Iglesia Reformada, pero al regresar a su país, siete años después, retornó a sus creencias originales pues eran «mucho más agradables a los sentidos». Quasje, expulsado de Surinam por haberle vendido armas a los cimarrones, pero con el tiempo enviado de vuelta gracias a un juez que se conmovió de su pena por haber tenido que abandonar el país dos años antes de lo previsto «dejando atrás a su esposa, hijos y hogar». Huérfanos libres de Paramaribo que recibirían una educación protestante en un orfanato de Amsterdam y a quienes se les enseñó un oficio antes de devolverlos a su país. La historia del Quaco, el esclavo de John Gabriel Stedman, que tanto agradaba a su dueño que este lo llevó consigo a Europa para terminar obsequiándolo a la condesa de Roosendaal; la de la esclava Virginie, de Curazao, que libró una dura lucha a ambos lados del Atlántico para conseguir su libertad y la de sus hijos; la de J. J. Jonas, que nacida esclava, y «a pesar de su color oscuro», se superó en los Países Bajos hasta convertirse en una «dama bien educada que hablaba francés tan pura y fluidamente como la mejor parisina y era tan competente en alemán e inglés como en holandés». El hombre negro que patinaba sobre los canales congelados de Amsterdam, inmortalizado por el poeta alemán Freiligrath en su poema «Der Schlittschuh-laufende Neger» (1833).

Lo efímero y aislado de estos fragmentos del pasado contrasta marcadamente con episodios similares en otras partes. La experiencia inglesa es particularmente interesante en este sentido. La presencia masiva de esclavos caribeños en este país una y otra vez ponía en el tapete la pregunta de si era aceptable tener esclavitud en suelo británico. Esta pregunta se respondió negativamente en un juicio de prueba que se celebró en 1772. Aunque dicho veredicto no llegó a tener un carácter definitivo, el caso Somerset aún se tiene por un hito en el camino hacia la abolición de la esclavitud en las Indias Occidentales Británicas. Por si fuera poco, se produjeron algunas revueltas raciales durante este periodo en ciudades británicas. El simple hecho de que hubiera tantos antillanos en Inglaterra hacía imposible que la esclavitud pudiera pasarse por alto.

En los Países Bajos, por otro lado, la presencia de esclavos caribeños era tan limitada que nunca se formuló una política clara sobre su estatus. Hasta el último día antes de la abolición de la esclavitud, el primero de julio de 1863, los pocos esclavos que habían sido llevados a los Países Bajos por sus dueños no se procuraron una base sobre la cual reclamar su libertad. Su presencia casi invisible significó que los holandeses se vieron aun menos confrontados con la existencia de esclavitud en las colonias caribeñas. A diferencia de la situación en Inglaterra, la presencia de negros en los Países Bajos era apenas visible, desprovista de significación política o social y, por lo tanto, no aceleró la abolición de la esclavitud.

El éxodo y la ilusión de continuidad

Mientras que el arribo de esclavos finalizó formalmente en 1863, hubo continuidad en un tipo de inmigración diferente: la de la élite colonial. En su afán de trascender el estrecho horizonte colonial, y especialmente de procurarse una mejor educación, los surinameses y antillanos más solventes siguieron viajando a los Países Bajos. El motivo sigue siendo el mismo hoy día, y es una de las pocas continuidades en los tres siglos de historia de la migración. La diferencia radica en lo que vino después: el retorno, que durante algún tiempo

solía darse por sentado, devino gradualmente una perspectiva cada vez más lejana.

Desde el punto de vista estadístico esta historia caribeña en los Países Bajos pareciera poco más que una nota al margen en un extenso relato. El número de estudiantes caribeños que se educaron en los Países Bajos en los siglos anteriores rara vez excedió un puñado. La situación no cambió hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Hacia finales de la década de 1950 había unos pocos cientos de estudiantes antillanos, y particularmente surinameses; sus números se multiplicaron en el curso de las décadas siguientes. De todas formas las cifras se mantuvieron moderadas y el porcentaje de estudiantes dentro de la población caribeña en los Países Bajos de hecho disminuyó. No obstante, visto desde una perspectiva más amplia, la presencia de estudiantes caribeños en los Países Bajos adquirió una enorme importancia. Dada su educación, las élites coloniales se orientaban inequívocamente hacia la metrópolis. Además, paradójicamente, la experiencia de un periodo de estudio en Europa terminó desempeñando un papel fundamental en el desarrollo del nacionalismo surinamés de la posguerra —y en menor grado, lo mismo ocurrió respecto al nacionalismo antillano—. Más que la conciencia de la dependencia económica y tal vez constitucional, la inevitabilidad de un periodo de estudio en la madre patria ha dejado su marca en prácticamente todos los intelectuales caribeño-holandeses. Incluso el nacionalismo surinamés de las décadas de 1950 y 1960 y la independencia de la década de 1970 son impensables sin el intermezzo holandés de sus protagonistas.

Durante la primera mitad de este siglo «otros» surinameses y antillanos se encaminaron hacia los Países Bajos de forma incidental. Individuos emprendedores, en su mayoría hombres negros de la clase obrera surinamesa. Ellos también constituyen un surtidor de maravillosas anécdotas. Los «negros profesionales», especialmente músicos, que explotaron ingeniosamente el exotismo de su apariencia y sus talentos artísticos, venían existiendo desde el siglo XIX, cuando los surinameses, literalmente, podían ser exhibidos sin beneficio alguno para sí mismos. También había algunos marineros, obreros y dependientes. El más conocido de estos inmigrantes afro-surina-

meses es Anton de Kom. Nacido en 1898, De Kom llegó a los Países Bajos en 1922. Pronto se convirtió en un activista anticolonial y —en secreto— militó en el Partido Comunista, por lo que se convirtió en motivo de preocupación para las autoridades holandesas. Después de su regreso a Surinam en 1932, estuvo directamente implicado en algunas revueltas importantes que le acarrearón un exilio forzoso en el país del colonizador. En 1934 publicó su feroz denuncia del colonialismo holandés, *Wij slaven van Suriname* (Nosotros, esclavos de Surinam). Este libro hizo que De Kom se convirtiera en uno de los primeros en el Caribe —exceptuando a Haití y al Caribe hispano-hablante— en reescribir la historia de su país desde una perspectiva cabalmente anticolonial. En Moscú se publicó una traducción al alemán casi inmediatamente. Durante la guerra trabajó con la Resistencia Holandesa, arriesgando su vida por la libertad de una metrópolis que le había negado la libertad a su país natal. Descubierta, fue arrestado y deportado a Alemania. Este surinamés notable murió en el campo de concentración de Neuengamme el 24 de abril de 1945. La mayoría de sus familiares —su esposa era holandesa— viven en los Países Bajos, pero es la universidad de Surinam la que lleva su nombre, un legado del periodo de régimen militar de Desi Bouterse.

Hasta los años sesenta estos inmigrantes siguieron constituyendo casos aislados que generaban curiosidad. Frank Koulen era conocido como «el negro» en el pueblo portuario de Terneuzen: era el único. En 1946 el total de la comunidad surinamesa en los Países Bajos se calculaba en 3 000, y para 1966 en 13 000. El componente antillano no superaba unos pocos de miles. En comparación con la fase que le seguiría, pero también con la emigración masiva en otras partes del Caribe hacia los Estados Unidos y Gran Bretaña, el éxodo desde el Caribe holandés fue modesto. Esto puede explicarse en buena medida por el espectacular crecimiento económico de Curaçao y Aruba desde finales de los años veinte. Las refinerías de petróleo y los sectores que se expandieron alrededor de estas, crearon muchos empleos, tanto para la población local como para los inmigrantes; aquellos que compartían la ciudadanía (de Surinam y de las Islas de Barlovento) recibían tratamiento preferencial. El

auge petrolero no se agotó hasta finales de los años sesenta. Además, la economía surinamesa atravesó un fuerte periodo de crecimiento desde los años cuarenta gracias a la bauxita. Por otra parte, el mercado laboral holandés era débil. Incluso existía un claro excedente migratorio después de 1945. Esto vino a cambiar solo en los años sesenta, pero fue la época en que comenzó el reclutamiento de obreros de países mediterráneos. A diferencia de la situación en Inglaterra y Francia, en los Países Bajos apenas se reclutaban obreros caribeños.

Así, cuando el éxodo comenzó a finales de los sesenta, principalmente desde Surinam y más tarde también desde Curazao, no solo se produjo un cambio cuantitativo sino también cualitativo. Esto en parte fue posible por la creciente prosperidad de los Países Bajos y por la disponibilidad de transporte aéreo a precios cada vez más bajos. Por primera vez viajar y establecerse en la metrópolis fueron alternativas reales para muchos surinameses y antillanos. Esto a su vez estimuló la cadena de migración familiar y el consiguiente surgimiento de una comunidad caribeña lo suficientemente grande como para convertirse en el imán que atraía a aquellos que quedaban atrás.

Por ende, por primera vez la emigración a los Países Bajos superó la migración que se producía dentro de la parte caribeña del reino. Desde entonces la migración caribeño-holandesa sería extremadamente unidireccional; la meta era prácticamente siempre la relativamente segura madre patria. En cuanto a la situación en los Países Bajos, el exotismo desapareció y en cierto sentido también desapareció el heroísmo de la prehistoria en que los inmigrantes eran individuos audaces, músicos, nacionalistas. Los nuevos inmigrantes por primera vez constituían una especie de corte transversal de las sociedades de las que procedían. El excedente de hombres desapareció; la diversidad étnica de Surinam desplazó el antiguo predominio de los afro-surinameses; y la mayoría de los inmigrantes eran ahora de las clases populares. La educación y el trabajo aún eran motivo de inmigración. Sin embargo, particularmente aquellos que no habían tenido éxito en sus sociedades de origen se orientaban cada vez más hacia los beneficios sociales del estado de bienestar

holandés. Estos eran y son aún relativamente generosos; sin embargo, pronto se reveló que esto no era del todo positivo. Una parte de la actual población caribeño-holandesa depende de la seguridad social, lo que los mantiene en una llave paralizante. Otra ventaja que resulta igualmente ambivalente es el continuo crecimiento de la comunidad caribeño-holandesa. Las cifras crecientes y la concentración propiciaron el surgimiento de enclaves étnicos que funcionan como refugios en un mundo frío. Sin embargo, es precisamente esta nueva seguridad la que deviene a menudo un obstáculo fundamental en el camino hacia la integración exitosa y la movilidad social ascendente.

Y mientras tanto la comunidad caribeña en los Países Bajos ha continuado creciendo. La comunidad surinamesa hacia 2000 se calculaba en más de 320 000; la antillana, principalmente la de Curazao, había crecido hasta alcanzar 115 000 en la actualidad.⁵ Las estadísticas no solo se han hecho más sofisticadas, sino más problemáticas en varios sentidos. La práctica actual de clasificar la segunda generación como surinamesa o antillana tiene más que ver con las ideas de sus padres o de los holandeses blancos que con los sentimientos de muchos de los propios miembros de esta generación joven.

El crecimiento de la población surinamesa en los Países Bajos fue espectacular alrededor de la época de la independencia (1975). Establecerse y naturalizarse se ha vuelto mucho más difícil desde 1980, pero tanto la inmigración ilegal como la naturalización continúan. Además, la segunda y tercera generaciones crecen rápido. El grupo antillano, fundamentalmente de Curazao, aún consiste fundamentalmente en la primera generación, pero ya está emergiendo una segunda. Finalmente, la situación constitucional ha contribuido al fenómeno de que mientras la inmigración entre Curazao y los Países Bajos es bidireccional, la existente entre Surinam y su antigua metrópolis es en su mayor parte unidireccional. Este es otro resultado deprimente de la descolonización que no ha dejado de impactar negativamente el nacionalismo surinamés.⁶

La noción de «continuidad engañosa» debe resultar más clara ahora. Existe un cierto número de rasgos permanentes en la migra-

ción a los Países Bajos. Los caribeños han llegado a la madre patria desde los primeros años de la colonización. Siempre existió una fuerte orientación hacia la metrópolis. La reacción de los holandeses hacia los inmigrantes, predominantemente negros —asunto que aún no se ha abordado aquí— nunca estuvo exenta de problemas. Sin embargo, son las fisuras las que resultan más significativas. El número de inmigrantes ha devenido incomparablemente mayor y su presencia es permanente. Esto ha otorgado a la diáspora un significado completamente distinto, tanto en los Países Bajos como en el Caribe. El último punto está claro: los graves problemas de la independencia surinamesa se encuentran estrechamente conectados con el éxodo, y las comunidades isleñas antillanas también han sido profundamente afectadas por la magnitud de la emigración. En los Países Bajos la magnitud de la diáspora y el alcance de sus efectos se tradujeron en actitudes más reservadas hacia los inmigrantes caribeños.

Las cosas difícilmente podían haber ocurrido de otra manera dados los profundos cambios que experimentaron los Países Bajos durante la posguerra. A la primera ola de inmigración desde Indonesia le siguió en la década de 1960 el flujo predominantemente espontáneo de inmigrantes caribeños y mediterráneos, el cual fue inicialmente organizado desde los Países Bajos. En etapas más recientes la población «extranjera» se ha visto ampliada por asilados de varios continentes. Ya en el 2000, cuando estos «recién llegados» constituían el 10 % de la población, los Países Bajos estaban convirtiéndose en una sociedad multiétnica, gústelos o no. Ello ocurría particularmente en las grandes ciudades, donde más del 30% de la población y la mitad de los jóvenes fueron clasificados como de origen extranjero.

Desafortunadamente a partir de este punto existen bases sólidas para hablar del surgimiento de una subclase étnica. En términos de una serie de criterios socioeconómicos, la población «extranjera» se ha quedado detrás de la «nativa», y aunque existen grandes diferencias dentro de los diversos grupos étnicos, en general la brecha entre los «extranjeros» y los «nativos» es amplia y no se avizora que disminuya. El hecho de que este fenómeno cobre formas menos

dramáticas en los Países Bajos que en muchos otros países receptores, se encuentra estrechamente relacionado con la red de seguridad de servicios sociales que aún cubre todos los aspectos de la vida. Sin embargo, este tipo de intervención del estado ha tendido a enmascarar más que a evitar la marginalización de una gran cantidad de holandeses nuevos. Con la actual contracción del estado de bienestar, también ellos están experimentando cuán precaria es la dependencia de una mano que como mismo da, quita.

La situación de la diáspora caribeño-holandesa sale ganando en una comparación con las condiciones generales de los llamados inmigrantes no occidentales en los Países Bajos. Existe una clase media bastante grande, y según los principales indicadores socioeconómicos, la posición de los ciudadanos holandeses de origen parcialmente caribeño es más ventajosa que la de los otros dos segmentos mayores de inmigrantes: los turcos y marroquíes. Sin embargo, es comprensible que los surinameses y antillanos no comparen su situación con la de otros inmigrantes sino primordialmente con la de los holandeses «nativos», y entonces el panorama resultante ya no es tan bonito. Por demás, existe un cierto grado de xenofobia y racismo entre la población nativa; y aunque aún se discute sobre su magnitud real, es innegablemente más pronunciado que en décadas anteriores. Este es el fondo contra el cual se debe visualizar la preocupación y a menudo la ira o el desencanto de los caribeño-holandeses que residen en la metrópolis. Desde el punto de vista material puede que lleven una vida mejor que la que tendrían en el Caribe, pero para muchos no es en absoluto satisfactoria dados los nuevos estándares locales, de los cuales se han apropiado —para no mencionar el hecho de que muchos echan de menos la satisfacción, aprecio y felicidad que anhelaban encontrar en «el paraíso de Orange».

La situación resultante de la reciente inmigración a gran escala ha confrontado a los Países Bajos con «el otro» como nunca antes. Mientras que los italianos aún eran considerados bastante exóticos alrededor de 1960, desde entonces las fronteras se han extendido (para los «europeos»), pero por otra parte, a los extranjeros se les ha hecho más difícil convertirse en «holandeses». Una vez más, esto es mucho más fácil para un antillano o para un surinamés que para un

turco o para un marroquí —como claramente lo muestran las relaciones interétnicas y los matrimonios— pero es indiscutiblemente más difícil que antes. Es esta tendencia la que en ocasiones provoca tanta amargura en los inmigrantes caribeños más viejos respecto a la situación actual y la que hace virtualmente imposible que una generación joven de holandeses negros creen que las cosas fueron realmente mejores en el pasado.

Interpretaciones

Si las fisuras son más claras que la continuidad de la historia migratoria, es natural preguntarse qué es lo que la primera etapa histórica puede significar aun para las generaciones actuales de caribeño-holandeses. No tiene mucho sentido formular esta pregunta respecto al pasado más distante; las respuestas se esconden demasiado lejos en el tiempo. Claro que podemos preguntarnos cómo habrían sido las experiencias de los primeros inmigrantes que vivieron en una era «diferente». Uno se pregunta ¿cómo se sintieron en la metrópolis aquel esclavo surinamés, aquel niño curazoleño de un /una *shon* (en papiamento equivale al tratamiento de respeto Don, en español) y su muchacha esclava, los hijos de la élite colonial? ¿Cómo fueron percibidos y tratados? Se puede especular sobre ello pero difícilmente se pueda afirmar algo serio al respecto. Los viajeros de las élites apenas han dejado rastro escrito. Todo lo que quedó para los que vinieron después son algunas anécdotas aisladas y el ocasional testimonio. Solo la historia reciente ha venido a dejar un abundante rastro de papelería burocrática y personal. Además, el hecho de que la historia todavía se esté escribiendo, significa que aquellos que participaron aún pueden hacerse escuchar.

En 1985 realicé una investigación histórica sobre los surinameses en los Países Bajos. Mi investigación se detenía en 1954 —un límite arbitrario excepto en el sentido constitucional—. ⁷ Tuve muchas conversaciones con surinameses mayores que habían estado viviendo en los Países Bajos por muchos años. Al mismo tiempo, mi colega Emy Maduro entrevistó a antillanos de mayor edad. Los resultados de estas entrevistas permitieron trazar los contornos de la vida

caribeña en los Países Bajos entre los años treinta y sesenta. En breve, fue un periodo durante el cual los holandeses rara vez entraban en contacto con los caribeños o los no-blancos. La rareza de tales encuentros solía tener resultados favorables. Sin dudas, la cultura europea estaba permeada por el etnocentrismo y el sentido de superioridad respecto a lo no-occidental. Los Países Bajos no eran la excepción y ello se ponía de manifiesto en la actitud hacia los inmigrantes de color. De cualquier forma, los pocos encuentros que sí tuvieron lugar se caracterizaron por la ingenuidad y la curiosidad más que por la hostilidad, según palabras de nuestros entrevistados. Investigaciones adicionales en las que se usó la prensa y los archivos del gobierno introdujeron algunas nubes en este cielo relativamente despejado, pero no alteraron sustancialmente la imagen. Así, los diversos entrevistados dieron testimonio de memorias por lo general agradables. «En general se nos trataba bien, aunque puedo mencionar también algunos incidentes molestos. Afortunadamente, no eran muy comunes. En último caso, a los surinameses de entonces les fue más fácil que a los de hoy». Y así sucesivamente, a menudo seguido de una diatriba contra «algunos surinameses» que «ensucian la reputación del resto». Mi colega curazoleña obtuvo testimonios similares de sus entrevistados.

¿Cuáles eran estos contornos? Lo que nos asombra hoy día al escuchar estas historias es el provincianismo de los Países Bajos en las décadas intermedias del siglo xx —poniendo a un lado el periodo de la ocupación alemana que constituye en sí toda una historia aparte—. Estas historias revelan la falta de familiaridad de los holandeses con los «extranjeros», especialmente con los de piel oscura. La constante confusión entre caribeños e indonesios. La idea de que los negros solo vivían en África y los Estados Unidos y no en el imperio colonial holandés. Los mitos y expectativas en relación con las características típicas del negro, desde su particular talento musical hasta sus dotes sexuales. Las ingenuas observaciones sobre la pigmentación de la piel («¿No se destiñe?»), la dentadura y el cabello. Y, además de esa falta de familiaridad, un amplio rango de actitudes que oscilaban desde la fascinación contemplativa hasta la irritación disimulada —aunque muchos de los entrevistados insistieron en que había más de lo prime-

ro que de lo segundo. «¿Curiosidad bien intencionada?»—les preguntaba a veces y ellos solían asentir.

Cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que es precisamente la cualidad provinciana y protegida de la vida en los Países Bajos en esa época —no que ahora, por cierto, sea particularmente cosmopolita— la que ayuda a explicar el tono predominantemente positivo de estos recuerdos. Todo parece indicar que la falta de familiaridad se convertía fácilmente en aceptación una vez que el otro era asumido como uno de los nuestros. A pesar de todas las diferencias externas, este era un paso fácil cuando se trataba de emigrantes de las colonias caribeño-holandesas. Hablaban holandés, especialmente los surinameses. Por lo general pertenecían a la clase media colonial, con una fuerte orientación hacia la cultura de la metrópolis. Y a menudo podían integrarse a subgrupos culturales con un cierto sentido de seguridad. Los católicos de Curazao retomaron su vínculo con los Hermanos católicos de Tilburg y las universidades católicas del sur, mientras que para los estudiantes surinameses de antecedentes moravianos fue relativamente fácil relacionarse con la Universidad Libre Protestante. De igual forma, Anton de Kom encontró un espacio en el movimiento comunista que lo reconoció como «uno de nosotros». Como también era natural que los marines apostados en Terneuzen recibieran la asistencia de los pobladores que ellos acababan de liberar. Un ejemplo de tales amistades es la que entablaron el negro, «aunque católico», Frank Koulen y el carnicero de la villa. En vistas de que el invierno se acercaba, este le pidió a una joven vecina que le tejiera un abrigo al soldado; y esa muchacha terminó siendo su esposa. El encapsulamiento protector implicaba una tendencia a aceptar a las personas de situación social similar o a las personas con nociones ideológicas o religiosas semejantes, a pesar de lo que inicialmente se veían como diferencias dominantes. Este margen de apertura creó las condiciones para un cierto nivel de predictibilidad y seguridad para todos.

A esta imagen casi idílica debe añadirse una pizca de sal. Primeramente, debe plantearse que, sin importar cuán bien intencionados pudieran haber sido algunos holandeses, el aislamiento siempre fue uno de los factores que determinaron la experiencia caribeña.

No fue hasta la década de 1950 que las asociaciones surinamesas gradualmente comenzaron a lograr parte de la importancia que habían tenido en Surinam. De hecho, sin embargo, no fue hasta la década de 1970 en el caso de los surinameses, y en la de 1980 el caso de los curazoleños, que estos pudieron hacer gala de algo parecido a una cultura propia en suelo holandés. Inevitablemente, el aislamiento de los primeras etapas había creado en ocasiones un sentido de soledad, para los primeros más que para los segundos. Sin embargo, debe haber algo más que recordar, y esa parece ser la parte más difícil. El aislamiento y la soledad no se pueden reconstruir a partir de archivos, y lo mismo ocurre con los sentimientos de aceptación o de no aceptación. Las entrevistas a surinameses o a antillanos pueden brindar más información sobre este particular, pero ¿cuánto están dispuestos a contarle a un entrevistador—en mi caso, a un hombre blanco holandés—; cuán confiables son sus memorias, y según las posiciones que asumen actualmente, cuán deseosos están de minimizar o magnificar sus recuerdos?

Mi propia experiencia con este conjunto de preguntas me ha hecho más escéptico, no tanto respecto a la posibilidad de reconstruir los hechos, ni siquiera respecto a la de registrar las emociones, sino a cómo evaluarlos. Cada historia individual de vida, cada descripción individual de lo que ocurrió o de cómo se experimentó en determinado momento, es una construcción que no solo varía de un individuo a otro, sino que depende en igual medida del contexto en el cual el recuerdo es contado, de la distancia temporal entre el recuerdo y el hecho recordado y del público al que uno espera llegar. Permítaseme aclarar esto con algunas observaciones en relación con las historias sobre Frank Koulen. Mientras estuve recogiendo la historia de su vida, entre 1984 y 1985, sostuve conversaciones básicamente con él y con una de sus tres hijas. Después de su muerte, en 1985, cuando llegué a conocer mejor a su familia, me sorprendieron las discrepancias entre sus testimonios, y comencé a hacerme preguntas diferentes. Aquí las someto a su consideración:

El grado de aceptación mostrado por los holandeses es siempre un asunto clave, aún más que los sentimientos que esto evoca en el «objeto» y que son tan difíciles de analizar. Aparentemente no se

puede dar por sentada ninguna conclusión. Un apodo como «el negro» inmediatamente indica que el entorno blanco apenas logra pasar por alto la diferencia de apariencia física. Pero «apenas» no es lo mismo que nunca. Y, ¿era «el negro» una designación meramente neutral, como «pelirrojo» o «piernas-largas»; era un término denigrante, o acaso afectuoso? ¿Qué era más característico: el hecho de que la mujer blanca quisiera casarse con este hombre negro y que se lo permitieran, o que algunos miembros de su familia se opusieran? ¿Es significativo que algunos de estos hayan cambiado completamente de idea poco después? ¿Cómo explicar que los varios hijos de esta familia muy unida, —todos de color, únicos en Terneuzen en la época— tengan visiones tan diferentes sobre estos asuntos, y recuerdos tan distintos de su infancia? ¿Cuál es la relación entre su recuerdo actual y sus propias experiencias posteriores, que en el caso de unos tuvieron como escenario los Países Bajos, otras partes de Europa e incluso la lejana Nueva Zelanda, y en el de otros también, o incluso predominantemente, áreas tan sensibles al color como el Caribe y los Estados Unidos? ¿Y por qué su madre blanca a veces tiene recuerdos tan divergentes?

Tal vez yo mismo pueda responder algunas de estas respuestas, pero las pongo sobre el tapete para enfatizar lo cuidadoso que hay que ser cuando se interpretan todas las historias migratorias individuales. Resulta obvio que no se trata de una sola historia, sino de una enorme colección de historias y que la búsqueda de la historia típica tiene sentido solo hasta un punto. Quizás podríamos lograr reconstruir algo así como un denominador común de experiencias; pero los sentimientos que las acompañan no pueden reducirse a una colección significativa de experiencias del mismo tipo. No obstante, lo que sí podemos y debemos hacer es reflexionar sobre las formas en que se le puede hacer justicia a historias en gran medida divergentes. Para ello, un primer requisito es registrar y procesar un gran conjunto de datos y entrevistas. A su vez esto exige aprender a localizar en estas historias variables como la etnicidad, la nacionalidad, el género, la generación, la clase, el parentesco, la duración de la estancia, el grado de éxito en el nuevo contexto. Aun entonces, la tarea

más difícil sería probablemente la de localizar el espacio entre lo que se narra y lo que se siente.

Otra observación en este sentido: los que investigan la inmigración caribeña tienden a concentrarse en los inmigrantes, pero solo como último recurso componen una narración en la cual sus experiencias y sentimientos son colocados en un marco más amplio. A estas alturas ya nos hemos dado cuenta del hecho de que los inmigrantes tienen su propia historia. Al mismo tiempo, sin embargo, existe la tendencia a pensar en los clásicos términos bipolares cuando se lidia con la pregunta de dónde es que se encuentran las historias «reales». En este sentido el enfoque investigativo que alguna vez adopté ahora me resulta ingenuo. Es particularmente inapropiado cuando se escribe sobre los primeros inmigrantes, quienes, al menos en los Países Bajos escogieron parejas blancas casi por definición —era más fácil que en Inglaterra y mucho más que en los Estados Unidos— y que por lo tanto tuvieron hijos de «raza mezclada».⁸ Parece aconsejable ser menos doctrinario en esta área que nuestros estadísticos, quienes con sus habilidades de cuantificación pulen el principio racista estadounidense de que blanco más negro es igual a negro. Los estadísticos establecieron su clasificación sobre la base de consideraciones honorables, pero como historiadores es mejor para nosotros intentar representar la vida en su diversidad real. Esto implica, entre otras cosas, que debemos conversar más seriamente con el compañero blanco de la pareja y las personas de su entorno, y no apresurarnos a representar a los hijos como caribeños, cuando ellos mismos pueden sentirse más británicos, franceses u holandeses.

«Figuras de circo»

En 1986 la historiadora curazoleña Emy Maduro y yo publicamos el primer libro sobre la historia de la comunidad caribeña en los Países Bajos. Se publicó a la par de un volumen sobre la historia de los indonesios en la metrópolis.⁹ *In het land van de overheerser II: Antillianen en Surinamers in Nederland, 1634/1667-1954* (En el país del colonizador: antillanos y surinameses en los Países Bajos, 1634/1667-1954) recibió una publicidad bastante amplia. Se ven-

dieron unos dos mil ejemplares, una cifra considerable para el mercado de habla holandesa. Las reseñas, escritas fundamentalmente por personas externas al proyecto, y las reacciones personales, principalmente provenientes de los implicados en este, fueron en su mayor parte favorables. En aquel tiempo todo eso producía la impresión de haber contribuido no solo a la historiografía sino también a la construcción de conciencia y al mejoramiento de la imagen de los grupos investigados.

En la actualidad me resulta más fácil cuestionarme la moderada euforia que experimenté en aquel momento. ¿Quién leyó el libro y estuvo satisfecho con él aparte del público lector holandés que no sabía nada sobre esta historia con anterioridad? Básicamente, ahora creo que fueron grupos relativamente pequeños de surinameses y antillanos. En primer lugar, aquellos directamente implicados, que ahora podían leer y hacer que otros leyeran la historia olvidada en una narrativa que, a pesar de la necesaria distancia académica, resultaba bastante halagüeña. La imagen en la que las generaciones más viejas se reconocían a sí mismas era la de estudiantes serios, trabajadores laboriosos, quienes eran por lo general bien tratados pero que por supuesto no incurrían en la más mínima provocación para ser tratados de otra manera. También estaban satisfechos porque no eran descritos como holandeses blancos, sino como gente orgullosa de sus orígenes y que al mismo tiempo podían convivir perfectamente con un estilo de vida moderno holandés.

Con una orientación política más definida, los nacionalistas surinameses y antillanos también se podían sentir bien servidos por el libro. Claro que el título ayudaba, y el libro prestaba bastante atención a las victorias nacionalistas de la diáspora; a la agitación previa a la guerra contra el racismo y el fascismo, a la espectacular carrera de Anton de Kom, al sufrimiento y la resistencia durante la ocupación alemana, y al nacionalismo político y cultural de la posguerra. Y también estaban las secciones dedicadas al periodo de la nefanda esclavitud, que por su puesto, una vez más mostraba cuánto dependían los esclavos de sus dueños, pero también incluía historias de habilidosos esclavos y esclavas que como unos auténticos Anansi/Nanzi obtuvieron su libertad contra todos los pronósticos.¹⁰

Una vez que termina el agasajo, uno comienza a darse cuenta de que, no solo por cuestiones de distribución, sino también por el interés del tema, *In het land van de overheerser* llegó básicamente a un pequeño grupo de los más directamente implicados, de jóvenes intelectuales y a un público holandés muy limitado. La ausencia de un seguimiento más abarcador o más profundo por parte de otros constituye un indicador de ello. Los temas de las pocas publicaciones mayores que sí aparecieron sugieren lo mismo: un conjunto de memorias de Anton de Kom, otro con fragmentos de la historia del nacionalismo surinamés en los Países Bajos, un trabajo periodístico lleno de anécdotas sobre «el primer negro» en cuanto oscuro rincón holandés, la biografía de un jazzista surinamés que prefería ser presentado como un negro *estadounidense* (aún más exótico).¹¹ Entonces apareció el catálogo de una controvertida exposición de imágenes de negros realizadas por europeos, en el cual ese tema de *In het land van de overheerser* (En la tierra del colonizador) se trataba más detalladamente y en un tono mucho más asertivo, así como el libro de Allison Blakely, *Blacks in the Dutch World* (Negros en el mundo holandés), que trataba el mismo asunto con un distanciamiento mucho mayor. Los dos últimos estudios ponen en el tapete la pregunta de hasta qué punto las expresiones culturales analizadas en ellos realmente reflejan el desarrollo de una cultura holandesa —¿monolítica?— y de si tiene sentido hablar sobre reacciones nacionales a un fenómeno —la presencia de negros o imágenes de negros— que era completamente marginal en los Países Bajos hasta hace unas pocas décadas.¹²

El pequeño número de otras publicaciones y su impacto aparentemente modesto, confirmó mis dudas sobre la importancia de publicaciones de este tipo, incluidas las mías. ¿Qué conocen los caribeño-holandeses hoy día sobre su «prehistoria»? ¿Qué importancia le conceden? Como parte de una encuesta mayor, a un grupo no selectivo de holandeses de origen surinamés o antillano se les preguntó qué sabían sobre esa historia inicial.¹³ Los resultados confirmaron mis dudas rotundamente. La gran mayoría de los entrevistados pensaba que la historia caribeña en los Países Bajos no había empezado hasta la posguerra. Solo una ínfima minoría conocía

que en el pasado se habían llevado esclavos surinameses y antillanos a la metrópolis. Precisamente un pequeño número de surinameses altamente comprometidos describió a la primera generación de inmigrantes como «un puñado de figuras de circo», aludiendo con ello a las exposiciones coloniales de fines del siglo XIX con sus áreas para los «nativos», o a los llamados «negros profesionales» del siglo XX. La prehistoria no ofrece un punto de referencia para los surinameses de origen indostano-británico o javanés: la diáspora de «su» grupo comenzó en los años setenta, y apenas guarda relación alguna con los asuntos del nacionalismo criollo. Además, no existe una transferencia organizada de la historia de los inmigrantes. Las pocas historias que se cuentan permanecen dentro de un círculo pequeño que suele ser étnicamente homogéneo. Hasta la fecha se han realizado unos pocos esfuerzos mediante la televisión y la radio por colocar la historia de los inmigrantes en una perspectiva histórica.

Es difícil evitar esta conclusión: no estás muerto hasta que te olvidan. La historia de Frank Koulen y de todos los otros inmigrantes iniciales que permanecen en el anonimato, pervive mientras sus parientes inmediatos y amigos sigan hablando de ellos. Pero al mismo tiempo sus historias —y esto es especialmente cierto respecto a las historias de los esclavos del siglo XVIII o a los estudiantes del XIX— no parecen revestir absolutamente ningún interés para la mayoría de los caribeño-holandeses de hoy día. La ruptura actual en la historia migratoria, que comenzó alrededor de 1970, ha dejado su marca en la memoria de la diáspora.

Una diáspora multifacética

Entonces, si según la experiencia de la mayoría de los caribeño-holandeses las raíces de la diáspora datan de solo un par de décadas, ¿podemos siquiera hablar de una «historia»? No aludo con esto a la enconada y fútil disputa entre historiadores y otros científicos sociales sobre quién es el legítimo propietario del objeto de investigación. Sin embargo, no podemos ignorar la conclusión de que estamos

lidiando con una historia que solo comienza y cuya dirección no está en absoluto clara. Lo que se estudia en un contexto británico-caribeño es una historia que abarca muchas generaciones, una historia cuyos contornos han cristalizado gradualmente: la bifurcación hacia Inglaterra y los Estados Unidos/Canadá, los grados variables de éxito en ambas direcciones, los grados de circularidad de la migración y las diferencias en comportamiento y experiencias de las diversas generaciones involucradas.

La diáspora del Caribe holandés aún carece de contornos bien definidos. Existe alguna claridad en relación con cuáles temas han sido analizados hasta el cansancio por los científicos sociales: la movilidad social, la posición en el mercado de trabajo y la participación en la educación. La imagen que emerge de esta investigación ofrece motivos para preocuparse por algunos aspectos, pero al mismo tiempo da testimonio de las grandes diferencias dentro de ese grupo poblacional nada uniforme que es el caribeño-holandés. El factor étnico parece recibir cada vez más atención en estos análisis —y merecidamente—. ¿De qué otra manera podría ser? Aun cuando es posible llevar a cabo una investigación de orientación histórica, no hay manera de eludir el hecho de que la diáspora caribeño-holandesa en realidad se fracciona en grupos grandemente divergentes: el curazoleño y surinamés de origen africano y el indostano-británico y javanés habitan en esferas sociales en gran medida diferentes entre sí. En este sentido la diáspora británico-caribeña es considerablemente más homogénea, a pesar de las diferencias de carácter de cada una de las islas, tan a menudo descritas meticulosamente.

Algo que resulta ilustrativo de la importancia de estos contrastes étnicos son las indicaciones de que en términos socio-económicos, el grupo indostaní surinamés es el más exitoso, o al menos, el que está ganando terreno, en comparación con su contraparte afro-caribeña. Como cabe esperar, estos contrastes son divulgados con entusiasmo por los propios intelectuales de este grupo.¹⁴ Además, en relación con el uso del tiempo libre y a las relaciones afectivas, la disparidad que tipifica la sociedad surinamesa continúa, e incluso se refuerza, en los Países Bajos. Ciertamente, la «raza» no es el úni-

co factor en este proceso. Aún existe una brecha enorme entre el mundo afro-surinamés y el afro-curazoleño. Las diferencias culturales entre los dos grupos se expresaban tradicionalmente en la ininteligibilidad mutua de sus lenguajes específicos; es decir, el sranan tongo y el papiamento. La elección de lengua que se haga en la diáspora podría terminar reduciendo esta separación, irónicamente, gracias a la lengua del colonizador. Por el momento este proceso transcurre muy lentamente. Mientras que el holandés, con todas sus variaciones surinamesas, está ganando terreno entre los afro-surinameses a expensas del sranan tongo, en su comunicación interna los curazoleños se aferran al papiamento: esa marca inconfundible de su propia cultura.

También en otros sentidos es fútil imaginar la diáspora caribeño-holandesa como una entidad uniforme. El hecho de que la historia antillana en los Países Bajos ha sido breve, aumenta su orientación hacia el «allá». Los caminos divergentes que han tomado los cambios constitucionales también han tenido un efecto directo y doloroso en la migración. El hecho de que las Antillas Neerlandesas han preservado su status poscolonial le garantiza a los antillanos tanto un nivel de vida comparativamente alto como el derecho a la libertad de movimiento entre las dos partes del Reino, así como el de establecerse en cualquiera de estas. Es por lo tanto poco sorprendente que exista un alto nivel de ida y vuelta en el caso de los inmigrantes curazoleños. El contraste con Surinam es marcado. No solo han disminuido drásticamente los niveles de vida y las expectativas económicas en las décadas posteriores a la independencia, sino que esta proclamó el fin de la posibilidad de establecerse libremente en cualquiera de los dos países. La prolongada crisis de la república se ha traducido en el hecho de que muy pocos retornan a Surinam. La nueva relación constitucional también dificultó cada vez más la emigración legal hacia los Países Bajos; de ahí el creciente número de surinameses que abandonan ilegalmente el país hacia la antigua metrópolis.

¿Dónde está la casa?

¿Cuán importante es el «allá» hoy día para los caribeño-holandeses y hasta qué punto los surinameses y antillanos difieren en la forma en que piensan y hablan? En 1995, traté de hallar la respuesta a estas preguntas mediante una investigación «ambulante» que involucró algo más de cien surinameses y antillanos —en absoluto una muestra representativa, pero suficiente para obtener una indicación—. Cuando se les interrogó sobre dónde vivían sus parientes cercanos, más de la mitad contestó que en su mayoría vivían en los Países Bajos, y una cuarta parte contestó que sus parientes vivían «allá». Como cabía esperar, en este segundo grupo predominaban los antillanos —eran de hecho el doble—. Para estos antillanos, por lo tanto, la palabra «familia» aún refería primordialmente al «allá», fase que los entrevistados surinameses habían trascendido hacía tiempo. Sin embargo, desde entonces la proporción de curazoleños que viven «allá, en casa» y en la metrópolis ha variado drásticamente y actualmente es casi equiparable con las cifras surinamesas: del 55 % al 60 % vive en el Caribe; del 40 % al 45 % en los Países Bajos.

Sin dudas, el lugar de residencia de los parientes cercanos provoca una afinidad natural y en este sentido es impresionante hasta qué punto los surinameses holandeses entrevistados se encuentran enraizados en los Países Bajos. No obstante, esto no significa que hayan olvidado a sus parientes y amigos de ultramar. No se apreciaron diferencias significativas entre los dos grupos en cuanto a la frecuencia de las llamadas telefónicas; el número de surinameses que ya casi no escribía cartas sí fue alto en esta muestra. Tampoco se vieron diferencias significativas en el número de visitas. Por otra parte, la mayoría de los surinameses afro-caribeños en particular refirieron que enviaban paquetes de comida y dinero regularmente. El hecho de que Curazao goce de una situación económica mucho más favorable probablemente explica por qué este apoyo directo no desempeña ningún papel significativo en el circuito antillano-holandés.

Otra cuestión es la de la afinidad que los caribeño-holandeses sentían por el «aquí» y el «allá». Una vez más, la muestra sugería que los surinameses, especialmente la generación más joven, se identifi-

caban más con su nueva patria que los antillanos, pero en ambos casos esta tendencia seguía siendo ambivalente. Otras preguntas confirmaron la obvia suposición de que la mayoría de ellos sentía una gran afinidad con sus «compatriotas». En general, también expresaron afinidad con sus «compatriotas» en los Países Bajos; esta afinidad era extensible en menor medida a otros caribeño-holandeses de procedencia distinta. Al mismo tiempo, sin embargo, la tendencia de surinameses y antillanos en esferas de la intimidad como la elección de pareja, parecía estarse desplazando hacia la elección de compañeros holandeses, hasta el punto de igualar o incluso sobrepasar, la elección de parejas de su mismo origen; un giro que se confirma al transitar por la calle actualmente. La escasa investigación cuantitativa existente corrobora esta impresión, con la importante acotación de que esto ocurre básicamente entre los afro-caribeños y en mucha menor medida entre los surinameses de origen indostaní.¹⁵

Finalmente, la amarga realidad de las diferencias en los niveles de vida «allá» fue directamente expresada cuando se abordaron las expectativas de regresar algún día. La mayoría de los antillanos suponían que regresarían. Esto era considerablemente más complejo para los surinameses. Una gran mayoría respondió que lo harían (establecerse en Surinam en el futuro), pero casi todos en este grupo ponían como premisa para materializar ese deseo toda una serie de condiciones de difícil cumplimiento. La realidad de las cifras migratorias indica que estaban expresando un deseo o dando una contestación socialmente deseable antes que expresando una auténtica expectativa.

Los resultados de esta discreta encuesta apuntan a varias diferencias bien definidas entre curazoleños y surinameses. Por otra parte, ni el género ni la generación parecían desempeñar un papel importante en esta muestra, como tampoco lo hacía el origen étnico de los surinameses. Mientras que ambos grupos conservaban un sentido de afinidad con el país de nacimiento y con sus compatriotas tanto en los Países Bajos como en el Caribe, es mucho menos probable que el deseo de retornar de los surinameses expresara la consciencia de una opción real. Esta diferencia no puede explicarse primordialmente

en términos de la posición mucho más favorable de la que gozan los surinameses en los Países Bajos, sino en relación con la difícil situación en el propio Surinam. Cabría esperar que la orientación hacia el «allá» disminuiría a medida que se exploran las generaciones más jóvenes. El hecho de que esto no se haya manifestado claramente hasta una encuesta de 1995 indica que la generación de origen surinamés hasta ese momento se sentía comprometida con su país natal, pero que al mismo tiempo la orientación entre las generaciones mayores de surinameses se había desplazado en dirección al *Bakrakondre*, que en sranan tongo significa «país del hombre blanco». El hecho de que esto se diera mucho menos entre los antillanos se debía en parte a la situación más favorable de su isla. Además, es relevante que la emigración antillana a Ulanda haya comenzado más tarde y haya sido de menor magnitud —la isla era aún para ellos el «Paraíso de ultramar», mientras que los surinameses habían perdido su El Dorado hacía mucho tiempo ya.

Las vidas de estos inmigrantes, y especialmente la de sus hijos, aún están firmemente orientadas, dentro de un rango enorme de gradaciones, hacia el «aquí» y el «allá»: hacia un trasfondo caribeño y una metrópolis que nunca antes había tenido un significado tan concreto. Uno podría verse tentado a olvidar que esta orientación se ha mantenido notablemente limitada. A pesar de que muchos han encontrado su camino en los Países Bajos, para muchos *Bakrakondre* o *Ulanda* (Holanda) no ha logrado en absoluto abrir la puerta que buscaban hacia el éxito social o el desarrollo personal. Las estadísticas sobre el mercado laboral, la educación, la vivienda, etc. apuntan en la misma dirección que las que reflejan el consumo de servicios médicos o la criminalidad: aún falta mucho por avanzar, y no solo para la última ola de inmigrantes procedente de Curazao. Por ende, muchos caribeño-holandeses negarían que los Países Bajos fueran el mejor camino. De cualquier forma, haber optado por un destino diferente apenas reviste importancia. Su metáfora ya algo gastada del cordón umbilical que une a la metrópolis con las antiguas colonias es más relevante que nunca. Esto constituye una evidencia impactante no solo del entrecruzamiento de intereses esculpido por el tiempo, tan a menudo citado, sino también de la

«trampa» poscolonial: aunque los Países Bajos no sean un destino fácil, sigue siendo el país que ofrece mayores oportunidades de éxito y donde el fracaso puede ocultarse durante mayor tiempo.

El caso caribeño-holandés no es un fenómeno aislado. En general, la migración caribeña a Europa está mucho más influenciada por el atractivo de lo que según los estándares caribeños y estadounidenses es un estado de bienestar ampliado —imán que termina resultando trampa ahora que muchas de estas facilidades se reducen—. Ello es tan cierto para los caribeños en Inglaterra como para los *négropolitains* en Francia y la comunidad caribeño-holandesa. Estos antiguos sujetos coloniales gozan de más privilegios que otros grupos de inmigrantes, tales como la ciudadanía incondicional y el acceso a los servicios sociales. De cualquier forma, su situación no siempre sale ganando en la comparación con la de otros inmigrantes menos protegidos. En el caso de los Estados Unidos el contraste paralelo se da entre los caribeños del Caribe anglófono, que al menos hasta hace poco eran caracterizados como exitosos, y los puertorriqueños, quienes tan a menudo se han considerado como perdedores e inmigrantes ingratos que dependen demasiado del bienestar social.

La pregunta que asoma es: ¿son tal vez el trauma poscolonial y el paternalismo metropolitano factores que dificultan que los *nuyoricans* en Estados Unidos, los jamaquinos en Inglaterra y los martiniqueños en Francia, exploten al máximo lo que en teoría es una posición de arrancada relativamente ventajosa? ¿Es esto aplicable a los inmigrantes antillanos y surinameses en los Países Bajos? ¿Será que la frustración de muchos caribeño-holandeses por su falta de éxito está relacionada con las expectativas poco realistas cultivadas por varias generaciones a partir de su noción de que todo es mejor aquí, así como de la noción asociada y posterior de que *Ulanda* o *Bakrakondre* está obligada a dar después de haber tomado para sí durante tanto tiempo? Parece haber mucho que decir sobre estas hipótesis y sobre la conclusión de que esta actitud no solo aumenta la frustración sino que también tiene un efecto paralizante. No solo porque los descontentos dejan de creer en sus propias capacidades, sino también porque aún es insignificante el número de inmigrantes

que buscan mejor suerte fuera de los Países Bajos.¹⁶ Para aquellos que no logran aprovechar las oportunidades, la protección que brinda la madre patria puede transformarse, sin que se den cuenta, en una camisa de fuerza.

Viejas historias y un nuevo futuro

La emigración está marcada no por continuidades, sino por una fisura que ha surgido en las últimas décadas. Además, no es una sola la historia que une a Surinam y a las Antillas. Por último, mientras los inmigrantes caribeño-holandeses forman parte de una historia mucho mayor sobre las migraciones caribeñas, apenas existen señales de que estén conscientes de ello. No importa cuánto se haya dicho sobre un destino compartido, la diáspora caribeña se encuentra aún esencialmente dividida; desconocedora e indiferente respecto a las historias paralelas.

¿Qué significa todo esto para la historiografía de la diáspora caribeño-holandesa? En primer lugar, sería incorrecto no diferenciar entre antillanos y surinameses. Incluso es desacertado atribuir un mismo pasado a los diferentes grupos étnicos de Surinam. Otro punto que debería tenerse en cuenta es la circularidad de las corrientes migratorias, en lugar de dar por sentado el constante ir y venir de migrantes, como lo suelen hacer los estudios sobre la diáspora caribeña, este debería explorarse críticamente. En vistas del hecho de que la brecha entre los Países Bajos y Surinam parece estar creciendo, ya no es tan natural que los historiadores de la diáspora sigan dejándose guiar por la cada vez más mítica idea de la primera generación de migrantes, como si el cruce transatlántico fuera a continuar siendo una ruta de dos vías. Al menos hasta hace poco, la historia de la migración antillana parecía responder más al patrón más común caribeño que el viaje en un solo sentido de los surinameses. Pero tal vez sea sensato no apresurarse a aceptar la popular creencia de que el movimiento migratorio caribeño es por definición un fenómeno bidireccional.

La población del Caribe holandés suma más de 435 000 y continuará creciendo. Está destinada a hacerse cada vez más holandesa,

mientras que simultáneamente crea sus propios nichos en una cultura dominante, la cual, en parte como resultado del abanico migratorio, también está cambiando continuamente. De cualquier forma, es obvio que la cultura caribeña en el exilio se encuentra bajo una presión mucho mayor que la cultura de la madre patria, independientemente de la medida en que la globalización abarca todas las culturas. En este sentido la muy difundida creencia en la resistencia de las culturas caribeñas, que florecen aún en la situación de relativo aislamiento de la diáspora, resulta demasiado optimista. La misma cautela debe adoptarse frente a la creencia en las «redes familiares transnacionales» que se suponen mantienen conectada la diáspora caribeña con lo que muchos se apresuran a designar como «su casa». La prehistoria de la diáspora actual puede remontarse muy atrás en el tiempo, pero tomó un nuevo y decisivo giro hace décadas. Los historiadores tendrán que escribir cada vez más sobre la historia del desapego al «allá» y la del a menudo difícil y desalentador apego al «aquí». Un ejército de científicos sociales ya realiza gran parte de este trabajo. Pero el hecho de que aún muchos de los estudios más dinámicos carecen de un sentido histórico habla no solo de los investigadores y de sus intereses, sino también del escaso interés que los propios entrevistados muestran en la historia de la migración.

No obstante, hay cuentos maravillosos que narrar, y se narran. La primera vez que me dediqué a recoger historias de este tipo, en los años ochenta, apenas tenía alguna idea de su profundidad y alcance, ni de las distorsiones, repeticiones y clichés inevitables, casi sistemáticos, que contenían. El reto se trata, sin dudas, de buscar más historias, y durante este proceso, hacerse preguntas diferentes, menos obvias, y establecer conexiones frescas. Las historias están ahí, aunque las más antiguas, anteriores al éxodo, van siendo cada vez más escasas. La generación más vieja de surinameses y antillanos que participó en la encuestas de 1995 refirieron que ellos sí habían transmitido sus historias de vida y que habían tenido un público atento. Los historiadores pueden contribuir a la preservación de estas historias, pero deben hacerlo sin romantizarlas. Las «viejas» historias de inmigrantes aislados en un mundo casi exclusivamente blanco pertenecen definitivamente al pasado.

Los veteranos de guerra surinameses se han quejado amargamente con frecuencia de que el papel que desempeñaron en la Segunda Guerra Mundial fue pasado por alto. Es una queja justificada, pero al mismo tiempo esto no va a cambiar nunca: sencillamente constituían un grupo demasiado pequeño como para atraer mucha atención. Sus historias se cuentan solo por docenas. No compiten con las historias de millones de otros en los Países Bajos. Ahora es que esto ha venido a cambiar; ahora es que los caribeño-holandeses constituyen un grupo visible en esta sociedad holandesa. Pero ello no les importa a los veteranos ya. Su historia sigue siendo una nota al pie para el éxodo. Algunos observadores del desfile del 5 de mayo podrían albergar conmovedoras memorias del emigrante caribeño, pero esa historia no es la misma que se está escribiendo hoy día.

Notas

- ¹ El apellido fue llevado a Surinam alrededor de principios del siglo xx por otro trabajador inmigrante. El *balata bleeder* Samuel Frederik Koulen, nacido en Berbice (Guyana Británica) en 1881, fue inscrito como residente en Achterstraat 5 en New Nickerie, aunque en la época del censo estaba «lejos (en el bosque)», *1921 Census, Nickerie District*. (Censo del Distrito de Nickerie de 1921) [Balata es una sustancia parecida a la goma proveniente del látex del árbol llamado balata; los trabajadores que laboran en el interior de Guyana en la extracción del látex de los árboles, se denominaban *balata bleeder*; o sea, extractor de balata.
- ² Tras la ocupación alemana de los Países Bajos (1940) y la ocupación japonesa de Indonesia (1942), estas dos colonias caribeñas eran los únicos territorios «libres» —aunque por supuesto colonizados— de todo el territorio holandés.
- ³ La encuesta sobre la historia de la inmigración del Caribe holandés se ha tomado fundamentalmente de Oostindie y Maduro 1986; Oostindie 1988, 1990 y 1995; Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 9, y de la literatura citada en ellos. Para los propósitos de esta obra, he evitado ofrecer referencias detalladas.
- ⁴ Las Antillas Neerlandesas comprendían seis islas hasta la separación de Aruba en 1986. Los inmigrantes antillanos proceden de la isla

- principal, Curazao. Por lo tanto, en este texto, los términos antillanos y curazoleños se usan indistintamente.
- ⁵ La población de Surinam en sí se estima en 450 000; la de Curazao en 120 000. Más de la mitad de los entrevistados en la encuesta informal realizada en la calle no podían ofrecer un estimado razonable sobre el número de las personas que viven «allá» ni del número de sus coterráneos en los Países Bajos.
 - ⁶ Ver el capítulo 5.
 - ⁷ En 1954 se promulgó el *Statuut* o Carta del Reino de los Países Bajos, que garantizaba por primera vez un alto grado de autoridad interna a las dos contrapartes caribeñas en lo que entonces devino un reino tripartito. Surinam se hizo independiente en 1975, las Antillas Neerlandesas todavía funcionan dentro de ese esquema. Ver el capítulo 4.
 - ⁸ Estudiosas como Mary Chamberlain (1997) y Karen Fog Olwig (1993) con toda razón subrayan la importancia de las redes familiares en el proceso de emigración. Sin embargo, no prestan tanta atención a las consecuencias de las relaciones interraciales para la red familiar, que entonces deja de ser por definición, exclusivamente caribeña (en términos de origen o de orientación). Este enfoque puede justificarse en gran medida en el contexto de los Estados Unidos o de Gran Bretaña, pero resulta evidentemente muy restrictivo a la hora de abordar la historia de la emigración en el Caribe francés y en el holandés.
 - ⁹ Poeze *et al*, 1986.
 - ¹⁰ Anansi/Anancy/Nanzi/Nancy —un personaje del folclor africano/caribeño— es una araña que adquiere formas y figuras para escapar de numerosos aprietos.
 - ¹¹ Kagie, 1989; Oppenneer, 1995; Vereniging Ons Suriname, 1990.
 - ¹² Blakely (1993) presenta algunas sugerencias interesantes en este sentido, mientras Nederveen Pieterse (1990) asume que todo esto es un resultado normal, análisis difícilmente satisfactorio.
 - ¹³ Las entrevistas, más de cien, se efectuaron en Amsterdam, Róterdam, La Haya, Leiden y Zoetermeer en el verano de 1995. Ver Oostindie, 1998 para las tablas.
 - ¹⁴ Choenni y Adhin, 2003.
 - ¹⁵ Choenni y Adhin, 2003: 61, 88, 174-175, 218.
 - ¹⁶ Aunque en los Estados Unidos se ha desarrollado un pequeño afluyente de la diáspora surinamesa durante las últimas décadas.

CAPÍTULO 7

Pasado colonial, identidades contemporáneas

La historia conecta al Caribe holandés con los Países Bajos. Es una historia desconocida para la mayor parte de los holandeses y por la cual pocos sienten un interés genuino. Sin embargo, en el Caribe holandés esta misma historia compartida se experimenta de forma intensa y provoca emociones encendidas. Durante las últimas décadas el debate sobre esta historia compartida ha orbitado alrededor de las nociones de culpa y resarcimiento. Ello sin dudas ha contribuido a que los holandeses cobren consciencia sobre esta parte olvidada y tal vez intencionalmente silenciada de su historia. Representar la historia en estos términos también puede resultar emocionalmente gratificante para algunos que sienten que aún cargan el peso de este pasado sobre sus espaldas todos los días. Sin embargo, la interpretación de esta historia y de sus legados en términos excesivamente moralistas no es particularmente fructífera cuando lo que se busca es entenderla cabalmente.

¿Qué otra cosa tienen en común todavía las personas a ambos lados del Atlántico, o qué pueden tener en común? ¿De qué forma el legado colonial aún marca la identidad nacional en el Caribe holandés? Preguntas tan importantes como estas se formulan con mucha menos frecuencia. En el periodo de la posguerra se postulaba constantemente la existencia de una identidad caribeño-holandesa. Hoy día esta identidad no se ha delineado satisfactoriamente, en parte porque algunas preguntas parecen ser tabú: preguntas sobre las profundas diferencias domésticas e internas, por ejemplo, y sobre el peso actual del legado holandés. Dichas preguntas constituyen el núcleo de este capítulo. También nos conducen a otras sobre la identidad holandesa, sobre esa inaudita mezcla de holandés y caribeño que le dan a Surinam y a las Antillas un carácter

tan distintivo, y sobre la posición de las antiguas colonias holandesas dentro del contexto caribeño. Lo que propongo en este ensayo a modo de cierre son algunas reflexiones sobre estos asuntos; una especie de síntesis de las páginas precedentes y un *post scriptum* elaborado seis años después de haber concluido *Het paradijs overzee* (Paraíso de ultramar), en el cual analizo los episodios más recientes.¹

Culpa y resarcimiento

Ir tras las huellas del pasado caribeño sigue pareciéndose a la reconstrucción de algo que se ha perdido irrevocablemente, por lo menos si lo que se está buscando es la historia social que yace bajo la sucesión de gobernadores, guerras, regulaciones coloniales, estadísticas demográficas, comerciales o de producción. Sin embargo, hoy nos interesa precisamente eso que se ha perdido irrevocablemente, que es aquello de lo cual los expertos deben crear una imagen clara, preferiblemente de fácil comprensión y emitir un juicio. Lo que esos expertos reconstruyan y omitan puede usarse para ayudar a los jóvenes estados caribeños a crear una genealogía e incluso una identidad.

A veces esto nos sumerge en aguas turbias. ¿Qué es lo que repetidas veces lleva a exageraciones sobre la participación holandesa en el tráfico masivo de esclavos y a la inflación de la cifra de esclavos llevados por los holandeses al Caribe: un pertinaz malentendido o razones menos inocentes? ¿Por qué algunos son tan dados a creer que los canales de Amsterdam se construyeron gracias a la explotación de los esclavos caribeños, aun cuando la expansión de la ciudad había concluido mucho tiempo *antes* de que las Antillas o Surinam fueran colonizadas por los holandeses? ¿Por qué está tan difundida en Surinam la creencia de que la esclavitud en esta colonia fue la más cruda de todo el Nuevo Mundo, y por qué los historiadores curazoleños refutan con tanta ferocidad la noción de que en su *isla* existía una forma blanda de esclavitud? ¿Por qué a veces se postula que a los indostaníes y javaneses traídos como obreros contratados les tocó una vida tan dura y desesperada como la de los esclavos que les precedieron? ¿Por qué es tan frecuente que sin pensarlo dos veces se le achaque al legado de la esclavitud los problemas domésticos de las familias afro-caribeñas que viven en

barrios de clase baja como Seroe Fortuna (Curazao), Latour (Paramaribo), el Bijlmer (Amsterdam), o Hoogvliet (Róterdam)?

Estas y otras preguntas similares, posiblemente retóricas, una vez más apuntan al problemático proceso de construcción nacional en el Caribe holandés, a su contexto poscolonial, que es tan deprimente aquí como en cualquier otra parte de la región. Allí donde hay tanta división y descontento sobre el presente y tanta incertidumbre sobre el futuro, el pasado colonial parece ser lo único que ofrece al menos una base firme en la cual anclar la identidad nacional. Ese pasado incluye una madre patria a la que le faltó dedicación y preocupación, y que, aún si no fue cómplice activa de los muchos excesos cometidos, sí hizo la vista gorda. Esto provee un cierto anclaje para la identidad: al menos más que una actitud de colaboración positiva hacia la madre patria, más que un énfasis en las divisiones internas, más que cobrar consciencia del éxodo continuado. Una historia de explotación, maltrato y resistencia heroica ofrece posibilidades reconfortantes para la formulación de una identidad única sin tener que hacerse preguntas espinosas sobre el presente. Esta es la historia anticolonial que en realidad se ha transmitido a través de las generaciones de cimarrones surinameses y que constituye el núcleo de su identidad. El nacionalista Anton de Kom perseguía algo similar cuando escribió *Wijslaven van Suriname* (Nosotros, los esclavos de Surinam) en los años treinta «para despertar en los surinameses el sentimiento de autorrespeto».²

A menudo en las colonias se han levantado voces de amargo resentimiento en respuesta a la autocomplaciente versión metropolitana de la historia que se enseñaba en estas. La reacción de los nacionalistas del siglo xx era predecible: había que hacer circular una versión nueva y sólidamente anticolonial del pasado colonial. En este contexto de revisionismo anticolonial no había mucho espacio para sutilezas. Esta falta de matices no importó a los Países Bajos, que desde los años sesenta han querido pensarse como progresistas y solidarios. Nunca ha existido mucho interés en el pasado caribeño y, además, apenas se ha considerado parte de la historia holandesa. Entonces esta actitud comenzó a cambiar hacia la humildad y el afán por admitir la culpa de todo lo malo que habían hecho en el

«occidente». Sin embargo, este modo políticamente correcto de cambiar de posición también revela una actitud condescendiente.

El desarrollo de una contra-historia, de una narración auténticamente local de este pasado no transcurrió sin obstáculos. Uno de los problemas que los nacionalistas tuvieron que enfrentar fue cómo lidiar con las divisiones al interior de sus propias poblaciones. Es explicable que el discurso nacionalista prefiera oscurecer estas divisiones antes que clarificarlas. Quien cuente historias del pasado potencialmente divisivas, que tal vez provoquen dolorosas preguntas sobre el presente, puede terminar varado en cierto escepticismo. Todo esto es lógico. Los Países Bajos tienen sus propios tabúes en relación con su propio pasado colonial y a muchos otros asuntos —como mismo lo tienen muchas otras naciones—. No obstante, mientras que el carácter de la sociedad holandesa y su pasado en la actualidad son constantemente objeto de cuestionamiento —en relación o no con su pasado colonial— en Surinam y las Antillas esto parece ser un asunto mucho más delicado. Y entonces nos encontramos con la extraña paradoja de que —al menos hasta hace poco— cualquier empeño por definir y proteger la identidad nacional holandesa se tropezaba con un torpe retraimiento en los Países Bajos, mientras que estos mismos esfuerzos en Surinam y las Antillas eran apoyados con un entusiasmo excesivo por la antigua metrópolis. En el proceso de construcción nacional estos pequeños y «jóvenes» países al parecer están autorizados a tomarse cuantas libertades estimen pertinente en la interpretación de su historia y las críticas son cortésmente ahogadas por temor a ser acusados de neocolonialismo.

Como cualquier historiador metropolitano cuyo trabajo verse sobre las antiguas colonias de su país, un investigador holandés que escriba sobre el Caribe holandés se ve inmediatamente conminado a tomar peculiares decisiones, que, en este contexto tienen implicaciones mucho más sensibles que si estuviera investigando alguna etapa o lugar distante en la historia de Holanda, Francia o, digamos, Cuba. Aunque temas como la esclavitud, la etnicidad y la «raza» no están en absoluto tan fuertemente polarizados en el Caribe holandés como en otras partes, especialmente en los Estados Unidos, todavía existe una inconfundible tendencia a la polarización,

por lo que se recomienda cautela. ¿Pero cuánta? ¿Qué debe hacer un historiador del Caribe holandés? Hay mucho que precisa sacarse a luz y que es injustamente obviado por la historiografía holandesa. Aún hay muchos temas que solo provocan un silente encogimiento de hombros y sin esta «historia silenciada» de la esclavitud, la explotación y el descuido colonial, ni el pasado del Caribe holandés ni el de los Países Bajos puede entenderse ni escribirse apropiadamente.³ Pero, ¿dónde está el punto de equilibrio entre la empatía y la distancia?

A menudo resulta tentador darle preferencia a la empatía sobre la distancia. Cualquiera que se haga una representación mental de las escenas macabras que deben haber tenido lugar casi diariamente en las plantaciones de Surinam, se vería más inclinado a denunciar la esclavitud que a ubicarla en un contexto comparativo en la que sea posible ponderar la difundida creencia de que la esclavitud en Surinam fue excepcionalmente sádica. Y quien lo haga se expone a la acusación de maquillar algo de lo que solo se puede hablar con aversión.⁴ Sin embargo, a un investigador que no mantenga una cierta distancia de su sujeto le será difícil llegar a vislumbrar nuevas perspectivas, y en este sentido tomar distancia es lo que se impone.

Así, quien escriba sobre la esclavitud sin abordar la resistencia de los esclavos, no está haciendo historia sino creando mitos; pero lo mismo puede decirse de quien escriba sobre esclavitud y excluya de su narración a los afro-caribeños acomodados, privilegiados e incluso a los que colaboraron con la institución. Quienquiera que escriba sobre el Curazao de la posguerra sin analizar la revuelta de mayo del 69 oculta la rígida estratificación en clases socio-raciales previamente existente; mientras que quien no se atreva a cuestionar críticamente los logros políticos y sociales de la emancipación afro-caribeña a partir de mayo del 69 solo contribuye a perpetuar nuevos mitos. Quien describa el nacionalismo surinamés como prueba del despertar de una triunfante autoconsciencia respecto a los Países Bajos, sin tener en cuenta las profundas divisiones étnicas, el resentimiento masivo contra la labor de los nacionalistas y las lamentables inequidades que siguieron a la independencia, estará contribuyendo, así albergue las mejores intenciones, a la constante arrancada en

falso del proyecto de república. Este no es el camino. Quien aplauda el hecho de que Aruba haya conseguido el estatus de país separado también deberá estar dispuesto a cuestionar el extraño debate de quién es un «auténtico» arubeño. Quien intente visualizar en el futuro la isla de San Martín como una sola nación deberá estar dispuesto a abordar el hecho de que su población todavía se divide de formas diversas y que aparentemente esto no les preocupa demasiado. Y así sucesivamente.

La búsqueda de una identidad firme y «única» es tan diligente en el Caribe holandés y en su diáspora como el cualquier otra parte de la región. Se suele hablar con gran cautela de los éxitos ambivalentes de la descolonización. Y cuando se le asigna a la historia un papel en la formulación de esta nueva identidad, con demasiada frecuencia se hace en términos defensivos, en una atmósfera apropiadamente descrita como «victimología colectiva» por el escritor holandés de origen surinamés Anil Ramdas.⁵ Aunque no particularmente útil, esta actitud defensiva es comprensible. Incluso ahí donde ni antillanos ni surinameses desean seguir martillando sobre el yunque de la culpa, la culpa sigue existiendo. Aun si la tarea del historiador fuera deducir y refutar y en última instancia propiciar un juicio más balanceado; aun si su tarea fuera establecer que el tráfico de esclavos holandés tuvo una importancia secundaria, este mismo historiador debería lanzar en los Países Bajos la pregunta de por qué años después del comienzo del nuevo milenio aún no existe un solo monumento a la esclavitud en este país.⁶

Esto revela la actitud holandesa respecto a su propio pasado colonial. Expresar aversión por los entuertos perpetrados *allá* es fácil, porque esta historia aún no se asume como parte de la historia nacional. El dorado siglo XVII holandés es la época de Rembrandt, de los canales de Amsterdam, de Grotius, Spinoza, de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC) y, quizás, de la Armada cargada de plata capturada por Piet Heyn en la Bahía de Matanzas, pero no del principio del tráfico de esclavos hacia el Caribe. Desde 1945, los holandeses han sido críticos fervientes de los alemanes y muchos observaron con inquietud las controversias alrededor del nuevo memorial del holocausto erigido Berlín, ampliamente cubiertas por

la prensa holandesa en la década de los noventa. Pero ya que no existe ningún monumento holandés que conmemore el tráfico de esclavos, tal vez los holandeses debían haber tenido la prudencia de procurar pasar desapercibido durante este episodio de la *Vergangenheitsbewältigung*: proceso mediante el cual los alemanes confrontan y exorcizan su pasado nazi. La esclavitud no fue un holocausto y por motivos reprobables a veces se equiparan los dos fenómenos. Pero un pasado de cuatrocientos años y no solo de cincuenta, también puede ser un pasado viviente.

He mencionado el comercio de esclavos holandés pero no el papel desempeñado por los Países Bajos en Indonesia y la traumática transferencia de soberanía entre 1945 y 1949. Esta historia asiática ofrece igual cantidad de razones para abordar el asunto de la culpa colonial. Pero aunque los encendidos debates en la prensa holandesa puedan sugerir otra cosa, esta cuestión hace tiempo que perdió su urgencia, especialmente porque los indonesios le prestan mucha menos importancia a los holandeses y a su reconocimiento de la culpa que la que le dan los antillanos o los surinameses. Esta es otra distinción entre el oriente y el occidente. Un complejo de culpa con las subsiguientes obligaciones de compensación puede llegar a dominar una relación en casos donde el pasado no se ha confrontado y existe un ineludible abismo de poder y riqueza. Este es el patrón que caracteriza la relación entre los Países Bajos y el Caribe holandés y, por razones obvias, es mucho menos típico de la relación entre Indonesia y su antigua metrópolis.

La paradójica «holandización»

Insistimos en que el vínculo primordial entre el Caribe holandés y los Países Bajos es el pasado. A lo largo de esta historia llegaron a compartir cada vez más: la lengua holandesa —los surinameses más que los antillanos—; una nacionalidad común, aún válida hoy día para los antillanos; el carácter transatlántico de las comunidades antillanas y surinamesas. Estos factores hacen que estas partes del Caribe sean holandesas y fundamentalmente diferentes de los países vecinos con sus características «francesas», «británicas» o «es-

pañolas». Pero al mismo tiempo debe aclararse que ni Surinam ni ninguna de las islas antillanas neerlandesas en realidad se parece a los Países Bajos, como tampoco se parecen entre sí —Guadalupe y Martinica son significativamente más semejantes entre sí y a Francia.

Las diferencias dentro del Caribe holandés son en buena medida atribuibles a los diversos propósitos que cada parte sirvió en la región dentro del imperio colonial; propósitos que estuvieron primordialmente determinados por el ambiente, los recursos naturales y la localización. Pero esa heterogeneidad también habla del escaso interés de los Países Bajos en hacer que sus colonias caribeñas fueran realmente holandesas. Esta historia ya se ha contado en capítulos precedentes. Una porción significativa de la desde entonces pequeña población blanca en el occidente, no era siquiera de origen holandés. Las pocas familias holandesas que sí permanecieron perdieron su afinidad con la madre patria con el paso de varias generaciones. Estas, junto con otros europeos y el pequeño aparato civil holandés, se hallaban en la cima de una población que parecía habitar otro mundo, más allá de los ámbitos del trabajo y la autoridad; las divisiones comenzaron por los idiomas que hablaban los sujetos coloniales, aunque cada vez más blancos los adoptaron.

Solo después de la abolición de la esclavitud y especialmente en el siglo xx, fue que la política holandesa se orientó más definidamente hacia la asimilación. Y aquí es donde divergen las rutas de la historia surinamesa y antillana. En Surinam, la élite criolla apoyó la infusión de cultura holandesa en el país. El sistema educacional, con el holandés como idioma oficial, desempeñaría un papel decisivo en esto. El esfuerzo por lograr la asimilación fue laborioso, en parte por el arribo de decenas de miles de obreros asiáticos contratados. La inserción de Surinam en la cultura holandesa progresó significativamente cuando, en el periodo posterior a la segunda guerra mundial, las élites de los nuevos grupos inmigrantes decidieron seguir los modelos holandeses por razones de prosperidad personal y nacional. Entonces surgió la paradoja de una disposición creciente a la asimilación, que en última instancia no convino a los Países Bajos. El momento en que el proceso de descolonización se

hizo más inminente fue precisamente el mismo en que la colonia comenzaba a sentirse más identificada con la metrópolis.

Aunque Surinam devino independiente en 1975, esto fue más el resultado del celo casi sacerdotal de un pequeño número de intelectuales criollos con una fuerte influencia holandesa y de la presión de la metrópolis, que el resultado de un movimiento de base amplia en el propio Surinam. El nivel de resistencia a la independencia se reflejó en el triunfo de una tardía, pero inesperadamente exitosa política de asimilación. En lugar de insertarse en el mundo latinoamericano, al que geográficamente Surinam pertenece, la mayoría de sus habitantes, ya sea que se quedaran o emigraran, eligieron preservar sus lazos con los Países Bajos.

En las Antillas, los Países Bajos demostraron ser un colonizador bastante distraído. Fuera de la colonización, hasta el siglo xx la intervención más importante que efectuaron los Países Bajos fue la abolición de la esclavitud —en términos éticos, una intervención positiva; en términos económicos, en realidad bastante fútil—. El gobierno lanzó una ofensiva cultural tardía en el siglo xx. En las Islas de Barlovento el inglés continuó prevaleciendo, mientras que en las de Sotavento predominaba el papiamentu. Así fue en el siglo xviii, y así sigue siendo hoy día. Los problemas actuales de idioma que existen en el Reino son la cosecha que recogen los Países Bajos después de varios siglos de colonialismo negligente.

En vistas de lo anterior hay algo irónico en el curso que tomó la descolonización. Surinam, con su larga historia de inclinación casi exclusiva hacia la metrópolis, fue finalmente persuadida de aceptar la independencia. Los políticos antillanos opusieron resistencia a la presión de ser los próximos. Con la independencia impuesta que pendía como una espada de Damocles sobre sus cabezas, comenzaron a enfatizar «los siglos de solidaridad» que habían existido entre las Antillas y los Países Bajos —ciertamente no el más sólido de la serie de argumentos generalmente convincentes que han expuesto en la mesa de negociaciones durante las últimas décadas. Sin embargo, sus argumentos ilustran hasta qué punto una historia imaginaria puede ponerse al servicio de fines políticos, particularmente en el contexto del Caribe holandés, donde casi nada ha sucedido de la manera en que el colonizador lo previó.

La identidad holandesa y el Caribe

Es bastante difícil hablar de homogeneidad cultural dentro del Caribe holandés—en parte por las fundamentales diferencias lingüísticas— sin incluir a los Países Bajos en este ámbito cultural. Esta escasa similitud apunta a una incapacidad por parte de los holandeses, pero también a la falta de interés que mostraron hasta bien avanzado el siglo xx por atraer al «occidente» a su propia esfera cultural.

La sociedad holandesa tuvo muy poco interés en el Caribe más o menos desde el siglo xvii hasta mediados del xx. Europa era importante, como lo eran las Indias Orientales, y posteriormente los Estados Unidos. Pero no las «Indias del Oeste», y mucho menos una vez que las esperanzas de hallar El Dorado caribeño se evaporaron definitivamente hacia mediados del siglo xviii. Mientras tanto los negocios, incluyendo el tráfico de esclavos, se administraron con un cinismo de hierro. La notable demora de los holandeses en abolir la esclavitud es otro indicador de lo anterior. En vano hurgamos en esta historia buscando algún indicio de la «vergüenza de las riquezas» supuestamente característica de los holandeses.⁷

Mucho cambió después de la Segunda Guerra Mundial. Indonesia se «perdió» y a partir de las vicisitudes de la descolonización y especialmente del éxodo, Surinam y las Antillas pronto comenzaron a atraer la atención metropolitana. Por primera vez el Caribe holandés se convirtió en un asunto, por mucho que le disgustara a la madre patria. La participación holandesa aumentó pero también su ambivalencia. Mientras que en siglos pasados los holandeses habían considerado su propia cultura demasiado superior para el «occidente», ahora surgía una cierta vergüenza, el reconocimiento culposo de que esta cultura europea menor no pudo ser impuesta en el Caribe. Por ende, resultó oportuno que en ese momento los lazos coloniales comenzaran a debilitarse. Se exigió y se respetó la autonomía total de los territorios de ultramar; también en términos de política educacional y lingüística. Se desmantelaron instrumentos de política cultural como el Sticusa.⁸ Algunos creyeron con satisfacción que los Países Bajos finalmente habían aprendido cuál era su lugar. Sin embargo, este giro también puede interpretarse como una nueva expresión de desinterés, incluso de condescendencia; el último

gesto por el cual los Países Bajos se rehusaron a construir algo en el «occidente».

Desde entonces ha quedado claro que las Antillas Neerlandesas formarán por largo rato parte del Reino. Esta conclusión provoca nuevas preguntas, incluyendo la significación del «occidente» para la identidad holandesa y viceversa. La primera pregunta es más fácil de responder que la segunda. El hecho de que, a diferencia de lo que ocurría hace medio siglo, los holandeses estén ahora conscientes de la existencia de las antiguas colonias caribeñas se debe fundamentalmente al éxodo. En un nivel algo más intelectual, el asunto de la descolonización tal vez ha dejado algunas huellas en el pensamiento sobre la identidad holandesa y la política exterior, incluso si la lucha por la independencia de Indonesia se considera más importante. No obstante, aún los debates de los años noventa sobre la identidad holandesa pasaron por alto en general al Caribe holandés, o en el mejor de los casos se refirieron indirectamente a este producto único del colonialismo.

Una influyente colección de ensayos publicada a mediados de la década de 1990, *Het nut van Nederland* (La utilidad de los Países Bajos) ilustra elocuentemente lo anterior. En el artículo introductorio Paul Scheffer plantea que la búsqueda de una identidad holandesa ha recibido un impulso significativo recientemente, hasta el punto de convertirse en un asunto crucial, debido a dos episodios radicales: la unificación de Europa y la inmigración masiva, que ha tenido como resultado que el país se esté transformando en una sociedad multicultural. No todos los autores del libro concuerdan con la consecuencia que Scheffer le achaca. Sin embargo, su explicación —la causa dual detrás del floreciente debate sobre la identidad— no provoca virtualmente ninguna objeción. El Caribe holandés desempeña un papel implícito en este contexto, principalmente como productor de inmigrantes. En el resto de los aspectos es ignorado por los autores. Los problemas de la descolonización, de las relaciones lingüísticas y de las relaciones trasatlánticas quedan fuera del cuadro. El hecho de que el Reino de los Países Bajos consiste en socios caribeños junto con los Países Bajos ni siquiera se menciona, mientras que sí se incluye un ensayo sobre el Flandes belga. Esto es

tan doloroso desde una perspectiva antillana como ilustrativo de las actitudes holandesas —y definitivamente nada excepcional.⁹

La identidad holandesa que se interpreta a continuación presenta toda una serie de constantes familiares: el amor por la mediocridad, la predilección por el consenso, la tendencia a la tolerancia y a la mentalidad abierta, el afán de igualdad, la tradición democrática, el estado de bienestar y la tradición de justicia son aspectos de los que todos hablan positiva y respetuosamente. Por otra parte, los autores también refieren la ausencia de *savoir vivre*, una pretendida indiferencia por la cultura nacional, la falta de consciencia cultural, y una quasi-humildad que ya en el siglo XIX se aborrecía como «un fenómeno demasiado conspicuo y fatigante en los Países Bajos hoy día, donde existe una tendencia general a presumir de una supuesta modestia».¹⁰ Muchos autores abordan la autocomplacencia. Es notable que la grisura, la monotonía y la falta de elegancia no se consideren características típicas, aunque muchos observadores foráneos las han señalado en el pasado, y sí de hecho a menudo se aplaude a la «sociedad multicultural» como un antídoto para la presunta grisura holandesa.¹¹

¿Y si se proyectara esta «identidad holandesa», con toda su laxitud y contradicciones, sobre la sociedad caribeño-holandesa? Muy poco quedaría en claro. Obviamente no debemos esperar mucho del simple acto de colocar una caracterización más bien «esencialista» de la identidad holandesa como un molde sobre el paquete heterogéneo de las sociedades caribeño-holandesas. Al igual que la identidad holandesa, las identidades caribeñas están «en pleno proceso de formación», llenas de contradicciones, tanto individuales como colectivas. El molde holandés, él mismo mutable, solo encaja en uno que otro punto. El modelo holandés de *verzuiling* o «pilarización» ya tuvo su momento en Surinam, en el periodo de *verbroe-derings-politiek*: la política de fraternización que aunó a los principales pilares étnicos; pero este modelo funciona cada vez menos. En general, mucho de la proyección caribeño-holandesa se caracteriza por una identificación con los valores del mundo occidental, como mismo ocurre en otras sociedades caribeñas. Fuera de eso, siquiera en términos comparativos, no parece haber mucho más en el baúl de

rasgos supuestamente metropolitanos. El Caribe holandés no puede ser acusado de una predilección por la mediocridad; las tradiciones de democracia y justicia legal, de las cuales los holandeses privaron a sus colonias durante tanto tiempo, han recibido algunos duros golpes en las antiguas colonias en la era poscolonial; la lucha por la igualdad social ha sido principalmente retórica; y la falsa modestia no es un rasgo que abunde en el Caribe holandés.

Imaginando una identidad

Entonces ¿qué constituye una identidad caribeño-holandesa? Lo que fuere, no existe una fórmula. Al final llegamos a la identidad de cada isla individual y a las diversas identidades étnicas de Surinam —cualquier cosa menos una identidad única y definida—. Se ha intentado formular una identidad nacional que abarque la diversidad, pero estos esfuerzos han sido más prescriptivos que descriptivos. El poema «Wan bon» (Un árbol), del poeta nacionalista surinamés Dobru, escrito en los sesenta e incesantemente citado desde entonces, ofrece un ejemplo tremendamente ilustrativo:

Wan bon	Un árbol
someni wiwiri	Tantas hojas
wan bon.	Un árbol.
[...]	[...]
Wan Sranan	Un Surinam
someni wiwiri	Tantos tipos de cabello
someni skin	Tantas pieles
someni tongo	Tantos idiomas
Wan pipel.	Un pueblo. ¹²

Frases conmovedoras, pero en su mayoría seguirían siendo pura retórica. A mediados de los ochenta el régimen militar de Desi Bouterse fue el primero en asumir de forma concreta el proyecto de construcción de la nación. En Paramaribo y en otras partes del país aparecieron consignas y carteles claramente inspirados en el ejemplo cubano. Un pueblo surinamés unido y heroico al estilo del

realismo socialista se manifestaba tras llamados a la producción, la unidad y la lucha. Se introdujo el concepto de siglos de lucha contra el colonialismo y el imperialismo que culminaban en el «triunfo de la revolución». Este era el subtexto de las coloridas vallas históricas ubicadas en las proximidades del palacio presidencial. Se postulaba una continuidad que comenzaba con los heroicos amerindios y atravesaba los cimarrones, los esclavos, los obreros contratados, y que pasando por Anton de Kom, llegaba a los militares. Un enemigo principal, los Países Bajos, le otorgaban coherencia al todo. Sin embargo, a mediados de los ochenta los cimarrones se levantaron en armas contra el régimen militar, y como en el pasado, fueron descartados como incivilizados y atrasados. Poco después los militares se vieron forzados a retirarse, abriendo paso a la frágil construcción del Nuevo Frente, en el cual los antiguos partidos de base étnica una vez más se adhirieron con laxitud a la retórica de *wan bon* (un solo árbol), mientras por otro lado practicaban una política de orientación exclusivamente étnica. El desenfocado nacionalismo resultante, siguió estando marcado por el simbolismo criollo.

Dada la dependencia del Nuevo Frente de la ayuda holandesa, este solo se permitió quedar bien, de forma exclusivamente verbal, con la retórica de la construcción nacional. Desde entonces Surinam ha sido gobernado alternativamente por el Nuevo Frente y los partidos formados durante el periodo de régimen militar. En general, el proyecto de construcción nacional ha progresado lentamente.

La ironía es que el Surinam independiente, en su búsqueda de una identidad nacional, se procura sus referentes en los Países Bajos más que las Antillas Neerlandesas. En algunos sentidos el pueblo surinamés tiene pocas opciones. El reto mayor —la pluralidad étnica— se mantiene bien al margen: subrayarlo es riesgoso y hoy día prácticamente impermisible.¹³ A diferencia de la población afro-surinamesa, los indostaníes asumen su «país de origen» como parte de su marco referencial. Los medios de comunicación modernos, especialmente la industria cinematográfica de Bollywood, han reforzado esta tendencia y la embajada india en Paramaribo estimula este interés. Sin embargo, esta identificación étnica no puede, por definición, tener ningún significado para otros grupos poblacionales

y frustra la intención de borrar el color del proyecto étnicamente neutro de construcción nacional.

Para las Antillas Neerlandesas el problema mayor es la diversidad y la limitada cohesión entre las islas. Claramente es más aceptable hablar abiertamente de este asunto en las islas que abordar sin reservas el asunto de las divisiones étnicas en Surinam. Así, en 1996 la Comisión Oficial Antillana para la Construcción Nacional publicó un informe que abordaba abiertamente la necesidad de construir un sentido más fuerte de identidad nacional entre las islas. El informe destilaba una atmósfera de nuevos comienzos desde el propio título: *One People, One Effort, One Nation*. Habla de los esfuerzos que hay que realizar, de una agenda dirigida a hacer que los isleños interactúen más entre sí, de desarrollar símbolos como un Salón de la Fama nacional, de hacer énfasis en la bandera en la organización de los eventos, de un himno nacional y así sucesivamente. Habla de empeñarse en la creación de una «imagen de ser humano»: un antillano que es consciente, crítico, creativo y respetuoso; que coopera y tiene sentido de la responsabilidad; que ama a su país, que posee autoestima, y que se esfuerza por preservar la «naturaleza, la humanidad y su propia identidad».¹⁴

Estas son aspiraciones nobles, pero no específicamente antillanas. Rebasar las divisiones entre las islas es el objetivo central implícito en todos los esfuerzos de la Comisión; pero cómo ello se relaciona con lo anterior, sigue siendo vago. Además, desde la publicación de este informe optimista, la estrategia para una reestructuración política del grupo de cinco islas de las Antillas Neerlandesas se ha estrellado una vez más contra la complejidad de la realidad. Hoy día se precisa mucha imaginación y optimismo para creer que el significado de *Un pueblo, un esfuerzo, una nación*, podrá trascender el plano meramente insular.

Otro punto ciego notable en el informe de la comisión —como en la mayor parte del discurso antillano sobre identidad nacional— es el asunto del estatus constitucional y de la diáspora antillana en la metrópolis. A pesar de su evidente importancia para el estatus poscolonial, con todo lo que eso implica, y a pesar del evidente «retorno» de los holandeses en el momento de su publicación, en todo

el informe *Un pueblo, un esfuerzo, una nación* tan solo se le dedican unos pocos y muy generales párrafos a los Países Bajos. Ni la intensificación de los lazos con el Reino ni el hecho de que la diáspora numéricamente constituya la «segunda isla» de las Antillas —potencialmente la primera en un futuro—, parecen haberle ofrecido razones suficientes a la comisión para reflexionar seriamente sobre este aspecto.¹⁵

Aruba, con su estatus de país separado dentro del reino, es por mucho la de mejor posición; no solo desde el punto de vista material, sino también en términos de construcción nacional. Con el apoyo de la mayoría de la población local su dirección política ha librado y ganado, tanto contra los Países Bajos como contra Curaçao, una campaña para conseguir su estatus actual dentro del Reino; por lo tanto posee un legado claramente nacionalista. Después de lograr este estatus, experimentó un auge económico sostenido que es en sí algo de lo cual enorgullecerse. El país de Aruba exhibe orgullosamente su carácter mestizo único y es tenido por exitoso en todos los sentidos. Quien se atreviera a cuestionar este presunto éxito, ya sea respecto al nivel de integración entre los arubeños y los inmigrantes de la era pos-petrolera, o respecto al cumplimiento de ciertos estándares democráticos y judiciales por parte del gobierno local y la esfera empresarial, toca una fibra muy sensible. Aun así, hay muchas razones para afirmar que en Aruba existe una noción de identidad nacional sólida que no se encuentra tan fácilmente en ninguna otra parte del Caribe holandés.

En ninguna parte del Caribe holandés existe un debate abierto y dinámico sobre las identidades nacionales; al parecer está muy por debajo de lo que ocurre en otras partes de la región. Esto no significa que no circulen muchas vagas nociones de identidad. En la esfera intelectual también se manifiesta el afán de proteger «nuestra propia» identidad. La crítica a símbolos de identidad tales como los idiomas locales, las versiones de la historia o las expresiones culturales se toma muy a pecho, provenga esta de nativos o de extranjeros. *La utilidad de los Países Bajos* sugiere que en los Países Bajos la identidad nacional sencillamente «se da por sentada» y apunta a la tónica relajada de un debate en el cual muchos enfatizan precisamente la

naturaleza indefinida del carácter nacional. Varios de los que participaron en el libro creen que la displicencia holandesa respecto a su propia historia y simbología puede deberse a que estas con el paso de los siglos se han absorbido tan profundamente que ya no exigen explicación. Paul Scheffer escribió que «Lo que tal vez mejor tipifica a los Países Bajos es una vanidad que cree que no necesita palabras», aunque también añade que «tal vez esas palabras sean ahora necesarias». El eminente historiador E. H. Kossmann es uno de los escépticos que considera la noción de identidad nacional «demasiado complicada, demasiado multifacética y variable para poder emitir un juicio inclusivo. [...] Es mejor caminar alrededor de ella reflexivamente, observarla desde todos los ángulos, pero no intentar asirla; tratarla como una enorme medusa en la playa».¹⁶

Esta relajada actitud ha sido típica del escaso debate sobre la identidad holandesa durante décadas. Contrariamente, cada vez que se lidia con la identidad en el Caribe holandés, el debate es cualquier cosa menos relajado. La incertidumbre, la contradicción y la crítica no son bien recibidos, mucho menos el escepticismo y el humor: —¡a nadie se le ocurriría comparar la identidad caribeña con algo tan repulsivo como una medusa!—. En este vacío de incertidumbre no es fácil identificar los rasgos identitarios esenciales. El pasado colonial puede ser parte de esta identidad, como pueden serlo los idiomas, o los Países Bajos; aún el folclore puede ser parte de esta identidad, aunque nunca estuvo muy difundido ni era tenido en alta estima socialmente y hoy día es cada vez más reprimido. Todo esto hace las preguntas sobre temas sensibles cada vez más inquietantes.

En última instancia este capítulo dice poco sobre el estilo de vida y la forma de pensar de «los» surinameses y antillanos. En su lugar, enfatiza la enorme diversidad existente, y cualquier debate acerca de una cultura compartida única debe ser secundario al debate sobre estas diferencias radicales. Pero también en otro sentido la identidad que se analiza aquí está muy lejos de la realidad cotidiana de la mayoría de los arubeños, antillanos o surinameses. Para comprender esa identidad vivida, uno tiene que experimentar personalmente la vida allí, leer novelas, escuchar música y cosas por el estilo, e incluir los dos o tres tratados etnográficos que no estén aún desactualizados.

Dados mis actuales propósitos no me interesa presentar una etnografía alternativa ni estoy equipado para ello.¹⁷ No pretendo pintar viñetas de la vida de un maestro de Bonaire, de un chofer de taxi indostaní, un político curazoleño, un tendero chino, una recepcionista arubeña, un funcionario público afro-surinamés, mucho menos de una empleada doméstica dominicana en San Martín. Como tampoco se analizan aquí sus estilos de vida o la forma en que interactúan. Me interesa fundamentalmente cuestionar la manera en que el discurso nacionalista prefiere presentar la identidad local. Esta revela una fuerte inclinación a abstraer completamente esas vidas concretas y a buscar una imagen ideal de lo que la gente fue o quiso ser alguna vez. Al parecer es difícil no incurrir en la tendencia a alisar los pliegues del pasado y a destilar desde el presente solo lo que conviene. Aquellos que se ocupan del proceso de construcción nacional no parecen tener en mente leerse novelas, tratados etnográficos o estudios históricos. La noción de que la diversidad y la contradicción no son únicamente problemáticos, sino que también constituyen un reto atractivo, parece ser impopular, cuando no ofensiva.¹⁸

Subrayar que el winti seguía atrayendo creyentes para enfatizar que la población afro-surinamesa, nominalmente solo cristiana, aún se adhería a la herencia religiosa forjada durante la esclavitud, fue en determinado momento una corrección necesaria. Sin embargo, ahora la pregunta relevante no es solo cómo el winti se relaciona con el cristianismo, sino cómo esta religión está cambiando y tal vez adquiriendo nuevos significados a través de la secularización de las sociedades a ambos lados del Atlántico. Para ofrecer otro ejemplo, ¿cuántos cientos de miles de hamburguesas McDonald tienen que comerse en Willemstad para que este refrigerio llegue a ser definido como más típico de los hábitos dietéticos de los escolares que el *funchi*?¹⁹ ¿Qué tiene que ver hoy día el *simadan*—entusiastamente promovido por los folcloristas como su propio festival de la cosecha— con la cultura contemporánea de las Islas de Sotavento, donde prácticamente no queda rastro de agricultura? ¿Son poemas surinameses como «Wan Bon» (Un árbol), con su imagen de unificación étnica, en alguna medida menos retóricos hoy que en 1975?

Mucho de lo que se supone que constituya un legado nacional único parece interpretarse en un contexto de negación: de los cambios que trae el paso del tiempo, de los conflictos internos y de las oposiciones tanto en el pasado como en el presente. La identidad normativa nacional o isleña que se formula de esta manera parece aún más alejada de la realidad que mucho de lo que se ha dicho sobre la identidad holandesa.

¿Una identidad caribeña?

La totalidad del Caribe comparte una historia de colonialismo y trabajo forzado que culmina en patrones de criollización estructuralmente similares a lo largo y ancho de toda la región. Sin embargo, las culturas y políticas coloniales de los países europeos involucrados en el área diferían considerablemente entre sí. Esto incluye la gran variedad de fuentes desde las que cada uno repobló sus propias colonias. Por ende los resultados de estos procesos paralelos de criollización demográfica y cultural difieren enormemente entre sí. La identidad colectiva del Caribe, región que prefiere ser considerada una sola área cultural, es por tanto paradójica: lo que se comparte, además de un pasado, es un alto nivel de heterogeneidad heredado de la historia. La historia y la heterogeneidad automática e inevitablemente obligan a poner en primer plano cuestiones sobre la oposición entre identidad insular individual e identidad colectiva regional.²⁰

La identidad de cada uno de los países caribeños casi por definición se busca en la unicidad, en lo que la gente «tiene» y «es», lejos del colonizador del pasado. Los países mayores devinieron independientes antes y se desprendieron de su identificación con la madre patria primero y de forma más efectiva; a esto también contribuyó que hayan obtenido su independencia mediante la lucha armada. Mientras que en otras partes los mitos históricos más o menos tuvieron que inventarse, aquí estos fueron destilados «del pasado real». La lucha histórica y el heroísmo por lo tanto devinieron una parte crucial de la identidad nacional, de la misma forma que la Guerra de los Ochenta Años contra España fue alguna vez un elemento esencial en el proceso de construcción de la nación holandesa. Todos, mitos indispensables. Así, en el contexto caribe-

ño, ha sido más fácil hablar de Cuba, de Haití y tal vez de la República Dominicana y experimentarlos como caracteres nacionales patentemente individuales. Y así siguió siendo cuando en el siglo xx estas naciones fueron las primeras en caer bajo la égida de la nueva superpotencia: los Estados Unidos.

Entonces está el caso único de Puerto Rico: un «territorio no incorporado», no obstante, para todos los efectos, parte de los Estados Unidos. La isla ha batallado por definir su identidad contra el telón de fondo de la cultura anglosajona dominante, y en parte por ello ha preferido interactuar con la esfera cultural de su antigua metrópolis: España. En ciertos aspectos, el proceso de construcción nacional de Puerto Rico, con todas sus ambivalencias y tabúes se encuentra más próximo a la experiencia del Caribe holandés. También aquí el lenguaje y el bilingüismo fallido son todo un asunto, como lo es el éxodo y la extrema dependencia de esa «madre patria» que provoca tanta irritación y asfixia como envidia y admiración —y por demás, en este caso, geográficamente cercana.

Hasta hace unas décadas el resto de la región, el Caribe antiguamente británico, holandés y francés —con excepción de Haití— y ciertamente sus élites, todavía en lo fundamental miraban hacia la madre patria a la hora de definir sus identidades. Surgió un dilema común sobre la identidad nacional: ¿cuánta distancia queremos tomar de «nuestra» cultura europea? Si Surinam y las Antillas Neerlandesas diferían de sus vecinos británicos y franceses en los años cincuenta era primordialmente porque sus culturas reflejaban y emulaban mucho menos que la de la madre patria, comenzando —debe insistirse— por el lenguaje.

Los cambios acaecidos desde entonces no han hecho sino fortalecer la posición anómala y ambivalente del Caribe holandés. El Caribe francés, que ha sido incorporado a Francia como un grupo de tres provincias de ultramar, no ha hecho sino volverse más francés. Claro que esto fue recibido con una disensión elocuente, articulada por la *négritude*, la *créolité* y la *antillanité*. No obstante, no cabe duda alguna de que la población en su totalidad, casi ininterrumpidamente, ha tenido a Francia como modelo para el lenguaje, como marco de referencia y lugar en el mundo.

Con el Caribe británico ocurre hasta cierto punto lo contrario. La independencia de la vasta mayoría de las colonias condujo a un desplazamiento dual en el debate sobre la identidad. Por una parte el énfasis en un carácter único era más fuerte, lo que descansaba en la consciencia de que aunque la Federación de las Indias Occidentales había colapsado, aún pertenecían a una colección de países caribeño-británicos que juntos eran razonablemente grandes y comportaban una cierta importancia en la región. Por otra parte emergió el fenómeno de que los Estados Unidos e incluso Canadá comenzaron a remplazar a Gran Bretaña en muchos aspectos en la medida que esta comenzó a alejarse conscientemente de su imperio caribeño. Así, la bifurcación inicial del éxodo se extendió cada vez más hacia los Estados Unidos. La reacción a este cambio de orientación fue ambivalente. Además del resentimiento y el rencor al pasado colonial, parece haberse desarrollado una creciente necesidad de preservar algo de Gran Bretaña, aún si a modo de contrapeso de la intrusiva influencia estadounidense. Por consiguiente, mucho de lo que Gran Bretaña había dejado atrás —no solo el idioma, incluyendo la ortografía británica, sino también las instituciones y las tradiciones políticas, legales y educacionales, para no mencionar el fenómeno del cricket— se preservó con ahínco. Por ende, es más factible que en esta parte del Caribe se dé un sentido más fuerte de unidad porque se trata inconfundiblemente de una sub-región: al menos una docena de países, todos anglo-hablantes, a pesar de su pequeño tamaño y escasa población, en conjunto forman algo que asemeja un bloque político y una esfera cultural, una colección tal vez «separada» respecto al telón de fondo de América, pero cuyos elementos están ligados entre sí y, mediante el idioma, al mundo anglo-estadounidense dominante.

En este contexto la forma en que se desarrolló el Caribe holandés se sale de la norma en varios aspectos. La orientación respecto a los Países Bajos ha aumentado, pero también lo ha hecho la ambivalencia. La dimensión esencial del fiasco de la independencia surinamesa en sus primeras décadas es que apenas redujo su aislamiento de su entorno inmediato, un aislamiento que subraya el poco interés que el mundo tiene en el país y viceversa. En los años 2000 Surinam seguía

mirando hacia los Países Bajos antes que hacia el Caribe, a pesar de los casi treinta años de independencia; el interés en la India es básicamente cultural y solo de parte de los indostaníes; la orientación hacia África es mínima y puramente retórica; mientras que para la mayoría de los surinameses de origen javanés, Indonesia no pasa de ser una vaga noción. Que el idioma holandés haya comenzado a ganar terreno solo desde 1975 es tremendamente elocuente. La opción es tan pragmática como frustrante y es precisamente esta frustración la que alimenta la eterna ambivalencia respecto a la cultura holandesa; una dualidad notable aun cuando se compara con otros países caribeños.

Este último punto es en la actualidad más cierto que nunca en el caso de las Antillas Neerlandesas. Tradicionalmente, las islas, a diferencia de Surinam, estaban fuertemente orientadas hacia su entorno regional y hacia los Estados Unidos, pero durante las últimas décadas se ha producido un giro fundamental hacia los Países Bajos, al menos en los ámbitos de la política y la migración. El pragmatismo y no el afecto por la madre patria es lo que ha dictado este giro. La frustración y la ambivalencia se ven reforzadas por la consciencia de este fenómeno, así como por la sensación de que la antigua metrópolis no se ha caracterizado precisamente por el afecto por sus territorios caribeños. Es en este contexto que el papiamento cobra un significado simbólico enorme y deviene central para la formulación de una identidad. Y es casi inevitable que el cuestionamiento de los usos prácticos de este idioma provoque acritud y que no se haya realizado prácticamente ningún esfuerzo por insuflarle a los lazos con el reino una significación cultural más profunda. No solo las islas se muestran indiferentes a esto, sino también su antiguo colonizador.

El vínculo de Surinam con los Países Bajos se ha mantenido constante, mientras que el de las islas ha aumentado. La historia, la lengua y la diáspora conforman una relación que genera más ambivalencia que entusiasmo. Y hay más: debe delinearse el mapa de la gran colección de fantasías sobre un Paraíso de ultramar y de mucho más sin el lastre de una preocupación excesiva sobre qué puede o no decirse en un contexto poscolonial. Lo que se obtendría sería de cierta forma típicamente caribeño: en el sentido de que también aquí la cultura se está criollizando, sometida a una inter-fertilización, y de que el contexto de

este proceso de construcción cultural es marcadamente asimétrico en relación con el mundo exterior. Dentro de las limitaciones de este mundo exterior, con su tamaño extremadamente pequeño y su heterogeneidad extrema, el Caribe holandés es sin dudas único, incluso desde el punto de vista caribeño.

Los Países Bajos fueron hace mucho tiempo un colonizador negligente; posteriormente se convirtieron en unos socios obligados por un ambiguo sentido de vergüenza y fastidio. Tuvo el imperio caribeño que mereció: áreas que no son holandesas pero que ahora, dada su limitada viabilidad y en ausencia de alternativas atrayentes, no parecen tener más opción que aferrarse a los Países Bajos. El análisis de este complejo dilema es la primera tarea que debe enfrentar quien se proponga poner en palabras la identidad única de eso que en estas páginas se ha metido en el mismo saco bajo el ficticio estandarte de un solo «Caribe holandés».

Post scriptum (2005)

Al cubrir someramente casi cuatro siglos de historia, este libro se empeña en delinear el mapa del Caribe holandés contemporáneo y sus lazos progresivos con los Países Bajos. El original, una versión más elaborada, se publicó hace una década. Podría parecer absurdo adosarle un post scriptum tan pronto, como si los últimos cinco años supusieran una diferencia crucial en relación con los siglos precedentes. En realidad esta breve mirada retrospectiva refleja cambios menores a la par de una continuidad predominante.

Después de varias décadas de vaciamiento producto del éxodo hacia los Países Bajos, la población de Surinam está creciendo otra vez. La nueva y crucial variable es que ese crecimiento se deriva de la inmigración legal e ilegal de brasileños, quienes en una década podrían llegar a conformar el 10 % de la población. Mientras los sucesivos gobiernos surinameses han planteado su afán de insertar al país más firmemente en el Caribe, en particular integrándose al Caricom, esta nueva inmigración puede prefigurar un destino geopolítico diferente.

En 2003 Surinam cambió el nombre de su moneda nacional, de *gulden*, heredado de los tiempos coloniales, a dólar surinamés. La ven-

taja de esto es que los surinameses ya no tienen que pagar decenas de miles de florines por un refresco o un panecillo, pues el nuevo dólar fue fijado a un valor intrínseco mucho más alto. Sicológicamente puede ser reconfortante para los surinameses saber que ya no se ven constantemente confrontados con el hecho de que su *gulden* se ha reducido a una mera fracción de su valor original. De igual forma, haber elegido el nombre de «dólar» para sustituir el de *gulden*, simboliza que el gobierno prefiere desprenderse del legado colonial. Desafortunadamente, el progreso logrado en el mundo real de la economía es otra historia. La tradicional y excesiva dependencia de la industria de la bauxita, alguna agricultura a gran escala, la ayuda económica holandesa y las remesas enviadas por la comunidad surinamesa en los Países Bajos no han sido superadas. El complicado aparato estatal continúa siendo una carga onerosa para el tesoro, un reto difícil de enfrentar por razones electorales. Los dos sectores de mayor crecimiento económico son la minería aurífera y el tráfico de drogas. Ambos ejercen una fuerte presión corruptora sobre el estado, mientras que las enormes ganancias que se cosechan en estos sectores benefician solo a unos pocos.

Surinam ha seguido siendo una democracia parlamentaria y no hay razón para pensar que esto cambiará en el futuro cercano. Que esta democracia funcione, es otra cuestión. La última década se ha caracterizado por la alternancia de mandatos entre la coalición tradicional basada en partidos étnicos y uno nuevo con profundas raíces en el periodo del régimen militar. Los partidos étnicos tradicionales parecen estar a la defensiva, lo cual constituye un cambio notable en vistas de las marcadas divisiones étnicas que caracterizan al país. Algunos pueden interpretar esto como un paso esperanzador en el proceso de construcción nacional. Otros podrían poner el acento en que la credibilidad de muchos de los nuevos partidos, surgidos durante el periodo de régimen militar y de criminalidad y corrupción que le siguió, deja mucho que desear, y de hecho invita a pensar que la incorporación de Surinam a su hábitat geográfico sigue precisamente la trayectoria equivocada.

Esta observación está comenzando a prevalecer en La Haya. Con el cambio generacional en la política holandesa, el compromiso con Surinam

está decayendo a la vez que aumenta el escepticismo respecto a los resultados de la ayuda financiera al desarrollo. Esto ha sido parcialmente amortiguado por la labor del cabildo surinamés en los Países Bajos. Una participación política holandesa menor puede no preocupar a los políticos surinameses, pero sí les preocupa desde el punto de vista económico. «El apretón de manos de oro» de 1975 está casi agotado. A juzgar por el pasado, cabría esperar que la negociación de una posible renovación de las relaciones de cooperación se encuentre entre los primeros puntos de la agenda bilateral; pero no lo está. La Haya no se muestra muy interesada en seguir transitando el camino elegido. Así, después de una demora de varias décadas, la transferencia de soberanía podría de hecho terminar en la disolución de todo vínculo poscolonial. El hecho de que muchos surinameses a ambos lados del Atlántico detestan esta idea parece ser cada vez menos relevante para el aparato legislativo holandés.

El compromiso holandés con las Antillas Neerlandesas no es mucho más amigable; sencillamente está anclado en bases constitucionales. Una encuesta reciente sugiere que más de la mitad de la población holandesa preferiría que Curazao, y probablemente las otras islas también, devinieran independientes. Esta preferencia también predominaba hace treinta años.²¹ Claro que la realidad constitucional dicta que los políticos holandeses deben adoptar otra posición, lo que viene aparejado con la reafirmación de la presencia holandesa a costa de la autonomía antillana y arubeña, con lo cual su intervención en el Caribe se profundiza en lugar de disolverse. Desafortunadamente, esta política no nace tanto de un compromiso positivo como de una preocupación creciente sobre lo que sea que les recuerde a los holandeses sobre la existencia de estos restos del imperio.

¿Qué cosas, pues, sirven de recordatorio? Podríamos comenzar con Aruba, de la que actualmente dimanan solo algunos de estos recordatorios. Desde que devino un país separado dentro del Reino, Aruba ha sido un éxito económico. Mientras este milagro económico no colapse y su inmigración a los Países Bajos se mantenga mínima, la isla podría seguir gozando alegremente de los beneficios de la protección poscolonial sin padecer la imposición de muchas limitaciones a su autonomía interna. No obstante, el equilibrio es precario: por definición, su pequeña economía con su dependencia del turismo y las industrias de los

servicios es extremadamente vulnerable a las amenazas externas más allá de su control, incluyendo el terrorismo internacional y el crimen.

A parte de las calamidades, hay dos factores estructurales que pueden atraer más intervención holandesa en la política arubeña. El primero son los cambios progresivos en la población de la isla. El crecimiento ha traído consigo un alto y permanente nivel de inmigración principalmente de los países hispanohablantes vecinos. Las implicaciones de ello, por ejemplo, en el sistema educacional, se están haciendo sentir en Aruba. A largo plazo estas van a crear nuevos retos en relación con la cuestión de la identidad arubeña. A corto plazo van a propiciar la intervención holandesa, pues implican cuestiones de ciudadanía y de cargas financieras y educacionales.

El segundo factor que podría terminar por colocar Aruba aún más cerca de la égida holandesa no está tan conectado con la isla en sí, sino con la precaria condición de las Antillas Neerlandesas en general. Una crisis dual ha caracterizado la nación de cinco islas durante casi toda la última década. Primero está la crisis económica endémica con sus repercusiones tanto en las islas, particularmente en Curazao, y a través de la inmigración también en los Países Bajos. En segundo lugar está la renuencia principalmente de San Martín, seguida de Curazao, de continuar formando parte de la entidad antillana de cinco islas. La Haya ha expresado repetidas veces su negativa de ceder a estos deseos separatistas; sin embargo, parece muy probable que al final los políticos holandeses tengan que reconsiderar el asunto. El negocio entrañaría por una parte la sustitución del ficticio «país» de las Antillas Neerlandesas por un sistema de relaciones directas entre cada una de las islas y la metrópolis; y por la otra, los holandeses finalmente obtendrían el control que han intentado conseguir por muchos años sobre el gobierno de las islas. Existen muchas complicaciones en este escenario; no obstante, es difícil concebir cabalmente otro resultado. De materializarse este pronóstico, Aruba será fuertemente presionada para someterse al nuevo arreglo; a pesar de las numerosas complicaciones políticas, es difícil encontrar otra alternativa.

Todo esto es política. La cuestión que permea gran parte de este libro es, obviamente, cómo una relación poscolonial y los cambios

que tienen lugar dentro de esta, impactan las identidades locales. Baste por ahora reiterar algunas conclusiones. En primer lugar, dado que un tercio de la población caribeña vive en la metrópolis, «identidad local» ha devenido un concepto cada vez más escurridizo. Es notorio que dicho asunto apenas se aborda en el lado occidental del Caribe holandés. En segundo lugar, ahora tenemos una interesante secuela de la paradoja histórica de que Surinam, por mucho la más holandesa de las antiguas colonias, fue la única en romper sus lazos poscoloniales. Al no escoger ese mismo camino, sin saberlo las islas tomaron una ruta que las ha acercado al mundo holandés más que nunca, como lo indica la experiencia de las últimas décadas. Así, a la primera paradoja le sigue otra: de forma vacilante, a veces con un paso extremadamente lento y quizás con resultados dudosos, los surinameses en realidad se están moviendo hacia otras esferas geopolíticas; al menos para las generaciones más jóvenes, los Países Bajos están deviniendo gradualmente una nación remota. En el caso de los antillanos ocurre justo lo contrario; sin embargo, no hay muchas señales de que la retórica de la identidad nacional haya incorporado seriamente este fenómeno, pues hoy más que nunca se enfoca en marcadores estrechos, exclusivamente *insulares*.

Al igual que durante el colonialismo, el poder metropolitano prevalece en la relación poscolonial. La supremacía holandesa nunca fue completa ni enteramente efectiva; pero no se puede negar que los Países Bajos dictaron los parámetros de la colonización. En el proceso de desmantelamiento de los restos del imperio holandés, los holandeses de cierta manera perdieron el control —de ahí la enorme comunidad caribeña en los Países Bajos y el fracaso de la política de hacer de las Antillas un estado soberano de seis islas. Aun así, la relación entre el antiguo colonizador y sus colonias sigue siendo marcadamente asimétrica en la era poscolonial. No es Paramaribo quien ha buscado, mucho menos dictado, el muy lento proceso de desvinculación entre Surinam y los Países Bajos, sino La Haya. El precio que las Antillas siguen pagando por votar contra la soberanía es el de acatar más que nunca los estándares holandeses. Ese precio podría ser razonable y la compensación atractiva en casi todos los sentidos; sin embargo es evidente que la metrópolis es la que sigue fijando los parámetros.

Ahora podemos concluir con algunas reflexiones sobre la identidad holandesa en relación con su legado caribeño. En primer lugar en los Países Bajos se ha producido un notable descubrimiento, casi de la noche a la mañana, de la historia caribeño-holandesa, y particularmente de sus rasgos menos positivos. En la primera edición de 1997 de *Het paradijs overzee*, lancé un comentario cínico sobre la inexistencia de un monumento en los Países Bajos que conmemore el tráfico transatlántico de esclavos y la esclavitud. Solo dos años después el gobierno holandés respondió positivamente a peticiones de las organizaciones caribeñas en los Países Bajos que urgían que se erigiera un monumento así. Además, la prestigiosa Fundación Príncipe Claus para la cultura y el desarrollo globales, publicó un libro para conmemorar la esclavitud. El monumento nacional, realizado por el escultor surinamés Erwin de Vries, fue develado en Amsterdam en presencia de la reina de los países bajos y el primer ministro en 2002, el primero de julio, Día de la Emancipación. Exactamente un año después se fundó un instituto auspiciado por el Estado para la educación y la investigación sobre la esclavitud y su legado.²²

Todo el proceso se vio contextualizado por todos los actores implicados, poniéndose así de manifiesto no solo la nueva consciencia holandesa sobre los aspectos negativos de su historia nacional, sino también un compromiso con la inclusión de los descendientes de esos africanos esclavizados que ahora viven en los Países Bajos. Los intereses políticos y la cobertura mediática fueron en general positivos, aún si con el paso del tiempo ha surgido algún escepticismo en relación con la política de la identidad negra y disensión interna entre los grupos implicados. La cobertura de prensa fue sin dudas útil. Las encuestas recientes entre los holandeses indican que estos capítulos olvidados han sido recuperados del olvido. En una de estas los entrevistados mencionaron el colonialismo y particularmente el comercio transatlántico de esclavos como algunos de los peores episodios en la historia holandesa.²³

Una vez que el vacilante debate entró en la agenda, no se ha hecho nada para silenciarlo. Se ha expresado alguna controversia respecto a asuntos obligados como los ángulos comparativos desde los

que se abordan la justificación y la dureza de la esclavitud holandesa, y particularmente respectode los legados contemporáneos de la esclavitud. Probablemente los asuntos más volátiles de los debates han sido la afirmación de que los negros son quienes mejor comprenden este pasado así como las hipótesis sobre la huella sicológica de la esclavitud, particularmente el racismo entre los blancos y el trauma cultural de los descendientes de esclavos. Ninguno de estos debates le resultaban novedosos a alguien familiarizado con el Caribe o la «América plantacionista» en general; pero no cabe dudas de que nunca antes estuvo el «Atlántico negro» tan claramente presente en los Países Bajos.²⁴

Esto no significa que los Países Bajos de cierta manera hayan incorporado completamente sus antecedentes caribeños al entendimiento de su propia identidad. Mucho menos que la sociedad holandesa esté felizmente enfrascada en incorporar a su identidad local las nuevas culturas de la reciente inmigración masiva. El debate público holandés hoy día se centra, mucho más que hace cinco años, en las desventajas del multiculturalismo, para a veces llegar al extremo de la más pura xenofobia. Puesto que cerca de un millón de musulmanes viven en los Países Bajos, gran parte del debate versa sobre la posición del islam y de sus creyentes en la sociedad holandesa. Cada vez se hacen más distinciones entre la población musulmana y los diversos inmigrantes poscoloniales y sus descendientes. Está claro que es más ventajoso pertenecer a la segunda categoría, como lo evidencia el surgimiento de una política identitaria razonablemente exitosa en el seno de la comunidad inmigrante poscolonial.

¿Se traducirían un mejor entendimiento de la historia holandesa en el Caribe y de los antecedentes caribeños de la identidad holandesa en un compromiso positivo continuado con las antiguas colonias? Hay muchas razones para dudarlo. El compromiso con Surinam, que alguna vez fuera fuerte, está perdiendo terreno poco a poco, principalmente porque La Haya ve en ello muchos problemas y pocas ventajas. La decisión de ejercer un control más firme sobre las Antillas se debe más al angustioso anhelo de evitar que las islas generen más problemas para los Países Bajos que a un genuino sen-

tido de compromiso. Con todo, no mucho ha cambiado durante las últimas tres décadas y no existe razón alguna para pensar que algo esencial cambiará. Queda la pregunta de cómo la comunidad caribeña en los Países Bajos, que literalmente trajo la historia colonial de vuelta a la metrópolis, se posicionará en el futuro y cuál será la dirección, la intensidad y el resultado de su compromiso con las naciones de sus ancestros.

Notas

- ¹ Este capítulo fue originalmente escrito en 1997 como capítulo final de *Het paradij's overzee*. El texto que se ofrece aquí reproduce el original con revisión y añadidos mínimos, excepto su sección final «Post Scriptum», redactado en 2005 para la versión en inglés de este libro.
- ² De Kom, 1981: 49. Ver también el capítulo 6.
- ³ El concepto de «acallar la historia», ha sido tomado, claro está, de Trouillot, 1995.
- ⁴ No debe sorprender en este aspecto que mis intentos más bien ingenuos de contextualizar tópicos comunes sobre la crueldad extrema de la esclavitud surinamesa (Oostindie, 1993b, reimpresso en holandés en *Het paradij's overzee*) hayan sido ocasionalmente denunciados como reaccionarios (Shell, 1992, Hoetink y Oostindie, 1993).
- ⁵ Ramdas, 1996: 202, 1993: 33.
- ⁶ Esto ha cambiado desde entonces; ver el «Post Scriptum».
- ⁷ Schama, 1988. Ver también el capítulo 2.
- ⁸ Sticusa: la Fundación para la Cooperación Cultural dentro del Reino (1948-1988), con base en Amsterdam. Ver Oostindie y Klinkers, 2003, capítulo 10.
- ⁹ Koch y Scheffer, 1996, Scheffer, 1996. En respuesta a una solicitud hecha por el gobierno holandés a fin de averiguar sobre posibles tensiones entre la «identidad nacional» y la globalización, el prestigioso Raad voor Maatschappelijke Ontwikkeling (1999) publicó un informe sobre identidad holandesa en el que la historia colonial de este país y sus legados no se mencionan ni de pasada.
- ¹⁰ El patriota liberal Johannes van Vloten, 1873, citado por Kossman (1996: 57).

- ¹¹ Por ejemplo, Joustra, 1993.
- ¹² Citado en Van Kempen, 1995: 336-337.
- ¹³ Cf. la premisa de la exhibición *Sranan; Culture in Suriname* (Binnendijk y Faber 1992), y el comentario sobre ella de Price y Price (1996: 98-99).
- ¹⁴ CommissieNatievorming 1996: 58-59. Sin andarse por las ramas, la comisión planteó: «Todas las materias (incluidas las ciencias exactas) que se enseñen en las escuelas deben ponerse en función de los fines descritos anteriormente» (p. 58).
- ¹⁵ En 1997 el gobierno de las Antillas Neerlandesas decidió que hacía falta un himno nacional «con el propósito de fortalecer la solidaridad entre las islas de las Antillas Neerlandesas y la identidad nacional». Se organizó un concurso a estos fines. Los antillanos que vivían lo mismo en las islas que en otro lugar —principalmente en los Países Bajos— quedaron invitados a enviar sus propuestas para la música y la letra del himno. El idioma podría ser papiamentu y/o inglés, no holandés (*Antilliaanse Nieuwsbrief* 38 (7/8) 1997).
- ¹⁶ Scheffer, 1996: 29, Kossmann, 1996: 68.
- ¹⁷ En publicaciones recientes, Allen, Heijes y Marcha (2003), Antonius (1996), y Marcha y Verweel (2000, 2003) ofrecen materiales provechosos para una etnografía del Curazao contemporáneo. En estas publicaciones se pone un énfasis marcado en los legados de la esclavitud, identificados con términos tales como «cultura de la vergüenza», «complejo de inferioridad» y otros por el estilo.
- ¹⁸ Ver Broek, 1994, Oostindie, 1997.
- ¹⁹ *Funchi* es un alimento básico hecho de pasta de maíz.
- ²⁰ Hall, 1995. La idea de un área cultural corrobora la reconocida obra de Knight, *The Caribbean* (1990), la cual, incidentalmente, a pesar de sus muchos méritos, no es excepción a la regla de que en el estudio «comparativo» de la región, el Caribe holandés se aborda, en el mejor de los casos, marginalmente. Para la relación entre la etnicidad y el proceso de construcción nacional, ver también Oostindie, 1996 y el capítulo 5 de este libro.
- ²¹ Una mayoría del 54 % respondió que Curazao debía ser independiente, un 10% votó por el estatus de provincia, 21 % por el estatus actual; al parecer, 15% carecía de opinión al respecto (ANP, 12-8-2003). A modo de comparación: a mediados de la década de 1970 había mayorías aún más definidas (62-78%) a favor de la independencia tanto de Surinam como de las Antillas (Oostindie y Klinkers, 2001, II: 73).

- ²² Oostindie, 1999. Ver Oostindie, 2001 para una versión inglesa cabalmente revisada, incluidas varias contribuciones a la historia y la política de la conmemoración holandesa.
- ²³ La encuesta se llevó a cabo en 1999 (*Historisch Nieuwsblad*, julio de 2000). Según una encuesta muy reciente, para 2003 una muestra de los que respondían incluso sobreestimaban la participación de los holandeses en la trata trasatlántica (*Historisch Nieuwsblad*, mayo 2003).
- ²⁴ Gilroy, 1993.

Bibliografía

- ABBRING, H. J.: *Weemoedstoonen uit de geschiedenis van mijn leven, of Mijn reis naar Curaçao, en vlugtige beschouwingen van dat eiland gedurende mijn tienjarig verblijf op hetzelfde*. Van Boekeren, Groningen, 1834.
- ALDRICH, ROBERT y JOHN CONNELL: *France's overseas frontier; Départements et Territoires d'Outre-Mer*. Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
- : *The Last Colonies*. Cambridge Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
- ALLEN, ROSE MARY: «Katholicisme en volkscultuur, een dialectische relatie; Een aanzet tot de studie van het “beschavingswerk” van de Curaçaose rooms-katholieke kerk in de periode 1824-1915», en: B. Boudewijnse, H. Middelbrink y C. van de Woestijne (eds.), *Kerkwandel en lekenhandel; De rooms-katholieke kerk op Curaçao*, pp. 15-30, Het Spinhuis, Amsterdam, 1992.
- ALLEN, ROSE MARY, COEN HEIJES y VALDEMAR MARCHA (eds.): *Emancipatie & acceptatie; Curaçao en Curaçaoenaars. Beeldvorming en identiteit honderdveertig jaar na de slavernij*. SWP, Amsterdam, 2003.
- ALLEYNE, MERVYN C.: *The Construction and Representation of Race and Ethnicity in the Caribbean and the World*. The University of the West Indies Press, Kingston, Jamaica, 2002.
- ALOFS, LUC: *Slaven zonder plantage; Slavernij en emancipatie op Aruba, 1750-1963*. Charuba, Aruba, 1996.
- ALOFS, LUC & LEONTINE MERKIES: *Ken ta Arubiano? Sociale integratie en natievorming op Aruba*. Caraïbische Afdeling KITLV, Leiden, 1990.

- ANDERSON, BENEDICT R.O. G.: *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, Londres, 1983.
- : *Long-distance Nationalism; World Capitalism and the Rise of Identity Politics*. *CASA*, Amsterdam, 1992.
- ANÓNIMO: «Suriname en zijne vooruitzichten», *De Economist*, 2: 769-771, 1870.
- ANTONIUS, ROLAND C. M.: *Calls from the Social Desert; On the Political Socialization of Adolescent Youth in Curaçao*. [Disertación, Universidad de Amsterdam], 1996.
- BAKKER, EVELINE, LEO DALHUISEN, MAURITS HASSANKHAN y FRANS STEEGH: *Geschiedenis van Suriname; Van stam tot staat*. Walburg Pers, Zutphen, 1993.
- BARTELING, E. J.: *Hoe de tijden veranderen; Herinneringen van een ouden planter*. Van Ommeren, Paramaribo, 1916.
- BAUD, MICHIEL, KEES KOONINGS, GERT OOSTINDIE, ARIJ OUWENEEL y PATRICIO SILVA: *Etnicidad como estrategia en América Latina y el Caribe*. Ediciones Abya-Yala, Quito, 1996.
- BELMONTE, B. E. C.: *Neêrlands West-Indië in zijne belangen en Dr. W. R. van Hoëvell in zijne "Slaven en vrijen": Slavernij-emancipatie-kolonisatie*. Van den Heuvel, Leiden, 1855.
- BENDER, THOMAS (ed.): *The Antislavery Debate; Capitalism and Abolitionism as a Problem in Historical Interpretation*. University of California Press, Berkeley, 1992.
- BENÍTEZ-ROJO, ANTONIO: *La isla que se repite; El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Del Norte, Hanover, 1989.
- BENOIT, P. J.: *Reis door Surinam?; Beschrijving van de Nederlandse bezittingen in Guyana [...]*. Walburg Pers, Zutphen, 1980. [Originalmente 1839.]
- BERNABÉ, JEAN, PATRICK CHAMOISEAU y RAPHAËL CONFIANT: *Eloge de la créolité*. Gallimard, Paris, 1989.
- BEST, LLOYD: «Independent Thought and Caribbean Freedom», *New World Quarterly*, 3-4: 13-34, 1967.
- BINNENDIJK, CHANDRA y PAUL FABER (eds.): *Sranan; Cultuur in Suriname*. KIT, Amsterdam; Museum voor Volkenkunde, Rotterdam, 1992.

- BLAKELY, ALLISON: *Blacks in the Dutch World; The Evolution of Racial Imagery in a Modern Society*. Indiana University Press, Bloomington, 1993.
- BLOM, ANTHONY: *Verhandeling van den landbouw in de Colonie Suriname*. Amsterdam, 1787.
- SMIT BLOM, ANTHONY [& FLORIS VISSCHER HESHUYSEN]: *Verhandeling over den landbouw in de Colonie Suriname, volgens eene negentien-jaarige ondervinding zamengesteld, door Anthony Blom, en met de noodige ophelderingen en bewysredenen voorzien, door Floris Visscher Heshuysen [...]*. Van der Aa, Haarlem, 1786.
- BOLLAND, O. NIGEL: «Creolization and Creole Societies; A Cultural Nationalist View of Caribbean Social History», en: Alistair Hennessy (ed.), *Intellectuals in the Twentieth-century Caribbean I. Spectre of the New Class; The Commonwealth Caribbean*, pp. 50-79. Macmillan, Londres, 1992.
- BOOGAART, ERNST VAN DEN: «Colour Prejudice and the Yardstick of Civility; The Initial Dutch Confrontation with Black Africans 1590-1635», en: Robert Ross (ed.), *Racism and Colonialism; Essays in Ideology and Social Structure*, pp. 33-54. Nijhoff, Den Haag, 1982.
- BOOGAART, ERNST VAN DEN, PIETER C. EMMER, PETER KLEIN y KEES ZANDVLIET: *La expansión holandesa en el Atlántico*. Mapfre, Madrid, 1992.
- BOOMGAARD, PETER & GERT OOSTINDIE: «Changing Sugar Technology and the Labour Nexus; The Caribbean, 1750-1900». *Nieuwe West-Indische Gids/New West Indian Guide*, 63: 3-22, 1989.
- BOSCH, G.B.: *Reizen in West-Indië*. Van der Monde, Utrecht, 1829-1836.
- : *Reize in West-Indië en door een gedeelte van Zuid-en Noord-Amerika; Derde deel: Reize naar Suriname in brieven*. Bosch, Utrecht, 1843.
- BOXER, C.R.: *The Dutch in Brazil, 1624-1654*. Clarendon Press, Oxford, 1957.
- : *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800*. Hutchinson, Londres, 1965.

- BREUGEL, G. P. C. VAN: *Aansporing ter bevordering van het godsdienstig onderwijs der slaven en kleurlingen op plantaadjen, bijzonder gerigt aan eigenaren van plantaadjen in de kolonie Suriname, en aan andere weldenkende Christenen*. Van Loghem, Haarlem, 1834.
- BROEK, AART G.: *Onenigheid is een genoeg; Omtrent identiteit beneden de wind*. Amigoe, Curaçao, 1994.
- BRUIJNE, AD DE: «A City and a Nation; Demographic Trends and Socioeconomic Development in Urbanising Suriname», en: Rosemarijn Hoefte y Peter Meel (eds.), *20th Century Suriname; Continuities and Discontinuities in a New World Society*, pp. 23-47. Ian Randle Publishers, Kingston; KITLV Press, Leiden, 2001.
- BRUIJNE, G. A. DE y A. SCHALKWIJK: «Kondreman en P'tata; Nederland als referentiekader voor Surinamers?» en: A. J. Brahim et al. (eds.). *Suriname in het jaar 2000*, pp. 225-241. Bosch & Keuning, Baarn, 1994.
- BUDDINGH, HANS: *Geschiedenis van Suriname*. Spectrum, Utrecht, 1995.
- BUISMAN, JAN WILLEM: *Tussen vroomheid en verlichting; Een cultuurhistorisch en sociologisch onderzoek naar enkele aspecten van de verlichting in Nederland (1755-1810)*. Waanders, Zwolle, 1992.
- BURTON, RICHARD: «Ki Moun Nou Ye? The Idea of Difference in Contemporary French West Indian Thought», *New West Indian Guide*, '67: 5-32, 1993.
- CARLIN, EITHNE y JACQUES ARENDS: *Atlas of the Languages of Suriname*. KITLV Press, Leiden, 2002.
- CHAMBERLAIN, MARY: *Narratives of Exile and Return*. Macmillan, Londres, 1997.
- CHOENNI, CHAN E. S. y KANTA SH. ADHIN (eds.): *Hindostanen; Van Brits-Indische emigrantten via Suriname tot burgers van Nederland*. Sampreshan, Den Haag, 2003.
- CHUMACEIRO, AZ., A. M.: *Is Curaçao te koop? Belinfante*, Den Haag, 1879.
- CLARKE, COLIN A. (ed.): *Society and Politics in the Caribbean*. Macmillan, Clifford, James, Londres, 1991.

- CLIFFORD, JAMES: *The Predicament of Culture; Twentieth-century Ethnography, Literature, and Art*. Harvard University Press, Cambridge, 1988.
- COHEN, ROBERT: *Jews in Another Environment; Surinam in the Second Half of the Eighteenth Century*. Brill, Leiden, 1991.
- COHEN, WILLIAM B.: *The French Encounter with Africans; White Response to Blacks 1530-1880*. Indiana University Press, Bloomington, 1980.
- COMMISSIE NATIEVORMING: *One People, one Effort, one Nation: Aanzet tot een beleidsplan voor de structurering van het proces van natievorming in de Nederlandse Antillen*. [Curaçao], s. n., 1996.
- COSTA GOMEZ, MOISES FRUMENCIO DA: *Het wetgevende orgaan van Curaçao; Samenstelling en bevoegdheid, gezien in het kader van de Nederlandsche koloniale politiek*. Paris, Amsterdam, 1935.
- CROES, RUDOLF M.: *Welvaart zonder ontwikkeling; De invloed van de oliemaatschappijen op de Arubaanse economie 1928-1948*. Caraïbische Afdeling, KITLV, Leiden, 1987.
- CURLIN, PHILIP D.: *The Image of Africa; British Ideas and Action, 1780-1850*. University of Wisconsin Press, Madison, 1964.
- DAHLHAUS, G. J. M.: *Monsieur Martinus Joannes Niewindt, eerste apostolisch vicaris van Curaçao; Een levensschets. 27 de agosto de 1824-12 de enero de 1860*. Bracke-Van Geert, Baasrode, 1924.
- DALHUISEN, LEO, RONALD DONK, ROSEMARIJN HOEFTE y FRANS STEEGH (eds.): *Geschiedenis van de Antillen; Aruba, Bonaire, Curaçao, Saba, Sint Eustatius, Sint Maarten*. Walburg Pers, Zutphen, 1997.
- DASH, J. MICHAEL: «Review of Marie-Hélène Laforest, *Diasporic Encounters: Remapping the Caribbean* (2000)», *New West Indian Guide* 75: 148-150, 2000.
- DAVIS, DAVID BRION: *The Problem of Slavery in Western Culture*. Cornell University Press, Ítaca, 1966.
- : *Slavery in Western Culture: The problem of Slavery in the Age of Revolution 1770-1823*. Cornell University Press, Ítaca, 1975.

- _____: *Slavery and Human Progress*. Oxford University Press, Nueva York, 1984.
- DEBROT, COLA: *Verzameld werk 1; Over Antilliaanse cultuur*. Meulenhoff, Amsterdam, 1985.
- DEKKER, J. H.: *Curaçao zonder/met Shell: Een bijdrage tot bestudering van demografische, economische en sociale processen in de periode 1900-1929*. Walburg Pers, Zutphen, 1982.
- DERVELD, F. E. R.: *Politieke mobilisatie en integratie van de Javanen in Suriname; Tamanredjo en de Surinaamse nationale politiek*, 1981. [Disertación en la Universidad de Leiden.]
- DEW, EDWARD: *The Difficult Flowering of Surinam; Ethnicity and Politics in a Plural Society*. Nijhoff, Den Haag, 1978.
- _____: *The Trouble in Suriname, 1975-1993*. Praeger, Nueva York, 1994.
- DIJK, KEES VAN: «The Magnetism of Songs», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde*, 159: 31-64, 2003.
- DISSEL, S. VAN: *Curaçao; Herinneringen en schetsen*. Sijthoff, Leiden, 1857.
- DOEL, H.W. DEN: *Afscheid van Indië; De val van het Nederlandse imperium in Azië*. Prometheus, Amsterdam, 2000.
- DOMÍNGUEZ, JORGE I., ROBERT A. PASTOR y R. DELISLE WORRELL (eds.): *Democracy in the Caribbean; Political, Economic, and Social Perspectives*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.
- DOORN, J.A.A. VAN: *De laatste eeuw van Indië; Ontwikkeling en ondergang van een koloniaal project*. Bert Bakker, Amsterdam, 1994.
- DRESCHER, SEYMOUR: *Capitalism and Antislavery; British Mobilization in Comparative Perspective*. Oxford University Press, Nueva York, 1987.
- _____: «The Ending of the Slave Trade and the Evolution of European Scientific Racism», *Social Science History*, 14: 415-450, 1990.
- _____: «British Way, French Way; Opinion Building and Revolution in the Second French Slave Emancipation», *American Historical Review*, 96: 709-735, 1991.

- : «The Long Goodbye; Dutch Capitalism and Antislavery in Comparative Perspective» en: Gert Oostindie (ed.): *Fifty Years Later; Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*, pp. 25-66. KITLV Press, Leiden, 1995. [University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1996.]
- DUFF, ERNEST A.: «Cultural Imperialism in the Caribbean; The Challenge of the 1990s», *Caribbean Affairs* 3-1: 38-48, 1990.
- DIJCK, PITOU VAN: «Continuity and Change in a Small Open Economy; External Dependency and Policy Inconsistencies», en: Rosemarijn Hoefte y Peter Meel (eds.), *20th Century Suriname; Continuities and Discontinuities in a New World Society*, pp. 48-70. Ian Randle Publishers, Kingston; KITLV Press, Leiden, 2001.
- DIJCK, PITOU VAN (ed.): *Suriname; The Economy: Prospects for Sustainable Development*. Ian Randle Publishers, Kingston; Roozenberg, Amsterdam, 2001.
- EENSGEZINDHEID: *Verzameling van uitgezochte verhandelingen, betreffende den landbouw in de kolonie Suriname: Opgesteld door het Landbouwkundig Genootschap De Eensgezindheid, gevestigd in de devisie Matappika, binnen dezelve kolonie*. Gartman & Uylenbroek, Amsterdam, 1804.
- ELKINS, STANLEY MAURICE: *Slavery; A Problem in American Institutional and Intellectual Life*. University of Chicago Press, Chicago, 1971. [Originalmente 1959.]
- EMDEN, EGBERT VAN, H. G. ROUX & J. FROUIN: *Onderzoek ten gevolge der circulaire van den heer Otto Tank [...]*. Muller Az, Paramaribo, 1848.
- EMMER, PIETER C.: *Engeland. Nederland, Afrika en de slavenhandel in de negentiende eeuw*. Brill, Leiden, 1974.
- : «Anti-slavery and the Dutch; Abolition without Reform», en: Christine Bolt y Seymour Drescher (eds.), *Anti-slavery, Religion, and Reform; Essays in Memory of Roger Anstey*, pp. 80-98. Dawson, Archon, Folkestone, 1980.
- : «Between Slavery and Freedom; The Period of Apprenticeship in Suriname (Dutch Guiana), 1863-1873», *Slavery and Abolition*, 14-1: 87-113, 1993.

- : «Capitalism Mistaken? The Economic Decline of Surinam and the Plantation Loans, 1773-1850; A Rehabilitation», *Itinerario* 20-1: 11-18, 1996.
- : *The Dutch in the Atlantic Economy, 1580-1880*. Ashgate Variorum, Aldershot, 1998.
- : *De Nederlandse slavenhandel 1500-1850*. De Arbeiderspers, Amsterdam, 2000.
- EMMER, PIETER C. y WIM KLOOSTER: «The Dutch Atlantic, 1600-1800; Expansion without Empire», *Itinerario* 23-2: 48-69, 1999.
- FASSEUR, CEES: *De weg naar het paradijs en andere Indische geschiedenissen*. Bert Bakker, Amsterdam, 1995.
- FERMIN, PHILIPPE: *Nieuwe algemeene beschryving van de Colonie van Suriname*. Van der Plaats, Harlingen, 1770.
- : *Tableau historique et actuel de la Colonie de Surinam, et des causes de sa décadence*. Dufour & Roux, Maastricht, 1778.
- FERNANDES MENDES, H. K.: *Onafhankelijkheid en parlementair stelsel in Suriname; Hoofdpijnen van een nieuw en democratisch staatsbestel*.: Tjeenk Willink, Zwolle, 1989. [Tesis de la Universidad de Leiden.]
- FOUSE, GARY C.: *The Story of Papiamentu; A Study in Slavery and Language*. University Press of America, Lanham, 2002.
- FRANK, DAVID B.: «Political, Religious, and Economic Factors Affecting Language Choice in St. Lucia». *International Journal of the Sociology of Language*, 102: 39-56, 1993.
- FRIJHOFF WILLEM TH. M.: «The Dutch Enlightenment and the Creation of Popular Culture», en: Margaret C. Jacob y Wijnandt W. Mijnhardt (eds.), *The Dutch Republic in the Eighteenth Century; Decline, Enlightenment, and Revolution*, pp. 292-307, Cornell University Press, Ítaca, 1992.
- FURNIVALL, J. S.: «Some Problems of Tropical Economy», en: Rita Hinden (ed.), *Fabian Colonial Essays*. Allen & Unwin, Londres, 1945.
- GALLANDAT, D. H.: *Noodige onderrichtingen voor de slavenhandelaaren*. Gillissen, Middelburg, 1769.

- GILROY, PAUL: *The Black Atlantic; Modernity and Double Consciousness*. Verso, Londres, 1993.
- GOBARDHAN-RAMBOCUS, LILA: *Onderwijs als sleutel tot maatschappelijke vooruitgang; Een taal- en onderwijsgeschiedenis van Suriname. 1651-1975*. Walburg Pers, Zutphen, 2001.
- GOSLINGA, CORNELIS CH.: *Emancipat ie en emancipator; De geschiedenis van de slavernij op de Benedenwindse eilanden en het werk der bevrijding*. Van Gorcum, Assen, 1956.
- : *The Dutch in the Caribbean and on the Wild Coast 1580-1680*. Van Gorcum, Assen, 1971.
- : *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas 1680-1791*. Van Gorcum, Assen, 1985.
- : *The Dutch in the Caribbean and in Surinam 1791/5-1942*. Van Gorcum, Assen, 1990.
- GOWRICHARN, RUBEN S.: «Integratie als normatief proces», en: Ruben S. Gowricharn (ed.), *Binnen de grenzen; Immigratie, etniciteit en integratie in Nederland*, pp. 173-184. De Tijdstroom, Utrecht, 1993.
- GRASVELD, FONS y KLAAS BREUNISSEN: *Ik ben een Javaan uit Suriname*. Stichting Ideële Filmproducties, Hilversum, 1990.
- GREEN, WILLIAM A.: *British Slave Emancipation; The Sugar Colonies and the Great Experiment 1830-1865*. Clarendon, Oxford, 1976.
- HAAKMAT, ANDRÉ: *Herinneringen aan de toekomst van Suriname; Ervaringen en beschouwingen*. Arbeiderspers, Amsterdam, 1996.
- HALL, STUART: «Negotiating Caribbean Identities», *New Left Review* 209:3-15, 1995.
- HANNERZ, ULF: *Cultural Complexity*. Columbia University Press, New York, 1992.
- HARTSINCK, JAN JACOB: *Beschryving van Guiana, of de Wilde Kust, in Zuid-America [...]*. Tielenburg, Amsterdam, 1770.
- HEECKEREN VAN WALIËN, G. P. C. VAN: *Aanteekeningen, betrekkelijk de kolonie Suriname*. Thieme, Arnhem, 1826.
- HEIJER, HENK DEN: *Geschiedenis van de WIC*. Walburg Pers, Zutphen, 1994.

- HELMAN, ALBERT: *Zuid-zuid-west*. Querido, Amsterdam, 1976. [Originalmente 1926.]
- : *De foltering van El Dorado: Een ecologische geschiedenis van de vijf Guyana's*. Nijgh en Van Ditmar, Den Haag, 1983.
- HELSDINGEN, W. H. VAN: *Het Statuut voor het Koninkrijk der Nederlanden*. Staatsdrukkerij en Uitgeverijbedrijf, Den Haag, 1957.
- HERING, J. H.: *Beschrijving van het eiland Curaçao, en de daar onder hoorende eilanden Bon-Aire. Oroba en Klein Curaçao /.../*. Van Selm, Amsterdam, 1779.
- H[ERLEIN], J. D.: *Beschryvinge van de volk-plantinge Suriname /.../*. Injema, Leeuwarden, 1718.
- HERMANS, W. FR.: *De laatste resten tropisch Nederland*. De Bezige Bij, Amsterdam, 1969.
- HIRA, SANDEW: *Van Priary tot en met De Kom: De geschiedenis van het verzet in Suriname 1630-1940*. Futile, Rotterdam, 1983.
- HIRA, SANDEW (ed.): *Het dagboek van Munshi Rahman Khan*. Amrit, Den Haag; NSHI, Paramaribo, 2003.
- [HIRSCH BALLIN, E.M.H.]: *Schets van een Gemenebestconstitutie voor het Koninkrijk der Nederlanden*. KabNA, Den Haag, 1990.
- HOBBSAWM, ERIC J.: *Nations and Nationalism since 1870; Programme, Myth, Reality*. Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- HOEFTE, ROSEMARYN: *De betovering verbroken: De migratie van Javanen naar Suriname en het rapport-Van Vleuten (1909)*. Foris, Dordrecht, 1990.
- : *In place of Slavery; A Social History of British Indian and Javanese Laborers in Suriname*. University Press of Florida, Gainesville, 1998.
- HOEFTE, ROSEMARYN y PETER MEEL (eds.): *20th Century Suriname; Continuities and Discontinuities in a New World Society*. Ian Randle Publishers, Kingston; KITLV Press, Leiden, 2001.
- HOEFTE, ROSEMARYN y GERT OOSTINDIE: «The Netherlands and the Dutch Caribbean: Dilemmas of Decolonisation», en: Paul Sutton (ed.), *Europe and the Caribbean*, pp. 71-98. Macmillan, Londres, 1991.

- HOEFTE, ROSEMARIJN y GERT OOSTINDIE (eds.): *Echo van El Dorado*. KITLV Uitgeverij, Leiden, 1996.
- HOETINK, H.: *Het patroon van de oude Curaçaose samenleving: Een sociologische studie*. Van Gorcum, Assen, 1958.
- : *Caribbean Race Relations: A Study of Two Variants*. Oxford University Press, Londres, 1967.
- : «Race Relations in Curaçao and Suriname», en: L. Foner y Eugene D. Genovese (eds.), *Slavery in the New World; A Reader in Comparative History*, pp. 179-187. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1969.
- : «Suriname and Curaçao», en: David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave nor Free; The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World*, pp. 59-83. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1972.
- : *Slavery and Race Relations in the Americas. Comparative Notes on their Nature and Nexus*. Harper, New York, 1973.
- : «“Race” and Color in the Caribbean», en: Sidney W. Mintz y Sally Price (eds.), *Caribbean Contours*, pp. 55-84. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985.
- : «Zwaarmoedige gedachten bij een afscheid», en: Henny E. Coomans, Maritza Coomans, Eustatia y Peter Prins (eds.), *Caraïbische cadens; Liber amicorum opgedragen aan de Gevolmachtigde Minister van de Nederlandse Antillen Edsel A.V [Papy] Jesurun*, pp. 70-73. Stichting Libri Antilliani, Bloemendaal, 1995.
- HOETINK, HARRY y GERT OOSTINDIE: «Robert Shell’s “Rangton van Bali”; A Note on the Dutch Historiography of Slavery», *Kronos; Journal of Cape History*, 20: 107-109, 1993.
- HOËVELL, WOLTER R. VAN: *Slaven en vrijen onder de Nederlandsche wet*. Noman, Zaltbommel, 1854.
- HOLT, THOMAS C.: *The Problem of Freedom; Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain 1832-1938*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992.
- HOOGBERGEN, WIM S. M.: *The Boni Maroon Wars in Suriname*. Brill, Leiden, 1990.

- : *De bosnegers zijn gekomen! Slavernij en rebellie in Suriname*. Prometheus. Hostmann, F. W., Amsterdam, 1992.
- : *Over de beschaving van negers in Amerika. door kolonisatie van Europeanen [...]*. Sulpke, Amsterdam, 1850.
- HUENDER, SUZANNE: *Un spil di presente/Un porta pa futuro; Geschiedbeleving en nationale identiteit op Curaçao, 1993*. [Tesis de maestría de las universidades de Leiden y Nijmegen.]
- HUNTINGTON, SAMUEL P.: «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs* 72(3): 22-49, 1993.
- : «If not Civilizations, What?», *Foreign Affairs* 72 (5): 186-194, 1993.
- HULST, HANS VAN: *Morgen bloeit het diabaas; De Antilliaanse volksklasse in de Nederlandse samenleving*. Het Spinhuis, Amsterdam, 1997.
- ISRAËL, JONATHAN I.: *The Dutch Republic; Its Rise, Greatness, and Fall 1477-1806*. Clarendon, Oxford, 1995.
- JACOB, MARGARET C.: «Radicalism in the Dutch Enlightenment» *The Dutch Republic in the Eighteenth Century; Decline, Enlightenment, and Revolution*, pp. 224-240. Cornell University Press, Ítaca, 1992.
- JACOB, MARGARET C. y WIJNANDT W. MIJNHARDT (eds.): *The Dutch Republic in the Eighteenth Century; Decline, Enlightenment, and Revolution*. Cornell University Press, Ítaca, 1992.
- JACOBS, JAAP: *Een zegenrijk gewest; Nieuw-Nederland in de zeventiende eeuw*. Prometheus-Bert Bakker, Amsterdam, 1999.
- JANSEN VAN GALEN, JOHN: *Kapotte plantage; Suriname een Hollandse erfenis*. Balans, Amsterdam, 1995.
- : *Hetenachtsdroom; Suriname, erfenis van de slavernij*. Contact, Antwerpen; Utrecht, 2000.
- JONGH, TH. P. M. DE: *De krimpemde horizon van de Hollandse kooplieden; Hollands welvaaren in het Caribische zeegebied*. Van Gorcum, Assen, 1966.
- JORDAN, WINTHROP D.: *White over Black; American Attitudes toward the Negro 1550-1812*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1968.

- JOUSTRA, AREND (ed.): *Vreemde ogen; Buitenlanders over de Nederlandse identiteit*. Bert Bakker, Amsterdam, 1993.
- [JUDA, M.]: *Derde open brief aan allen die belang stellen in de toekomst van Suriname*. Van der Made, Amsterdam, 1869.
- KAGIE, RUDIE: *De eerste neger; Herinneringen aan de komst van een nieuwe bevolkingsgroep*. Wereldvenster, Bussum, 1989.
- KALS, JOANNES GUILJELMUS: *Neerlands hoofd- en wortel-sonde, het verzuym van de bekeringe der heydenen, aangewesen en ten toon gespreit door drie leerredens gedaan en gemeen gemaakt door drie der voornaamste kerk-voogden in Engeland [...]; Uit 't Engelsch vertaalt, en met aanmerkingen verrykt [...]*. Koumans, Leeuwarden, 1756.
- KAPPLER, AUGUST: *Zes jaren in Suriname; Schetsen en tafereelen uit het maatschappelijke en militaire leven in deze kolonie*. Dannenfelser, Utrecht, 1854.
- : *Holländisch-Guiana; Erlebnisse und Erfahrungen während eines 43 jährigen Aufenthalts in der Kolonie Surinam*. Kohlhammer, Stuttgart, 1881.
- KEMPEN, MICHIEL VAN (ed.): *Spiegel van de Surinaamse poëzie; Van de oude liedkunst tot de jongste dichters*. Meulenhoff, Amsterdam, 1995.
- KLERK, C. J. M. DE: *De immigratie der Hindostanen in Suriname*. Urbi et Orbi, Amsterdam, 1953.
- KLOOSTER, WIM: «Subordinate but Proud; Curaçaos Free Blacks and Mulattoes in the Eighteenth Century», *New West Indian Guide* 68: 283-300, 1994.
- : *The Dutch in the Americas, 1600-1800; A Narrative History with the Catalogue of an Exhibition of Rare Prints, Maps, and Illustrated Books from the John Carter Brown Library*. The John Carter Brown Library, Providence, R. I., 1997.
- : *Illicit Riches; Dutch Trade in the Caribbean, 1648-1795*. KITLV Press, Leiden, 1997.
- KNIGHT, FRANKLIN W.: *The Caribbean; The Genesis of a Fragmented Nationalism*. Segunda edición, Oxford University Press, New York, 1990.

- KNIPPENBERG, HANS: *De religieuze kaart van Nederland; Omvang en geografische spreiding van de godsdienstige gezindten vanaf de Reformatie tot heden*. Van Gorcum, Assen, 1992.
- KOCH, KOEN y PAUL SCHEFFER (eds.): *Het nut van Nederland; Opstellen over soevereiniteit en identiteit*. Bert Bakker, Amsterdam, 1996.
- KOELEWIJN, CEES y PETER RIVIÈRE: *Oral Literature of the Trio Indians of Suriname*, Foris, Dordrecht, 1987.
- KOLFIN, ELMER: *Van de slavenzweep en de muze; Twee eeuwen verbeelding van slavernij in Suriname*. KITLV Press, Leiden, 1997.
- KOLONIAAL VERSLAG: *Koloniaal verslag; Bijlage van het verslag der handelingen van de Tweede Kamer der Staten-Generaal*. Algemeene Landsdrukkerij, Den Haag, 1863.
- KOM, ANTON DE: *Wij slaven van Suriname*. Wereldvenster, Bussum / Contact, Amsterdam, 1981. [Originalmente 1934.]
- KOSSMANN, E. H.: «The Dutch Republic in the Eighteenth Century», en: Margaret C. Jacob y Wijnandt W. Mijnhardt (eds.). *The Dutch Republic in the Eighteenth Century; Decline, Enlightenment, and Revolution*, pp. 19-31. Cornell University Press, Ítaca, 1992.
- : «Verdwijnt de Nederlandse identiteit? Beschouwingen over natie en cultuur», en: Koen Koch y Paul Scheffer (eds.), *Het nut van Nederland: Opstellen over soevereiniteit en identiteit*, pp. 56-68. Bert Bakker, Amsterdam, 1996.
- KUITENBROUWER, MAARTEN: «De Nederlandse afschaffing van de slavernij in vergelijkend perspectief», en: *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis der Nederlanden*, 93: 69-101, 1978.
- KUNITZ, J. D.: *Surinam und seine Bewohner oder Nachrichten über die geographischen, physischen, statistischen, moralischen und politischen Verhältnisse dieses Landes während einer zwanzigjährigen Aufenthalts daselbst, gesammelt*. Beyer & Maring, Erfurt, 1805.
- LAMMENS, ADRIAAN FRANÇOIS: *Redevoering ten betooge: dat de sterfte of het afnemen van het getal der neger-slaven, in de kolonie Suriname, niet zoo zeer aan mishandelingen, maar hoofdzakelijk aan andere oorzaken moet toegeschreven worden [...]*. Stenvers Leeneman van der Kroe, Amsterdam, 1823.

- _____ : *Bijdragen tot de kennis van de Kolonie Suriname [...] tijdvak 1816 tot 1822*. [G.A. de Bruijne (ed.)] Vrije Universiteit, Amsterdam; KITLV, Leiden, 1982. [Originalmente 1822, 1846.]
- LAMPE, ARMANDO RUDOLFO: *Yo te nombro Libertad: Iglesia y Estado en la sociedad esclavista de Curazao (1816 1863)*. Nijmegen: s.n., 1988. [Tesis de la Universidad Vrije de Amsterdam.]
- LAMUR, HUMPHREY E.: *De kerstening van de slaven van de Surinaamse plantage Vossenburg 1847-1878*. Centre for Caribbean Studies, Universidad de Amsterdam, Amsterdam, 1985.
- LANS, W. H.: *Proeve over de oorzaken van verval en de middelen tot herstel der Surinaamsche plantaadjjen*. Van Cleef, Den Haag, 1829.
- _____ : *Bijdrage tot de kennis der Kolonie Suriname*. Nederlandsche Maatschappij van Schoone Kunsten, Den Haag, 1842.
- _____ : *Emancipatie door centralisatie; Schets van een ontwerp tot behoud van Suriname*. Noordendorp, Den Haag, 1847.
- LENDERS, MARIA: *Strijders voor het lam; Leven en werk van Herrnhutterbroeders en-zusters in Suriname 1735-1900*. KITLV Uitgeverij, Leiden, 1996.
- LENNEP COSTER, G. VAN: *Herinneringen mijner reizen naar onderscheidene werelddeelen*. Schleijer, Amsterdam, 1836.
- _____ : *Aanteekeningen, gehouden gedurende mijn weblif in de West-Indiën, in de jaren 1837-1840*. Schleijer, Amsterdam, 1842.
- LEWIS, GORDON K.: *Main Currents in Caribbean Thought; The Historical Evolution of Caribbean Society in its Ideological Aspects 1492-1900*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1983.
- LIER, RUDOLF A. J. VAN: *Frontier Society; A Social Analysis of the History of Surinam*. Nijhoff, Den Haag, 1971.
- LINDE, J.M. VAN DER: *Jan Willem Kals; Leraar der Hervormden, advocaat van indiaan en neger*. Kok, Kampen, 1987.
- MAINGOT, ANTHONY P.: *The United States and the Caribbean*. Macmillan, Londres, 1994.
- MALOUET V. P.: *Collection de mémoires et correspondances officielles sur l'administration des Colonies, et notamment sur la Guiana française et hollandaise*. Baudouin, Paris, 1802.

- MANLEY, MICHAEL: *Up the Down Escalator*. Deutsch, Londres, 1987.
- MARCHA, VALDEMAR F. y PAUL VERWEEL: *De waarheid van Curaçao*. SWP, Amsterdam, 2000.
- : *De cultuur van de angst; Paradoxe ketenen van angst en zwijgen op Curaçao*. SWP, Amsterdam, 2003.
- MEEL, PETER: «Money Talks, Morals Vex: The Netherlands and the Decolonization of Suriname 1975-1990», *European Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 48: 75-98, 1990.
- : «A Reluctant Embrace: Suriname's Idle Quest for Independence», en: Gary Brana-Shute (ed.), *Resistance and Rebellion in Suriname; Old and New*, pp. 259-289. College of William and Mary, Williamsburg, 1990.
- : «The March of Militarization in Suriname», en: Anthony Payne y Paul Sutton (ed.), *Modern Caribbean Politics*, pp. 125-146. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.
- : «Towards a Typology of Suriname Nationalism». *New West Indian Guide* 72: 257-281, 1998.
- MEIDEN, GERARD WILLEM VAN DER: *Betwist bestuur; Een eeuw strijd om de macht in Suriname 1651-1753*. De Bataafsche Leeuw, Amsterdam, 1986.
- MINTZ, SIDNEY W.: *Caribbean Transformations*. Columbia University Press, Nueva York, 1989. [Originalmente 1974.]
- MINTZ, SIDNEY W. y RICHARD PRICE: *The Birth of African-American Culture; An Anthropological Perspective*. Beacon Press, Boston, 1992. [Originalmente 1976.]
- MOES, C. M.: «Redevoering over de ware menschlievendheid, als den volkomensten band van alle maatschappelijke vereeniging», *Surinaamsche Almanak*, pp. 129-153, 1845.
- NAIPAUL, V. S.: *The Middle Passage; Impressions of Five Societies —British, French and Dutch— in the West Indies and South America*. Vintage, New York, 1981. [Originalmente 1962.]
- NASSY, DAVID DE IS. C. et al.: *Essai historique sur la Colonie de Surinam [...] par les régents et représentants de la dite Nation Juive Portugaise*. Paramaribo, s.n., 1788.

- NEDERVEEN PIETERSE, JAN: *Wit over zwart: Beelden van Afrika en zwarten in de Westerse populaire cultuur*. Koninklijk Instituut voor de Tropen, Amsterdam, 1990.
- NETTLEFORD, REX: «Creolisation in the Caribbean Arts», en: Michiel Baud y Marianne C. Ketting (eds.), *“Cultuur in beweging”: Creolisering en Afro-Caraïbische cultuur*, pp. 53-74. Erasmus Universiteit Rotterdam, Rotterdam, 1988.
- : «Threats to National and Cultural Identity», en: Anthony T. Bryan, Edward Greene y Timothy M. Shaw (eds.). *Peace, Development and Security in the Caribbean; Perspectives to the Year 2000*, pp. 241-254. Macmillan, Londres, 1990.
- OLDENDORP, C. G. A.: *History of the Mission of the Evangelical Brethren on the Caribbean Islands of St. Thomas, St. Croix, and St. John* [Johann Jakob Bossard, ed.]. Karoma, Ann Arbor, 1987. [Originalmente 1777.]
- OLWIG, KAREN FOG: *Global Culture, Island Identity; Continuity and Change in the Afro-Caribbean Community of Nevis*. Harwood Academic Publishers, Reading, 1993.
- OOMENS, MARIA: «Veelwijverij en andere losbandige praktijken; Bevolkingspolitiek tegenover Surinaamse plantageslavinnen in de 19e eeuw», *Jaarboek voor Vrouwengeschiedenis* 7: 152-171, 1986.
- OOSTINDIE, GERT J.: «Kondreman in Bakrakondre; Surinamers in Nederland 1667-1955», en: Gert Oostindie y Emy Maduro, *In het land van de overheerser II; Antillianen en Surinamers in Nederland, 1634/1667-1954*, pp. 1-131. Foris, Dordrecht, 1986.
- : «Caribbean Migration to the Netherlands; A Journey to Disappointment?» en: Malcolm Cross y Han Entzinger (eds.). *Lost Illusions; Caribbean Minorities in Britain and the Netherlands*, pp. 54-72. Routledge, Londres, 1988.
- : *Roosenburg en Mon Bijou; Twee Surinaamse plantages. 1720-1870*. Foris, Dordrecht, 1989.
- : «Preludes to the Exodus; Surinamers in the Netherlands 1667-1960s», en: Gary Brana-Shute (ed.). *Resistance and Rebellion in Suriname: Old and New*, pp. 231-258. College of William and Mary, Williamsburg, 1990.

- _____: «The Dutch Caribbean in the 1990s: Decolonization, Recolonization?», *Caribbean Affairs*, 5-1:103-119, 1992.
- _____: «The Economics of Suriname Slavery», *Economic and Social History in the Netherlands*, 5: 1-24, 1993.
- _____: «Voltaire, Stedman, and Suriname Slavery», *Slavery & Abolition*, 14-2: 1-34, 1993.
- _____: *Caraïbische dilemma's in een "stagnerend" dekolonisatieproces*. KITLV Uitgeverij, Leiden, 1994.
- _____: «Migrations et identités des populations Caraïbéennes aux Pays-Bas», en: Fred Reno (ed.), *Identité et politique de la Caraïbe et de l'Europe multi-culturelles*, pp. 59-80. Economica, Paris, 1995.
- _____: *Het paradys overzee: De "Nederlandse" Caraïben en Nederland*, Bert Bakker, Amsterdam, 1997.
- _____: «The Delusive Continuities of the Dutch Caribbean Diaspora», en: Mary Chamberlain (ed.): *Caribbean Migration; Globalised Identities*, pp. 127-147. Routledge, Londres, 1998.
- _____: «Squaring the Circle; Commemorating the VOC after 400 Years», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde* 159: 135-161, 2003.
- OOSTINDIE, GERT (ed.): *Fifty Years Later; Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*. KITLV Uitgeverij, Leiden, 1995. [University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1996.]
- _____: *Ethnicity in the Caribbean; Essays in Honor of Harry Hoetink*. Macmillan, Londres, 1996.
- _____: *Dromen en littekens; Dertig jaar na de Curaçaose revolutie, 30 mei 1969*. Amsterdam University Press, Amsterdam, 1999.
- _____: *Het verleden onder ogen; Herdenking van de slavernij*. Arena, Amsterdam / Prins Claus Fonds voor Cultuur en Ontwikkeling, Den Haag, 1999.
- _____: *Facing up to the Past; Perspectives on the Commemoration of Slavery from Africa, the Americas and Europe*. Ian Randle, Kingston / Prince Claus Fund, La Haya, 2001.
- OOSTINDIE, GERT e INGE KLINKERS: *Knellende Koninkrijksbanden; Het Nederlandse dekolonisatiebeleid in de Caraïben. 1940-2000*, Amsterdam University Press, Amsterdam, 2001, 3 vols.

- _____: *Decolonizing the Caribbean; Dutch Policies in a Comparative Perspective*. Amsterdam University Press, Amsterdam, 2003.
- OOSTINDIE, GERT y EMY MADURO: *In het land van de overheerser II; Antillianen en Surinamers in Nederland, 1634/1667-1954*. Foris, Dordrecht, 1986.
- OOSTINDIE, GERT y ALEX VAN STIPRIAAN: «Slavery and Slave Cultures in a Hydraulic Society: Suriname», en: Stephan Palmié (ed.), *Slavery and Slave Cultures in the Americas*, pp. 78-99. University of Tennessee Press, Knoxville, 1995.
- OOSTINDIE, GERT y PETER VERTON: «Ki sorto di reino?/What Kind of Kingdom? Antillean and Aruban Views and Expectations of the Kingdom of the Netherlands» *New West Indian Guide* 72: 43-75, 1998.
- _____: *Ki sorto di reino?/What kind of kingdom? Visies en verwachtingen van Antillianen en Arubanen omtrent het Koninkrijk*. SDU Uitgevers, Den Haag, 1998.
- OPPENNEER, HERMAN: *Kid Dynamite; De legende leeft*. Mets, Amsterdam, 1995.
- PAASMAN, A. N.: *Reinhart; Nederlandse literatuur en slavernij ten tijde van de verlichting*. Nijhoff, Leiden, 1984.
- [PADDENBURG, G. G. VAN]: *Beschrijving van het eiland Curaçao en onderhoorige eilanden; Uit onderscheidene stukken, bijdragen en opmerkingen opgemaakt, door een bewoner van dat eiland*. Bohn, Haarlem, 1819.
- PATTERSON, ORLANDO: *Slavery and Social Death; A Comparative Study*. Harvard University Press, Cambridge, 1982.
- PATTULLO, POLLY: *Last Resorts; The Cost of Tourism in the Caribbean*. Cassell, Londres / Latin America Bureau; Ian Randle, Kingston, 1996.
- PAULA, A. F.: «Vrije» slaven; *Een sociaal-historische studie over de dualistische slavenemancipatie op Nederlands Sint Maarten 1816-1863*. Walburg Pers, Zutphen, 1993.
- PAYNE, ANTHONY y PAUL SUTTON (eds.): *Modern Caribbean Politics*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.

- : *Charting Caribbean Development*. Macmillan, Londres, 2001.
- PISTORIUS, THOMAS: *Korte en zakelyke beschryvinge van de Colonie van Suriname [...]*. Crajenschot, Amsterdam, 1763.
- POEZE, HARRY *et al.*: *In het land van de overheerser I; Indonesiërs in Nederland 1900-1950*. Foris, Dordrecht, 1986.
- POSTMA, JOHANNES MENNE: *The Dutch in the Atlantic Slave Trade 1600-1815*. Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- PRICE, RICHARD: *First-time; The Historical Vision of an Afro-American People*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1983.
- : *Alabi's World*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1990.
- : «The Miracle of Creolization; A Retrospective», *New West Indian Guide*, 75: 35-64, 2001.
- PRICE, RICHARD (ed.): *The Guiana Maroons; A Historical and Bibliographical Introduction*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1976.
- PRICE, RICHARD y SALLY PRICE: «Museums, Ethnicity and Nation-building; Reflections from the French Caribbean», en: Gert Oostindie (ed.), *Ethnicity in the Caribbean; Essays in Honor of Harry Hoetink*, pp. 81-105. Macmillan, Londres, 1996.
- : *Maroon Arts; Cultural Vitality in the African Diaspora*. New Beacon Press, Boston, 1999.
- PUTTE, FLORIMON VAN: *Dede pikiña ku su bisina. Papiamentu – Nederlands en de onverwerkt verleden tijd*. Walburg Pers, Zutphen, 1999.
- RAAD VOOR MAATSCHAPPELIJKE ONTWIKKELING: *Nationale identiteit in Nederland. Internationalisering en nationale identiteit*. Staatsdrukkerij, Den Haag, 1999.
- RAMDAS, ANIL: *De papagaai, de stier en de klimmende bougainvillea*. De Bezige Bij, Amsterdam, 1992.
- : *Ethiek als vitaal belang*. De Bezige Bij, Amsterdam, 1994.
- : *De beroepsbinneraar en andere verhalen*. De Bezige Bij, Amsterdam, 1996.

- RAMOS, AARÓN GAMALIEL y ÁNGEL ISRAEL RIVERA (eds.): *Island at the Crossroads; Politics in the Non-independent Caribbean*. Ian Randle, Kingston; Lynne Rienner, Boulder, 2001.
- RAYNAL, G. F.: *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*. Amsterdam, s.n., 1774.
- RENKEMA, W. E.: «Anno 1869; Curaçao los van Nederland? Dat nooit!!!», *Kristòf*, 3: 1-8, 1970.
- : *Het Curaçaoese plantagebedrijf in de negentiende eeuw*. Walburg Pers, Zutphen, 1981.
- RENSELAAR, H. C. VAN: «De houding van de Creoolse bevolkingsgroep in Suriname ten opzichte van andere bevolkingsgroepen (in het bijzonder ten opzichte van Hindostanen)», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde* 119: 93-105, 1963.
- RICHARDSON, BONHAM C.: «Caribbean Migrations 1838-1985», en: Franklin W. Knight y Colin A. Palmer (eds.), *The Modern Caribbean*, pp. 203-228. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989.
- RIEMER, JOHANN ANDREAS: *Missions-Reise nach Suriname und Berbice; Zu einer am Surinamflusse im dritten Grad der Linie wohnende Frey-negeration, nebst einige Bemerkungen über die Missionsanstalten der Brüderunität zu Paramaribo*. Schöpfische Buchhandlung, Zittau/Leipzig, 1801.
- RÖMER, RENÉ A.: «Het “wij” van de Curaçaoënaar», *Kristòf*, 1-2: 49-62, 1974.
- : *Een volk op weg/Un pueblo na kaminda; Een sociologische historische studie van de Curaçaoese samenleving*. Walburg Pers, Zutphen, 1979.
- RÖMER-KENEP, NOLDA: «Onderwijs als veiligheidsklep; De rooms-katholieke kerk en het volksonderwijs op de Nederlandse Antillen 1824-1863», en: B. Boudewijnse, H. Middelbrink y C. van de Woestijne (eds.), *Kerkwandel en lekenhandel; De rooms-katholieke kerk op Curaçao*, pp. 33-52. Het Spinhuis, Amsterdam, 1992.
- RUMMENS, JOANNA W. A.: «Identity and Perception; the Politicalization of Identity in St. Martin», en: Harry P. Díaz, Joanna W. A. Rummens y Patrick D. M. Taylor (eds.), *Forging Identities and*

- Patterns of Development in Latin American and the Caribbean*, pp. 265-278. Canadian Scholars Press, Toronto, 1991.
- SAID, EDWARD W.: *Culture and Imperialism*. Vintage, Londres, 1993.
- SANSONE, LIVIO: *Schitteren in de schaduw; Overlevingsstrategieën, subcultuur en etniciteit van Creoolse jongeren uit de lagere klasse in Amsterdam 1981-1990*. Het Spinhuis, Amsterdam, 1992.
- SCHALKWIJK, AART y AD DE BRUIJNE: *Van Mon Plaisir tot Ephraïmszegen; Welstand, etniciteit en woonpatronen in Paramaribo*.: Instituut voor Sociale Geografie, Universidad de Amsterdam, Amsterdam; Leo Victor, Paramaribo, 1997.
- SCHAMA, SIMON: *The embarrassment of Riches; An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*. Fontana, Nueva York, 1988.
- SCHAEFFER, PAUL: «Land zonder spiegel; Over de politieke cultuur in Nederland», en: Koen Koch y Paul Scheffer (eds.), *Het nut van Nederland; Opstellen over soevereiniteit en identiteit*, pp. 10-39. Bert Bakker, Amsterdam, 1996.
- SCHILTKAMP, J. A. y J. TH. DE SMIDT (eds.): *West Indisch plakaatboek; Suriname; Plakaten, ordonnantiën en andere wetten. uitgevaardigd in Suriname 1667-1816*. Emmering, Amsterdam, 1973.
- SCHOLTENS, BEN: *Bosnegers en overheid in Suriname; De ontwikkeling van de politieke verhouding 1651-1992*. Afdeling Cultuurstudies, Paramaribo/Minov, 1994.
- SCHUTTE, G. J.: *De Nederlandse patriotten en de koloniën; Een onderzoek naar hun denkbeelden en optreden 1770-1800*. Tjeenk Willink, Groningen, 1974.
- SEDNEY, JULES: *De toekomst van ons verleden; Democratie, etniciteit en politieke machtsvorming in Suriname*. Vaco, Paramaribo, 1997.
- SEKOU, LASANA M.: *National Symbols of St. Martin; A primer*. House of Nehesi Publishers, San Martín, 1996.
- SHELL, ROBERT: «Rangton van Bali (1673-1720); Roots and Resurrection», *Kronos; Journal of Cape History*, 19: 163-175, 1992.
- SIWPERSAD, J. P.: *De Nederlandse regering en de afschaffing van de Surinaamse slavernij 1833-1863*. Bouma, Groningen; Hagen, Castrium, 1979.

- The Social Science Encyclopedia*. Adam Kuper y Jessica Kuper (eds.). Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985.
- SOEST, J. J. VAN: *Olie als water; De Curaçaose economie in de eerste helft van de twintigste eeuw*. Walburg Pers, Zutphen, 1977.
- SPECKMANN, J. D.: «De houding van de Hindostaanse bevolkingsgroep in Suriname ten opzichte van de Creolen», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde*, 119: 76-92, 1963.
- : *Marriage and Kinship among the Indians in Surinam*. Van Gorcum, Assen, 1965.
- STAATSCOMMISSIE: *Eerste rapport der staatscommissie, benoemd bij Koninklijk besluit van 29 november 1853, no. 66, tot het voorstellen van maatregelen ten aanzien van de slaven in de Nederlandsche koloniën; Suriname*. Van Cleef, Den Haag, 1855.
- : *Tweede rapport der staatscommissie, benoemd bij Koninklijk besluit van 29 november 1853. no. 66. tot het voorstellen van maatregelen ten aanzien van de slaven in de Nederlandsche koloniën; de Nederlandsche West-Indische eilanden en bezittingen ten kuste van Guinea*. Van Cleef, Den Haag, 1856.
- STEDMAN, JOHN GABRIEL: *Narrative, of a Five Years Expedition against the Revolted Negroes of Surinam, in Guiana, on the Wild Coast of South America; From the Year 1772 to 1777 [...])*. Johnson & Edwards, Londres, 1796.
- : *Reize naar Surinamen, en door de binnenste gedeelten van Guiana*. Allart, Amsterdam, 1799-1800.
- ST-HILAIRE, AONGHAS: «Ethnicity, Assimilation and Nation in Plural Suriname», *Ethnic and Racial Studies*, 24: 998-1019, 2001.
- : «Globalization, Urbanization, and Language in Caribbean Development; The Assimilation of St. Lucia», *New West Indian Guide*, 77: 65-84, 2003.
- STIPRIAAN, ALEX, VAN: «The Suriname Rat Race; Labour and Technology on Sugar Plantations 1750-1900», *Nieuwe West-Indische Gids/New West Indian Guide*, 63: 94-117, 1989.
- : *Surinaams contrast; Roofbouw en overleven in een Caribische plantagekolonie 1750-1863*. KITLV Press, Leiden, 1993.

- _____ : «Suriname and the Abolition of Slavery», en: Gert Oostindie (ed.), *Fifty Years Later; Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*, pp. 117-141. KITLV Press, Leiden, 1995. [University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1996.]
- _____ : «Debunking Debts; Image and Reality of a Colonial Crisis; Suriname at the End of the 18th Century», *Itinerario*, 19-1: 69-84, 1995.
- _____ : *Creolisering; vragen van een basketbalplein, antwoorden van een watergodin*, Erasmus Universiteit Rotterdam, Rotterdam, 2000.
- STOLS, EDDY: *De Spaanse Brabanders of de handelsbetrekkingen der Zuidelijke Nederlanden met de Iberische Wereld, 1598-1648*. Palais der Academiën, Bruselas, 1971.
- STUART, STEPHANIE: «Dominican Patwa: Mother Tongue or Cultural Relic?», *International Journal of the Sociology of Language*, 102: 57-72, 1993.
- Suriname en de opheffing van het pauperisme in Nederland; Uitgegeven door een Vereeniging van Surinamers*. Somerwil, Leiden, 1872.
- TANK, OTTO: «Circulaire; Aan de heeren eigenaars en administrateurs van plantaadjes in de kolonie Suriname», *Berigten uit de Heiden-Wereld* 6: 93-96, 14: 95, 1848.
- TEENSTRA, M.D.: *De landbouw in de kolonie Suriname voorafgegaan door eene geschied- en natuurkundige beschouwing dier kolonie*. Eekhoorn, Groningen, 1835.
- _____ : *De neger-slaven in de kolonie Suriname en de uitbreiding van het christendom onder de heidensche bevolking*. Lagerweij, Dordrecht, 1842.
- _____ : *Beknopte beschrijving van de Nederlandsche overzeesche bezittingen voor beschaafde lezers uit alle standen, uit de beste bronnen en eigen ervaring in Oost-en West-Indië geput*, Oomkens, Groningen, 1852.
- THODEN VAN VELZEN, H. U. E. y W. VAN WETERING: *The Great Father and the Danger; Religious Cults, Material Forces, and Collective Fantasies in the World of the Surinamese Maroons*. Foris, Dordrecht, 1988.

- TROMMELEN, JEROEN: *Dwars door Suriname; Drie Guyana's in een te-gendraads portret*. Arena, Amsterdam, 2000.
- TROUILLOT, MICHEL-ROLPH: *Silencing the Past; Power and the Production of History*. Beacon Press, Boston, 1995.
- : «Culture on the Edges; Creolization in the Plantation Context». *Plantation Society in the Americas*, 5: 8-28, 1998.
- TULCHIN, JOSEPH S. y RALPH H. ESPACH (eds.): *Security in the Caribbean; The Challenge of Regional Cooperation*. Lynn Rienner, Boulder, CO, 2000.
- TURNER, MARY: *Slaves and Missionaries; The Disintegration of Jamaican Slave Society 1787-1834*. University of Illinois Press, Urbana, 1982.
- USSELINX, WILLEM: *Naerder bedenckingen, over de zee-vaerdt, coophandel en de neeringhe, als mede de verserkeringhe van den staet deser vereenichde landen in de teghen-woordighe vrede-handelinghe met den Coninck van Spangnien [...]*. S. I.: s. n., 1608.
- VEER, G. S. DE: «Aanteekeningen over de emancipatie der slaven in de Ned[erlandsche] West-Indische koloniën», *Themis: Regtskundig Tijdschrift*, 2: 169-228, 1861.
- VERBERK, GENEVIÈVE, PEER SCHEEPERS y MAURITS HASSANKHAN: «Etnocentrisme in Suriname», *OSO; Tijdschrift voor Surinaamse Taalkunde, Letterkunde, Cultuur en Geschiedenis*, 16-2: 133-145, 1997.
- VERENIGING: *Vereniging Ons Suriname 18 januari 1919-18 januari 1989 [...]*. [Ons Suriname, Amsterdam], 1990.
- VERTON, PETER C.: *Politieke dynamiek en dekolonisatie; De Nederlandse Antillen tussen autonomie en onafhankelijkheid*. Alphen a/d. Samson, Rijn, 1977.
- : «Aruba; eiland apart, kleine samenleving, autonoom land», en: [J. de Ruiter et al.,] *Met alle respect; Rapport van de commissie van onderzoek in het kader van de samenwerking tussen Aruba en Nederland op het gebied van criminaliteitsbestrijding*, pp. 73-86. SDU Uitgevers, Den Haag, 1996.
- VIANEN, BEA: *Het paradijs van Oranje*. Querido, Amsterdam, 1973.

- WAAL MALEFIJT, ANNEMARIE DE: *The Javanese of Surinam; Segment of a Plural Society*. Van Gorcum, Assen, 1963.
- WALCOTT, DEREK: *Omeros*. Faber & Faber, Londres, 1990.
- WALLE, J. VAN DE: *Beneden de wind; Herinneringen aan Curaçao*. Querido, Amsterdam, 1974.
- : *Een oog boven Paramaribo; Herinneringen*. Querido, Amsterdam, 1975.
- WALVIN, JAMES: *Black and White; The Negro and English Society 1555-1945*, Penguin, Londres, 1973.
- WARREN, GEORGE: *An Impartial Description of Surinam upon the Continent of Guiana in America [...]*. Godbird, Brooke, Londres, 1667.
- WEST INDIA COMMISSION: *Time for Action; Report of the West India Commission*. The Press University of the West Indies, Kingston, 1993.
- WILLIAMS, ERIC E.: *From Columbus to Castro; The History of the Caribbean 1492-1969*. Deutsch, Londres, 1970.
- WINKELS, W. E. N.: *Slavernij en emancipatie; Eene beschouwing van den toestand der slavernij in Suriname*. Andriessen, Utrecht, 1856.
- WINTER, JOHANNA MARIA VAN: «De openbare mening in Nederland over de afschaffing der slavernij», *West-Indische Gids*, 34: 61-90, 1953.
- WOLBERS, J.: *Geschiedenis van Suriname*. De Hoogh, Amsterdam, 1861.
- YELVINGTON, KEVIN A.: «The Anthropology of Afro-Latin America and the Caribbean; Diasporic Dimensions», *Annual Review of Anthropology*, 30: 227-260, 2001.
- ZWAGER, H. H.: *Nederland en de verlichting*. Fibula-Van Dishoeck, Haarlem, 1980.

Índice

Presentación / 7

Prefacio a la edición en español / 13

Prefacio a la edición en inglés / 23

Capítulo 1

Mundos aparte / 29

Capítulo 2

Esclavo, negro; ¿humano? / 59

Capítulo 3

Pluralidad persistente / 100

Capítulo 4

¿Modelo de descolonización holandés? / 137

Capítulo 5

El arduo proceso de construcción nacional / 179

Capítulo 6

Las engañosas continuidades de la diáspora / 214

Capítulo 7

Pasado colonial, identidades contemporáneas / 244

Bibliografía / 277

